

TRILOGÍA DE LA ACADEMIA JEDI

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

STAR WARS®

1. LA BÚSQUEDA DEL JEDI
KEVIN J. ANDERSON



martinez roca

Lectulandia

Han pasado siete años desde la batalla de Endor y la derrota de Darth Vader y el Emperador Palpatine. El reinado del terror al que el Imperio tenía sometida la galaxia parece haber llegado a su fin, y los héroes de la Rebelión han podido presenciar el surgimiento de la Nueva República.

Sin embargo, durante este tiempo, la Nueva República ha tenido que enfrentarse a un buen número de situaciones desesperadas: la guerra contra el imperio alienígena Ssi-ruuk, la reaparición del gran almirante Thrawn y su intento de reconstruir el Imperio y, por si fuera poco, la resurrección del Emperador y sus gigantescas máquinas Devastadoras de Mundos. Pese a que parecía que la época de paz había llegado a su fin, la continua sucesión de conflictos ha hecho mermar considerablemente los recursos de la República. Además, ahora que ha dejado de existir un enemigo común, empiezan a surgir conflictos de intereses entre distintas facciones de la Alianza, y algunos mundos quieren ser independientes.

Leia Organa Solo, como Ministra de Estado de la Nueva República, desempeña tareas diplomáticas en la Ciudad Imperial; mientras tanto, sus tres hijos, los gemelos y el nuevo varón nacido recientemente, son criados en un lugar secreto para protegerlos debido a su ascendencia Jedi. Por su parte, Luke Skywalker se decide a exponer en el Senado un proyecto que viene acariciando desde hace tiempo: la fundación de una Academia Jedi mediante la que poder reinstaurar la orden. Cree que sólo la existencia de los Caballeros Jedi puede salvaguardar la libertad de la galaxia.

Lejos del centro administrativo del planeta Coruscant, Han Solo y Chewbacca han viajado como embajadores hasta el planeta Kessel, productor de la valiosa especia y foco de incontables actividades de contrabando. Pero en el momento de su llegada, el viejo Halcón Milenario es atacado. Han y Chewbacca se encuentran poco después prisioneros de las minas de especia de Kessel, y a partir de ese momento van pasando de una situación peligrosa a otra todavía peor, hasta llegar a descubrir una amenaza inimaginable: un antiguo centro de investigación imperial al mando de la almirante Daala.

Lectulandia

Kevin J. Anderson

La búsqueda del Jedi

Trilogía de la Academia Jedi 1

ePUB v1.0

LittleAngel 07.01.12

más libros en lectulandia.com

Título Original: *Jedi Search*
1995, Editorial Martínez Roca
Traducción: Albert Solé

1

El cúmulo de agujeros negros que se desplegaba cerca de Kessel extendió sus colosales mandíbulas de gravedad hacia el *Halcón Milenario*, atrayéndolo hacia él. Todavía se encontraban en la deslumbrante confusión llena de puntitos luminosos del hiperespacio, pero aun así Han Solo podía distinguir la inmensa distorsión bajo la forma de un torbellino repleto de sombras y manchas que intentaba aspirarlos hacia el infinito.

—¡Eh, Chewie! ¿No te parece que estamos demasiado cerca? —Clavó la mirada en el ordenador de navegación del *Halcón*, deseando que hubieran escogido un curso distinto que les mantuviese lo bastante lejos de las Fauces para no correr ningún peligro—. ¿Qué crees que es esto, una misión de contrabando como las de los viejos tiempos? Esta vez no tenemos nada que ocultar.

Chewbacca pareció levemente desilusionado y gruñó una excusa junto a Han mientras agitaba sus peludas manazas en la sofocante atmósfera de la cabina.

—Bueno, estamos llevando a cabo una misión oficial, así que se acabó el andar escondiéndose... Intenta comportarte de la manera más digna y solemne posible, ¿de acuerdo?

Chewbacca bufó una réplica impregnada de escepticismo, y se volvió hacia sus pantallas de navegación.

Volver a los lugares que tanto había frecuentado en el pasado estaba haciendo que Han sintiera una leve punzada de nostalgia y se acordara de la época en que se encontraba al otro lado de la ley, cuando se dedicaba al tráfico de especia y era perseguido por las patrulleras del Imperio, aquellos tiempos en que había llevado la existencia despreocupada y carente de complicaciones de un hombre libre.

Han y Chewbacca casi habían perdido la quilla del *Halcón* durante una de aquellas misiones frenéticas cuando tomaron por un atajo y se aproximaron al cúmulo de agujeros negros de las Fauces hasta quedar mucho más cerca de él de lo que jamás se había hecho en toda la historia de la navegación espacial. Los pilotos que tenían una pizca de sentido común evitaban aquella zona y utilizaban rutas más largas que mantenían a sus naves lejos de los agujeros negros, pero la gran velocidad que era capaz de alcanzar el *Halcón* les había llevado sanos y salvos hasta el otro lado, permitiéndoles llegar hasta Kessel en una ruta de menos de doce parsecs. Aun así, esa misión «de éxito garantizado» había terminado en el desastre a pesar de todas las seguridades que les habían dado, y Han tuvo que lanzar su cargamento de especia al vacío un instante antes de ser abordado por los imperiales.

Pero esta vez Han volvía a Kessel en circunstancias muy distintas. Leia, su esposa, le había nombrado representante oficial de la Nueva República. De hecho, y aunque el título parecía vagamente honorífico, ese nombramiento le convertía en una

especie de embajador.

Pero incluso un título honorario tenía sus ventajas. Han y Chewbacca ya no tenían que esquivar a las patrulleras, deslizarse por entre los agujeros de las redes de vigilancia planetaria o utilizar el compartimiento secreto que había debajo de las planchas de la cubierta. Han Solo se encontraba en la improbable e incómoda posición de ser un hombre respetable. En realidad, no había ninguna otra palabra para definirla.

Pero las nuevas responsabilidades de Han consistían en algo más que pequeñas molestias inesperadas y pintorescas. Estaba casado con Leia —¿quién hubiera podido imaginárselo?— y tenía tres hijos.

Han se recostó en su sillón de pilotaje y juntó las manos detrás de la cabeza mientras permitía que una sonrisa entre sarcástica y melancólica apareciera en sus labios. Veía a los chicos tan a menudo como podía, visitándoles en el aislamiento protector en un planeta secreto, y los gemelos llegarían a Coruscant dentro de una semana. Anakin, el bebé, había hecho que Han se sintiera lleno de un respetuoso asombro mientras le hacía cosquillas en sus diminutas costillas y veía cómo una expresión de diversión aparecía en su rostro.

¿Han Solo convertido en una figura paterna? Hacía mucho tiempo Leia había dicho que le gustaban los «hombres que habían sentado la cabeza»... ¡y Han estaba pasando por ese proceso!

Vio por el rabillo del ojo que Chewbacca le estaba mirando. Han un poco incómodo, se irguió en el asiento, bajó la mirada hacia los controles y los contempló con el ceño fruncido.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿No crees que ya va siendo hora de que finalicemos el salto?

Chewie dejó escapar un gruñido afirmativo y extendió una manaza peluda hacia los controles hiperespaciales. El wookiee contempló cómo los números se iban sucediendo en su panel de control, y cuando llegó el momento adecuado tiró hacia atrás de la palanca que devolvería el *Halcón* al espacio normal. Los puntitos multicolores del hiperespacio se alargaron repentinamente convirtiéndose en líneas estelares con un rugido que Han sintió más que oyó, y un instante después se encontraron rodeados por el esperado tapiz de estrellas.

Detrás de ellos el espectáculo de las Fauces hacía pensar en una abigarrada pintura hecha con los dedos, una imagen creada por el gas ionizado que se precipitaba en los múltiples agujeros negros. Han vio el destello blanco azulado del sol de Kessel directamente delante del *Halcón*. La nave giró para alinearles con la elíptica y Kessel se hizo visible, una especie de patata envuelta por la aureola de los zarcillos de atmósfera fugitiva alrededor de la cual orbitaba una luna de grandes dimensiones que en tiempos había albergado una guarnición de soldados imperiales.

—Justo en el blanco, Chewie —dijo Han—. Bien, y ahora deja que coja los controles...

Kessel parecía un sudario que se desplazaba lentamente a lo largo de su órbita, y como masa planetaria era demasiado pequeña para poder retener una atmósfera propia. Inmensas factorías generadoras procesaban continuamente la roca para liberar oxígeno y dióxido de carbono, lo que hacía posible sobrevivir en el exterior sólo con máscaras respiradoras y eliminaba la necesidad de utilizar trajes ambientales completos. Una parte considerable de la atmósfera recién manufacturada escapaba al espacio, esparciéndose en forma de hilachas detrás del pequeño planeta como si fuese la cola de un cometa gigante.

Chewbacca ladró un breve comentario nasal y Han asintió con la cabeza.

—Sí, visto desde aquí arriba tiene un aspecto soberbio... Es una pena que cambie tanto cuando lo ves de cerca, ¿verdad? Ese planeta nunca me ha gustado mucho.

Kessel era uno de los grandes productores de especia y sede de una considerable actividad de contrabando, y también acogía una de las prisiones más duras de la galaxia. El Imperio había controlado toda la producción de especia salvo por las pequeñas cantidades que los contrabandistas lograban robar ante las narices de los imperiales, pero los contrabandistas y los prisioneros de la Institución Penitenciaria Imperial se habían adueñado del planeta después de la caída del Emperador. Kessel había hecho todo lo posible para no verse afectado por las depredaciones del Gran Almirante Thrawn y la reciente insurrección del Emperador, el planeta había intentado pasar desapercibido, no había hecho nada que pudiera atraer la atención y no había respondido a ninguna petición de auxilio, viniera de quien viniera.

Un prolongado gruñido gutural retumbó en la garganta de Chewie. Han suspiró y meneó la cabeza.

—Oye, viejo amigo, a mí tampoco me hace ninguna gracia tener que volver ahí... Pero ahora las cosas son muy distintas, y somos las personas más adecuadas para la misión.

Con la guerra civil terminada por fin y la Nueva República firmemente asentada una vez más en Coruscant, lo que había dejado como único factor de desorden a grupitos de naves imperiales que luchaban entre ellos, había llegado el momento de reabrir las negociaciones. «Tenerlos de nuestro lado es preferible a permitir que vendan su mercancía donde puedan —pensó Han—, aunque de todas maneras probablemente es justo lo que acabarán haciendo...» Mara Jade, que había causado tantos problemas a Luke en el pasado, se había convertido en representante de los nuevos contrabandistas unificados y había intentado ponerse en contacto con Kessel, pero sólo había obtenido una tajante negativa a hablar.

El *Halcón Milenario* seguía aproximándose a Kessel, y las toberas de proa se activaron para ayudarles a sincronizar su avance con el movimiento del planeta y

preparar la inserción en su órbita. Han fue siguiendo su aproximación por las pantallas del puesto de mando.

—Vector de entrada —dijo.

Chewie emitió un rápido comentario en wookiee y señaló las pantallas. Han bajó la mirada y vio unos puntitos en órbita alrededor del planeta que estaban emergiendo de la capa de nubes de la atmósfera.

—Los veo —dijo—. Parece que hay una media docena de naves, pero están demasiado lejos para determinar de qué tipo son.

Han movió una mano desdeñando el gruñido de inquietud lanzado por Chewie.

—Bueno, nos limitaremos a decirles quiénes somos... No te preocupes. ¿Por qué crees que Leia se tomó tantas molestias para conseguirnos las señales de identificación diplomática oficiales y todo lo demás?

Han activó la baliza de la Nueva República, y ésta empezó a lanzar automáticamente su identificación en básico y varias lenguas más. Para gran sorpresa suya, las naves en órbita cambiaron su vector al unísono e incrementaron su velocidad para interceptar al *Halcón*.

—¡Eh! —gritó. y un instante después se dio cuenta de que no había conectado el circuito de audio. Chewie rugió. y Han movió el interruptor—. Aquí Han Solo, de la nave de la Nueva República *Halcón Milenario*. Venimos en misión diplomática... — Su mente funcionaba a toda velocidad, preguntándose qué palabras utilizaría un auténtico diplomático—. Eh... Tengan la bondad de exponer sus intenciones.

Las dos naves más cercanas se estaban aproximando con gran rapidez, y fueron aumentando de tamaño hasta convertirse en dos puntos luminosos primero y adquirir forma después.

—Creo que será mejor que levantes nuestros escudos deflectores delanteros. Chewie. Esto me huele bastante mal...

Han alargó la mano hacia el interruptor del circuito de comunicaciones mientras Chewbacca subía los escudos, pero después alzó la mirada hacia la ventanilla central. Las dos naves venían hacia él rugiendo a una velocidad increíble, y se estaban separando para colocarse una a cada lado del *Halcón*. Ver sus paneles solares cuadrados y los compartimentos de pilotaje centrales hizo que la sangre de Han se convirtiera en agua helada.

Cazas TIE.

—Ocupa mi sitio. Chewie. Voy al cañón láser.

Han se metió por el tubo de acceso que llevaba al pozo del cañón antes de que el wookiee tuviera tiempo de contestar. Se agarró al sillón del artillero, e intentó reorientarse en el nuevo campo gravitatorio.

Los cazas TIE habían iniciado un ataque en pinza, y se estaban desplegando por encima y por debajo del *Halcón* mientras disparaban sus cañones láser. Los impactos

hicieron oscilar la nave, pero Han logró lanzarse sobre el sillón, agarrar la hebilla del arnés e instalarse en él. Una de las naves atacantes pasó a toda velocidad sobre ellos, y los paneles sensores del *Halcón* aullaron con el sonido de los motores iónicos gemelos del caza. La nave enemiga volvió a disparar, pero los haces de energía mortífera se deslizaron inofensivamente por el espacio.

—¡Emprende acción evasiva, Chewie! ¡No sigas volando en línea recta!

El wookiee gritó algo desde abajo.

—¡No lo sé! —gritó Han—. ¡Estás pilotando la nave, así que arréglatelas como puedas!

Estaba claro que Kessel había decidido prescindir de la alfombra roja para darles la bienvenida. ¿Sería posible que algún vestigio del Imperio se hubiese apoderado del planeta? De ser así, Han debía volver a Coruscant llevando consigo esa información.

Más naves se estaban aproximando a ellos, y Han tenía el presentimiento de que no venían a echarles una mano. Los dos cazas TIE trazaron un arco, ejecutaron un giro de ciento ochenta grados arriba de ellos y por delante de su proa, y volvieron rugiendo para un segundo ataque contra el *Halcón*.

Pero Han ya había logrado ponerse el arnés y acababa de activar las baterías energéticas del láser. El caza TIE apareció en su visor convertido en un blanco digitalizado que se iba haciendo más y más grande a cada momento que pasaba. La nave enemiga estaba cada vez más cerca. Han tensó los dedos sobre las palancas de disparo, sabiendo que el piloto del TIE estaría haciendo lo mismo. Esperó, sintiendo cómo el sudor se acumulaba en su cuello, y se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Un segundo más... Un segundo más... La cruz de puntería del visor ya estaba centrada en el ala de estribor del caza.

Y Chewbacca lanzó el *Halcón* en un giro evasivo justo cuando Han presionó el botón de disparo. Los haces del láser fallaron el blanco por una gran distancia y se perdieron en el vacío, alejándose hacia las estrellas lejanas. El disparo del caza TIE también falló, alejándose en dirección opuesta y no dando en el segundo caza TIE por una distancia peligrosamente pequeña.

El segundo caza consiguió reajustar sus coordenadas de puntería lo bastante deprisa para que sus dos haces de energía se estrellaran en los escudos del *Halcón*. Han oyó el chisporroteo de las chispas que brotaban de los paneles de control, y Chewie rugió un informe de daños preliminar. Los escudos de popa se habían esfumado, y los escudos de proa seguían aguantando sin problemas. Eso quería decir que tendrían que enfrentarse a los cazas TIE utilizando maniobras de combate frontal.

El primer caza viró para iniciar una segunda pasada de ataque, y Han hizo girar su torreta hasta el final de su arco de movimiento y volvió a clavar la mirada en la pantalla de puntería. Esta vez se olvidaría de la delicadeza y la perfección en el centrado del disparo. Lo único que quería era acabar con aquel desgraciado, nada

más. Los niveles de carga de su láser estaban al máximo, por lo que Han podía permitirse el lujo de desperdiciar unos cuantos disparos siempre que no fueran a enzarzarse en una batalla prolongada.

La cruz de puntería rozó la imagen del caza y Han presionó los botones de disparo con todas sus fuerzas, enviando su letal haz láser hacia la trayectoria que seguía la nave enemiga. El caza imperial empezó a girar, pero no consiguió alterar su rumbo lo bastante deprisa y se metió en el diluvio de andanadas láser.

La nave estalló convirtiéndose en una flor llameante creada por la explosión de los depósitos de combustible y la expansión de la atmósfera de su compartimiento de pilotaje. Han y Chewbacca gritaron su triunfo al unísono, pero aunque se sentía eufórico Han no perdió el tiempo quedándose quieto y dándose palmaditas de felicitación en la espalda.

—Vayamos a por el otro. Chewie. —El segundo caza TIE se alejó en un gran arco y emprendió una trayectoria evasiva de regreso a Kessel—. ¡Deprisa, antes de que esos refuerzos puedan llegar hasta aquí!

Han se preguntó si no sería mejor virar y huir de allí a toda velocidad. Pero una parte de su ser se negaba a permitir que alguien, fuera quien fuese, disparase contra el *Halcón Milenario* y se largara después sin recibir su merecido.

Chewbacca aumentó la velocidad y fue reduciendo rápidamente la distancia que les separaba del caza TIE.

—Me conformo con que me proporciones una buena posición de disparo. Chewie... Colócanos en posición y yo haré el resto.

Han y Chewbacca iban en un carguero ligero modificado sin ninguna clase de señales identificadoras. ¿Qué razón podían tener los cazas TIE para abrir fuego contra ellos? ¿Sería por la baliza de identificación de la Nueva República? ¿Qué estaba ocurriendo en Kessel? Leia había pasado horas meditando en ese tipo de detalles, analizando las posibilidades y desarrollando planes para enfrentarse a toda clase de eventualidades. Su tremenda carga de deberes diplomáticos la obligaba a pensar más y más a cada día que pasaba, y siempre que era posible Leia prefería resolver los problemas mediante los comités y las negociaciones. Pero si un caza TIE imperial se lanzaba sobre ti disparando. No había ninguna solución política que pudiera dar resultado.

Otra nave apareció súbitamente detrás de ellos mientras perseguían al caza TIE que huía hacia Kessel. Han lanzó unas cuantas andanadas láser, pero todas fallaron: y después concentró su atención en la nave que tenían a la cola. El *Halcón* carecía de escudos operacionales en esa zona.

Chewbacca volvió a rugirle desde abajo, y Han se llevó su segunda gran sorpresa del día.

—¡Lo veo, lo veo!

Un caza X se estaba aproximando desde atrás, reduciendo lentamente la distancia que lo separaba del *Halcón* mientras se acercaban a Kessel. Han lanzó otra andanada contra el caza TIE. Estaban bastante lejos del caza X, pero incluso desde esa distancia parecía viejo y maltrecho, como si el caza hubiera sido reparado varias veces.

—Chewie, ponte en contacto con el caza X y dile que le agradeceríamos muchísimo cualquier tipo de ayuda que pueda proporcionarnos.

Han pegó la espalda al acolchado del sillón del artillero y concentró la atención en su objetivo.

El caza TIE que huía entró a toda velocidad en la vaporosa cola de atmósfera que se extendía detrás del planeta. Han pudo ver el sendero resplandeciente producido cuando la gran velocidad a que avanzaba la nave ionizó los gases.

De repente el caza X disparó contra el *Halcón* desde atrás. Los láser obtuvieron un impacto directo en el casco, incinerando el plato de sensores que sobresalía de la parte superior de la nave.

Han y Chewie empezaron a intercambiar gritos mientras intentaban decidir qué debían hacer. Chewbacca lanzó el *Halcón* en un veloz picado que los sumergió todavía más en la atmósfera de Kessel.

—¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta!

Tenían que sacar la desprotegida sección de popa del radio de fuego del caza X.

El caza X volvió a disparar, calcinando el metal del casco del *Halcón*. Todas las luces se apagaron dentro de la nave. La oscilación de la cabina indicó a Han que el impacto había sido grave. Ya podía oler algo que se estaba quemando debajo de la cubierta. Las luces de emergencia se encendieron con un chasquido.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Chewbacca ladró el equivalente wookiee a «¿Hablas en serio?».

Se metieron en la cola atmosférica, y fueron sacudidos por el diluvio de partículas de gas repentinamente densas que azotó la nave.

Hilachas de gases recalentados brillaban a su alrededor con destellos azules y anaranjados. El caza X apareció detrás de ellos..., y seguía disparando.

La mente de Han estaba funcionando a toda velocidad. Podían desplazarse alrededor de Kessel en una órbita muy cerrada que los mantuviera pegados al planeta y salir disparados del sistema a toda velocidad después igual que una piedra lanzada por una honda aprovechando el impulso gravitatorio. Con el cúmulo de agujeros negros tan cercano, nadie correría el riesgo de saltar al hiperespacio sin haber hecho un montón de cálculos previos y ni Han ni Chewie disponían del tiempo necesario para ello.

El plato de sensores del *Halcón* estaba inutilizado, por lo que Han ni siquiera podía enviar una petición de socorro o tratar de convencer al traicionero piloto del caza X de que dejara de atacarles. ¡En realidad, ni siquiera podía rendirse! Estaban

metidos en un auténtico callejón sin salida.

—Si tienes alguna sugerencia que hacer, Chewie...

Han se interrumpió de repente porque se había quedado boquiabierto. Ya habían iniciado la órbita alrededor de Kessel, y de repente vio oleada tras oleada de cazas que despegaban de la luna donde había estado la guarnición imperial, creando una cortina defensiva que el *Halcón Milenario* jamás sería capaz de atravesar.

Vio centenares de naves de todos los tamaños y modelos imaginables, desde navíos de guerra llenos de reparaciones improvisadas hasta yates robados. El segundo caza TIE ejecutó otro rizo para unirse al resto del grupo, buscando la seguridad del número. Un instante después todas aquellas naves ya estaban allí, disparando un confuso laberinto de haces turboláser que parecían un despliegue de fuegos artificiales. El aspecto de la flota de Kessel podía ser abigarrado y no muy impresionante, pero los sensores de Han le indicaron que su armamento funcionaba a la perfección.

El caza X que les estaba atacando obtuvo otro impacto directo. La cabina tembló.

El *Halcón* ascendió a toda velocidad. Chewbacca estaba intentando esquivar la oleada de naves que se aproximaba rápidamente a ellos. Han envió una andanada de fuego láser a la masa de navíos, y tuvo la satisfacción de ver cómo la cápsula motora de un pequeño caza Z-95 Cazador de Cabezas empezaba a arder. El caza se alejó de la flota atacante e inició un tambaleante descenso hacia la atmósfera de Kessel. Han esperaba que se estrellara.

Seguir disparando contra un número tan abrumador de enemigos no serviría de nada, y Han ya lo había comprendido. Volvió a deslizarse por el pozo de acceso de la torreta hasta la cabina para averiguar si podía ayudar de alguna manera a Chewbacca.

Y un instante después la flota empezó a atacarles. El caza X volvió a disparar, obteniendo un segundo impacto directo. Una tempestad ígnea de haces láser se estrelló contra sus escudos deflectores delanteros. Chewie hizo oscilar el *Halcón* de un lado a otro en una fútil maniobra evasiva.

Han se dejó caer en el otro sillón de pilotaje justo a tiempo de ver cómo se apagaban los indicadores de los escudos delanteros. Eso significaba que habían quedado desprotegidos tanto por delante como por detrás.

Otro impacto hizo oscilar la nave, y el pecho de Han chocó con el panel de control.

—Despídete del impulsor principal... La próxima andanada nos hará picadillo. Baja, Chewie. Métenos en la atmósfera... Es lo único que podemos hacer.

Chewie empezó a expresar su incredulidad, pero Han agarró los controles y lanzó el *Halcón* en un salvaje descenso hacia Kessel.

—Va a ser un trayecto algo accidentado. Chewie, así que procura no perder mucho pelo.

El enjambre de naves atacantes giró en el espacio mientras el *Halcón* hendía la blanca atmósfera de Kessel. Han se agarró a su asiento cuando la nave chocó con las nubes, y se sintió repentinamente abofeteado por las ráfagas de viento causadas por las partículas de aire que escapaban al espacio. Tanto sus paneles de control como el hedor a quemado que llegaba hasta ellos procedente de los compartimentos traseros indicaron a Han que sus capacidades de maniobra habían quedado reducidas al mínimo y los gimoteos de su copiloto le hicieron comprender que el wookiee también era consciente de ello.

—Bueno, Chewie, intenta tomártelo por el lado bueno... ¡Si conseguimos que este trasto llegue a la superficie de Kessel sin haberse desintegrado, nuestra habilidad como pilotos será una leyenda conocida de un confín a otro de la galaxia! —exclamó Han, con una jovialidad que no sentía.

«Siempre supe que volver a Kessel no era una buena idea...»

La flota defensiva de Kessel entro en órbita y se preparó para un descenso ordenado. Una esbelta nave que recordaba a un insecto y a la que Han reconoció como un Interceptor Avispa construido en el mercado negro se apartó del contingente principal y se lanzó hacia el planeta, siguiendo la estela del *Halcón* a toda velocidad.

Chewbacca la vio primero. La nave, aerodinámicamente perfecta, se deslizaba a través de la atmósfera con tanta facilidad como una vibro-hoja, ignorando el calor generado en su casco por el descenso. Un instante después disparó con precisión quirúrgica salvas de sus cañones turboláser dirigidas contra las toberas de maniobra del *Halcón*, dejándolo todavía más incapaz de maniobrar.

—¡Ya estamos a punto de estrellarnos! —gritó Han—. ¿Qué más quieren esos tipos?

Pero en realidad ya lo sabía: querían que el *Halcón* quedara totalmente destruido por el impacto y que éste no dejara ni rastro de sus ocupantes. Han tenía la sospecha de que el planeta no necesitaba la ayuda del Interceptor Avispa para ello.

Seguían bajando, y el *Halcón* se estaba aproximando a una de las gigantescas fábricas de atmósfera, una inmensa chimenea construida sobre la superficie de Kessel en la que motores gigantes cos catalizaban la roca y calentaban los gases hasta desprenderlos convertidos en un ciclón de aire respirable.

El Interceptor Avispa volvió a disparar. El *Halcón* se tambaleó locamente, logrando escapar a lo que estuvo a punto de ser un impacto directo. Chewbacca estaba muy serio. Su concentración total en la tarea de mantenerles con vida era tan intensa que tenía la boca entreabiada y se le veían los colmillos.

—Acércanos todo lo que puedas al chorro de vapores, Chewie... ¡Tengo una idea! —Chewbacca aulló, pero Han le interrumpió secamente—. ¡Limítate a hacer lo que te digo, muchacho!

Cuando el Avispa intentó rebasarles por el flanco, Han lanzó la nave hacia un

lado justo allí donde el gigantesco chorro de atmósfera hervía en el cielo. El Interceptor Avispa intentó anticiparse a su maniobra, pero Han repitió la maniobra y empujó al Avispa hacia la corriente de viento que ascendía con un rugido ensordecedor.

Una protuberancia de la delicada ala insectil que ejercía las funciones de alerón se partió, y el Avispa quedó atrapado por el ciclón y empezó a girar incontrolablemente. Otras partes de su casco se desprendieron mientras la nave intentaba escapar sin conseguirlo, y se iba internando cada vez más en la zona de peligro. Han lanzó un grito de triunfo al ver cómo la nave estallaba creando una bola de llamas que fueron rápidamente disipadas por el vórtice que brotaba de la fábrica de atmósfera.

Y un instante después la superficie de Kessel subió a toda velocidad hacia ellos como un gigantesco martillo.

Han estaba luchando con los controles.

—Bueno, al menos los nuevos impulsores de repulsión que instalé hace poco nos garantizarán un descenso suave —dijo.

Se agarró al panel y manipuló los controles. Chewbacca lanzó un ladrido indicándole que se diera prisa. Han activó los impulsores de repulsión al mismo tiempo que dejaba escapar un suspiro de alivio.

Nada.

—¿Qué? —Han volvió a dejar caer los dedos sobre el pulsador una y otra vez, pero los impulsores de repulsión se negaron a funcionar—. ¡Pero si acabo de repararlos!

Han tuvo que gritar para hacerse oír por encima del rugido del viento mientras luchaba intentando recuperar aunque sólo fuese una fracción de control sobre el *Halcón*.

—¡De acuerdo, Chewie, estoy abierto a toda clase de sugerencias!

Pero Chewbacca no tuvo tiempo de responder antes de que la nave se estrellara contra la escarpada superficie de Kessel.

2

Las torres de Ciudad Imperial se alzaban hacia el cielo, elevándose a gran altura sobre la superficie envuelta en sombras del planeta Coruscant. Los cimientos de las torres habían sido colocados hacía más de mil generaciones, y se remontaban a los días de formación de la Vieja República. A lo largo de los milenios se habían ido construyendo estructuras cada vez más altas sobre las ruinas de aquellos cimientos.

Luke Skywalker subió a una plataforma para el tráfico de lanzaderas que sobresalía del rostro monolítico y lleno de marcas y grietas del antiguo Palacio Imperial. Ráfagas de viento revolotearon a su alrededor, y Luke echó hacia atrás el capuchón de su manto Jedi.

Alzó la mirada hacia el cielo y pensó en la delgada capa de atmósfera que protegía Coruscant del espacio que se extendía más allá de ella. Aún había naves semidestrozadas que viajaban siguiendo órbitas caprichosas, restos de las salvajes batallas libradas recientemente cuando la Alianza había vuelto a conquistar el planeta arrancándoselo al control imperial durante la guerra civil en los restos del Imperio.

Por encima de los pináculos de esas torres, halcones-murciélago parecidos a cometas cabalgaban sobre las corrientes térmicas que brotaban de los desfiladeros de la ciudad. Mientras los contemplaba, un Halcón-murciélago se lanzó en picado descendiendo hacia las oscuras hendiduras que había entre los viejos edificios, para acabar emergiendo un momento después con algo cilíndrico y goteante —una oruga del granito, quizá— sujeto en las garras.

Luke esperó, utilizando una técnica de meditación Jedi para calmar el nerviosismo que había empezado a agitarse dentro de él. Cuando era más joven había sido impaciente e inquieto, y había estado lleno de incertidumbre e inseguridad. Pero Yoda le había enseñado la paciencia, junto con otras muchas cosas. Un auténtico Caballero Jedi podía aguardar todo el tiempo que fuese necesario.

El Senado de la Nueva República sólo llevaba una hora reunido en sesión, y sus miembros todavía estarían debatiendo asuntos y problemas administrativos. Luke quería darles una sorpresa cuando ya llevaran un buen rato hablando de aquellas cosas.

La inmensa metrópolis de Ciudad Imperial se agitaba a su alrededor, muy poco cambiada después de haberse convertido en la sede de la Nueva República en vez del centro del Imperio, antes de lo cual había sido la capital de la Vieja República. El Capitolio, anteriormente el palacio del Emperador Palpatine estaba hecho de roca verde grisácea pulimentada y cristales facetados que centelleaban bajo la nebulosa claridad del sol de Coruscant y se alzaba hasta una gran altura dominando el resto de estructuras, el edificio contiguo del Senado incluido.

Una gran parte de Ciudad Imperial había sido devastada durante los meses de

guerra civil que siguieron a la caída del Gran Almirante Thrawn. Las distintas facciones del antiguo Imperio habían luchado en el mundo que había sido la sede del Emperador, convirtiendo inmensos distritos urbanos en cementerios de naves estrelladas y edificios destruidos por las explosiones.

Pero la marea de la batalla había ido cambiando de dirección poco a poco. Y la Nueva República había obligado a retroceder a los vestigios del imperio. Muchos soldados de la Alianza habían pasado a invertir sus energías y esfuerzos en reparar los daños, su amigo Wedge Antilles entre ellos. La reconstrucción del antiguo Palacio Imperial y las cámaras del Senado había sido considerada labor de máxima prioridad. Los inmensos androides que en el pasado fueron utilizados por el Emperador para sus proyectos de construcción iban y venían por los eriales que habían sido campos de batalla, recogiendo automáticamente materias primas de entre los escombros para que fueran convertidas en nuevos edificios.

Luke podía ver a uno de esos enormes androides en la lejanía, una máquina de cuarenta pisos de altura que estaba demoliendo el cascarón vacío de un edificio medio en ruinas y abría un sendero allí donde su programación había considerado que habría que colocar un nuevo camino de transporte elevado. Los brazos del androide derribaron la fachada de piedra del edificio y arrancaron las estructuras metálicas de soporte, y después desplazaron los escombros y restos hasta una boca procesadora en cuyo interior se llevaría a cabo la separación de los distintos materiales y de la que saldrían nuevos componentes para la construcción.

Durante el año de violentas contiendas anterior al final de la guerra Luke había sido llevado a la fortaleza del núcleo galáctico del Emperador resucitado, y una vez allí se había permitido a sí mismo descubrir el camino del lado oscuro. Se había convertido en el lugarteniente del Emperador, al igual que lo había sido su padre, Darth Vader. La lucha que todo eso produjo en su interior había sido muy grande, y al final sólo la ayuda, la amistad y el amor de Han y Leia le habían permitido escapar de aquella trampa...

Luke vio cómo una lanzadera diplomática bajaba de su órbita con las luces de localización encendiéndose y apagándose en una complicada pauta de guiños. Los reactores de la nave se desconectaron con un silbido quejumbroso mientras bajaba lentamente hacia una pista situada al otro lado del palacio.

Luke Skywalker ya había caminado a través de las llamas. Su corazón parecía haberse convertido en una masa cristalina tan dura como el diamante. No era meramente otro Caballero Jedi: era el único Maestro Jedi que existía. Había sobrevivido a pruebas y penalidades más terribles que aquellas para las que le había preparado el entrenamiento rutinario de los Jedi. Después de todo aquello, su comprensión de la Fuerza había llegado a extremos que Luke jamás había creído posibles antes. A veces eso le aterraba.

Pensó en los días en que había sido un joven idealista que anhelaba vivir grandes aventuras, cuando había viajado en el *Halcón Milenario* y se batía a ciegas en duelos con un mecanismo de adiestramiento mientras Ben Kenobi le contemplaba. Luke también se acordaba del escepticismo que había sentido mientras se precipitaba hacia la primera *Estrella de la Muerte* durante la Batalla de Yavin e intentaba localizar una diminuta salida de ventilación..., y la voz de Ben le había hablado de repente, diciéndole que confiara en la Fuerza. El nuevo Luke comprendía mucho más de lo que había comprendido en aquel entonces, y especialmente el porqué los ojos del anciano siempre estaban tan llenos de tristeza y preocupación.

Otro Halcón-murciélago bajó en picado hacia el laberinto de oscuridad formado por los niveles inferiores de los edificios, moviendo velozmente sus alas al volver a ascender con un trofeo que se debatía atrapado en sus garras. Mientras Luke le observaba, un segundo Halcón-murciélago se lanzó en una trayectoria de intercepción y arrancó la presa de las garras del primer animal. Luke pudo oír sus distantes graznidos mientras se atacaban y se desgarraban el uno al otro. La presa que seguía debatiéndose, y a la que los dos depredadores ya habían dejado de prestar atención, se precipitó en el vacío y fue abofeteada por las corrientes que subían hacia el cielo hasta que se estrelló contra el suelo en algún lugar de la penumbra de los callejones. Los dos halcones-murciélago enzarzados en un combate a muerte también cayeron mientras luchaban ferozmente, hasta que ellos también se estrellaron contra un saliente de los niveles inferiores abandonados.

Una expresión de inquietud cruzó velozmente por el semblante de Luke. ¿Sería un presagio? Estaba a punto de dirigirse al Senado de la Nueva República. El momento había llegado. Giro sobre sí mismo y entró en el frescor de los pasillos, envolviéndose en los pliegues de su manto.

Luke estaba inmóvil en la entrada de la sala de reuniones del Senado. La estancia iba bajando de nivel hasta un gigantesco anfiteatro en el que estaba sentado el círculo interno de senadores nombrados, rodeado por las filas exteriores de representantes de distintos planetas y distintas razas alienígenas. Hologramas tomados en tiempo real serían emitidos por todo el perímetro de Ciudad Imperial y grabados para su transmisión posterior a otros mundos.

La luz del sol se filtraba a través de los segmentos de cristal fragmentado incrustados en el techo, desplegando el espectro solar en un efecto arco iris sobre las personalidades más importantes que se encontraban en el centro de la sala y resplandeciendo en un sinfín de centelleos a su alrededor mientras se movían. Luke sabía que el espectáculo luminoso había sido concebido por el mismo Emperador para impresionar a quienes le observaran.

Mon Mothma, la Jefe de Estado de la Nueva República, estaba hablando sobre el estrado central, y daba la impresión de sentirse un poco incómoda ante la opulenta

grandeza de la sala de reuniones. Luke permitió que una fugaz sonrisa curvara sus labios mientras recordaba la primera vez que había visto a Mon Mothma, cuando estaba describiendo los planos de la segunda *Estrella de la Muerte* mientras los rebeldes se aproximaban a Endor.

Su corta cabellera pelirroja y su voz suave hacían que Mon Mothma no pareciera la dura y decidida líder militar que era en realidad. Mon Mothma había sido miembro del Senado Imperial, y en aquellos momentos parecía encontrarse en su elemento natural mientras intentaba unir los fragmentos de la Nueva República fundiéndolos en un gobierno fuerte y unificado.

Leia Organa Solo, la hermana de Luke, estaba sentada al lado de Mon Mothma, con la espalda muy erguida y escuchando atentamente cada palabra que era pronunciada en la sesión. A cada mes que pasaba, Leia tenía que llevar a cabo actividades diplomáticas más importantes.

Alrededor del estrado estaban sentados los miembros del Alto Mando de la Alianza, todos ellos figuras importantes en la Rebelión a las que se había dado cargos en el nuevo gobierno: el general Jan Dodonna, que había dirigido a las tropas rebeldes en la Batalla de Yavin contra la primera *Estrella de la Muerte*; el general Carlist Rieekan, antiguo comandante de la Base Eco en el planeta helado Hoth; el general Crix Madine, un desertor imperial que había resultado de un valor inapreciable a la hora de planear la destrucción de la segunda *Estrella de la Muerte*; el almirante Ackbar, que había mandado la flota rebelde en la Batalla de Endor; y el senador Garm Bel Iblis, que había aportado sus Acorazados para el encarnizado combate contra el Gran Almirante Thrawn.

Las credenciales obtenidas en el campo de batalla no implicaban necesariamente que aquellos valerosos líderes también tuvieran dotes políticas, pero el poder de la Nueva República aún no estaba firmemente asentado, como había demostrado la reciente y devastadora guerra civil, por lo que de momento mantener a los comandantes militares en puestos de poder parecía lo más prudente y lógico.

Mon Mothma terminó su discurso y alzó las manos. Durante un momento pareció como si fuera a impartir su bendición.

—Abro la sesión a cualquier otro tema —dijo—. ¿Hay alguien que desee hablar?

Luke había sabido calcular el tiempo a la perfección. Entró en el área iluminada del arco de entrada y echó hacia atrás su capuchón. Habló en voz baja, pero usó sus poderes Jedi para proyectar su voz con la potencia suficiente para que todos los ocupantes del enorme anfiteatro pudieran oírle.

—Deseo dirigirme a la asamblea, Mon Mothma —dijo—. ¿Se me permite hacerlo?

Bajó por los peldaños con zancadas rápidas y fluidas, lo bastante deprisa para que nadie perdiera la paciencia aguardándole pero al mismo tiempo moviéndose de una

manera lo suficientemente grácil para dejar clara la fortaleza de su personalidad. Yoda le había dicho que las apariencias podían resultar engañosas, pero también había ocasiones en que las apariencias podían ser muy importantes.

Luke sintió que los ojos de todos los presentes se volvían hacia él mientras descendía por la larga rampa. El silencio se adueñó de la inmensa estancia. Luke Skywalker, el único Maestro Jedi existente, casi nunca tomaba parte en los procedimientos gubernamentales.

—Tengo un asunto muy importante que deseo exponer —dijo.

Durante un momento Luke se acordó del día en que había avanzado en la más completa soledad por los húmedos y oscuros pasillos del palacio de Jabba el Hutt, pero en esta ocasión no había centinelas gamorreanos de aspecto porcino a los que pudiera manipular con un chasquido de los dedos y un pequeño retorcimiento de la Fuerza.

Mon Mothma le dirigió una leve sonrisa impregnada de misterio y movió una mano indicándole que se colocara en el centro del estrado.

—Las palabras de un Caballero Jedi siempre son bienvenidas en la Nueva República —dijo.

Luke intentó no parecer complacido. Mon Mothma acababa de proporcionarle el comienzo perfecto.

—En la Vieja República —dijo—, los Caballeros Jedi eran los guardianes y los protectores de todos. Durante mil generaciones, los Jedi utilizaron los poderes de la Fuerza para guiar, defender y proporcionar apoyo al gobierno legítimo de los mundos... antes de que llegaran los días oscuros en que surgió el Imperio, cuando los Caballeros Jedi fueron asesinados.

Luke dejó que sus palabras flotaran en el aire, y volvió a tragar aire.

—Ahora tenemos una Nueva República —siguió diciendo—. El Imperio parece haber sido derrotado. Hemos fundado un nuevo gobierno basado en el antiguo, pero debemos albergar la esperanza de que aprenderemos de nuestros errores. Antes toda una orden de Caballeros Jedi cuidaba de la República y le ofrecía su fuerza. Ahora soy el único Maestro Jedi que existe. ¿Podremos sobrevivir sin esa orden de protectores para proporcionar una columna vertebral de fuerza a la Nueva República? ¿Seremos capaces de capear las tempestades y superar las dificultades que implica el forjar una nueva unión? Hasta este momento hemos padecido contiendas muy severas... pero en el futuro serán consideradas como simples dolores de parto.

Luke continuó hablando antes de que los senadores pudieran expresar su disconformidad.

—Nuestra gente ha tenido un enemigo común en el Imperio, y no debemos permitir que nuestras defensas se disuelvan meramente porque tenemos problemas internos. Y lo que es todavía más importante, ¿qué ocurrirá si empezamos a

enfrentarnos los unos con los otros por mezquindades e insignificancias? Los antiguos Caballeros Jedi ayudaron a resolver disputas de muchos tipos actuando como mediadores. ¿Qué ocurrirá en el futuro si no hay Caballeros Jedi para protegernos de los tiempos difíciles que nos aguardan?

Luke se movió bajo los colores del arco iris creado por la difracción de la luz que producían los cristales del techo. Dejó que su mirada fuera recorriendo sin apresurarse los rostros de todos los senadores presentes, y acabó concentrando su atención en Leia. Vio que tenía los ojos muy abiertos, pero parecía estar de acuerdo con él. Luke no había comentado su idea con Leia.

—Mi hermana está sometiéndose al adiestramiento Jedi. Tiene una gran habilidad en el uso de la Fuerza, y sus tres hijos también son probables candidatos a ser adiestrados como jóvenes Jedi. Durante los últimos años he llegado a conocer bastante bien a una mujer llamada Mara Jade, que actualmente está unificando a los contrabandistas..., a los antiguos contrabandistas —se corrigió—, en una organización que pueda colaborar con la Nueva República y ayudarla a resolver sus problemas. Mara Jade también posee un talento para la Fuerza. He conocido a otras personas como ella en el curso de mis viajes.

Otra pausa. De momento, todos le estaban escuchando en silencio.

—Pero ¿son las únicas? Ya sabemos que la capacidad para utilizar la Fuerza es transmitida de una generación a otra. La inmensa mayoría de los Jedi fueron asesinados durante la purga llevada a cabo por el Emperador, pero... ¿Acaso pudo erradicar a todos los descendientes de esos Caballeros Jedi? Yo mismo era totalmente inconsciente de la existencia del poder potencial que había dentro de mí hasta que Obi-Wan Kenobi me enseñó cómo utilizarlo. Mi hermana Leia tampoco conocía su existencia. ¿Cuántas personas hay en la galaxia que poseen una capacidad para utilizar la Fuerza comparable y que son miembros potenciales de una nueva orden de Caballeros Jedi, pero que ignoran qué son en realidad?

Luke volvió a mirarles.

—Durante mi breve búsqueda ya he descubierto que existen algunos descendientes de los antiguos Jedi. He venido aquí para pedir... —se volvió hacia Mon Mothma y movió la mano en un gesto que abarcó a todos los reunidos en la sala—, dos cosas.

»La primera es que la Nueva República sancione de manera oficial mi búsqueda de aquellas personas que poseen un talento oculto para utilizar la Fuerza, a fin de que pueda dar con ellas y tratar de ponerlas a nuestro servicio. Es una tarea en la que necesitaré cierta ayuda.

El almirante Ackbar le interrumpió, volviendo la cabeza hacia él y abriendo y cerrando velozmente sus enormes ojos de pez.

—Pero si tú mismo ignorabas la existencia de tu poder cuando eras joven, ¿cómo

podrán llegar a conocerla esas otras personas? —preguntó—. ¿Cómo darás con ellas, Luke Skywalker?

Luke juntó las manos delante de él.

—Hay varias formas. En primer lugar y mediante la ayuda de dos androides consagrados a esa labor que dedicarán todo su tiempo a buscar en las bases de datos de Ciudad Imperial, podemos descubrir probables candidatos, personas que hayan experimentado rachas de suerte milagrosa y cuyas vidas parezcan estar llenas de coincidencias increíbles. Podríamos buscar personas que parecieran poseer un carisma que se saliera de lo corriente o a las que la leyenda atribuya el haber obrado milagros. Todas esas cosas podrían ser manifestaciones inconscientes de la capacidad de utilizar la Fuerza.

Luke alzó otro dedo.

—Los androides también podrían examinar las bases de datos en busca de descendientes olvidados de Caballeros Jedi conocidos de los días de la Vieja República. Deberíamos ser capaces de encontrar unas cuantas pistas.

—¿Y qué harás tú? —preguntó Mon Mothma, removiéndose nerviosamente entre los pliegues de su túnica.

—Ya he encontrado varios candidatos a los que deseo investigar. Lo único que pido ahora es vuestra aprobación y el que estéis de acuerdo conmigo en que es algo que debería hacerse, y en que la búsqueda de los Jedi no debería ser una tarea única y exclusiva mía.

Mon Mothma se irguió en su asiento central.

—Creo que podemos otorgar nuestra aprobación sin necesidad de discutirlo. —Sus ojos recorrieron los asientos de los otros senadores, y vio cómo todos asentían indicando que estaban de acuerdo—. Dinos en qué consiste tu segunda petición.

—Si se llega a encontrar un número suficiente de candidatos que posean el potencial de utilizar la Fuerza, deseo que se permita establecer en algún lugar adecuado un centro de adiestramiento intensivo que cuente con la bendición de la Nueva República..., una Academia Jedi, si preferís llamarla así. Bajo mi dirección, podemos ayudar a esos estudiantes a descubrir sus capacidades y a concentrar y reforzar sus poderes. Con el paso del tiempo, esa academia acabaría proporcionando un grupo que serviría de núcleo, y que podría ayudarnos a restaurar la orden de los Caballeros Jedi para que actuaran como protectores de la Nueva República.

Luke tragó una honda bocanada de aire y aguardó en silencio.

El senador Bel Iblis se puso en pie moviéndose lentamente.

—¿Se me permite hacer un comentario? Lo lamento, Luke, pero no tengo más remedio que sacar a relucir este tema... Ya hemos visto los terribles daños que puede llegar a causar un Jedi si se deja atraer y dominar por el lado oscuro. Ha pasado muy poco tiempo desde que nos enfrentamos a Joruu C'Baath... y Darth Vader estuvo a

punto de acabar con todos nosotros, naturalmente. Si un maestro tan grande como Obi-Wan Kenobi pudo fracasar y permitir que su discípulo cayera en las garras del mal, ¿cómo podemos correr el riesgo de adiestrar a toda una nueva orden de Caballeros Jedi? ¿Cuántos de ellos se volverán hacia el lado oscuro? ¿Cuántos nuevos enemigos nos crearemos a nosotros mismos?

Luke asintió con expresión sombría. La pregunta ya llevaba mucho tiempo acechando en las profundidades de su cerebro, y había reflexionado profundamente en ella.

—Lo único que puedo decir es que todos hemos visto esos ejemplos terribles, y que debemos aprender de ellos. Yo mismo he estado en contacto con el lado oscuro y he salido reforzado de esa experiencia, y el ser consciente de los poderes del lado oscuro me ha vuelto mucho más cauteloso de lo que jamás lo había sido antes. Estoy de acuerdo en que existe un riesgo, pero no puedo creer que la Nueva República vaya a estar más segura sin una nueva fuerza de Caballeros Jedi.

Un murmullo onduló por la estancia. Bel Iblis permaneció inmóvil durante un momento como si quisiera decir algo más, pero acabó sentándose con expresión satisfecha.

El almirante Ackbar se puso en pie y aplaudió con sus manos parecidas a aletas.

—Opino que la petición del Jedi ha sido formulada por el bien de la Nueva República y pensando en lo que más le conviene a ésta —dijo.

Jan Dodonna también se puso en pie. Después de haber estado a punto de morir en la Batalla de Yavin. Dodonna confiaba ciegamente en Luke.

—¡Yo también estoy de acuerdo!

Unos instantes después todos los senadores estaban de pie. Luke vio cómo los labios de Leia se curvaban en una sonrisa rebotante mientras se levantaba. Sintió la luminosa presencia del arco iris procedente del techo de cristal que le rodeaba y que parecía estar impregnado de poder, y notó un maravilloso calor que se fue extendiendo por todo su ser.

Mon Mothma seguía sentada, y estaba asintiendo gravemente con la cabeza. Fue la última en levantarse, y alzó una mano pidiendo silencio.

—Te entrego mi esperanza de que haya un renacimiento de los Caballeros Jedi —dijo—. Te ofreceremos toda la ayuda que podamos. Que la Fuerza te acompañe.

Antes de que Luke pudiera darse la vuelta, los aplausos de todos los presentes resonaron como una tempestad por la gran sala.

3

Los aposentos de Leia se contaban entre los más espaciosos y cómodos del palacio abandonado del Emperador..., y la estancia resonaba con los ecos del vacío. Leia Organa Solo, antiguamente princesa y actualmente Ministra de Estado de la Nueva República, se sentía cansada y sin energías mientras volvía a sus habitaciones al final de un día muy largo.

El momento culminante había sido el discurso triunfante de Luke ante la asamblea, pero eso no era más que un detalle en un día que había estado repleto de problemas. Complejas contradicciones en tratados multilingües que ni siquiera Cetrespeó era capaz de comprender, restricciones culturales alienígenas que volvían casi imposible el ejercicio de la diplomacia... ¡Le daba vueltas la cabeza!

Leia recorrió sus aposentos con la mirada y su frente se arrugó en un fruncimiento de ceño.

—Dos puntos más de iluminación —dijo.

La estancia quedó más iluminada, y la intensificación de las luces hizo retroceder algunas de las sombras impregnadas de silencio.

Han y Chewbacca se habían ido, ostensiblemente para restablecer los contactos con el planeta Kessel, aunque Leia creía que para Han aquella misión sería más bien unas vacaciones, una manera de revivir «los buenos viejos tiempos» de vagabundeos despreocupados a través de toda la galaxia.

A veces se preguntaba si había algún momento en el que Han lamentara haberse casado con una persona tan distinta de él, y el haber echado raíces en Coruscant dejándose envolver por los enredos diplomáticos. Su esposo aguantaba recepciones interminables durante las que tenía que ir elegantemente vestido con ropas que estaba claro le resultaban muy incómodas, y durante las conversaciones tenía que hablar con un tacto medido que era totalmente nuevo para él.

Pero en aquellos momentos Han se estaba divirtiendo, y la había dejado atrapada en Ciudad Imperial.

Mon Mothma, la Jefe de Estado de la Nueva República, asignaba un número siempre creciente de misiones a Leia y permitía que el destino de planetas enteros dependiese de lo bien que desempeñara sus funciones. Hasta el momento Leia había conseguido salir bien librada de todas ellas, pero los siete años transcurridos desde la Batalla de Endor también habían traído consigo muchos reveses y problemas, como la guerra contra el Imperio alienígena de los ssi-ruuk y el resurgir del Gran Almirante Thrawn y su intento de recomponer el Imperio, por no mencionar la resurrección del Emperador y la amenaza que habían supuesto sus gigantescas máquinas de guerra, los Devastadores de Mundos. Por fin parecían estar disfrutando de una época de paz relativa, pero aquel estado de conflicto continuo había minado los cimientos sobre los

que se asentaba la Nueva República.

En cierta forma, las cosas habían resultado mucho más sencillas cuando tenían un Imperio contra el que luchar cuya presencia enemiga unificaba a todas las facciones de la Alianza: pero en la actualidad el enemigo no estaba tan claramente definido. Leia y el resto de personalidades de la Alianza tenían que volver a forjar lazos entre todos los planetas que en tiempos no tan lejanos habían estado aplastados bajo la hora imperial, pero algunos de esos mundos habían sufrido tanto que sólo querían que se les dejara en paz y se les diera algo de tiempo para lamer sus heridas y restablecerse. Muchos de ellos no querían pertenecer a una federación de planetas que abarcaba toda la galaxia. Querían ser independientes.

Pero los mundos independientes podían ser conquistados fácilmente uno a uno si otras fuerzas poderosas llegaban a aliarse contra ellos.

Leia entró en su dormitorio y se quitó los ropajes diplomáticos que había llevado durante todo el día. Por la mañana habían estado recién lavados y planchados y habían brillado con una suave claridad, pero la tela ya había perdido su vigor después de haber pasado demasiado tiempo bajo las luces irisadas de la gran cámara de audiencias.

Durante la semana siguiente Leia tendría que concertar reuniones con embajadores de seis planetas distintos en un esfuerzo para convencerles de que se unieran a la Nueva República. Cuatro parecían estar más o menos dispuestos a ello, pero los otros dos insistían en mantener una neutralidad completa hasta que los problemas específicos de sus mundos fueran discutidos y resueltos.

La tarea más difícil a la que debía enfrentarse se presentaría dentro de dos semanas, cuando llegara el embajador caridano. Carida se encontraba en la zona central de un territorio que todavía era controlado por vestigios del Imperio, y que contenía una de las bases de adiestramiento militar imperiales más importantes. El Emperador Palpatine estaba muerto y el Gran Almirante Thrawn había sido derrotado, pero Carida se negaba a enfrentarse con la realidad. Que el embajador de Carida hubiese accedido a venir a Coruscant ya era una gran victoria..., y lo peor era que Leia tendría que atenderle, indudablemente sonriendo con afabilidad en todo momento.

Leia se volvió hacia los controles del baño sónico y los dispuso para un suave masaje. Después se deslizó en la cámara y dejó escapar un largo suspiro. Lo único que deseaba en aquellos instantes era expulsar todos los problemas de su mente.

Las flores recién cortadas en los Jardines Botánicos de la Cúpula Celeste alegraban la habitación a su alrededor y la perfumaban con su leve fragancia. La pared estaba adornada con nostálgicas escenas del planeta Alderaan, el mundo que el Gran Moff Tarkin había destruido para hacer una demostración del poder de la *Estrella de la Muerte*: las inmensas y apacibles praderas donde los tallos de hierba

susurraban al viento, las enormes criaturas parecidas a cometas que transportaban a los habitantes desde una esbelta torre urbana a otra, las instalaciones industriales y los complejos de viviendas construidos en las grandes grietas que se abrían paso por la corteza de Alderaan..., su ciudad natal surgiendo del centro de un lago.

Han se las había traído el año pasado, y no había querido decirle dónde las había encontrado. Las imágenes le habían desgarrado el corazón durante meses cada vez que las miraba. Leia pensó en su padre adoptivo, el senador Bail Organa, y en su infancia de princesa, todos aquellos años durante los que nunca había sospechado su verdadera herencia.

Leia ya era capaz de contemplar las imágenes con una ternura agridulce y de considerarlas como una prueba más del amor que Han sentía por ella. Después de todo, en una ocasión había ganado todo un planeta en una partida de cartas y se lo había regalado porque quería ayudar a los otros supervivientes de Alderaan. Sí. Han la amaba.

Aunque en aquellos momentos no estaba allí.

Unos cuantos minutos de baño sónico bastaron para eliminar la tensión de sus músculos, revitalizándola y dejándola fresca y descansada. Leia volvió a vestirse, esta vez con prendas más cómodas.

Fue hasta el espejo y se contempló. Leia ya no dedicaba tanto tiempo y tantos cuidados meticulosos a su cabellera como había hecho cuando era una princesa y vivía en Alderaan. Desde entonces había dado a luz tres hijos: los gemelos, que ya tenían dos años de edad, y un tercer bebé hacía poco. Sólo podía verlos unas cuantas veces al año, y los echaba muchísimo de menos.

El poder potencial que había en los nietos de Anakin Skywalker era tan grande que los gemelos y el bebé habían sido llevados a un planeta muy vigilado, Anoth. Leia sólo conocía el nombre de aquel planeta, pues todo lo demás había sido eliminado de su mente para que nadie pudiera extraer aquella información de sus pensamientos.

Luke le había dicho que los niños Jedi nunca eran más vulnerables que durante los dos primeros años de su vida. Cualquier contacto con el lado oscuro producido durante ese período podía deformar sus mentes y sus capacidades para el resto de su vida.

Leia activó la pequeña plataforma holográfica que proyectaba imágenes recientes de sus niños. Jacen y Jaina, los gemelos, aparecieron jugando dentro de un artefacto de colores y formas abigarradas que les servía como campo de juegos. En otra imagen, Winter, la sirvienta personal de Leia, sostenía en sus brazos a Anakin, el bebé, mientras sonreía a algo que no era visible en el holograma. Leia le devolvió la sonrisa, aunque las imágenes carentes de movimiento no podían verla.

Una parte de esa larga soledad no tardaría en terminar. Jacen y Jaina ya podían

utilizar algunos de los poderes Jedi para protegerse a si mismos, y Leia también podía defenderles con sus capacidades. Dentro de poco más de una semana —ocho días, para ser exactos—, su pequeño y su pequeña volverían a casa.

Saber que los gemelos volvían para quedarse la animó considerablemente. Leia se reclinó en el sillón, que se amoldó automáticamente a los contornos de su cuerpo, y conectó los sintetizadores de entretenimiento para escuchar una melodía pastoril de un famoso compositor alderaaniano.

La campanilla de la puerta sonó de repente, sobresaltándola y haciéndola volver al mundo real. Leia bajó la mirada para cerciorarse de que se había acordado de vestirse, y fue a la entrada.

Su hermano Luke estaba inmóvil entre las sombras, envuelto en su capa y su capucha marrón.

—¡Hola, Luke! —exclamó Leia, y después dejó escapar un jadeo ahogado—. ¡Oh, lo había olvidado por completo!

—Desarrollar tus poderes Jedi no es algo que deba tomarse a la ligera, Leia.

Luke frunció el ceño, como si la estuviera riñendo. Leia movió una mano indicándole que entrara.

—Estoy segura de que castigarás ese olvido mío con unas cuantas sesiones extra.

Visto desde lejos el inmenso androide constructor avanzaba muy despacio, alzando sus gigantescas cápsulas de soporte sólo una vez cada media hora para dar un lento paso hacia adelante. Pero estar justo debajo de él permitía que el general Wedge Antilles y sus brigadas de demolición vieran al androide constructor como una confusa mancha de movimientos muy veloces cuyos miles de brazos articulados trabajaban sin parar en las estructuras que iban a ser desmontadas. La fábrica ambulante se adentraba cada vez más en el amasijo de edificios derruidos y medio destruidos de un viejo sector de Ciudad Imperial.

Algunos de los miembros del androide terminaban en bolas de implosión o cortadores de plasma que difundían sacudidas devastadoras por los muros. Brazos recolectores hurgaban entre los cascotes extrayendo vigas, y colocando los peñascos y fragmentos de aceroconcreto en receptáculos de procesado. Otras clases de escombros eran depositadas directamente dentro de las mandíbulas y sobre las cintas transportadoras en continuo movimiento que llevaban los recursos hasta los clasificadores de elementos, que a su vez extraían las sustancias útiles y las procesaban convirtiéndolas en nuevos componentes para la construcción de edificios. El calor que brotaba de las factorías internas del androide ondulaba creando olas caliginosas parecidas a espejismos, haciendo que la inmensa máquina reluciera en la noche llena de estrellas de Coruscant.

El androide de construcción siguió abriéndose paso a través de los edificios dañados por los devastadores combates librados durante la reciente guerra civil.

Había tanto que reparar o destruir que en algunas ocasiones los brazos recolectores del androide y sus redes para cascotes no resultaban suficientes.

Wedge Antilles alzó la mirada justo a tiempo para ver cómo un receptáculo lleno se desprendía de sus amarres.

—¡Eh, atrás todo el mundo! ¡Poneos a cubierto!

La brigada de demolición se apresuró a buscar la protección de un saliente de muro cuando los cascotes cayeron desde veinte pisos de altura.

Una lluvia de peñascos, transpariacero y vigas retorcidas se estrelló con una fuerza explosiva contra la calle. Alguien chilló por el comunicador, pero se controló casi al instante y se calló.

—Parece que este edificio se va a desmoronar en cualquier momento —dijo Wedge—. Equipo Naranja, quiero que os mantengáis a un mínimo de medio bloque de distancia de este trasto. No hay forma de predecir lo que va a hacer el androide, y no quiero verme obligado a desconectarlo... Después se necesitan tres días para reinicializarlo y conseguir que vuelva a trabajar.

Wedge no había acogido con mucho entusiasmo la idea de utilizar la tecnología anticuada e impredecible de los androides de construcción, pero parecían ser la forma más rápida de quitar los cascotes y escombros.

—Recibido, Wedge —dijo el líder del Equipo Naranja—. Pero si vemos a otro grupo de esos pobres refugiados que viven como fieras, tendremos que tratar de rescatarles... aunque sean más rápidos y se escondan mejor que los últimos.

Después el canal del comunicador empezó a llenarse de parloteo mientras el líder ordenaba a los otros miembros de su equipo que se pusieran en movimiento.

Wedge sonrió. Había sido ascendido al rango de general, al igual que Lando Calrissian y Han Solo, pero seguía sintiéndose como «uno más del grupo». En el fondo de su corazón era un piloto de caza, y no quería dejar de serlo. Había pasado los últimos cuatro meses en el espacio con las brigadas de recuperación, remolcando cazas semidestruidos hasta órbitas más elevadas donde no supondrían ningún riesgo para las naves que se acercaran al planeta. Había recuperado los aparatos que no estaban demasiado averiados, y había provocado la autodestrucción de aquellos cuya presencia creaba un peligro excesivo en los corredores de tráfico orbital.

El mes pasado había solicitado un puesto en la superficie porque quería variar de trabajo, aunque le encantaba volar por el espacio. Esa era la razón por la que en aquellos momentos se encontraba al mando de casi doscientas personas, supervisando a los cuatro androides de construcción que trabajaban incansablemente abriéndose paso por aquella zona de la ciudad, reconstruyéndola y eliminando las cicatrices dejadas por las batallas de la guerra contra el Imperio.

Cada androide de construcción actuaba guiado por el plan maestro que había grabado en los ordenadores de su núcleo cibernético. Mientras iban reconstruyendo

Ciudad Imperial por franjas, los androides examinaban los edificios que tenían delante, arreglando los que necesitaban reparaciones menores y demoliendo los que no encajaban con el nuevo plan.

Casi todas las formas de vida inteligente habían sido evacuadas del submundo situado a gran profundidad de la antigua metrópolis, aunque algunas de las criaturas que vivían en los callejones más oscuros ya no podían ser consideradas plenamente humanas. Sucios y desnudos, con la piel muy pálida y los ojos hundidos en las órbitas, aquellos seres eran los descendientes de quienes habían huido hacía ya mucho tiempo a los callejones más oscuros de Coruscant para escapar a un castigo impuesto por razones políticas. Algunos parecían no haber visto el sol en toda su vida. Cuando la Nueva República volvió a Coruscant, se llevó a cabo un gran esfuerzo encabezado por el general Jan Dodonna, el viejo veterano de Yavin 4, para ayudar a aquellos pobres desgraciados, pero eran tan salvajes como astutos, y siempre conseguían evitar el ser capturados.

Las calles, o lo que habían sido calles hacía siglos, estaban cubiertas de musgo y una abundante proliferación de hongos. Los olores de la basura putrefacta y el agua estancada giraban a su alrededor cada vez que la brigada de Wedge se ponía en movimiento. Los microclimas formados por las corrientes de aire ascendente y la humedad condensada creaban diminutas tempestades en los callejones, pero el agua que caía de ellas no olía mejor que la de los charcos o alcantarillas. Las brigadas de Wedge desplegaban luces flotantes colocadas sobre repulsores, pero las nubes de polvo creadas por el trabajo de demolición impregnaban el aire con una oscuridad que parecía imposible de atravesar.

El androide de construcción dejó de trabajar durante un momento y el repentino silencio resonó en los oídos de Wedge como un estampido ahogado. Alzó la mirada y vio que el androide estaba extendiendo dos de sus brazos terminados en enormes bolas de demolición. La máquina hizo girar las bolas con una fuerza colosal, derrumbando el muro que tenía delante. Después el androide movió hacia adelante sus patas terminadas en cápsulas de soporte, disponiéndose a dar un paso hacia el edificio demolido.

Pero el muro no se derrumbó hacia adentro tal como esperaba Wedge que ocurriría. Dentro del edificio tenía que haber algo que había sido reforzado hasta darle una solidez mucho mayor que la del resto de la construcción. El androide intentó derribar el muro con sus patas, pero éste resistió.

El titánico androide empezó a emitir estridentes sonidos hidráulicos mientras intentaba recuperar el equilibrio. La factoría mecánica de cuarenta pisos de altura se fue inclinando hacia un lado hasta que acabó quedando suspendida en una postura precaria, pareciendo que iba a desplomarse de un momento a otro. Wedge cogió su comunicador. Si el androide de construcción caía, aplastaría medio bloque de

edificios con su inmensa masa..., incluyendo la zona a la que acababa de enviar al Equipo Naranja para que buscara refugio.

Pero de repente una docena de brazos mecánicos se unieron y se extendieron hacia el muro contiguo y se desplegaron, atravesándolo en algunos puntos pero sosteniendo el peso del androide el tiempo suficiente para que éste consiguiera recuperar el equilibrio perdido. Una especie de roce susurrante brotó del comunicador de Wedge cuando sus brigadas de trabajo dejaron escapar un suspiro colectivo de alivio.

Wedge intentó ver algo a la luz de la aurora iridiscente que se cernía sobre sus cabezas y de las luces flotantes que habían desplegado. Escondidos detrás de un edificio que no podía distinguirse del resto de construcciones se alzaban unos sólidos muros de metal que habían sido considerablemente reforzados, pero que aun así habían quedado medio doblados bajo el enorme pie del androide de construcción.

Wedge frunció el ceño. Las brigadas de demolición habían encontrado muchos artefactos antiguos en los edificios semiderruidos, pero nunca habían descubierto nada que estuviera tan bien escondido y que contara con una protección tan sólida. Algo le dijo que aquello era importante.

Alzó la mirada con un leve sobresalto al ver que el androide de construcción ya se había reorientado y volvía a dirigirse hacia el edificio reforzado que se interponía en su trayectoria. El androide inclinó su cabeza sensora en forma de cúpula e inspeccionó los resistentes muros de la sala protegida, como si estuviera analizándolos para averiguar cuál sería la forma más rápida de hacerla pedazos. Dos de sus garras eléctricas detonadoras empezaron a descender.

El androide de construcción era incapaz de preguntarse qué secretos podían contener aquellos edificios. Se estaba limitando a seguir el plan grabado en el ordenador que le servía de mente y a llevar a cabo sus modificaciones programadas.

Wedge experimentó un torturante momento de indecisión. Si desactivaba el androide para inspeccionar el edificio misterioso, después se necesitarían tres días para reinicializar sus sistemas y volver a ponerlo en funcionamiento. Pero si el androide había descubierto algo importante, algo de lo que fuese preciso informar al Gabinete... Bueno, ¿qué importarían unos cuantos días entonces?

Pequeños relámpagos blanco azulados parpadearon en las puntas de las garras detonadoras del androide de construcción mientras las dirigía hacia los muros reforzados.

Wedge cogió su comunicador y se preparó para desactivar al androide... y de repente se le quedó la mente en blanco. ¿Cuál era el código?

El teniente Deegan, que estaba a su lado, se percató de su momento de confusión y pánico, y se apresuró a gritar la respuesta que Wedge intentaba recordar sin conseguirlo.

—¡SGW cero-cero-dos-siete!

Wedge tecleó el código al instante en su comunicador.

El androide se quedó inmóvil justo cuando estaba a punto de descargar la energía acumulada en sus garras eléctricas. Wedge oyó el siseo que brotó de su interior cuando las fábricas que llevaba dentro pasaron a la modalidad de espera, reduciendo al mínimo el consumo y empezando a enfriarse. Wedge esperaba haber tomado la decisión correcta.

—De acuerdo, los Equipos Púrpura y Plata vendrán conmigo. Vamos a hacer una pequeña labor de exploración ahí dentro...

Las brigadas convergieron debajo del androide de construcción después de haber llamado a un grupo de luces flotantes para que las acompañaran, y se adentraron en la masa de cascotes. El polvo iba posándose en el suelo con un sinfín de centelleos.

Avanzaron sobre los escombros moviéndose con muchas precauciones para no herirse con los fragmentos de transpariacero y los trozos de metal que sobresalían de las ruinas. Wedge oyó los correteos de pequeñas formas de vida que se apresuraban a esconderse en las nuevas grietas. El repiqueteo de las piedras que caían seguía siendo claramente perceptible mientras los muros semiderruidos temblaban y se asentaban poco a poco.

—Tened mucho cuidado... Esto se está derrumbando —dijo Wedge.

Una espaciosa abertura parecida a una caverna se había abierto en el muro sólidamente reforzado delante de ellos, mostrando únicamente un interior carente de luz.

—Vamos a entrar... Despacio y con calma, ¿entendido? —Wedge entrecerró los ojos mientras contemplaba las sombras que les rodeaban—. Estad preparados para iniciar la retirada apenas lo ordene. No sabemos qué hay ahí dentro.

Un chirrido ensordecedor resonó muy por encima de sus cabezas y creó ecos en la noche. Los miembros de las brigadas de demolición se sobresaltaron, y se obligaron a relajarse cuando se dieron cuenta de que no era más que el androide de construcción que estaba descargando el exceso de calor acumulado.

Wedge se detuvo delante del agujero lleno de tinieblas. La grieta abierta en la pared estaba totalmente a oscuras, y no revelaba nada.

Y el monstruo, una criatura babeante repleta de colmillos, saltó hacia adelante apenas Wedge introdujo la cabeza en la oscuridad.

Wedge gritó y retrocedió tambaleándose, chocando con el borde irregular de la abertura mientras la locomotora de garras, pelo y cuerpo recubierto de placas óseas se lanzaba sobre él.

Antes de que pudiera poner algo de orden en sus pensamientos —de hecho, antes de que se le pudiera llegar a pasar por la cabeza la idea de gritar una orden a sus hombres—, una telaraña formada por rayos láser que zigzagueaban y se

entrecruzaban apareció repentinamente en la oscuridad de la noche. Casi todos los disparos dieron en el blanco. Y se incrustaron con un siseo humeante en el cuerpo de la criatura. Una segunda andanada de rayos desintegradores perforó las tinieblas.

El monstruo lanzó un explosivo rugido de sorpresa y dolor antes de derrumbarse con la fuerza suficiente para provocar una pequeña avalancha entre los escombros. Su suspiro de muerte resonó como un chorro de vapor que escapa de un horno.

Wedge se dejó caer al suelo y sintió que su corazón volvía a latir.

—¡Gracias chicos!

Los demás estaban inmóviles, todavía paralizados por la sorpresa y el terror, contemplando boquiabiertos los desintegradores que habían desenfundado en un acto reflejo y el inmenso corpachón agonizante del monstruo que había convertido el edificio blindado en su morada.

La criatura parecía una enorme rata acorazada con pinchos óseos a lo largo de la espalda y grandes colmillos curvos que brotaban de su boca. Tenía la cola de un dragón krayt, y el miembro se estaba agitando en sus últimas convulsiones mientras la sangre de un negro purpúreo rezumaba de las heridas en forma de cráteres quemados que los desintegradores habían abierto en su piel.

—Supongo que estaba muerto de hambre de tanto esperar ahí dentro... —dijo Wedge—. Vuestro intrépido líder tendrá que ser un poquito más cauteloso de ahora en adelante.

Envió las oscilantes luces flotantes por el orificio para que iluminaran la estancia que tenían delante. No parecía haber nada más moviéndose en el interior. La gigantesca rata acorazada se estremeció detrás de ellos, lanzó un último suspiro quejumbroso y quedó flácida y totalmente inmóvil.

Fueron entrando por parejas y cruzaron la abertura hasta la cámara aislada. El suelo de placas metálicas estaba lleno de huesos machacados y cráneos de los sub-humanos que habían vivido en los niveles inferiores de la ciudad.

—Bueno, parece ser que se las arregló para encontrar algo de comida después de todo —dijo Wedge.

Al otro extremo de la cámara sumida en la penumbra encontraron otro túnel que venía de más abajo, con una reja que había sido apartada a un lado. La reja estaba oxidada, pero los surcos brillantes dejados por unas grandes garras indicaban por dónde había entrado aquella especie de roedor gigante.

—Vaya, era una hembra —dijo el teniente Deegan—. Y no cabe duda de que por eso estaba tan nerviosa...

Señaló la esquina en la que se habían producido los daños más graves.

El nido de la rata gigante había quedado cubierto por grandes bloques del material utilizado en la construcción del edificio. Las manchas de sangre indicaban el sitio en el que tres de sus crías —cada una del tamaño de un poni, de Endor— habían sido

aplastadas por los peñascos.

Wedge contempló el nido en silencio durante un momento antes de recorrer con la mirada el resto de la cámara oscura y silenciosa. Después ajustó los intensificadores lumínicos de su visor— y pudo ver artefactos, consolas, y plataformas para dormir provistas de grilletes y cadenas. Inmóviles sobre un par de estrados se alzaban las negras masas relucientes de dos androides interrogadores imperiales desactivados. Las secretas conexiones de ordenador parecían contemplarles, tan grises y muertas como los ojos de un anfibio.

—¿Alguna clase de centro de torturas? —preguntó el teniente Deegan.

—Eso parece —respondió Wedge—. Interrogatorios... Este lugar podría proporcionarnos un montón de esos datos que el Emperador no quería que llegáramos a conocer nunca.

—Menos mal que se te ocurrió desactivar al androide de construcción, Wedge —dijo Deegan—. El retraso merecerá la pena.

Wedge frunció los labios:

—Sí, menos mal...

Contempló los temibles androides interrogadores y el equipo de tortura. Una parte de su ser estaba deseando no haber encontrado nunca aquel lugar.

La escultura que había sobre la mesa de cristal de Leia se deslizó lentamente hacia adelante, se quedó inmóvil durante unos momentos y después empezó a subir.

La escultura representaba a un hombre muy gordo con las manos extendidas, las palmas vueltas hacia arriba y una sonrisa lo bastante grande para engullir un caza X. El vendedor había asegurado a Leia que era una auténtica escultura corelliana, y que traería a la mente de Han agradables recuerdos de su mundo natal, exactamente igual que le ocurría a ella con las imágenes de Alderaan que le había traído Han. Cuando recibió su regalo de cumpleaños, Han se lo había agradecido profusamente, pero tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a reír. Después acabó explicándole que la estatua era una figurilla robada de un local de una cadena de establecimientos de comidas rápidas corelliana que tenía registrado el diseño y lo usaba en toda su publicidad.

—Sigue concentrándote, Leia —susurró Luke, rompiendo el silencio mientras se inclinaba para estar un poco más cerca de ella.

Estaba observándola con gran atención. Leia tenía la mirada clavada en la lejanía, y sus ojos no veían la escultura.

La estatuilla siguió levitando, flotando sobre la mesa a una altura cada vez mayor, pero de repente se inclinó hacia adelante y cayó al suelo.

Leia dejó escapar un suspiro y volvió a reclinarsse en el sillón autoamoldable. Luke intentó ocultar su decepción y se acordó de su propio entrenamiento. Yoda le había obligado a sostenerse sobre la cabeza mientras mantenía en equilibrio rocas y

otros objetos pesados. Después Luke había recibido más adiestramiento del perverso y maléfico Joruus C'Baath y el mismísimo Emperador resucitado le había revelado las profundidades del lado oscuro.

El adiestramiento de su hermana había sido mucho menos riguroso, y más irregular debido a que Leia cambiaba continuamente el horario de las clases en un intento de adaptarlo a sus crecientes deberes diplomáticos. Pero Leia le preocupaba. Luke ya llevaba más de siete años trabajando con ella, y su hermana parecía estar bloqueada, como si hubiera llegado al límite de los poderes que era capaz de dominar y emplear. Dada su herencia como hija de Anakin Skywalker, adiestrar a Leia tendría que haber sido lo más sencillo del mundo. Luke se preguntó cómo conseguiría instruir a todo un grupo de estudiantes en la Academia Jedi que se proponía crear si no era capaz de tener éxito ni con su propia hermana.

Leia se puso en pie, recogió la estatuilla del suelo y volvió a ponerla encima de la mesa. Luke la observó en silencio, manteniendo su rostro libre de cualquier expresión que pudiera indicar abatimiento o preocupación.

—¿Qué ocurre Leia? —preguntó.

Los oscuros ojos de su hermana se volvieron hacia él, y Leia vaciló unos momentos antes de responder.

—Supongo que me estaba compadeciendo a mí misma —dijo por fin—. Han tendría que haber llegado a Kessel hace dos días, pero no se ha tomado la molestia de enviar un mensaje. ¡No es ninguna sorpresa, teniendo en cuenta cómo es!

Pero Luke percibió más melancolía que sarcasmo en sus ojos.

—A veces me resulta muy difícil soportar la ausencia de los niños —siguió diciendo Leia—. Sólo he estado con los gemelos durante una parte muy pequeña de sus vidas, y puedo contar con los dedos de una mano el número de veces que he visitado al bebé. No he dispuesto del tiempo necesario para sentirme madre... Las tareas diplomáticas no me dejan ni un segundo libre. —Leia alzó la mirada hacia él—. Y ahora tú te dispones a partir para emprender tu gran búsqueda de los Jedi... Tengo la sensación de que la vida se me escurre entre los dedos.

Luke extendió la mano y le rozó el brazo.

—Podrías llegar a ser una Jedi muy poderosa... si dedicaras un poco de concentración a tu trabajo. Si quieres seguir el camino de la Fuerza, debes permitir que el adiestramiento sea el foco de tu vida y no debes dejarte distraer por otras cosas.

La reacción de Leia fue más intensa de lo que había previsto, y Luke vio cómo se echaba hacia atrás.

—Puede que eso me dé miedo. Luke... Cuando te miro veo una expresión acosada en tus ojos, como si una parte vital de tu ser hubiera sido consumida por todos esos infiernos personales que has atravesado. Tratar de matar a tu propio padre, enfrentarte

en duelo con un clon tuyo, servir al Lado Oscuro en beneficio del Emperador... ¡Si hay que pasar por todo eso para llegar a ser un Jedi poderoso, quizá no quiera el puesto!

Leia alzó una mano para que Luke no dijera nada hasta que ella hubiese acabado de hablar.

—Estoy llevando a cabo un trabajo muy importante para el Consejo —continuó Leia—. Estoy ayudando a reconstruir toda una república a partir de un millar de sistemas estelares, Luke... Quizá ésa sea la obra a la que debo dedicar mi vida, y no la de convertirme en una Jedi. Y quizá, sólo quizá, también quiera encontrar un hueco en ella para poder ser una madre...

Luke la miró fijamente, sin dejarse impresionar por sus palabras. Ya nadie era capaz de descifrar el significado de sus expresiones, porque Luke había dejado de ser inocente.

—Si ése es tu destino, Leia, entonces quizá sea una suerte que vaya a empezar a adiestrar otros Jedi muy pronto.

Los dos hermanos se contemplaron en un silencio incómodo y cargado de tensión que se prolongó durante unos momentos. Luke fue el primero en apartar la mirada, y decidió desviar el rumbo de la conversación.

—Pero debes continuar protegiéndote del Lado Oscuro. Sigamos practicando un rato más con los escudos y tus defensas interiores, y después daremos por terminada la sesión de adiestramiento de esta noche.

Leia asintió, pero Luke se dio cuenta de que estaba todavía más triste y abatida que antes.

Alargó la mano para rozar los oscuros cabellos de Leia con los dedos, y los fue deslizando sobre las curvas de su cabeza.

—Voy a tratar de sondear tu mente. Utilizaré varias técnicas y distintos tipos de contacto... Intenta resistir mi sondeo o, por lo menos, averiguar dónde estoy en cada momento.

Luke dejó que sus párpados cayeran hasta acabar con los ojos entrecerrados, y después envió zarcillos casi impalpables de pensamientos hacia la mente de Leia, rozando diestramente la topografía de su memoria. Al principio Leia no reaccionó, pero un instante después Luke pudo sentir cómo se concentraba y edificaba una pared invisible alrededor de su sonda. Su respuesta no fue muy rápida, pero consiguió acabar impidiéndole el acceso.

—Bien. Ahora voy a probar en otros sitios... —Luke desplazó el contacto mental a un centro distinto—. Resiste si puedes.

A medida que Luke iba aumentando la profundidad de su sondeo, Leia fue consiguiendo mejorar su capacidad de resistencia y rechazo. Detenía sus intentos más deprisa y con una potencia más grande mientras él la iba guiando a la hora de alzar

sus barreras. Luke se fue sintiendo más y más complacido a cada momento que pasaba trabajando con ella, rozando puntos de su mente escogidos al azar e intentando pillarla por sorpresa. También pudo sentir el deleite que iba invadiendo a Leia al darse cuenta de cómo mejoraban sus capacidades.

Luke extendió la sonda hacia las profundidades de la mente de Leia, una zona de recuerdos primarios muy enraizados pero en la que había poco pensamiento consciente. Dudaba que le fuese posible provocar algún tipo de reacción defensiva allí, pero era muy improbable que un atacante escogiera semejantes sitios como objetivo. Los pensamientos de Leia eran como un mapa desplegado ante él, y Luke extendió el contacto hacia una pequeña protuberancia aislada de la mente de su hermana. Empujó...

Y de repente sintió como si la palma de una gigantesca mano invisible se hubiera posado sobre su pecho y le hubiera empujado hacia atrás. Luke tuvo que tambalearse para no perder el equilibrio, y dio un par de pasos apartándose de Leia. Su hermana tenía los ojos desorbitados, y se había quedado boquiabierta a causa de la sorpresa.

¿Qué has hecho? Exclamó Luke en el mismo momento en que Leia exclamaba... ¿Qué he hecho?, y un instante después los dos respondieron... ¡No lo sé!, simultáneamente.

Luke intentó reconstruir lo que había hecho.

—Deja que vuelva a intentarlo. Límitate a relajarte.

Cuando volvió a iniciar el sondeo Leia parecía cualquier cosa menos relajada. Luke extendió la sonda hacia las profundidades de su mente, y encontró la protuberancia aislada entre sus centros instintivos. La rozó. Y volvió a sentirse rechazado con la fuerza física de un empujón.

—¡Pero si no he hecho nada! —insistió Leia.

Luke permitió que sus labios se curvaran en una sonrisa.

—Han sido tus reflejos, Leia. Cuando un mediandroide te da un golpecito en la rodilla, tu pierna se dispara hacia adelante tanto si quieres como si no. Puede que hayamos tropezado por casualidad con algo que un Jedi en potencia posee y los demás no... Quiero que lo pruebes conmigo. Anda, cierra los ojos y te enviaré una imagen de lo que te hice.

—¿Crees que seré capaz de hacerlo? —preguntó Leia.

—Si es algo realmente instintivo, lo único que debes hacer es localizar el punto adecuado.

—Lo intentaré.

El rostro de Leia estaba lleno de escepticismo.

—Hazlo, o no lo hagas. Da igual, porque no es una cosa que se pueda intentar... Eso es lo que siempre decía Yoda.

—Oh, deja de repetir sus palabras. ¡No es necesario que trates de impresionarme!

Leia rozó las sienes de su hermano y Luke tragó una honda bocanada de aire, utilizando las técnicas de relajación Jedi para bajar la guardia. Durante los últimos siete años había erigido tal cantidad de blindajes mentales que esperaba seguir siendo capaz de permitir que Leia entrara en su mente. Sintió el roce de sus pensamientos, delicados dedos mentales que iban resiguiendo los contornos de su cerebro. Luke dirigió su búsqueda hacia las profundidades, donde dormían los pensamientos más primitivos.

—¿Puedes...?

Antes de que Luke hubiera podido terminar su pregunta. Leia retrocedió tambaleándose y cayó en el sillón autoamoldable.

—¡Uf! Encontré la protuberancia, pero cuando la rocé... ¡Ha faltado muy poco para que me tirases al suelo!

Luke sintió cómo el cosquilleo del asombro producido por aquel nuevo prodigio se iba extendiendo por todo su ser.

—Y fue totalmente inconsciente por mi parte... No me di cuenta de estar haciendo algo.

Luke se rozó los labios con las puntas de los dedos mientras nuevas ideas empezaban a discurrir velozmente por su cerebro.

—He de intentarlo con otras personas. Si es una reacción totalmente refleja, podría ser una prueba muy útil para encontrar personas que posean poderes Jedi latentes.

A la mañana siguiente, la lanzadera metropolitana se estaba deslizando por encima de los tejados de Ciudad Imperial, como un autobús que se desplazara sobre las corrientes de aire caliente surgidas de los abismos que se extendían entre los gigantescos edificios. La tira de construcciones recién erigidas por los androides parecía una franja reluciente que atravesaba la antigua ciudad.

El almirante Ackbar había decidido pilotar personalmente la lanzadera, y sostenía los controles en las aletas articuladas que le servían de manos mientras contemplaba los cielos con sus ojos de pez considerablemente separados. Detrás de él, unidos a sus asientos por los arneses de seguridad, estaban Luke Skywalker y Leia Organa. El luminoso amanecer desplegaba largas sombras sobre los niveles inferiores de la ciudad.

Ackbar se inclinó sobre el comunicador.

—Nos estamos aproximando, general Antilles. Ya puedo ver al androide de construcción delante de nosotros... ¿Está todo preparado para que bajemos?

—Sí, señor. —La voz de Wedge, fuerte y nítida, brotó del comunicador—. Hay un sitio bastante bueno justo a la derecha del androide que debería resultar ideal para el descenso.

Ackbar ladeó la cabeza para echar un vistazo por un extremo de la curvatura del

parabrisas y después siguió pilotando la lanzadera metropolitana, guiándola por los huecos que había entre los edificios y bajando poco a poco hasta los niveles de calles todavía no exploradas.

Wedge fue a recibirles después de que Ackbar hubiese posado la lanzadera al lado del androide de construcción, que seguía estando desactivado. Ackbar fue el primero en salir al claro lleno de guijarros y cascotes. Y alzó su cabeza en forma de cúpula para contemplar la tira de luz solar visible en las alturas. Luke y Leia bajaron caminando el uno al lado del otro mientras el vehículo empezaba a emitir el leve zumbido indicador de que estaba entrando en la modalidad de reposo/enfriamiento.

—¡Hola, Wedge! —le saludó Luke—. ¿O debería decir General Antilles?

Wedge sonrió.

—Espera a que veas lo que ha encontrado la brigada de demolición. Puede que vuelvan a ascenderme...

—No estoy seguro de que eso te gustara mucho —dijo Leia—. ¡Otro ascenso y acabarías enterrado bajo una montaña de deberes diplomáticos!

Wedge movió una mano indicándoles que le siguieran. El androide de construcción ocultaba el sol. Luke pudo oír los sonidos de las brigadas que subían por las escalerillas de acceso y los ascensores automatizados instalados en el caparazón del androide. Los equipos de mantenimiento estaban aprovechando el período de desactivación para inspeccionar las factorías internas y los procesadores de recursos, y para modificar parte de la programación y los esquemas almacenados en los ordenadores del androide.

La osamenta de un animal de gran tamaño yacía sobre los cascotes justo delante del orificio que daba acceso a la habitación blindada. Wedge lo señaló con la mano.

—Esa cosa nos atacó anoche y los chicos de mi brigada la mataron —dijo Antilles. Después otros carroñeros surgieron de la nada en algún momento del rato que pasamos en la sala de descanso del androide, echando una siesta y aseándonos, y no dejaron ni una pizca de carne sobre sus huesos. Es una lástima... Los xenobiólogos quizá habrían querido clasificarlo, pero ahora ya no queda gran cosa de él.

Wedge se agachó y se metió por entre los bordes doblados de la pared de metal que protegía la habitación blindada. Luke podía oír ruido de gente trabajando dentro, y vio cómo Leia arrugaba la nariz al captar los extraños olores que brotaban del interior.

Los ojos de Luke necesitaron un momento para adaptarse a la brillante iluminación amarilla de las luces flotantes esparcidas a lo largo de los muros. Algo muy poderoso se había dejado dominar por una rabia incontrolable allí dentro. Al principio sólo vio trozos de equipo roto esparcidos por el suelo, cables arrancados y terminales de ordenador destrozadas. Los muros estaban llenos de señales dejadas por unas garras enormes y muy largas. La esfera negra de un androide interrogador

imperial yacía en un rincón, abierta por la mitad. Luke vio cómo los ojos de Leia se posaban en ella, y captó la oleada de repugnancia que la recorrió desde la cabeza hasta los pies.

Unos cuantos miembros de la brigada de Wedge habían vuelto a colocar una pesada reja metálica en el hueco de una pared, y la estaban soldando con un láser. La reja estaba terriblemente deformada.

—Anoche tuvimos una nueva ración de emociones —explicó Wedge. Los soldados apartaron la mirada de su trabajo durante un momento, saludaron a Wedge y volvieron a encorvarse sobre sus haces de energía—. La pareja de esa especie de rata gigante vino por los túneles, descubrió que habíamos matado a su compañera y destrozó todo lo que pudo. —Wedge frunció el ceño—. Hizo pedazos casi todo el equipo antiguo que había en la cámara, pero quizá aún consigamos salvar una pequeña parte. El Emperador se había tomado muy en serio todo lo referente a la seguridad... Parece que este lugar era una especie de centro de interrogatorios.

—Sí, desde luego —dijo Ackbar, avanzando por entre los escombros y restos de equipo. Tableros de circuitos destrozados crujieron bajo sus grandes pies—. No queremos que nada de lo que hay aquí caiga en malas manos, ¿verdad?

Luke se fijó en un enredo de cables y lectores para láminas de cristal que había en el suelo. Su frente se llenó de arrugas a causa de la concentración mientras se acercaba para echarles un vistazo.

—¿Es lo que creo que es? —murmuró.

—¿Qué has dicho, Luke? —preguntó Leia, que le había seguido. Luke no respondió y se inclinó sobre el equipo, apartando cables y alambres e intentando poner algo de orden en toda aquella confusión de piezas.

—Parece que aquí había tres unidades independientes... Probablemente todas están destruidas, pero Luke estaba sintiendo una creciente excitación. Quizá conseguirían volver a juntar las piezas y componentes.

—¿Qué es eso? —preguntó Leia.

Luke tiró de un cable hasta sacarlo del enredo y descubrió un lector de láminas de cristal intacto al final. Parecía una pala de remo de color plateado y aspecto vidrioso, y era más largo que su mano.

—He encontrado algunas referencias a estos lectores durante mis investigaciones sobre los antiguos Caballeros Jedi. Los equipos de cazadores del Emperador los utilizaban para dar con los Jedi que se habían escondido durante su gran purga.

Encontró una segunda pala cristalina intacta, y después escogió la unidad de control que parecía haber sufrido menos daños. Luke apartó parte del polvo con su mano ciborg, y después conectó los cables a cada lado de la unidad mientras sostenía una pala en cada mano. Movié el interruptor de energía de la unidad de control, y tuvo la satisfacción de ver una rápida sucesión de parpadeos luminosos indicadores

de que la unidad estaba llevando a cabo los diagnósticos de la fase de inicialización.

—Los equipos del Emperador utilizaban estos aparatos como si fueran una especie de detectores de la Fuerza para que sus secuaces pudieran leer las auras de las personas que sospechaban poseían talentos Jedi. Según los archivos, eran muy temidos por los Caballeros Jedi que habían logrado sobrevivir a la purga... pero ahora quizá podamos utilizarlos como ayuda en la restauración de la Orden Jedi.

Luke sonrió, y durante un momento tuvo la sensación de que volvía a ser el joven granjero inocente y deseoso de grandes aventuras que había sido cuando vivía en Tatooine.

—No te muevas, Leia. Voy a utilizarlo contigo.

Leia retrocedió, visiblemente alarmada.

—Pero ¿qué hace exactamente?

Tanto Wedge como Ackbar se habían acercado para ver qué estaban haciendo.

—Confía en mí —dijo Luke.

Sostuvo las palas cristalinas con los brazos extendidos, una a cada lado de Leia. Después movió el interruptor de búsqueda, y una delgada franja de luz color cobre surgió de la nada y fue bajando por el cuerpo de Leia desde la cabeza hasta los pies. Un eco más pequeño de la línea detectora color cobre apareció suspendido en el aire por encima de la unidad de control y repitió el movimiento a la inversa, asimilando los datos y construyendo un diminuto holograma de Leia.

Su aspecto general era muy distinto al del pequeño holograma de Leia que Erredós había proyectado para Ben Kenobi. En vez de una imagen completa y de apariencia real, sólo había una silueta formada por trazos muy delgados, con líneas identificadas mediante códigos de colores unidas a lecturas que proyectaban una columna de cifras en el aire. Alrededor de la silueta había una parpadeante aureola azulada, no muy intensa pero claramente visible.

—¿Puedes sacar algo en claro de eso, Luke? —preguntó el almirante Ackbar, acercándose para echar un vistazo.

—Hagamos una comparación con otro sujeto.

Luke dirigió las palas hacia Wedge, quien se encogió un poco mientras la línea detectora color cobre subía y bajaba por su uniforme. Cuando su holograma en forma de silueta de trazos apareció junto al de Leia, casi todos los detalles codificados mediante colores eran similares, pero su imagen carecía de aureola azulada.

—Ahora probemos con usted, almirante.

Luke dirigió las palas cristalinas hacia el mon calamariano, e hizo unos ajustes en la unidad de control para que ésta tuviera en cuenta las diferencias de su fisiología alienígena. Cuando la unidad hubo terminado el examen y mostró su imagen, ésta también carecía de aureola azulada.

—¿Te importaría utilizarlo conmigo, Leia? Así podremos estar totalmente

seguros de que funciona.

Leia aceptó el equipo de mala gana, como si la inquietara utilizar un artefacto que había sido empleado por quienes habían concebido y diseñado al androide interrogador. Pero fue capaz de manejar el detector con rapidez y sin ningún problema, manteniendo una placa cristalina a cada lado de Luke.

Su imagen estaba rodeada por la aureola azulada.

—Es un aparato muy valioso —dijo Luke—. No se necesita ninguna capacidad particular en el empleo de la Fuerza para utilizarlo. Podemos encontrar a personas que tengan potencial Jedi con sólo someterlas a este examen. Nos será de gran ayuda a la hora de encontrar candidatos para mi academia. De ser así, puede que este aparato por fin sirva para algo bueno después de tantos años...

—Excelente, Luke —dijo Ackbar.

Luke frunció los labios.

—Quiero probar algo, Wedge —dijo—. ¿Te importaría relajarte durante un momento y permitir que establezca un contacto mental contigo?

—Eh... —murmuró Wedge, pero enseguida vio que todos los miembros de su brigada le estaban mirando—. Lo que tú digas, Luke.

Luke actuó sin desperdiciar ni un segundo. Extendió las manos hacia las sienes de Wedge y deslizó una sonda mental sobre la superficie de su mente hasta llegar a las profundidades de la zona primitiva y la sorprendente protuberancia en el contorno de sus pensamientos... Pero cuando la tocó con su sonda no ocurrió nada. Wedge probablemente ni siquiera sabía que estaba siendo sometido a un sondeo. Luke aumentó la presión mental, pero no provocó ninguna acción contraria refleja y no logró desencadenar el empujón incontrolado e involuntario que Leia le había administrado.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó Wedge—, ¿Has hecho algo?

Luke sonrió.

—Acabo de reforzar una teoría que se me ha ocurrido. Ahora estamos mucho más cerca de conseguir el resurgimiento de los Caballeros Jedi que antes.

4

«Bueno, por lo menos el impacto no ha hecho estallar la nave...»

Eso fue lo primero que pensó Han Solo al recobrar el conocimiento entre nubes de dolor. Parpadeó y escuchó el siseo de la atmósfera que se escapaba por las brechas abiertas en el casco del *Halcón Milenario*. No sabía muy bien cómo lo habían hecho, pero se las habían arreglado para sobrevivir a un aterrizaje forzoso. Han se preguntó en qué planeta estaban.

¡Kessel!

Sus ojos se desorbitaron al ver manchas rojas sobre los paneles de control. Su sangre... Su pierna parecía estar ardiendo, y sintió un sabor a estaño en la boca. Tosió, y nuevas manchas de sangre aparecieron sobre los paneles. Han no había conseguido ponerse el arnés de seguridad antes de que se estrellaran contra la superficie de Kessel. Era una suerte que no se hubiera quedado en el pozo artillero. Su cuerpo estaba inclinado en el sillón, y podía ver que la nave había girado debido al impacto y que la estructura del pozo había quedado aplastada debajo de ellos.

Esperaba que Chewbacca hubiera salido mejor librado. Han volvió la cabeza y sintió como si le estuvieran frotando la columna vertebral con trocitos de cristal. El wookiee estaba inmóvil en el sillón del copiloto, con el pelaje apelmazado por la sangre incolora que brotaba de heridas que quedaban ocultas por su espesa capa de vello.

—¡Chewie! —logró graznar—. Di algo, ¿quieres?

Han oyó la detonación ahogada de una pequeña carga explosiva en la escotilla principal, y un instante después alguien logró hacer un puente en los circuitos de la rampa desde el exterior y la activó. El aire que quedaba dentro del *Halcón* salió disparado hacia la tenue atmósfera de Kessel.

—Estupendo —farfulló Han.

El terrible dolor de sus costillas ya había estado haciendo que le costara mucho respirar.

Oyó pasos que subían por la rampa. Han quería desenfundar su desintegrador, o por lo menos derribar a unos cuantos enemigos en una pelea a puñetazos, pero apenas si podía levantar la mirada. Esperó una columna de armaduras blancas de soldados de las tropas de asalto avanzando ordenadamente, sería el final perfecto para un día como aquel.

Pero los intrusos llevaban armaduras improvisadas con piezas de distintas procedencias: algunas habían sido modificadas después de sacarlas de los uniformes de los guardias de la prisión, y otras eran antiguas placas del equipo de las tropas de asalto. Todo aquello no tenía ningún sentido para Han, pero a esas alturas su mente ya estaba llena de cosas que no tendrían que haber ocurrido. ¿Un caza TIE y un caza X

luchando codo a codo? ¿Contra él?

Los miembros del grupo de abordaje llevaban máscaras de oxígeno ajustadas a la cara que les permitían respirar la tenue atmósfera de Kessel. Sus voces quedaron ahogadas por los respiradores cuando empezaron a gritarse órdenes los unos a los otros.

Un hombre cuyas piernas, brazos y cuello imposiblemente largos le daban el aspecto de un espantapájaros entró en la cabina de pilotaje del *Halcón*. Han sintió agitarse en su interior la sombra del reconocimiento, pero no logró unir un nombre a aquella apariencia. El hombre llevaba brazales de una prisión imperial, pero de su cadera colgaba un desintegrador modificado de doble cañón que era flagrantemente ilegal en la gran mayoría de planetas. El espantapájaros volvió sus ojos, muy separados y tan duros y relucientes como dos bolitas de pedernal, hacia Han.

—Han Solo... —dijo. El respirador cubría la mitad inferior de su rostro, pero aun así Han pudo darse cuenta de que estaba sonriendo de oreja a oreja—. Vas a desear no haber sobrevivido al descenso hasta la superficie de Kessel.

El nombre del espantapájaros volvió a la mente de Han traído por un destello de memoria. Skynxnex. ¡Sí, era él! Pero Skynxnex había estado confinado en la Institución Penitenciaria Imperial, después de haber escapado por los pelos a una sentencia de muerte. Las Preguntas acababan de empezar a formarse en la boca de Han cuando Skynxnex descargó un puño acorazado sobre su cabeza, enviándole de vuelta a la inconsciencia...

Kessel. Especia. Los pensamientos se confundieron unos con otros convirtiéndose en pesadillas mientras Han luchaba por recuperar el conocimiento.

Han siempre se había enorgullecido de poder proclamar que el *Halcón* había hecho el trayecto hasta Kessel en un tiempo récord, pero rara vez contaba toda la historia, en realidad, cuando fue descubierto por los navíos aduaneros del Imperio Han había estado huyendo de Kessel con todo un cargamento de especia escondido en los compartimentos secretos que había debajo de la cubierta.

Como siempre, Han había obtenido el cargamento de Moruth Doole, el hombre con muchos rasgos de rana que se dedicaba a sustraer especia de las cuotas de producción imperiales para distribuirla en el mercado negro. Doole tenía un cargo en el gigantesco complejo de la prisión imperial, de la que procedían casi todos los trabajadores de las minas de especia. El Imperio mantenía un control muy estricto sobre la distribución de la especia, pero Doole se las había arreglado para establecer un pequeño mercado particular. Han Solo y Chewbacca habían hecho contrabando de especia para él, burlando a las patrullas imperiales y llevando los cargamentos hasta los canales de distribución controlados por gánsters como Jabba el Hutt.

Pero Moruth Doole tenía la costumbre de exprimir al máximo a sus colaboradores hasta que llegaba el momento en que decidía que podía obtener mayores beneficios

entregándolos a las autoridades. Han nunca había podido demostrarlo, pero sospechaba que Doole había informado a las naves del servicio de aduanas de que el *Halcón* había salido de Kessel, y que les había proporcionado las coordenadas exactas del punto que Han había elegido para entrar en el hiperespacio.

Han se había visto obligado a lanzar al vacío todo su cargamento de especia brillestim, que valía una fortuna, antes de que los aduaneros imperiales subieran a su nave. Después intentó volver allí para recuperar el cargamento que flotaba en el espacio, pero los imperiales habían perseguido al *Halcón*. Durante la persecución su situación había llegado a ser tan desesperada que Han no había tenido más remedio que acercarse a la influencia gravitatoria del inmenso cúmulo de agujeros negros bastante más de lo que las cartas de navegación afirmaban que podía llegar a hacerse. Una nave del servicio de aduanas se había perdido en el torbellino de gases calientes que se precipitaban en una singularidad carente de fondo, pero el *Halcón* había sobrevivido, saltando al hiperespacio y huyendo sin sufrir ningún daño, pero al huir Han sólo había conseguido escapar de una situación apurada para meterse en otra todavía peor. El cargamento de especia perdido valía 12.400 créditos, y Jabba el Hutt ya había entregado toda esa suma. Jabba no se había mostrado nada complacido...

Pensar en todos aquellos meses que había pasado inmóvil y congelado en la carbonita hizo que Han se estremeciera. El frío era una negrura sólida a su alrededor, y no podía ver nada. Sus dientes castañeteaban...

—¡Basta de convulsiones térmicas! —ordenó secamente una chirriante voz metálica que hacía pensar en una sierra de plasma abriéndose paso a través de la roca—. La temperatura del centro médico ha sido disminuida para minimizar los efectos del shock quirúrgico sobre tu metabolismo.

Han abrió los ojos y se encontró contemplando el rostro en forma de bala de un mediandroide. Casi todo el metal era de color verde, pero había una especie de capucha negra extendida sobre los sensores ópticos del mediandroide. Brazos mecánicos segmentados se extendieron hacia él sosteniendo una amplia gama de instrumentos médicos bastante anticuados. Todos estaban muy afilados.

—Soy el mediandroide de la prisión. No he sido programado para operaciones anestésicas ni para perder el tiempo con tonterías como la comodidad del paciente. Si no cooperas, sólo conseguirás que tu tratamiento resulte todavía más desagradable.

Han puso los ojos en blanco. La programación de aquel modelo no podía estar más alejada de la de los mediandroides normales, que tenían como objetivo prioritario asegurar que el paciente estuviera lo más cómodo y a gusto posible.

Han intentó moverse. El centro médico de la prisión le rodeaba por todas partes con su fría blancura, el brillo del equipo médico y las hileras de tanques bacteriológicos vacíos instalados en las paredes. Han fue vagamente consciente de la presencia de varios guardias inmóviles junto a las puertas. Cuando volvió la cabeza,

el mediandroide alargó sus frías manos metálicas hacia él y se la sujetó por las sienes.

—Debes permanecer inmóvil. Esto te dolerá, y mucho. Ahora relájate... ¡inmediatamente!

Chewbacca, invisible al otro extremo de la sala, dejó escapar un ensordecedor ruido de dolor. Han sintió un gran alivio al saber que el wookiee seguía con vida... antes del tratamiento, por lo menos.

El mediandroide empezó a trabajar en él, y Han torció el gesto.

Chewbacca le despertó con un entusiástico y peludo abrazo de gratitud. Han gimió y parpadeó, pero la habitación estaba tan oscura que tuvo que forzar la vista durante unos minutos antes de poder ver algo. Parecía como si todo su cuerpo hubiera recibido una paliza en vez de un tratamiento curativo. Chewbacca dejó escapar un gimoteo, y volvió a abrazarle.

—¡Tómalo con más calma. Chewie, o conseguirás enviarme de vuelta con ese mediandroide! —exclamó Han. El wookiee le soltó de inmediato.

Han hizo un examen mental de su estado. Se irguió, flexionó los brazos y se puso en pie. Dos costillas, no, tres, así como su pierna izquierda, no paraban de experimentar los molestísimos agujonazos indicadores de los puntos en que los soldadores de huesos habían reparado fracturas. Han seguía estando bastante débil, pero las soluciones nutritivas y de sustitución probablemente le habían hecho recuperar un nivel mínimo de salud.

Chewbacca también tenía aspecto de haberlo pasado bastante mal. Le habían afeitado el vello en varias partes del cuerpo, y Han pudo ver abultadas cicatrices allí donde los mediandroides habían llevado a cabo un rápido trabajo de remiendo sin ninguna delicadeza. Después del tratamiento, los dos habían sido arrojados a aquel lugar oscuro y húmedo.

Han acabó tragando una honda bocanada del aire de la cámara.

—¿Qué se ha muerto aquí dentro?

Un instante después comprendió que su pregunta era algo más que un comentario jocoso.

Chewbacca respondió señalando la enorme silueta que ocupaba un tercio del espacio de la celda. Han volvió a parpadear para asegurarse de que sus ojos se habían adaptado a la penumbra.

La criatura era tan gigantesca como horrible. Aquel ser era en parte crustáceo y en parte arácnido y, a juzgar por las hileras de dientes afilados como cuchillos, totalmente carnívoro. Sus manosgarras eran tan grandes como un ser humano, y el blindaje corporal segmentado estaba cubierto de bultos que parecían costras. Lo único bueno que se podía decir de él era que estaba muerto. Los despojos apestaban.

La primera vez que estuvo cerca de un rancor, Han sufría la ceguera resultado de la enfermedad de la hibernación después de haber sido descongelado en el palacio de

Jabba. Jabba alimentaba al monstruo que estaba prisionero debajo de su sala del trono con sus enemigos... o con quien se le pusiera por delante. Han había visto muchos rancors más en el planeta Dathomir cuando estaba cortejando a la princesa Leia. Una de las bestias había muerto en la Institución Penitenciaria Imperial. El rancor había llegado hasta el final del proceso de putrefacción, y después se había ido momificando poco a poco.

Por lo que Han sabía de ella, la prisión era un cruce entre zoológico y penitenciaría, lo cual era debido a que las distintas formas de vida tenían distintos grados de inteligencia. El único factor en común era la tendencia a la violencia que todas compartían.

Para las dimensiones que solían tener las celdas, la suya era gigantesca, era lo bastante grande para haber contenido al rancor y haberle proporcionado el espacio suficiente para moverse de un lado a otro. Huesos enmohecidos de aspecto frágil y quebradizo yacían esparcidos sobre el suelo, como si el rancor que se moría de hambre hubiera hecho un intento desesperado para encontrar más alimento. Retazos verdes y azules de una sustancia viscosa rezumaban de las paredes e iban deslizándose lentamente por ellas. Los únicos sonidos que pudo oír eran goteos tan débiles que resultaban casi imperceptibles.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí dentro, Chewie? —preguntó—. ¿Lo sabes?

Chewbacca no lo sabía.

Han hizo un repaso mental de los acontecimientos. Habían llegado a Kessel y se habían identificado por el nombre y mediante una señal de identificación de la Nueva República. Después una abigarrada flota de naves compuesta por cazas TIE, cazas X y muchos otros aparatos distintos había despegado del planeta para atacarles. Estaba claro que quienes mandaban en Kessel andaban tramando algo sucio, y no querían que la Nueva República se enterara de ello.

Un instante después se acordó de Skynxnex, el hombre-espantapájaros, que había entrado en el *Halcón* después de que se estrellaran. Skynxnex había sido un ladrón y un asesino, y cumplía la función de contacto entre Moruth Doole y los contrabandistas de especia. Skynxnex había conseguido un puesto como guardia de prisión en la institución penitenciaria, pero al parecer acababa de cambiar de empleo...

Han oyó el chasquido y el zumbido del campo de desactivación alrededor de las puertas de la celda, y un instante después hubo un ronroneo chirriante cuando los ascensores hidráulicos hicieron que la enorme puerta empezara a ascender. A medida que iba subiendo, una áspera claridad blanca inundó la habitación. Han se tapó los ojos con una mano. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que la celda estuviera tan oscura.

—¡Prepárate, Chewie! —murmuró.

Si no había demasiados guardias podrían lanzarse sobre ellos, dominarlos y escapar. Pero un momento después sintió una punzada de dolor en las costillas que se había fracturado hacía tan poco tiempo, y una oleada de mareo y aturdimiento se extendió por todo su ser. Chewbacca se había apoyado en una de las húmedas paredes de la celda del rancor como si apenas pudiera tenerse en pie, y dejó escapar un débil gemido.

«Bueno, si sólo hay un guardia medio ciego que se esté recuperando después de haber tenido disentería durante varias semanas...»

—Olvídalo, Chewie. Oigamos qué tienen que decirnos.

La silueta esquelética que acababa de aparecer en el umbral era Skynxnex, desde luego. Los ojos de Han se adaptaron a la luz, y pudo ver cuatro guardias inmóviles detrás de él. Llevaban uniformes de un aspecto vagamente carcelario y trozos de armadura para proteger las zonas más vulnerables del cuerpo, pero no se veía ninguna insignia que indicara su rango.

—Bien Han Solo, confío en que apreciarás nuestra... hospitalidad —dijo Skynxnex.

Han curvo los labios en una sonrisita sarcástica y volvió la mirada hacia el rancor muerto que había perecido en aquella celda húmeda.

—Sí, chicos, ya veo que estáis convirtiendo Kessel en un auténtico paraíso para los turistas... Igualito que el planeta Ithor, ¿eh?

Skynxnex siguió la dirección de su mirada y sus ojos se posaron en el monstruo momificado.

—Ah, sí... Cuando nos adueñamos de la prisión hubo tanto jaleo que alguien se olvidó de alimentar al rancor. Fue una lástima... Pasaron varios meses antes de que nos acordáramos de él. Sí, la verdad es que fue doblemente lamentable, porque cuando por fin pensamos en él teníamos montones de prisioneros imperiales que quitarnos de encima. Eso habría resultado muy divertido de ver... Bueno, lo que hicimos fue enviarlos a las minas de especia.

Skynxnex sonrió, pero sólo durante un momento. Después su rostro volvió a adoptar aquella expresión de impasibilidad casi mecánica.

—Espero que los mediandroides os hayan ayudado a recuperaros de las heridas que sufristeis al estrellaros. Tenéis que estar lo bastante bien para soportar el interrogatorio... Queremos averiguar por qué habéis venido a Kessel a espiarnos.

Han pensó que por una vez podía decir la verdad y mostrarse totalmente franco acerca de su misión.

—Cuando quieras empezar estaré preparado, Skynxnex.

Aun así, temía que la verdad no fuera suficiente en aquel caso.

El hombre flaco y desgarrado que tenía delante se permitió otra fugaz sonrisa.

—Así que me recuerdas, ¿eh, Solo? Bien... Moruth Doole quiere hablar contigo

inmediatamente.

Han enarcó las cejas. Eso quería decir que Doole seguía vivo y que continuaba controlando sus negocios, pero Han no tenía ni idea de cómo encajaban las distintas piezas del rompecabezas.

—Me encantaría hablar con el viejo Moruth —respondió—. Ha pasado mucho tiempo... ¡Era un buen amigo mío!

Sus palabras hicieron que Skynxnex soltara una risita burlona que se interrumpió de repente. Los guardias que permanecían inmóviles detrás de él le imitaron.

—Sí —dijo Skynxnex—, creo que le he oído mencionar tu nombre... en varias ocasiones.

El ascensor los sacó de las áreas de celdas del bloque principal, y los llevó por un tubo hasta el perímetro externo de la institución penitenciaria. Después avanzaron a toda velocidad hacia arriba siguiendo la inclinación de los rieles metálicos.

Han echó un vistazo por las paredes transparentes llenas de señales y arañazos del ascensor y pudo ver que la prisión era un enorme edificio marrón y gris construido con platiacero y roca sintética. La fachada principal se iba inclinando en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y torretas de ascensores se deslizaban a lo largo de cada esquina. Una estructura de cristal-espejo que contenía los departamentos administrativos y alojamientos del personal de la prisión sobresalía del enorme plano inclinado.

Mientras iban en el veloz ascensor, Skynxnex les observó con visible diversión y mantuvo su desintegrador modificado de doble cañón apuntándoles en todo momento. Los dos guardias, cuyo armamento era más convencional, también estaban tensos y preparados para actuar en cualquier momento.

Han se dio cuenta de ello, y se sintió irónicamente impresionado. No sabía qué podía haber hecho para inspirarles tanto miedo.

Tanto Han como Chewbacca habían sido esposados con grilletes aturdidores, un artefacto inmovilizador que cubría las muñecas y enviaba descargas paralizantes de electricidad directa al sistema nervioso cuya potencia era proporcional a la cantidad de esfuerzo para liberarse que llevara a cabo el prisionero. Como de costumbre, Chewbacca fue incapaz de controlar su mal genio y consiguió quedar atontado por las descargas.

Skynxnex puso en movimiento a sus dos prisioneros con un empujón apenas se abrieron las puertas del ascensor. Han obedeció al instante y avanzó intentando que su paso resultara lo más elástico y seguro de sí mismo posible. Había tenido bastantes problemas con Moruth Doole y no confiaba lo más mínimo en él, pero que Han supiera no había ningún motivo por el que Doole debiera odiarle.

Skynxnex les guió por la zona de despachos administrativos, muchos de los cuales habían sido saqueados o incendiados. Dejaron atrás una antesala de grandes

dimensiones que llevaba a un enorme despacho flanqueado por ventanales gigantescos desde los que se podían contemplar los eriales de Kessel. Han pudo ver las planicies salinas en la lejanía. Las colosales chimeneas de las fábricas de atmósfera enviaban chorros de oxígeno, nitrógeno y dióxido de carbono hacia el cielo rosado, haciendo que el planeta se mantuviera mínimamente habitable gracias a su continuo esfuerzo. Potentes escudos de radiación colocados en órbita filtraban un considerable porcentaje de los letales rayos X y gamma que brotaban de las Fauces cercanas. De no ser por la valiosísima especie, nadie se habría tomado la molestia de tratar de vivir en Kessel.

El letrero de la unidad-escritorio anunciaba que se estaba a punto de entrar en los aposentos del alcalde, pero alguien había tachado la identificación original y había colocado un letrero escrito a mano en básico sobre el que se leía OFICINA DE DOOLE. La pared de la derecha de la unidad-escritorio estaba adornada con un hombre congelado en carbonita que había quedado atrapado para siempre en los últimos espasmos de la agonía. Han pensó que Doole había aprendido una lección de Jabba el hutt, y al parecer había adquirido la costumbre de exhibir un viejo enemigo para que todos pudieran verlo. Le bastó con echar una mirada a aquel horrible trofeo para estremecerse.

Al lado de la ventana había una figura en forma de barril silueteada por la potente luz blanca. Han reconoció a Moruth Doole nada más verle.

Doole era un ribetiano, un humanoide achaparrado de piel suave sin vello. El color verde claro con débiles reflejos amarronados de tez creaba la impresión de unas franjas que subían y bajaban por sus mejillas, brazos y hombros. Su piel estaba seca, pero aun así conseguía parecer levemente viscosa. Como siempre, Doole iba vestido con las pieles de reptiles menos afortunados que él. Su chaleco parecía haber salido de algún vídeo de historia antigua. Llevaba una corbata de un color amarillo chillón, lo cual quería decir que Doole estaba preparado para aparearse si surgía la ocasión, aunque Han pensó que en Kessel le iba a resultar muy difícil encontrar una hembra de su especie que estuviera dispuesta a convertirse en su pareja.

Doole giró sobre sí mismo para revelar un rostro muy cambiado que temblaba continuamente debido a la paranoia y los tics nerviosos. Sus ojos de ribetiano eran mucho más grandes que los de un ser humano y recordaban a un par de linternas con rendijas verticales... pero uno de ellos se había vuelto de un blanco lechoso, como un huevo duro a medio cocer. Doole llevaba un enfocador de visión mecánico encima de su otro ojo, y el artefacto quedaba sujeto a su cabeza mediante tiras de cuero marrón.

Doole manipuló su ojo mecánico, y las lentes emitieron un chirrido y se movieron hasta quedar ajustadas como si fueran una cámara. Sus dedos de ribetiano eran muy largos y se ensanchaban al final, y mostraron indicios de unas ventosas de succión vestigiales cuando ajustó el foco y acercó su rostro al de Han. La mirada lechosa del

ojo ciego estaba clavada en la lejanía.

—¡Eres tú, Han Solo! —siseó Doole, reconociéndole después de una prolongada inspección.

Han frunció el ceño.

—Veo que has estado abusando de la especia. Moruth... La vista siempre es la primera en quedar afectada.

—No fue la especia la que me hizo esto —replicó secamente Doole mientras se daba unos golpecitos en el artefacto que cubría su ojo con la punta de un dedo. Hizo otra prolongada inhalación burbujeante que recordó el sonido que produciría una bebida carbónica al ser derramada sobre ascuas calientes—. ¿Por qué estás aquí, Solo? Quiero que me lo digas, pero quizá también quiera que te resistas un poquito para que esto te resulte doloroso.

Chewbacca lanzó un rugido iracundo. Han intentó extender las manos, pero los grilletes aturdidores le administraron una descarga.

—¡Espera un momento, Moruth! Será mejor que me expliques unas cuantas cosas. No entiendo...

Doole no le prestó ninguna atención. Se frotó las manos y sonrió con sus labios pegajosos y húmedos.

—La parte más difícil será contener el deseo de ver cómo te despedazan delante de mis ojos, naturalmente...

Han sintió que el corazón le empezaba a latir más deprisa.

—Oye, ¿es que no podemos comportarnos como dos personas razonables aunque sólo sea por unos momentos? Éramos socios Moruth, y nunca jugué sucio contigo. — Han no mencionó sus sospechas de que Doole sí había jugado sucio con él cuando transportaba el último cargamento de especia—. Si hice algo que te disgustó. Bueno, te pido disculpas. ¿No podemos arreglarlo?

Han se acordó de la conversación que había mantenido con Greedo, el asesino profesional, en la cantina de Mos Eisley. Cuando se consideraba ofendido, Jabba el Hutt nunca intentaba resolver el malentendido por medios pacíficos. Han esperaba que Doole sería más razonable.

Moruth Doole se echó hacia atrás y movió sus manos de largos dedos en un rápido aleteo.

—¿Arreglarlo? ¿Qué vas a hacer..., pagarme un sustituto robótico ocular? ¡Odio esos trastos! Jabba trató de matarme por tu culpa. Tuve que suplicarle que se conformara con mi ojo. ¡De hecho, tuve que suplicarles que me dejaran sin ojo!

Doole se golpeó el lado ciego de su cara, que parecía un huevo duro, con la mano. Skynxnex se acercó a Doole.

—Creo que en vez de asustarle sólo estás consiguiendo confundirle, Moruth — dijo en voz baja—. Quizá realmente no sabe qué ha ocurrido.

Doole se sentó detrás de su escritorio, tiró de los pliegues de su chaleco de piel de lagarto y recobró la compostura.

—¡Jabba me echó la culpa de todo después de que arrojaras tu cargamento de especia al vacío! Emitió un contrato de asesinato a mi nombre... ¡Y todo por culpa de vuestra cobardía!

Chewbacca lanzó un rugido ofendido, y Han tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse dominar por la ira.

—Jabba también emitió un contrato a mi nombre, Doole —dijo—. Greedo intentó asesinarme en Tatooine. Boba Fett me capturó en Bespin y quedé aprisionado en un bloque de carbonita al igual que ese amigo tuyo que tienes colgado de la pared... — Han movió una mano señalando el horrendo trofeo de la pared— y después me enviaron al palacio de Jabba.

Doole movió una mano como desdeñando sus palabras.

—Los hombres de Jabba ya se habían infiltrado en la organización minera —dijo, y quería delatarme para que su gente pudiera obtener el brillestim directamente. Uno de sus asesinos me frió este ojo y me dejó medio ciego del otro. Jabba aún no había terminado conmigo, pero Skynxnex le mató antes de que pudiera hacerme más cosas.

El espantapájaros inmóvil junto a la puerta sonrió con orgullo.

—Jabba no me había dejado otra opción: tenía que actuar —siguió diciendo Doole—. Organizamos la revuelta en la prisión. El alcaide era un hombre de Jabba, pero la mitad de los guardias estaban de mi lado. Les pagaba muy bien, ¿comprendes? Por suerte, el caos se adueñó del Imperio más o menos por aquel entonces y pudimos hacernos dueños de Kessel. Había unos cuantos esclavistas con sueños de grandeza al otro lado del planeta, pero no duraron mucho. Desde entonces he estado llenando los almacenes con cargamentos de especia, y he creado una gran flota de defensa con todas las naves a las que he podido echar mano o reparar. Nadie va a venir aquí para quitarme lo que me pertenece... ¡Y cuando digo «nadie», hablo muy en serio!

Doole se rodeó la cabeza con sus largos dedos en un gesto de cansancio.

—¡Todo iba estupendamente hasta que tú hiciste que Jabba se enfadase y me echara la culpa de lo ocurrido! Sí, todo iba bien y no había ningún peligro... Sabía cómo había que jugar a aquel juego. Ahora doy un salto cada vez que veo moverse una sombra, y siempre estoy asustado...

Doole contempló a Han con su ojo mecánico.

—Pero veo que no te basta con haber destrozado mi vida una vez, ¿eh? Has vuelto, y llegaste emitiendo un mensaje de la Nueva República... Bueno, había imaginado que los restos del Imperio podían tratar de recuperar el control de las minas de especia, pero todos los grandes gobiernos son iguales. Eres un espía, y un espía particularmente inepto... ¿Realmente creías que podías entrar en nuestro

espacio, echar un vistazo y volver a tu República con toda la información que necesitan para venir aquí y adueñarse de todo? —Doole golpeó el escritorio con la palma de una mano produciendo un sonido húmedo—. ¡Daremos el primer golpe matando a su espía, y estaremos preparados para acabar con ellas en cuanto vuestras naves de ataque salgan del hiperespacio!

—¡No tienes ni una posibilidad! —se burló Skynxnex.

Han se permitió sonreír, y llegó al extremo de soltar una risita.

—No podéis estar más equivocados, chicos... Sí, lo habéis entendido todo al revés.

Chewbacca lanzó un gruñido de asentimiento.

Skynxnex frunció el ceño, y Doole contempló a Han en silencio durante un momento.

—Ya lo veremos —dijo por fin.

Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó de él una pequeña llave de aspecto bastante antiguo que insertó en la cerradura de uno de los cajones del escritorio que había pertenecido al alcaide de la prisión. Luchó unos momentos con la cerradura, y acabó consiguiendo abrir el cajón. Metió la mano dentro, y sacó una pequeña caja fuerte. La puso encima de la mesa, y después metió la mano en otro bolsillo de su chaleco para extraer una segunda llave.

Han contempló a Doole sintiendo una creciente curiosidad mientras éste abría la caja fuerte y sacaba un pequeño recipiente sellado de ella. Después Doole guardó meticulosamente las dos llaves en sus bolsillos antes de mirar a Han.

—Me gustaría dedicar algún tiempo a interrogarte minuciosamente, pero quiero saber con toda exactitud cuándo planea atacar la Nueva República, cuántas naves van a enviar y qué tipo de fuerzas utilizarán para aplastarnos. Voy a obtener la información ahora, pero quizá pueda disfrutar un rato interrogándote más tarde... por una pura cuestión de principios.

Doole colocó su mano palmeada de ribetiano encima del recipiente sellado. Un haz luminoso se enroscó alrededor de sus dedos con un zumbido casi imperceptible llevando a cabo un examen de identificación personal, y un instante después el pequeño recipiente emitió un leve eructo al romperse el sello hermético a prueba de aire. La tapa se deslizó a un lado para revelar un compartimiento interior acolchado.

La cajita estaba llena de delgados cilindros envueltos en una sustancia negra que tenían medio dedo de longitud. Han los reconoció al momento nada más verlos.

—Brillestim... —dijo.

Doole le miró.

—La forma más potente en que puede presentarse la especia... Con ella podré saber qué hay de verdad en lo que dices. Tus pensamientos errantes te traicionarán.

Han experimentó una repentina sensación de alivio.

—¿Y qué ocurre si no tengo ningún pensamiento oculto que delatar?

Skynxnex le golpeó en la nuca con el dorso de la mano, y el impacto casi hizo caer a Han. Chewbacca intentó avanzar tambaleándose, pero los grilletes aturdidores acallaron sus gritos y le obligaron a quedarse inmóvil, dejándole tan marcado y débil que el wookiee y osciló de un lado a otro estuvo a punto de perder el equilibrio.

Doole escogió uno de los delgados cilindros negros y lo sostuvo entre sus dedos. Después arrancó la envoltura opaca con un movimiento lleno de destreza y extrajo un delgado haz de fibras transparentes de apariencia cristalina. Doole sostuvo el brillestim inerte bajo los chorros de luz que entraban por el gran ventanal panorámico, y la especia sensible a la luz empezó a iluminarse por dentro, brillando y centelleando en el rápido proceso de maduración.

Han la miró fijamente hasta que estuvo preparada para ser consumida por Doole, y tragó saliva intentando eliminar el nudo de sequedad que se le había formado en la garganta.

Doole abrió la boca en cuanto los segmentos de brillestim empezaron a resplandecer con un color azul perlino. Extendió su delgada lengua púrpura, envolvió las fibras cristalinas con ella y las introdujo en su boca. El brillestim chasqueó y burbujeó con un leve siseo, y unas cuantas chispitas minúsculas se escaparon por las comisuras de su boca cuando Doole flexionó los labios.

Han siguió mirándole fijamente mientras Doole cerraba su ojo ciego y tragaba aire en una serie de profundas inhalaciones acompañadas por sonidos líquidos. La especia actuaría sobre la mente de Doole estimulando y reforzando sus poderes latentes. Los engranajes de centrado automático del ojo mecánico de Doole zumbaron y chirriaron, girando una y otra vez en un intento de extraer algún sentido de las visiones que habían empezado a desfilar por la mente del ribetiano. Después Doole se volvió hasta quedar de cara a Han y Chewbacca.

Han torció el gesto al sentir cómo unos dedos diminutos empezaban a hurgar en su cerebro, moviéndose por los lóbulos de la memoria y las imágenes que había almacenado en sus pensamientos... buscando, buscando. Intentó escapar de ellos, pero sabía que no podía ocultar ningún secreto a una mente saturada de brillestim.

Skynxnex soltó una risita pero se calló al instante, como si temiera que eso pudiese atraer la atención de Doole hacia él y hacer que fuera su cerebro el que acabara siendo examinado.

Han sintió una creciente ira y una impotencia ofendida al comprender que Moruth Doole podía diseccionar los momentos de intimidad que había vivido con Leia, y observar el nacimiento de sus tres hijos. Pero los efectos de la especia sólo duraban unos momentos y Doole concentraría sus esfuerzos en averiguar por qué Han y Chewbacca habían venido a Kessel.

—Te estaba diciendo la verdad, Doole —dijo Han en voz baja y suave—.

Venimos en una misión de paz para restablecer el contacto diplomático con Kessel. La Nueva República está intentando abrir las rutas comerciales y darte la bienvenida a su seno. Hemos Venido en son de paz, pero tú te declaraste la guerra a ti mismo al derribar al primer embajador enviado por la Nueva República.

Chewbacca dejó escapar un gruñido.

Skynxnex se envaró y dio unos cuantos pasos tambaleantes hacia delante.

—¿De qué está hablando?

—Lee la verdad que hay en mi mente, Moruth —dijo Han alzando la voz.

El ribetiano tenía la boca abierta y los labios flácidos, y Han pudo ver el chisporroteo de las diminutas centellas del brillestim en sus mejillas. Sintió cómo los minúsculos dedos investigadores se adentraban en las profundidades de su cerebro, hurgando y buscando incesantemente. El estímulo de la especia ya había empezado a desvanecerse, y Doole estaba haciendo un frenético intento final para encontrar alguna prueba de que sus sospechas eran ciertas.

Pero Doole no pudo encontrar nada, porque no había nada que encontrar. Lo único que averiguó fue el poder de las fuerzas de la Alianza que se desplegarían contra él. Aquella flota había conseguido vencer a todo el Imperio, y no podía haber ninguna duda de que bastaría para destruir a la pequeña organización de fuera de la ley que se había adueñado de Kessel.

—¡No! —gimoteó Doole, y giró sobre sí mismo para clavar la mirada en Skynxnex—. ¿Qué vamos a hacer? ¡Está diciendo la verdad!

—¡No puede estar diciendo la verdad! —exclamó Skynxnex—. Es un... Es un...

—La especia no miente. Está aquí exactamente por las razones que expuso, y nosotros derribamos su nave. Le hicimos prisionero... La Nueva República vendrá a por nosotros, y nos barrerán.

—Mátales ahora mismo —dijo Skynxnex—. Si trabajamos deprisa, podemos ocultar todos los rastros de lo que ha ocurrido.

Han sintió que el miedo volvía a adueñarse repentinamente de él.

—¡Eh, esperad un momento! Estoy seguro de que podemos arreglarlo con unos cuantos mensajes enviados a los sitios adecuados... ¡Después de todo, soy el embajador! Tengo credenciales diplomáticas y todo lo demás... No quiero que un simple malentendido...

—¡No! —gritó Skynxnex, manteniendo su atención centrada en Doole—. No podemos correr ese riesgo. Ya sabes lo que Solo ha hecho antes... Sabe que enviaste a las naves del servicio de aduanas imperial detrás de él.

En realidad. Han no había estado seguro de ello hasta aquel momento.

—No hay ninguna razón para dejarse dominar por el pánico... —dijo—. Puedo hablar con el Senado de la Nueva República. Conozco a Mon Mothma desde hace mucho tiempo, y además mi esposa Leia es miembro del Gabinete y...

Su mente estaba funcionando a una velocidad desesperada, intentando imaginarse cómo saldría de aquella situación Leia si estuviera en su lugar. Han le había visto encontrar la solución a complejos problemas diplomáticos en muchas ocasiones. Leia sabía manejar las palabras y era capaz de identificar las preocupaciones de los demás y disolverlas poco a poco, maniobrando delicadamente a las facciones enfrentadas hasta alcanzar un compromiso. Pero Leia no estaba a su lado en aquel momento.

—Sí, creo que estoy de acuerdo contigo —dijo Doole dándose golpecitos con un dedo en sus hinchados labios, y Han dejó escapar un suspiro de alivio—. No Solo, estoy de acuerdo con Skynxnex... Repasaré las cintas de la batalla, pero no creo que transmitieras ningún mensaje después de haber salido del hiperespacio. Uno de nuestros cazas destruyó el plato de tu antena subespacial. La Nueva República no tiene forma alguna de saber que llegaste aquí sano y salvo, y a falta de pruebas en contra, acabarán llegando a la conclusión de que fuiste engullido por las Fauces.

Doole empezó a ir y venir por delante del gran ventanal panorámico.

—Eliminaremos todos los datos referentes a ti de nuestros registros, y ordenaré a todos mis mercenarios que se olviden del ataque. ¡Sí, es la alternativa que presenta menos peligros!

—¡Estás cometiendo un gran error! —gritó Han.

Apenas podía contener el impulso de tirar de los grilletes aturdidores.

—No —replicó Doole, juntando las puntas de sus dedos con un leve sonido de succión—, no lo creo.

Chewbacca gritó una larga retahíla de palabras guturales.

—Lo más prudente sería mataros ahora mismo —respondió Doole, y se frotó el ojo ciego con los dedos—. Pero aún estás en deuda conmigo por esto, Solo. No podrías compensar la pérdida de mi ojo ni aunque trabajaras cada día durante un centenar de años. Los dos iréis a las minas de especia, a los túneles más lejanos y más profundos. Últimamente ha habido bastantes bajas, y tienen que cubrir las.

Doole sonrió con su enorme boca de rana. Un último destellar de chispitas azules osciló en la comisura de sus labios.

—Ahí abajo nadie os encontrará jamás.

5

El complejo que había albergado el Centro de Información Imperial se encontraba a gran profundidad debajo del viejo palacio, y estaba recubierto por muchas capas de muros protectores y defendido con severas medidas de seguridad en cada entrada. Enormes sistemas de intercambio calórico y potentes unidades de refrigeración impregnaban la estancia con un continuo rugido de fondo, y mantenían las temperaturas dentro de unos límites tolerables para las grandes máquinas del archivo de datos.

Encorvadas sobre catorce consolas se veían las masas gris mate de los androides descifradores, conectados a las terminales que se iban abriendo paso, poco a poco por la jungla de los códigos cifrados de seguridad y los virus de protección instalados en los gigantescos ordenadores del Emperador. Los androides descifradores llevaban un año entero trabajando, arrancando fragmentos de información que tenían una importancia vital a las laberínticas bases de datos. Hasta el momento, ya habían desenmascarado a veintitrés espías imperiales protegidos por identidades falsas y a salvo de toda sospecha que intentaban sabotear el proceso de afianzamiento y desarrollo de la Nueva República.

El zumbido de las unidades de refrigeración y la inmovilidad de los androides descifradores envolvía el Centro en un vacío lleno de ecos. Solitario e inquieto, el androide de protocolo Cetrespeó iba y venía de un lado a otro acompañado por los siseos de sus servomotores mientras contemplaba la estancia con sus sensores ópticos por centésima vez.

—¿Todavía no has encontrado nada, Erredós? —preguntó.

Erredós, que se había conectado a una de las salidas de información, respondió con un impaciente pitido de negativa, y siguió emitiendo zumbidos mientras se desplazaba a toda velocidad por las inmensas cantidades de información acumuladas.

—No te olvides de hacer una doble comprobación en todo —dijo Cetrespeó, y reanudó sus paseos de un lado a otro—. Ah, y no temas seguir pistas que te parezcan improbables... El amo Luke las llamaría corazonadas. Eso es muy importante, Erredós.

Erredós dejó escapar un bocinazo de indignación.

—Y acuérdate de inspeccionar el fichero de cada planeta de la Vieja República. El Imperio no tuvo por qué disponer del tiempo necesario para actualizar la información sobre todos.

Esta vez Erredós no se tomó la molestia de contestar, y se limitó a seguir trabajando.

Un instante después Cetrespeó oyó abrirse las puertas externas y una silueta oscura fue hacia ellos moviéndose con silenciosa gracia. Luke Skywalker llevaba su

capa Jedi, como siempre, pero esta vez el capuchón se hallaba encima de sus hombros. La rapidez de su paso indicaba que Luke tenía bastante prisa.

Cetrespeó se alegró al ver el resurgir de esa peculiar cualidad de muchacho impaciente que había resultado tan característica del joven Luke cuando los androides le conocieron después de haber sido comprados a los jawas en Tatooine. Durante los últimos tiempos, los ojos de Luke no habían conseguido disimular el brillo de las preocupaciones y el poder, contenido a duras penas, típicos de un Maestro Jedi.

—¡Amo Luke! ¡Cómo me alegro de que haya venido a ver qué tal nos va!

—¿Y qué tal va todo, Cetrespeó? ¿Aún no habéis descubierto nada?

Erredós respondió con un zumbido que Cetrespeó se encargó de traducir.

—Erredós dice que va todo lo deprisa que puede, pero desea que le recuerde la enorme cantidad de datos que debe inspeccionar.

—Bueno, me marcharé dentro de unas cuantas horas para seguir algunas pistas que he descubierto por mi cuenta. Sólo quería asegurarme que disponéis de todo lo necesario antes de despegar.

Cetrespeó se irguió en un rápido movimiento que indicaba sorpresa.

—¿Puedo preguntarle dónde va, amo Luke?

Erredós lanzó un silbido musical y Luke se volvió hacia el pequeño androide.

—Esta vez no, Erredós. Es más importante que os quedéis aquí y sigáis con la búsqueda. Puedo volar solo.

Después Luke se volvió hacia Cetrespeó para contestar a su pregunta.

—Voy a Bepin para hacer algunas averiguaciones sobre una persona que vive allí, pero antes quiero ir a un viejo puesto avanzado llamado Eol Sha. Tengo razones para creer que allí puedo encontrar a un descendiente de los Jedi. —Luke giró sobre sí mismo con un siseo de su capa para salir del Centro de Información—. Volveré a veros cuando haya regresado.

La puerta que había desaparecido en la pared se deslizó cerrándose detrás de él.

—Busca los datos referentes a Eol Sha —dijo Cetrespeó al instante volviéndose hacia Erredós—. Veamos a qué clase de sitio quiere ir el amo Luke.

Erredós obedeció tan deprisa como si la idea también hubiera surgido en sus circuitos. Cuando las estadísticas planetarias aparecieron en la pantalla acompañadas por imágenes bidimensionales muy antiguas. Cetrespeó alzó sus dorados brazos mecánicos en un gesto horrorizado.

—¡Terremotos! ¡Géiseres! ¡Volcanes y lava! ¡Oh, cielos!

Luke emergió del hiperespacio y las líneas estelares se acortaron rápidamente hasta convertirse en puntos. Delicados colores repentinamente brillantes se derramaron sobre el universo, pintándolo con los tonos magenta, anaranjados y azul carámbano de los gases ionizados que formaban un vasto océano galáctico conocido con el nombre de Nebulosa del Caldero. Los filtros automáticos del compartimiento

de pilotaje entraron en acción para atenuar la repentina claridad. Luke contempló el espectáculo y sonrió.

Desactivó el módulo hiperespacial y tecleó las coordenadas de Eol Sha. Su lanzadera de pasaje modificada avanzó trazando un arco a través de las hilachas de gases, dejando la nebulosa por encima de él cuando los motores empezaron a funcionar. La nave en forma de doble cuña descendió hacia Eol Sha.

Luke hubiese querido hacer el trayecto en su fiel caza X, pero aquella nave era un aparato monoplasa con el espacio justo para un androide de astronavegación colocado detrás del piloto. Si las corazonadas de Luke sobre los descendientes de los Jedi resultaban ser correctas, cuando regresara a Coruscant lo haría acompañado por dos candidatos...

Según los viejos registros, la colonización de Eol Sha había sido iniciada hacía un siglo por empresarios que tenían la intención de utilizar naves mineras impulsadas por antorchas de fusión para que recorriesen la Nebulosa del Caldero fueran recogiendo los gases más valiosos. Los pilotos de las naves-mineras destilarían la cosecha gaseosa convirtiéndola en cargamentos purificados de elementos raros, que serían vendidos posteriormente a otros puestos avanzados.

Eol Sha era el único planeta que se encontraba lo bastante cerca para poder acoger aquella operación de minería comercial, pero sus días estaban contados. El planeta tenía una luna que se movía en una órbita muy próxima, e iba acercándose poco a poco a Eol Sha en una lenta zambullida letal a medida que la gravedad iba tirando de ella. Cien años más y la luna chocaría con el planeta, y los dos cuerpos celestes quedarían hechos añicos a causa del impacto.

El plan de explotación minera de la nebulosa había sido un gran fracaso. Los empresarios eran tan incompetentes que no habían tomado en consideración los verdaderos costes de las naves provistas de antorchas de fusión y el que la composición de los gases del Caldero no tenía nada de particular. El puesto avanzado de Eol Sha había quedado abandonado para que se las arreglara como pudiese. El Nuevo Orden del Emperador había surgido más o menos por aquel entonces, y la Vieja República se había desmoronado rápidamente. Los escasos supervivientes de Eol Sha habían sido olvidados en el caos subsiguiente.

El puesto avanzado había sido redescubierto hacía dos años por un sociólogo de la Nueva República que había hecho una breve visita al planeta, después de lo cual grabó sus opiniones y descubrimientos y presentó un informe en el que recomendaba la evacuación inmediata de la colonia condenada a la destrucción..., todo lo cual fue rápidamente olvidado gracias al efecto combinado de la ya floreciente burocracia de la Nueva República y las depredaciones del Gran Almirante Thrawn.

Pero lo que había atraído la atención de Luke era que el informe afirmaba que entre los primeros colonos de Eol Sha había una mujer llamada Ta'ania. Una

descendiente ilegítima de un Jedi. Luke hubiese sospechado que el linaje Jedi había terminado allí de no ser por un pequeño detalle.

Según el informe del sociólogo, se decía que el líder de los colonos supervivientes, un hombre llamado Gantoris, era capaz de prever la proximidad de los terremotos, y que cuando era niño había sobrevivido de forma milagrosa mientras sus compañeros de juegos perecían a causa de una avalancha. Gantoris se las había arreglado de alguna manera misteriosa para salir sano y salvo de la catástrofe, mientras que otros niños que se encontraban a sólo un brazo de distancia a ambos lados de él quedaban aplastados por los peñascos.

Luke atribuía muchas de aquellas historias al efecto de exageración que acompañaba a su repetición, pues incluso alguien que poseyera un gran potencial Jedi era incapaz de ejercer un control sobre ese tipo de acontecimientos sin haber recibido un adiestramiento, como el mismo Luke sabía muy bien. Pero aun así tanto las pistas como las evidencias circunstanciales le llevaban a Eol Sha; y si quería encontrar un número de candidatos lo suficientemente grande para su centro de adiestramiento Jedi, Luke tendría que seguir todas las pistas.

Luke pilotó la lanzadera modificada en una trayectoria con forma de ocho alrededor de la luna que se alzaba sobre el planeta y la dirigió hacia los restos del puesto avanzado de Eol Sha. Cruzó el terminador donde la noche del planeta era sustituida por el día, y se volvió hacia el visor panorámico para contemplar la nada invitadora superficie cubierta de cicatrices de Eol Sha.

Sus manos manejaron los controles de manera automática. Luke empezó a descender y pronto pudo ver los módulos de alojamiento, estructuras decrepitas y sostenidas mediante refuerzos improvisados que habían sido maltratadas durante décadas por toda clase de catástrofes naturales. Cerca de ellos había montículos de lava endurecida que se desplegaban alrededor de un cono volcánico producido por antiguas erupciones. Chorros de humo surgidos del corazón del volcán se enroscaban sobre él, y manchas de un naranja resplandeciente indicaban los lugares en que la lava se había abierto paso por las grietas de las laderas recientemente.

Luke hizo que la lanzadera sobrevolase el maltrecho asentamiento, y la llevó hasta una franja de terreno pedregoso lleno de cráteres que había más allá de él. La lanzadera se posó sobre una extensión de roca lisa, y Luke salió por las puertas abatibles que había detrás de los asientos de los pasajeros.

La cálida y maloliente atmósfera de Eol Sha entró en sus fosas nasales, llenándolas con el acre humo del azufre y los vapores químicos. La gigantesca luna colgaba en el horizonte como una bandeja de estaño labrado, proyectando sus propias sombras incluso a la luz del día. Nubes negruzcas y cenizas volcánicas en suspensión flotaban en el aire como una manta de calina.

Cuando Luke empezó a alejarse de la lanzadera de pasaje pudo sentir cómo el

suelo vibraba levemente debajo de sus botas. Sus sentidos agudizados por la Fuerza le permitieron establecer contacto con la increíble tensión que la proximidad de su luna producía sobre Eol Sha, oprimiéndolo y desgarrándolo con fuerzas de marea que se iban intensificando con cada año que pasaba a medida que la espiral de la luna la acercaba un poco más. Una estática siseante impregnaba la atmósfera, como si las innumerables fumarolas y rendijas por las que se iban filtrando los vapores dejaran escapar los jadeos de dolor del planeta.

Luke se envolvió en su oscura capa, se aseguró que la espada de luz que colgaba de su cinturón estaba bien sujeta y empezó a avanzar sobre el abrupto terreno yendo hacia el asentamiento de los colonos. A su alrededor el suelo estaba puntuado por pequeños cráteres y agujeros bastante profundos rodeados por depósitos minerales de color blanco y marrón. Los sonidos gorgoteantes de los chorros de vapor surgían del subsuelo a una gran profundidad por debajo de ellos.

Ya había recorrido la mitad de la distancia que le separaba del asentamiento cuando una potente sacudida le hizo caer de rodillas. Las rocas temblaron y el suelo gruñó. Luke extendió los brazos para no perder el equilibrio. Los temblores se intensificaron y fueron calmándose poco a poco, y después volvieron a intensificarse durante unos momentos y cesaron súbitamente.

De repente los cráteres que había a su alrededor crujieron y eructaron torres de vapor y gotitas de agua hirviendo. Todos eran géiseres. Luke se había metido en un campo de géiseres que el terremoto acababa de activar provocando una erupción simultánea. El vapor empezó a rodar sobre el suelo como una espesa neblina.

Luke se tapó la cabeza con el capuchón para protegerla y procuró tragar la menor cantidad de aire posible con cada inspiración mientras seguía avanzando. El asentamiento de los colonos ya no estaba muy lejos. El campo de géiseres seguía jadeando y aullando a su alrededor, pero los sonidos se fueron debilitando poco a poco hasta que los chorros se disiparon.

Cuando emergió por fin de la nube de vapores. Luke vio dos hombres contemplándole desde la entrada de un viejo y oxidado refugio prefabricado. El puesto avanzado de Eol Sha había sido edificado con depósitos de carga modificados y refugios modulares que se autoinstalaban automáticamente una vez activados, pero a juzgar por su aspecto los subsistemas de mantenimiento habían dejado de funcionar hacía varias décadas, dejando que aquellas personas olvidadas por todos se las arreglaran como pudiesen para sobrevivir en aquel entorno duro y hostil. El resto del asentamiento parecía estar desierto y totalmente silencioso.

Los dos hombres interrumpieron los trabajos de reforzamiento de una entrada medio derruida que estaban llevando a cabo, pero no parecían saber cómo debían reaccionar ante la presencia de un forastero. El de Luke probablemente era el primer rostro nuevo desde que el sociólogo les había visitado hacía ya dos años.

—He venido para hablar con Gantoris —dijo Luke. Los dos hombres le dirigieron miradas apagadas e inexpresivas. Sus ropas estaban muy gastadas y llenas de remiendos, y parecían haber sido hechas con fragmentos de otras prendas. Los ojos de Luke se posaron en uno de los hombres y retuvieron su mirada. El otro había retrocedido hacia las sombras—. ¿Eres Gantoris? —preguntó Luke en voz baja y suave.

—No. Me llamo Warton. —El hombre parecía no saber qué decir, y las palabras salieron de su boca en un apresurado balbuceo—. Todo el mundo se ha ido... Ha habido una avalancha en una cañada. Enterró a dos de los más jóvenes, que habían ido a cazar pulguillos con lanza. Gantoris y los demás están ahí intentando sacarles de debajo de las rocas.

Luke sintió una punzada de urgencia apremiante y le cogió del brazo.

—Llévame hasta allí. Quizá pueda ayudar.

Warton se dejó empujar para ponerse en movimiento, y guió a Luke por un sendero serpenteante que avanzaba entre grandes peñascos. El otro hombre se quedó inmóvil entre los refugios medio derruidos. Luke y Warton fueron bajando por una serie de caminos a lo largo de la pared de una gran grieta del suelo, una enorme hendidura creada por las fuerzas de marca. En aquellas profundidades el aire parecía más espeso y maloliente, y la sensación de claustrofobia que producía resultaba todavía más intensa.

Warton sabía dónde encontrar a los otros supervivientes en el laberinto de canales y avalanchas parciales. Luke los vio trabajando codo a codo en una curva de la cañada, esforzándose por apartar a un lado los peñascos mientras trepaban y resbalaban sobre las rocas recién caídas. Cada uno de aquellos treinta rostros mostraba la misma expresión implacable, como si su optimismo se hubiera consumido hacía mucho tiempo pero no pudieran permitirse el dejar de cumplir con sus deberes. Dos mujeres estaban inclinadas sobre los cascotes, lanzando gritos hacia el interior de las grietas.

Un hombre trabajaba esforzándose el doble que los demás. Su larga cabellera negra recogida en una trenza colgaba sobre el lado izquierdo de su cara. Sus cejas y sus pestañas habían sido eliminadas arrancándolas pelo por pelo, dejando totalmente desprovisto de vello su rostro anguloso de rasgos fuertes y marcados, que en aquel momento estaban enrojecidos a causa del esfuerzo. El hombre echaba a un lado rocas que otras personas se encargaban de llevarse. Ya habían logrado apartar una parte de los escombros, pero aún no habían desenterrado a las dos víctimas. El hombre de cabellos oscuros hizo una breve pausa en su trabajo para mirar a Luke, no logró reconocerle ni comprender el motivo de su presencia allí y reanudó sus esfuerzos. Por la manera en que le miraban Warton y los demás, Luke comprendió que debía de tratarse de Gantoris.

Luke se detuvo antes de que Warton le hubiera llevado hasta la base del montón de rocas caídas, y se hizo una idea de cómo estaban colocados los peñascos recorriéndolos con una rápida mirada. Después permitió que sus brazos colgaran flojamente a sus lados, se concentró poniendo los ojos en blanco y envió su mente a través de la Fuerza, utilizando la energía que encontró allí para rozar los peñascos primero y moverlos después, y para impedir que nuevos desprendimientos de rocas causaran más daños. Cuando Yoda le había entrenado en el levantamiento de grandes piedras sólo se trataba de un juego, un ejercicio de adiestramiento, pero en aquellos momentos dos vidas dependían de ello.

No prestó ninguna atención a las exclamaciones de asombro que lanzaron los colonos mientras retrocedían, apartándose a toda prisa cuando Luke empezó a utilizar su mente para apartar un peñasco detrás de otro de la cima del montón de rocas, arrojándolos después hacia otros lugares de la cañada. Estaba captando vida en algún lugar de aquellas oscuras profundidades.

Las rocas que Luke iba apartando no tardaron en mostrar manchas de sangre, y cuando dejó al descubierto un brazo muy pálido y parte de un hombro atrapado entre las sombras secretas de la avalancha, varios miembros del grupo corrieron hacia él. Luke hizo un nuevo esfuerzo para que el inestable montón de rocas se mantuviera lo suficientemente inmóvil y permitiera llevar a cabo las operaciones de rescate, y siguió apartando peñascos caídos.

—¡Está viva! —gritó alguien.

Varias personas corrieron hacia los restos de la avalancha queriendo ayudar, y empezaron a apartar las piedras hasta liberar a una muchacha. Su rostro y sus piernas estaban ensangrentados y habían recibido muchos golpes, y resultaba obvio que tenía un brazo roto. La muchacha empezó a llorar de dolor y alivio mientras sus salvadores la sacaban de entre las rocas. Luke sabía que se recuperaría, pero el joven atrapado junto a la muchacha no había tenido tanta suerte como ella. La avalancha lo había aplastado al instante. El chico había muerto mucho antes de que Luke llegara.

Luke siguió trabajando hasta haber dejado el cuerpo al descubierto. Después se liberó de su semitrance, entre sollozos de pena, y abrió los ojos.

Gantoris estaba inmóvil delante de él, y una ira que apenas si lograba reprimir hervía bajo sus rasgos controlados al precio de una gran tensión.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó—. ¿Quién eres? Warton se puso al lado de Luke.

—Le vi salir del campo de géiseres —dijo—. Todos los géiseres hicieron erupción en el mismo instante, y él apareció de repente saliendo de la nube de vapor. —Warton parpadeó con asombro y temor mientras miraba a Luke—. Dice que ha venido a verte, Gantoris.

—Sí... Ya lo sé —murmuró Gantoris hablando consigo mismo.

Luke buscó sus ojos con la mirada.

—Soy Luke Skywalker, un Caballero Jedi. El Imperio ha caído, y una Nueva República ha ocupado su lugar. —Tragó una honda bocanada de aire—. Si eres Gantoris y si tienes esa capacidad, he venido a enseñarte cómo utilizar la Fuerza.

Varios miembros del grupo se habían aproximado con el cuerpo destrozado y flácido como una muñeca de trapo del muchacho. El hombre que lo llevaba en brazos permitió que su pétrea impassibilidad se esfumara durante un momento para revelar sus emociones.

La expresión que había en el rostro de Gantoris parecía ser una mezcla de terror y anhelo.

—He soñado contigo... Un hombre oscuro que me ofrece secretos increíbles, y que luego me destruye. Si voy contigo estaré perdido... —Gantoris se irguió—. Eres un demonio.

Luke estaba muy sorprendido, especialmente después de todos los esfuerzos que había hecho para salvar a los dos niños.

—No, no es eso... —dijo intentando calmarle.

Otros colonos se habían acercado formando un círculo alrededor del enfrentamiento, hallando un foco para su ira y sus sospechas en él. Todos miraban a Luke, a aquel desconocido que había surgido de la nada justo a tiempo de apresurar la muerte de un miembro de su cada vez más reducida comunidad.

La mirada de Luke recorrió los rostros de las personas que le rodeaban. Y acabó decidiendo correr un gran riesgo.

—¿Qué puedo hacer para demostrarte que mis intenciones son buenas? —preguntó mirando fijamente a Gantoris a los ojos—. Soy tu invitado, o tu prisionero. Lo que deseo de ti es tu cooperación. Te ruego que escuches lo que tengo que decirte.

Gantoris extendió las manos para tomar el cuerpo del chico en sus brazos. El hombre que lo había estado sosteniendo parecía confuso y perdido, y contempló las manchas de sangre de sus mangas como si no comprendiera de dónde habían salido. Gantoris señaló a Luke con la cabeza.

—Coged al hombre oscuro.

Varios hombres se apresuraron a agarrarle por los brazos. Luke no intentó resistirse.

Gantoris, sosteniendo al niño en sus brazos, encabezó la lenta procesión que inició el ascenso por la pared de la grieta. Sólo se volvió una vez hacia Luke.

—Averiguaremos por qué has venido —dijo mirándole fijamente.

6

Leia estaba en la sala de comunicaciones privada, y dejó escapar un suspiro mientras lanzaba una nueva mirada al cronómetro. El embajador caridano llevaba retraso. Probablemente se estaba retrasando sólo para irritarla.

Había ajustado su reloj al tiempo local caridano como deferencia al embajador. La hora de la transmisión había sido sugerida por el embajador Furgan, pero al parecer después no se había dignado tomarse la molestia de ser puntual ateniéndose a ella.

Espejos de doble sentido mostraban los pasillos vacíos fuera de la sala de comunicaciones. A esa hora tan tardía, casi todas las personas que tenían una pizca de sentido común estaban profundamente dormidas en sus alojamientos..., pero nadie había prometido jamás a Leia Organa Solo que los deberes diplomáticos tuviesen un horario regular.

Cuando ese tipo de obligaciones se infiltraban en su jornada. Han solía gruñir y protestar por ser despertado en plena noche, y se quejaba diciendo que incluso los piratas y los contrabandistas llevaban a cabo sus actividades en horas más civilizadas. Pero aquella noche el avisador de Leia la había despertado para que se encontrara con unas habitaciones vacías y silenciosas. Han seguía sin haber llamado.

Un androide de limpieza avanzaba con un lento traqueteo por el pasillo, sacando brillo a las paredes y frotando los espejos de doble sentido. Leia contempló cómo sus frotadores parecidos a lampreas llevaban a cabo su función.

La imagen del embajador Furgan de Carida apareció en el centro de la plataforma de recepción acompañada por el chorro de estática resultado de unos transmisores de holored no muy bien sintonizados. La mala calidad de la transmisión quizá fuera deliberada, y en ese caso se trataba de otra muestra de grosería. El cronómetro indicaba a Leia que el embajador había iniciado su transmisión seis minutos después del momento que él mismo había insistido en fijar. Furgan no hizo ningún intento de pedirle disculpas por su retraso, y Leia... evitó hacer ninguna referencia a él.

Furgan era un humanoide de brazos y piernas muy flacos y grueso pecho de barril. Las cejas de su rostro cuadrado se desplegaban hacia arriba como las alas de un pájaro. A pesar de los ampliamente conocidos prejuicios contra las especies no humanas que había albergado el Emperador, al parecer había considerado que los caridanos eran lo suficientemente aceptables como para hacer negocios con ellos, ya que Palpatine había construido su centro de adiestramiento militar más importante en Carida.

—¿Necesitaba discutir conmigo algunos detalles referentes a la planificación de la visita, princesa Leia? —preguntó Furgan—. En tal caso, le ruego que sea breve.

El embajador cruzó los brazos sobre su enorme pecho en una manifestación de lenguaje corporal claramente hostil.

Leia intentó ocultar la exasperación que sentía e impedir que resultara perceptible.

—Es una cuestión de protocolo secundaria, pero preferiría que se dirigiera a mí dándome el tratamiento de «ministra» en vez del de «princesa» —dijo—. El planeta del que era princesa ya no existe.

Leia estaba haciendo cuanto podía para no fruncir el ceño.

Furgan desdeñó sus palabras con un gesto de la mano como si no tuvieran ninguna importancia.

—Muy bien, ministra. ¿Qué temas deseaba discutir conmigo?

Leia hizo una profunda inspiración de aire y trató de reprimir el estallido de mal genio que se estaba acumulando detrás de su expresión impasible.

—Querría informarle de que Mon Mothma y los otros miembros del Gabinete de la Nueva República darán una recepción de gala en su honor cuando llegue a Coruscant.

Furgan se puso hecho una furia.

—¿Una recepción frívola? —exclamó—. ¿Acaso se supone que debo pronunciar un emocionado discurso de agradecimiento lleno de palabras amables? Quiero que tenga muy claro que voy a Coruscant en peregrinación para visitar el hogar del difunto Emperador Palpatine... ¡no a ser agasajado por una banda de terroristas advenedizos que carecen de toda legitimidad! Los caridanos seguimos siendo leales al Imperio.

—Ya no existe ningún Imperio centralizado, embajador Furgan. —Leia necesitó recurrir a todo su autocontrol para no caer en la trampa que se le estaba tendiendo. Sus ojos oscuros habían empezado a arder con fuegos color obsidiana, pero en vez de enfurecerse con el embajador lo que hizo fue sonreírle—. Aun así, le trataremos con la máxima cortesía posible confiando en que su planeta acabará encontrando alguna manera de adaptarse a la realidad política de la galaxia.

La imagen holográfica del caridano tembló y chisporroteó.

—Las realidades políticas cambian —dijo—. Aún está por ver cuánto tiempo durará su rebelión.

La imagen de Furgan se disolvió en una explosión de estática cuando el embajador cortó la transmisión. Leia suspiró y se frotó las sienes, intentando eliminar el dolor de cabeza que acechaba detrás de sus ojos mediante un masaje. Salió de la sala de comunicaciones sintiéndose bastante abatida.

Vaya manera de terminar el día...

En las profundidades del Centro de Información Imperial todas las horas parecían la misma, pero el cronómetro interno de Cetrespeó le indicó que la noche de Coruscant ya estaba muy avanzada. Un par de androides de reparaciones estaban muy ocupados desmantelando uno de los enormes sistemas de ventilación, que había

dejado de funcionar al quemársele los circuitos. Los androides de reparación dejaban caer las herramientas y las planchas metálicas de protección ennegrecidas con un despreocupado abandono, y el resultado era que estaban consiguiendo que la enorme estancia llena de ecos pareciese una zona de guerra. Cetrespeó pensó que prefería la soledad y el débil zumbido de fondo del día anterior.

Los androides descifradores enterrados en su universo privado de las redes de datos seguían trabajando tan impasiblemente como de costumbre. Erredós continuaba con su incesante labor de búsqueda, que ya duraba varios días.

Los androides de reparaciones extrajeron un conjunto de tres ventiladores del sistema de ventilación y lo dejaron caer al suelo con un ruido ensordecedor.

—¡Ya estoy harto de ellos, y se lo voy a decir ahora mismo! —exclamó Cetrespeó.

Pero Erredós se desconectó de la salida de datos antes de que el androide de protocolo pudiera ponerse en movimiento, y empezó a emitir silbidos y zumbidos. El pequeño androide de astronavegación estaba tan excitado que oscilaba hacia adelante y hacia atrás acompañando cada balanceo con pitidos estridentes.

—¡Oh! —dijo Cetrespeó—. Será mejor que me dejes echar un vistazo, Erredós. Probablemente no es más que otra de tus falsas alarmas.

Cuando los datos desfilaron por la pantalla, Cetrespeó no pudo ver nada susceptible de haber interesado tanto a Erredós..., hasta que el otro androide recopiló la información para hacerle ver a qué se refería. Un nombre apareció al lado de cada entrada: TYMMO.

—¡Oh, vaya! Bueno, visto de esa manera resulta un poco sospechoso... El tal Tymmo parece un candidato con probabilidades, desde luego. —Cetrespeó se irguió, sintiéndose repentinamente desorientado—. Pero el amo Luke no está aquí, y sus instrucciones sólo se referían a la búsqueda. ¿A quién podemos informar?

Erredós lanzó un pitido y después silbó una pregunta. Cetrespeó se volvió hacia él con ofendida dignidad.

—¡No voy a despertar al ama Leia a estas horas de la noche! Soy un androide de protocolo, y estas cosas siempre deben hacerse de la manera adecuada. —Cetrespeó asintió como si estuviera confirmando su decisión—. Lo primera que haremos mañana por la mañana será informarla.

La bandeja del desayuno flotó hasta la mesa de Leia en el balcón situado a gran altura en las torres imperiales. El sol brillaba sobre la ciudad que se extendía por encima de toda la masa continental de Coruscant. Criaturas aladas cabalgaban sobre las corrientes de aire caliente de las primeras horas de la mañana.

Leia contempló con el ceño fruncido la comida que le ofrecía la bandeja del desayuno. No había nada que le pareciese apetitoso, pero sabía que tenía que comer. Acabó escogiendo un platito que contenía un surtido de pastelillos y despidió a la

bandeja. Antes de irse, la bandeja le deseó que tuviera un buen día.

Leia suspiró y empezó a picotear su desayuno. Se sentía agotada, tanto mental como físicamente. Odiaba sentirse tan dependiente, aunque fuera de su propio esposo, pero nunca dormía bien mientras estaba lejos. Han tendría que haber llegado a Kessel hacía tres días, y debía regresar dentro de dos. Leia no quería convertirse en una mujer posesiva, pero la había desilusionado mucho que Han no hubiera enviado ni siquiera un breve mensaje de saludo. Con los deberes diplomáticos manteniéndola ocupada durante todas las horas del día, se veían muy poco incluso cuando los dos se encontraban en el mismo planeta.

Bueno, por lo menos los gemelos estarían en casa dentro de seis días. Para aquel entonces Han y Chewbacca ya habrían regresado, y su forma de vida cambiaría por completo. Un par de críos de dos años correteando de un lado a otro del palacio obligarían a Han y Leia a ver de una manera muy distinta muchas de las cosas que les habían parecido inmutables hasta aquel momento.

Aun así, ¿por qué no se había puesto en contacto Han con ella? Enviar un comunicado desde la cabina del *Halcón* mediante la holored no tendría que haberle resultado tan difícil. Leia aún no estaba del todo preparada para admitir que empezaba a preocuparse por su esposo.

Un androide de protocolo de un modelo bastante antiguo apareció ante ella después de haber anunciado su presencia mediante una señal de saludo enviada desde la entrada del balcón.

—Discúlpeme, ministra Organa Solo, pero hay alguien que desea verla —dijo—. ¿Acepta visitantes?

Leia dejó el platito con los pastelillos encima de la mesa.

—¿Por qué no?

Probablemente era algún político que quería exponerle sus quejas en privado, o algún funcionario de segunda categoría que había sucumbido al pánico y necesitaba que Leia tomara una decisión sobre algún detalle totalmente desprovisto de interés, o quizá otro senador que intentaba colgarle alguna de las tareas que le correspondían.

Pero quien entró en el balcón con un aleteo de su capa roja fue Lando Calrissian.

—Buenos días, señora ministra. Espero no haber interrumpido su desayuno... —dijo, acompañando sus palabras con una irresistible sonrisa de oreja a oreja.

Leia sintió que su estado de ánimo se volvía menos sombrío nada más verle. Se puso en pie y fue a recibirle. Lando le besó galantemente la mano, pero Leia no quedó satisfecha hasta haberle dado un gran abrazo.

—¡Eres la última persona que esperaba ver esta mañana, Lando!

Lando la siguió hasta la mesa desde la que se dominaba todo el horizonte urbano de Ciudad Imperial, cogió una silla y dejó colgar su capa sobre el respaldo. Después cogió uno de los pastelillos intactos sin pedir permiso y empezó a comerlo.

—Bien, ¿qué te trae a Coruscant? —preguntó Leia, dándose cuenta de lo mucho que anhelaba mantener una conversación normal sin enredos diplomáticos u objetivos ocultos.

Lando se pasó una mano por el bigote para quitar las migas que se habían quedado adheridas a él.

—Acabo de llegar. Quería averiguar qué tal os va a todos en la gran ciudad. ¿Dónde está Han?

Leia dejó escapar un gruñido.

—Bueno, creo que ese tema va a amargarme toda la mañana... Él y Chewie fueron a Kessel, pero creo que han decidido utilizar la misión diplomática meramente como excusa para pasarlo en grande durante unos días y recordar sus años de gloria.

—Kessel puede ser un sitio bastante duro —dijo Lando. Leia rehuyó su mirada.

—Han no se ha tomado la molestia de comunicarse ni una sola vez en seis días.

—Eso no parece propio de él —dijo Lando.

—Oh, sí que es propio de él... ¡Y tú lo sabes muy bien! Supongo que nos enteraremos de qué tal les ha ido cuando vuelvan pasado mañana. —Leia se obligó a asumir una actitud de jovialidad que no sentía—. Pero no hablemos de eso en estos momentos. ¿Cómo consigues encontrar tiempo para ir de un lado a otro y dedicarte a hacer visitas sorpresa? Un hombre respetable como tú tiene tantas responsabilidades...

Esta vez fue Lando quien desvió la vista y se removió nerviosamente en su asiento. Después clavó la mirada en las grandes extensiones de relucientes edificios recién construidos que se alzaban por toda la metrópolis. Leia no se había dado cuenta de ello hasta aquel momento, pero al observarle con más atención vio que el aspecto de Lando era un tanto descuidado. Sus ropas parecían estar un poco gastadas y los colores se habían debilitado, perdiendo su brillo original como a causa de un uso excesivo.

Lando extendió las manos hacia ella y cogió otro pastelillo.

—Si quieres que te diga la verdad, en estos momentos estoy...

Bueno, digamos que terminé de atender unos cuantos negocios y ahora estoy esperando a que surja algo.

La obsequió con una sonrisa torcida, pero Leia le contempló frunciendo el ceño.

—¿Qué ha sido de tu gran explotación minera en Nkllon? La Nueva República sustituyó casi toda la maquinaria que había quedado destruida, ¿no?

—Bueno, aun así continuaba habiendo muchísimo trabajo que hacer y las minas seguían sin proporcionar beneficios... El ataque de Sluis Van no resultó nada positivo en el aspecto publicitario, evidentemente. Y Nkllon es un auténtico infierno... Tú estuviste allí, y lo sabes. Necesitaba cambiar de aires.

Leia se cruzó de brazos y le contempló sin tratar de ocultar su escepticismo.

—Muy bien, Lando —dijo—. Las excusas han sido recibidas y archivadas en los bancos de datos. Ahora cuéntame qué ocurrió realmente en Nkllon.

Lando volvió a removerse en su asiento.

—Bueno... Lo perdí todo en una partida de sabacc.

Leia no pudo contener la risa.

—Así que te has quedado sin empleo, ¿eh? —La expresión de orgullo herido que apareció en el rostro de Lando era obviamente fingida. Leia reflexionó en silencio durante unos momentos—. Siempre podríamos volver a poner en vigor tu rango de general de la Nueva República... Tú y Wedge formasteis un gran equipo en Calamari.

Lando abrió mucho los ojos.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo? No consigo imaginarme lo que puedes querer de mi.

—Recepciones diplomáticas, cenas estatales de gran gala... Montones de gente rica dispuesta a invertir su dinero en circulación —dijo Leia—. Las posibilidades son infinitas.

El viejo androide de protocolo volvió a cruzar lentamente el umbral en ese momento, pero Cetrespeó y Erredós le dejaron atrás y fueron en línea recta hacia Leia antes de que el androide pudiera anunciar el motivo que le había traído hasta allí.

—¡Princesa Leia! —Cetrespeó no podía contener su excitación—. Hemos encontrado uno... Cuéntaselo todo a la princesa, Erredós. ¡Oh, general Calrissian! ¿Qué está haciendo aquí?

Erredós lanzó una serie de sonidos electrónicos que Cetrespeó se encargó de traducir.

—Erredós estaba inspeccionando los datos concernientes a los ganadores en distintos locales de juego esparcidos por toda la galaxia. Parece ser que hemos dado con un hombre que tiene una suerte extraordinaria en las carreras de amorfoides umgullianos.

Cetrespeó le entregó un listado con los datos sobre los ganadores, pero Leia se lo pasó directamente a Lando.

—Tú entiendes mucho más de estas cosas que yo.

Lando aceptó la página llena de cifras y las contempló en silencio. No parecía saber qué estaba buscando.

Cetrespeó se apresuró a añadir sus comentarios a lo que había dicho Erredós.

—Si se limita la estadística al número de aciertos y errores, el historial del señor Tymmo no muestra nada que se salga de lo corriente. Pero cuando hice que Erredós calculara la magnitud de sus ganancias... Bueno, observarán que el señor Tymmo pierde con gran frecuencia en las carreras de poca importancia, pero cada vez que apuesta más de cien créditos a un amorfoide determinado, ¡ese amorfoide gana la carrera!

Lando golpeó la página llena de cifras con las puntas de los dedos.

—Tiene razón. Esto es muy raro... Nunca he asistido a una carrera de amorfoides umgullianos, y no soy experto en el tema, pero me siento inclinado a decir que ese porcentaje de ganancias es tan improbable que resulta prácticamente imposible.

—Es justo el tipo de cosa que el amo Luke nos ordenó que buscáramos. — Cetrespeó empezó a mover los brazos arriba y abajo, haciendo trabajar a sus zumbantes servomotores tan deprisa que éstos acabaron emitiendo un chirrido de protesta—. ¿Creen que el señor Tymmo podría ser un Jedi en potencia para la academia del amo Luke?

Lando se volvió hacia Leia con los ojos llenos de preguntas. Estaba claro que no había oído hablar del reciente discurso de Luke. Pero Leia se había animado muchísimo, y le brillaban los ojos.

—Alguien tiene que averiguar qué hay de verdad en esto —dijo—. Si no es más que una estafa, entonces necesitaremos a alguien que esté familiarizado con las casas de juego... Lando, ¿no crees que es justo el tipo de trabajo que podrías hacer?

Leia conocía la respuesta que iba a recibir de Lando incluso antes de formular la pregunta.

Los eriales agrietados y llenos de simas de Kessel siempre hacían que a Moruth Doole le entrara hambre. Doole estaba inmóvil delante de la ventana panorámica, con su ojo mecánico enfocado en la lejanía.

La superficie de Kessel era blanquecina y de aspecto polvoriento, con alguna maleza trasplantada muy resistente que intentaba sobrevivir en las rendijas. Los enormes churros de vapores de las fábricas de atmósfera se alzaban hacia el cielo rosado librando una batalla perdida de antemano contra la débil gravedad. La radiación invisible procedente de las Fauces se estrellaba contra los escudos atmosféricos con un continuo chisporroteo. La luna guarnición que servía de base a la flota defensiva de Kessel se estaba poniendo en el horizonte.

Doole se apartó de la ventana y fue hasta una pequeña alcoba de la gran estancia que antes de la rebelión había sido el despacho del alcaide. Había llegado el momento de comer algo.

Sacó una caja llena de insectos gordos y jugosos y pegó el rostro a la rejilla para aprovechar al máximo su escasa capacidad visual. Los insectos tenían diez patas, caparazón iridiscente y abdómenes muy succulentos. Todos sucumbieron al pánico en cuanto Doole movió la jaula.

Doole golpeó la rejilla con sus dedos esponjosos, poniéndolos todavía más nerviosos. Los insectos empezaron a revolotear frenéticamente por el reducido espacio. El terror liberaba una hormona que hacía que su carne resultara todavía más dulce y sabrosa. Doole se lamió sus gruesos labios de ribetiano.

Después abrió la puerta y metió toda la cabeza dentro de la jaula. Los insectos revolotearon alrededor de sus ojos, sus orejas y sus mejillas. La delgada y flexible lengua de Doole emergió velozmente una y otra vez por entre sus labios, y su afilada punta fue atravesando insectos y metiéndolos dentro de su boca. Atrapó tres más y después hizo una pausa para tragar. Las patitas que se agitaban le hacían cosquillas en el interior de la boca. Doole dejó escapar un suspiro de placer y capturó otro par de insectos. Un insecto voló en línea recta hacia su boca, y Doole se lo tragó.

Alguien llamó a la puerta del despacho y entró antes de que pudiera responder. Doole giró sobre sí mismo con la cabeza metida en la jaula de los insectos y vio a Skynxnex. Sus flacos brazos y piernas se movían nerviosamente.

—He venido a informar, Moruth.

Doole sacó la cabeza de la jaula de los insectos y la cerró. —Tres ocupantes de la jaula lograron escapar y volaron hacia el enorme ventanal panorámico, lanzándose velozmente contra el transpariacero. Doole decidió que ya los atraparía después.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Hemos terminado con el *Halcón Milenario*. —Todas las marcas de

identificación han sido eliminadas y sustituidas por números de serie falsos. También hemos hecho unas cuantas modificaciones aparte de las reparaciones que necesitaba. Si me das tu permiso, haré que lo lleven a la luna guarnición donde podrá ser incorporado a nuestra armada espacial. Los cargueros ligeros no son los navíos de combate ideales, pero con un buen piloto pueden causar muchos daños..., y el *Halcón* está bastante más cerca de ser un caza que un carguero.

Doole asintió.

—Estupendo, estupendo... ¿Qué hay de los generadores de campos de energía? Quiero que estén en condiciones de funcionar lo más pronto posible por si a la Nueva República se le ocurre atacarnos.

—Nuestros ingenieros de la base lunar creen que podrán modificar los circuitos de tal manera que no necesitemos todas las piezas que faltan. Kessel será inconquistable antes de que transcurra mucho tiempo.

El único ojo de Doole se iluminó con un brillo de excitación.

—¿Y Han Solo y su wookiee? ¿Ya están en las minas?

Skynxnex juntó las puntas de sus dedos.

—He reservado un transporte blindado y me encargaré personalmente de hacer la entrega antes de una hora. —Skynxnex acarició su desintegrador de doble cañón—. Si intentan cualquier cosa, quiero estar allí para ajustarles las cuentas.

Doole sonrió.

—Estoy impaciente por tenerlos pudriéndose en la oscuridad —dijo, y después extendió sus manos palmeadas delante de él—. Bien, ¿a qué estás esperando?

Skynxnex salió del despacho del alcaide moviéndose con su caminar nervioso y tambaleante de costumbre.

Pensar en cómo se iba a vengar de Solo hizo que Doole sonriera, pero seguía sintiéndose un tanto inquieto. La Nueva República parecía insignificante y lejana, pero el sondeo de la mente de Han que había llevado a cabo le había revelado la magnitud de la potencia de fuego que podía llegar a ser dirigida contra él. Doole nunca había experimentado una sensación de catástrofe y peligro tan inminentes desde que se adueñó del complejo de la prisión arrebatándoselo a los esclavistas de Kessel.

Cuando el viejo sistema funcionaba todo había sido mucho más sencillo. Doole chantajeaba o sobornaba a los guardias de la prisión, y se las había arreglado para convertirse en un magnate del contrabando de especia justo debajo de las narices del Imperio. Vendía mapas y códigos de acceso al escudo de energía de Kessel, con lo que permitía que fueran surgiendo centros de extracción clandestina de especia a pequeña escala en otras partes del planeta. Los infortunados aspirantes a contrabandistas trabajaban sus nuevas minas, y luego vendían el producto en secreto a Doole. En cuanto las vetas de especia empezaban a agotarse. Doole (actuando como

un leal funcionario de la institución penitenciaria) «descubría» la operación ilegal e informaba de su existencia a su contacto imperial. Cuando las tropas imperiales caían sobre esas minas ilegales, los guardias que trabajaban para Doole se aseguraban que nunca hubiese ningún superviviente que pudiera señalar a Doole con un dedo acusador.

Los otros lacayos acababan extrayendo especia en las minas primarias. Doole controlaba la situación, y siempre salía ganando ocurriera lo que ocurriese.

Durante la revuelta en la prisión Doole había escogido meticulosamente a sus peores rivales, y después se había asegurado que los guardias más duros se ocupaban de los peores contrabandistas hasta que unos y otros acabaron matándose entre sí. Eso dejó a Moruth Doole al mando, con Skynxnex como su mano derecha.

Doole había capturado al alcaide y le había enviado a trabajar en las minas de especia hasta que quedó convertido en una ruina humana. Después había introducido gusanos de especia en su cuerpo, meramente para divertirse. El alcaide había padecido una serie de convulsiones maravillosamente espectaculares mientras los gusanos iban devorando sus entrañas, y Doole había aprovechado el momento más aparatoso para incrustar su cuerpo en un bloque de carbonita, utilizando equipo de congelación que en tiempos pasados había sido empleado para preparar a los prisioneros violentos y peligrosos que debían ser transportados de un lugar a otro.

Los recuerdos siempre le excitaban. Doole metió la mano en un cajón de su escritorio y sacó de él la corbata de color amarillo chillón indicadora de que estaba preparado para aparearse. Se la puso, y después dejó escapar un largo suspiro siseante mientras cambiaba el foco de su ojo mecánico y contemplaba su reflejo. ¡Estaba irresistible!

Doole se pasó las palmas de las manos por las costillas para alisar el chaleco de piel de lagarto, salió de su despacho y avanzó por el pasillo. Entró en el ala de alta seguridad, tecleó el código de acceso que sólo él conocía y tragó una honda bocanada de aire. Su lengua entró y salió velozmente de su boca, captando la presencia de las feromonas que flotaban en la atmósfera.

Las hembras ribetianas cautivas se encogieron en los rincones de sus celdas-cubículo, intentando ocultarse entre las sombras. La corbata amarilla de Doole parecía brillar en la penumbra.

Moruth Doole se había sentido frustrado durante muchos años de soledad en Kessel, pero haberse convertido en dueño y señor del planeta había significado que por fin podía permitirse el gasto que suponía hacer que le enviaran docenas de esclavas desde su mundo natal. A veces las hembras no se mostraban muy dispuestas a cooperar, pero sus años de trabajo en la institución penitenciaria habían servido para que Doole adquiriese una amplia experiencia en todo lo referente a tratar con prisioneros que no querían colaborar.

En los últimos tiempos su única dificultad había sido escoger entre las hembras. Moruth Doole avanzó contoneándose por el estrecho pasillo, y sus labios temblorosos formaron una gran sonrisa lujuriosa mientras ajustaba su ojo mecánico poniéndolo a la máxima capacidad de visión y empezaba a inspeccionar el interior de las celdas.

El paisaje de Kessel desfilaba velozmente por debajo del transporte blindado. Han Solo únicamente podía ver una angosta tira a través de las mirillas que había en el compartimiento de los prisioneros. Han y Chewie habían sido atados a sus asientos y conectados a electrodos con resistencias de retroalimentación que les dejarían sin sentido en cuanto empezaran a moverse demasiado. Chewbacca lo había pasado todavía peor que Han, pues su arnés de inmovilización corporal era mucho más molesto que un par de grilletes aturdidores.

Skynxnex estaba inclinado sobre los controles de pilotaje, dirigiendo el transporte en un gran círculo que lo iba alejando de las estructuras de la Institución Penitenciaria Imperial. Un guardia con armadura estaba sentado en el asiento del copiloto, apuntando a Han y Chewie con su rifle desintegrador.

—Eh, Skynxnex, ¿qué te parece si nos vas indicando los lugares más hermosos? —preguntó Han—. Y, por cierto, ¿qué clase de recorrido turístico es éste?

—¡Cierra el pico, Solo! —replicó Skynxnex.

—¿Por qué iba a hacerlo? He pagado un billete completo, y tengo derecho a...

Skynxnex pulsó un botón y los electrodos les administraron una dolorosa descarga. Chewbacca rugió.

—Te has quedado sin propina, Skynxnex —murmuró Han.

El espantapájaros pilotó el transporte alrededor de un enorme pozo que se hundía hasta una gran profundidad. Vigas oxidadas y estructuras de refuerzo se alzaban como dedos esqueléticos surgiendo de los eriales blanquecinos. Han necesitó un instante para comprender que estaba contemplando un pozo abierto en la corteza de Kessel que había sido creado por las gigantescas fábricas de atmósfera con su continuo roer las rocas y disolverlas, un proceso que expulsaba oxígeno y dióxido de carbono para ir sustituyendo la capa de aire que se disipaba incesantemente. Cuando la inmensa fábrica hubo aspirado todos los gases de respiración viables, dejó aquel acceso a todo un complejo de túneles subterráneos para la minería de especia.

Skynxnex posó el transporte de prisioneros sobre el suelo rocoso, ajustó una máscara respiradora sobre su boca y su nariz y entregó otra al guardia.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Han.

—No estaréis fuera mucho tiempo —respondió Skynxnex—. Una pequeña dosis de mareo os sentará bien.

Skynxnex pulsó un botón del panel de control y les liberó de sus ataduras. Han estiró sus brazos doloridos, y el guardia alzó su rifle al instante y Skynxnex desenfundó su desintegrador modificado de doble cañón. Un instante después los dos

habían dirigido los letales agujeros de sus armas hacia Han. Han se quedó totalmente inmóvil.

—Yo sólo... Me estaba estirando, nada más. Vale, vale... ¡Calmaros!

Skynxnex abrió la compuerta lateral del vehículo de transporte y Han sintió un chasquido en los oídos. El aire húmedo salió a toda velocidad y se convirtió en vapor blanco, disipándose rápidamente en la atmósfera rarificada de los alrededores del pozo.

Han sintió cómo el oxígeno era robado de sus pulmones. Reaccionó instintivamente haciendo una profunda inspiración, pero no le sirvió de mucho. Han y Chewbacca bajaron tambaleándose del transporte al ser empujados por Skynxnex y el guardia.

Cuando llegaron al borde del cráter encontraron una jaula de ascensor montada sobre rieles que se hundían en el pozo. Skynxnex parecía estar moviéndose con deliberada lentitud. Han, incapaz de respirar, intentó apresurarse y entró tambaleándose en la jaula del ascensor haciendo una seña a Chewbacca para que le siguiera. Estaba jadeando y respiraba de manera entrecortada. Puntitos negros empezaron a aparecer delante de sus ojos. Cuando por fin logró aspirar toda una bocanada de aquella tenue atmósfera, sintió la mordedura del frío de Kessel dentro de su pecho.

—Hace unos años las fábricas de atmósfera siempre estaban funcionando al máximo de su rendimiento —dijo Skynxnex, y sus palabras quedaron un poco ahogadas por el respirador—. Doole pensó que era un desperdicio de energía de lo más estúpido.

El guardia cerró la puerta de rejilla y Skynxnex se encargó de manejar los controles del ascensor. La jaula fue descendiendo rápidamente hasta que la ventana de cielo se empequeñeció y acabó convirtiéndose en una manchita de luz azulada muy por encima de sus cabezas.

Vieron aberturas en el muro de roca en las que había incrustadas puertas de acero. En cada nivel había un anillo de luz que circundaba el pozo, pero muchos de los iluminadores se habían fundido o estaban rotos.

Chewbacca se había agarrado a los barrotes de la jaula del ascensor con sus brazos peludos y jadeaba intentando tragar aire. Su lengua rosada asomaba de su boca, y el wookie se estaba empezando a volver de un color purpúreo debido a la falta de oxígeno. Han, temblando, marcado y cada vez más necesitado de aire, acabó dejándose caer sobre el suelo del ascensor.

El ascensor se detuvo de repente, y la sacudida lanzó a Han contra la puerta de rejilla. Bajó la mirada hacia el suelo de la jaula, y vio que el pozo seguía descendiendo hasta una profundidad inconmensurable por debajo de ellos.

—¡Levanta! —ordenó Skynxnex pateándole—. Venga, no es hora de echar la

siesta... Cuando estés dentro encontrarás aire fresco que respirar.

Han logró incorporarse con un poco de ayuda por parte de Skynxnex. El guardia, que era menos corpulento, tuvo muchas más dificultades para levantar a Chewbacca.

Abrieron la puerta del ascensor y Skynxnex abrió la compuerta, y los cuatro entraron tambaleándose en un pequeño cubículo totalmente recubierto de baldosas.

Han ya apenas podía ver nada. Le zumbaban los oídos. Su campo visual se había convertido en una mezcla de puntitos negros, torrentes de sangre que rugían y las tenues sombras de los objetos que había a su alrededor; pero en cuanto Skynxnex cerró la compuerta, un maravilloso chorro de oxígeno inundó la habitación.

El guardia deslizó el cañón de su rifle desintegrador por debajo del mentón de Chewbacca, y Skynxnex apuntó con su arma a la cabeza de Han antes de que los cautivos tuvieran tiempo de recuperarse.

—Ya casi hemos llegado —anunció Skynxnex—. No intentéis nada ¿entendido?

Han, extasiado por el mero hecho de poder volver a respirar, no se podía imaginar intentando nada... al menos por el momento.

Al otro lado de la esclusa había una gran sala llena de trabajadores de aspecto letárgico preparados para iniciar su turno en las minas de especia. La sala había sido excavada en la roca sólida con desintegradores, y un lado estaba ocupado por una larga batería de catres superpuestos que llegaban hasta el techo. Un gran espacio despejado y provisto de mesas que servía como comedor ocupaba la zona central.

Varias cámaras contemplaban la actividad desde sus soportes en las paredes. Guardias que vestían una abigarrada mezclanza de uniformes improvisados con equipo de las tropas de asalto aguardaban detrás de pantallas en las salas de control. Todos los trabajadores estaban muy pálidos y parecían cansados y ausentes, como si llevaran años comiendo muy poco y viviendo en el subsuelo.

Un hombre muy corpulento fue hacia ellos manteniendo los ojos clavados en Skynxnex. El hombre tenía la cara llena de bultos, un mentón lleno de bultos cubierto por un áspero vello negro y brazos también llenos de bultos, como si todos sus enormes músculos hubieran sido colocados en lugares equivocados.

—¿Me has traído dos más? —preguntó—. ¿Sólo dos? No es suficiente... —Extendió una mano para agarrar a Chewbacca por un brazo peludo. Chewbacca rugió y se encogió sobre sí mismo, pero el hombre de los bultos no le prestó ninguna atención—. Bien, el wookiee vale por tres hombres, pero en cuanto al otro... No sé, no sé. Con esto no sustituyes ni a la mitad de mis bajas.

Skynxnex le fulminó con la mirada.

—Pues entonces deja de perder gente —dijo con voz gélida, y dio un codazo a Han—. Éste es el jefe Roke. Se encargará de domesticaros. Cuanto más difícil os haga la existencia, mejor le tratará Moruth Doole.

—Parece que tiene ciertas dificultades para mantener controlados a sus

trabajadores, ¿no? —comentó Han.

Roke le lanzó una mirada iracunda.

—Algo está acabando con mis hombres en los túneles inferiores. Ha habido otras dos desapariciones desde ayer. Se esfuman sin dejar ni rastro..., hasta los localizadores desaparecen. Han se encogió de hombros.

—Sí, hoy en día resulta muy difícil encontrar gente eficiente.

Skynxnex volvió a desenfundar su desintegrador de doble cañón y lo apuntó hacia el rostro de Han, pero cuando habló se dirigió al jefe Roke.

—Consíguelos un par de trajes térmicos —dijo—. Les mantendremos vigilados mientras se ponen el uniforme.

Roke chasqueó los dedos y dos guardias empezaron a rebuscar en unos cubículos.

—El humano no es problema, pero el wookiee... No sé si tendremos algo de su talla.

Al final el guardia acabó encontrando un traje enorme y de forma bastante extraña que había sido utilizado por alguna criatura alienígena que tenía tres brazos, pero que le quedó bastante bien a Chewbacca después de que hubieran sellado el agujero del tercer brazo. La manga y el guante vacíos quedaron colgando sobre su pecho.

Entre los hombros de cada traje había una mochila calefactora que serviría para mantenerles calientes en los gélidos túneles de la mina. Han sintió un gran alivio al ver que el traje también contaba con un pequeño respirador.

Skynxnex empezó a retroceder hacia el ascensor. El guardia ya había entrado en la cámara de la esclusa. Skynxnex apuntó a Han con los dos cañones de su desintegrador modificado, como si le pareciese que aún no había cumplido con su cupo de amenazas de la tarde.

—Puede que Moruth me deje utilizar esto la próxima vez...

—¡Oh, claro! Si limpias tu cuarto sin necesidad de que te lo recuerden y te comes todo el plato de verduras, quizá te haga un regalito especial —se burló Han.

—¡Turno Alfa, listo para iniciar el trabajo! —gritó el jefe Roke, y docenas de siluetas avanzaron con paso lento y cansado hasta los cuadrados pintados en el suelo. Roke señaló dos cuadrados que habían quedado vacíos—. Vosotros dos, a las posiciones dieciocho y diecinueve. ¡Ya!

—¿Cómo, es que no hay cursillo de orientación para los nuevos empleados? —preguntó Han.

—El adiestramiento se lleva a cabo en el puesto de trabajo —respondió el jefe Roke con una sonrisa impregnada de sadismo mientras te empujaba hacia los cuadrados.

Una señal silenciosa que pasó desapercibida a Han y Chewbacca hizo que todos los trabajadores se pusieran las mascarillas. Y Han y el wookiee se apresuraron a imitarles. Una gran puerta corredera de metal se abrió al otro extremo de la pared

para revelar una cámara iluminada de un centenar de metros de longitud en la que flotaba un transporte minero parecido a un ciempiés formado por pequeños vagones unidos mediante atractores magnéticos.

Un ping estridente brotó de unos altavoces ocultos, y los trabajadores de la mina empezaron a ocupar sus asientos en uno de los vagones flotantes. Las secciones del convoy oscilaron lentamente a medida que sus ocupantes iban subiendo a ellas.

Chewbacca gruñó una pregunta, Han miró a su alrededor, parpadeando lentamente mientras lo hacía.

—Sé tan poco de todo este asunto como tú, amigo.

Skynxnex se había marchado, por lo que Han ya no necesitaba seguir fanfarroneando. El miedo empezó a extenderse por sus miembros como un gotear helado.

El jefe Roke ocupó un asiento en el coche piloto. Había guardias esparcidos a intervalos regulares por toda la longitud del convoy de vagones abiertos, y todos llevaban gafas infrarrojas. Todos los prisioneros permanecían sentados en la más absoluta inmovilidad. La puerta de metal se cerró detrás de ellos. Todo el mundo parecía estar esperando algo.

—¿Y ahora qué? —murmuró Han para sí mismo.

Todas las luces se apagaron. Han y Chewbacca quedaron envueltos en la negrura más absoluta imaginable, unas tinieblas tan sofocantes y opresivas como una manta de alquitrán.

—¿Qué...? —Han tragó aire. La negrura era palpable. No podía ver absolutamente nada, y Chewbacca dejó escapar un gemido de alarma junto a él. Han oyó cómo los otros trabajadores empezaban a removerse en sus asientos. Aguzó el oído mientras su imaginación trataba de comprender lo que estaba ocurriendo, y acabó oyendo un traqueteo que parecía deslizarse por el suelo—. Calma, Chewie, no pierdas el control —dijo.

Una puerta de metal se abrió al otro extremo de la sala. El sonido de su movimiento a lo largo de los rieles de metal creaba ecos en aquel recinto cerrado. El viento sopló sobre ellos cuando el aire escapó a toda velocidad para desparramarse por los túneles de las minas de Kessel.

Han se sintió repentinamente dominado por el pánico y trató de ajustarse la mascarilla mientras notaba cómo la atmósfera se iba volviendo más tenue a cada momento que pasaba. El aire que escapaba de la cámara se llevó consigo el poco calor que había en ella, haciendo que Han sintiera el cosquilleo del frío allí donde su piel desnuda no quedaba protegida por el traje.

Los vagones del convoy minero temblaron sobre los haces de sus repulsores, y empezaron a adquirir velocidad. La aceleración incrustó a Han en el duro e incómodo respaldo de su asiento. Podía oír el rugido del aire que pasaba rápidamente sobre su

cabeza, y podía sentir la proximidad de las paredes del túnel a su alrededor. El transporte dobló una curva, y Han se agarró a la fría barandilla de metal para no salir disparado de su asiento. Los vagones siguieron avanzando muy deprisa, inclinándose hacia adelante primero y hacia un lado después. Han no tenía ni idea de cómo se las estaba arreglando el jefe Roke para saber hacia dónde iba, a menos que todo el sistema estuviera controlado por un ordenador.

Un instante después de que hubieran pasado por una arcada llena de ecos, una gruesa puerta de metal se cerró detrás de ellos con un ruido que hizo pensar en una avalancha de restos metálicos.

Han no podía entender por qué los mineros de especia no colgaban unos cuantos iluminadores baratos para que les sirvieran como puntos de guía por los túneles. Pero un instante después la comprensión le golpeó como una bofetada en el rostro: la especia brillestim era fotoactiva —la presencia de la luz la activaba y le daba potencia—, por lo que estaba claro que debía ser extraída en la oscuridad más absoluta— ya que de lo contrario se echaría a perder.

La oscuridad más absoluta...

Han y Chewbacca pasarían sus días trabajando en las minas sin ser capaces de verse jamás el uno al otro, y tampoco podrían ver dónde se encontraban o lo que estaban haciendo. Han tuvo que parpadear para asegurarse de que tenía los ojos abiertos en vez de cerrados, pero el acto no supuso ninguna diferencia.

Sintió que un estremecimiento recorría su espalda. El jefe Roke había dicho que una criatura desconocida estaba haciendo estragos entre los indefensos mineros en los túneles de los niveles inferiores, acabando con ellos uno por uno sin que éstos pudieran hacer nada. ¿Cómo se podía huir de un atacante carnívoro mientras estabas rodeado por unas tinieblas impenetrables? Era imposible, evidentemente.

La cualidad del sonido iba cambiando de vez en cuando. La mente de Han fue acostumbrándose poco a poco a procesar la información a través de sus oídos, y gracias al repentino agujero producido en el vendaval no tardó en poder detectar los momentos en que el vagón pasaba a toda velocidad junto a un túnel lateral. Respirar a través de la máscara hacía que sólo pudiera captar el débil olor del aire reciclado.

El vagón osciló de un lado a otro, bamboleándose cuando alguien empezó a removerse en los asientos y fue pasando de una sección del convoy a otra. La silueta trepó lentamente sobre un asiento y luego sobre otro, aproximándose cada vez más a ellos. Han creyó oír una respiración jadeante que se aproximaba y se iba volviendo más y más entrecortada.

—¡Eh, tú, el número catorce! ¡Siéntate! —gritó un guardia.

¿El número catorce?», pensó Han. ¿Cómo se las había arreglado el guardia para saber cuál era el trabajador que se estaba moviendo? Un instante después se acordó de las gafas infrarrojas, y se dijo que los guardias probablemente podían verles a

todos como siluetas relucientes recortadas sobre el telón de fondo de la negrura.

El vagón dejó de bambolearse durante unos momentos, pero las oscilaciones no tardaron en reanudarse. La silueta misteriosa seguía avanzando hacia ellos. Alguien trepó por encima del asiento para instalarse en el sitio vacío que había justo detrás de Han y Chewbacca.

—¡Eh, te he dicho que te sentaras! —gritó el guardia.

—Éste es mi nuevo asiento —dijo una voz.

—¡Ése es tu nuevo asiento! —gritó el guardia en una extraña repetición de las palabras, y después no dijo nada más.

Han se obligó a mantenerse callado. No podía ver nada, por lo que el intruso debía de estar removiéndose a ciegas, incapaz de averiguar hacia dónde iba. ¿O también tendría sus propias gafas infrarrojas? ¿Y si Skynxnex o Moruth Doole habían contratado a algún asesino profesional para librarse de Han y Chewbacca allí donde nadie podía verlo?

¿Un rápido tajo de un cuchillo vibratorio? ¿Un empujón que le arrojaría fuera del transpone flotante, dejándole abandonado en el laberinto de túneles vacíos? Han nunca sería capaz de volver a la puerta metálica en aquella oscuridad. Se preguntó qué llegaría antes, si la muerte por hambre, por frío o por asfixia. No quería averiguarlo.

Oyó el débil eco de la respiración de alguien que hablaba desde detrás de una máscara respiradora y que se inclinaba hacia él. Chewbacca se tensó como si esperase ser atacado, y Han notó los pinchazos de su pelo al erizarse.

—¿Realmente venís del exterior? —había preguntado la voz—. Llevo años sin pisar la superficie...

La voz hablaba en un tono bajo y suave y parecía llena de esperanzas, pero quedaba ahogada por la máscara y el sonido del viento. Han no logró decidir si era la voz de un hombre ya muy mayor, la de una mujer de voz grave o la de un pequeño y apacible funcionario de la antigua prisión imperial.

La mente de Han le ofreció la imagen de un anciano esquelético con la cabellera muy larga y enmarañada, una barba hirsuta y ropas harapientas.

—Si venimos de fuera... Muchas cosas han cambiado.

—Me llamo Kyp... Kyp Durrón.

Han se presentó y presentó a Chewbacca después de un momento de vacilación. Sospechaba que podía ser alguna clase de trampa, por lo que decidió no dar mucha información. Kyp Durrón pareció darse cuenta de ello y se dedicó a hablar de sí mismo sin hacer muchas preguntas.

—Acabaréis conociendo a todo el mundo... No hay manera de evitarlo, ¿sabéis? He pasado la mayor parte de mi vida en Kessel. Mis padres eran prisioneros políticos y fueron exilados a este planeta cuando el Imperio empezó a reprimir la agitación

entre los civiles. Mi hermano Zeth fue llevado al centro de adiestramiento militar de Carida, y desde entonces nunca hemos vuelto a tener noticias de él. Yo acabé en las minas de especia... Siempre pensé que volverían a buscarme y que también me llevarían a Carida, pero supongo que se olvidaron de mí.

Han intentó imaginarse cómo la vida de Kyp había pasado de lo malo a lo peor.

—¿Y cómo es que sigues aquí abajo?

—Durante la revuelta de la prisión les daba igual quién acababa aquí. Ahora la gran mayoría de mineros son guardias de la prisión imperial. Nadie pensó en dejarme salir cuando le dieron la vuelta a la tortilla arriba... Nunca he sido lo suficientemente importante.

Kyp emitió un sonido que debía de ser una carcajada impregnada de amargura.

—La gente dice que siempre tengo muy buena suerte, pero mi suerte nunca ha sido lo bastante buena para permitirme llevar una vida normal... —Hizo una pausa— como si estuviera haciendo acopio de esperanzas, y en ese momento Han deseó poder ver el rostro del desconocido—. ¿Es cierto que el Imperio ha caído?

—Hace siete años, Kyp —contestó Han—. El Emperador voló por los aires junto con su *Estrella de la Muerte*. Desde entonces no hemos parado de librar una batalla detrás de otra, pero la Nueva República está intentando restaurar el orden. Chewie y yo vinimos aquí como embajadores para restablecer los contactos con Kessel. —Han guardó silencio durante unos momentos antes de seguir hablando—. Evidentemente, a los habitantes de Kessel no les pareció muy buena idea...

Han se dio cuenta de que le estaba ocurriendo algo a los vagones que les precedían y concentró su atención en lo que tenían delante. El primer vagón se separó del convoy, y Han pudo oír cómo se alejaba por un túnel lateral, acompañado por un sinfín de ecos y un whooosh que se fue debilitando rápidamente. Unos instantes después otros dos vagones se separaron del convoy y se fueron por otro túnel lateral, y el sonido que producían también se alejó a gran velocidad perdiéndose en el vacío de la lejanía. El resto del convoy minero flotante siguió avanzando por el túnel principal.

—Están separando a los distintos equipos —dijo Kyp—. Quería estar con vosotros... Cuéntamelo todo.

—Me parece que dispondremos de mucho tiempo para explicarte todos los detalles, Kyp —respondió Han con un suspiro.

El zumbido de los haces repulsores de los vagones se volvió un poco más grave. Han sintió cómo la brisa que le daba en el rostro se iba debilitando a medida que reducían la velocidad. Sus manos y su cara habían quedado entumecidas y notaba el cosquilleo del frío en las orejas, pero el resto de su cuerpo parecía estar cómodamente caliente gracias al traje calefactor.

El guardia que le había gritado a Kyp volvió a hablar cuando los vagones

flotantes se detuvieron.

—¡Todo el mundo fuera! Poneos en fila y dirigíos a la zona de trabajo.

Los vagones restantes se bambolearon cuando los prisioneros bajaron de ellos y permanecieron inmóviles y en silencio sobre el suelo del túnel. El equipo de unos y otros entrecrocó en la oscuridad, y las bolas de los mineros removieron la tierra apisonada. Un pandemonio de ruiditos creó ecos en las tinieblas claustrofóbicas del túnel, haciendo que la negrura pareciera volverse todavía más asfixiante.

—Eh, ¿dónde vamos? —preguntó Han.

Kyp se agarró a una tirilla del cinturón de Han.

—Cógete a la persona que tienes delante. Perderse aquí abajo es lo peor que te puede ocurrir, créeme...

—Te creo —dijo Han, y Chewbacca indicó que también estaba de acuerdo emitiendo un sonido gutural.

Cuando se hubo formado la fila, el guardia que la encabezaba empezó a caminar. Han daba pasitos cortos arrastrando los pies para no perder el equilibrio a causa de los guijarros y cascotes esparcidos en el suelo, pero incluso así tropezó con Chewbacca en varias ocasiones.

Giraron para meterse por la entrada de otro túnel. Han oyó un golpe ahogado y un chillido de dolor procedente del wookiee.

—¡Cuidado con la cabeza, amigo! —dijo.

Después oyó el crujido del pelaje al quedar aplastado contra el recubrimiento interno del traje calefactor cuando Chewbacca se agachó para pasar por debajo del arco.

—Aquí está el riel —dijo el guardia—. Deteneos y empezad a bajar, despacio y sin prisas.

—¿Un riel? ¿Qué quiere decir? —preguntó Han.

—Lo sabrás en cuanto lo hayas tocado —respondió Kyp.

Los ruidos que oía no tenían ningún sentido para Han. No lograba averiguar qué estaba ocurriendo. Podía captar sonidos de tela que se deslizaba, y gritos ahogados de sorpresa o miedo. Cuando le tocó el turno de avanzar a Chewbacca, el wookiee dejó escapar una queja enronquecida y agitó todo su cuerpo en un movimiento de negativa.

El guardia reaccionó golpeando a Chewbacca con un objeto duro. El wookiee lanzó un rugido de dolor y movió el brazo en un arco intentando golpear al guardia, pero al parecer sólo consiguió que chocara con la pared de roca. Chewbacca se fue poniendo cada vez más nervioso, y empezó a manotear a derecha e izquierda. Han tuvo que agacharse para esquivar los golpes lanzados a ciegas.

—¡Cálmate, Chewie! ¡Para ya!

El wookiee fue recuperando lentamente el control de sí mismo al oír la voz de

Han.

—¡Haz lo que te digo! —gritó el guardia.

—No hay ningún peligro —dijo Kyp intentando animarles—. Hacemos esto cada día.

—Yo iré primero. Chewie... aunque no sé hacia dónde —dijo Han.

—Venga, abajo —ordenó secamente el guardia.

Han se inclinó, empezó a tantear con las manos y acabó encontrando un agujero de grandes dimensiones que servía como trampilla de acceso a los túneles inferiores. El agujero estaba rodeado por montoncitos de cascotes y rocas. Sus dedos encontraron un frío riel metálico que debía de tener las dimensiones de una viga de acero. El metal estaba muy liso y descendía como si fuera un tobogán o una barandilla.

—¿Quieres que me suba encima de eso y que me deje caer? —preguntó Han—. ¿Dónde termina?

—No te preocupes —dijo Kyp—. Es la mejor manera de bajar.

—¡Debes de estar bromeando!

Un instante después oyó la risa de Chewbacca, una especie de resoplido nasal. Eso hizo que Han se decidiera por fin. Se sentó sobre el riel metálico, lo rodeó con las piernas y colocó las manos detrás de las caderas agarrándose a él lo mejor que pudo. El tejido resbaladizo del traje calefactor hizo que empezara a resbalar casi inmediatamente. La oscuridad le aferró mientras iba adquiriendo velocidad. Han imaginó estalactitas de puntas muy afiladas a escasos centímetros por encima de su cabeza que esperaban la ocasión de llevarse la parte superior de su cráneo si se le ocurría incorporarse en el momento equivocado. Seguía bajando, y lo hacía cada vez más deprisa.

—¡Esto no me gusta nada! —gritó.

El riel desapareció repentinamente debajo de él, y Han cayó sobre un montón de arena pulverulenta. Dos mineros se apresuraron a cogerle y apartarle del final del riel. Han no podía verlo, pero aun así se quitó el polvo del traje calefactor.

Chewbacca bajó unos momentos después lanzando un prolongado aullido que creó ecos en todo el túnel, y poco después llegaron Kyp Durrón y el guardia.

—¡Volved a formar la fila! —ordenó el guardia.

Chewbacca gruñó y murmuró unas cuantas palabras en wookiee.

—¡Oh, no se te ocurra decirme que ha sido divertido! —resopló Han.

El guardia reanudó la marcha y le siguieron. El suelo fue bajando poco a poco debajo de ellos, y se encontraron chapoteando en un lago no muy profundo. La presión del agua se resistía al avance de las piernas de Han. Los mineros cautivos siguieron avanzando, agarrándose unos a otros en su ceguera.

El agua despedía un olor entre rancio y salado, y el estómago de Han empezó a

tensarse previendo una caída que lo sumergiría en ella hasta la cabeza. Chewbacca dejó escapar un gimoteo, pero aparte de eso se guardó los comentarios para sí mismo.

Algo blando que parecía un dedo rozó las piernas de Han por debajo del agua. Otros contactos se deslizaron sobre sus pies, y después investigaron sus pantorrillas y se enroscaron alrededor de ellas.

—¡Eh!

Han empezó a dar patadas. Las criaturas que no paraban de rozarle giraron a su alrededor como un enjambre fantasmal. Han se imaginó gusanos fofos y ciegos, seres hambrientos que se agitaban en la oscuridad. Sus bocas estarían repletas de colmillos que aguardaban la llegada de cualquier forma de vida comestible que estuviera indefensa entre las tinieblas..., tal como lo estaba él. Han siguió moviendo los pies para alejarlos.

—No atraigas su atención hacia ti —dijo Kyp Durrón en voz baja y suave—. Sólo conseguirás que vengan más.

Han se obligó a calmarse y a caminar con zancadas deslizantes y regulares. Ningún prisionero gritó. Al parecer nadie había sido devorado vivo, aunque los pequeños dedos o ventosas o bocas siguieron moviéndose alrededor de sus piernas sin dejar de investigarle ni un momento. Tenía la garganta muy seca.

Cuando por fin llegaron al túnel que se abría al otro lado del lago subterráneo Han sintió un repentino deseo de caer de rodillas. El continuo gotear del agua y aquellos chapoteos tan leves que resultaban casi imperceptibles resonaban detrás de ellos creando ecos en la gruta.

Llegaron a la zona donde se extraía la especia después de un lapso cuya duración Han no tenía forma alguna de determinar. El guardia sacó un aparato de su mochila, produciendo roces y chasquidos al hacerlo. Después lo fue paseando a lo largo de las paredes del túnel.

—Los mejores depósitos de especia siempre están a grandes profundidades —dijo Kyp—. Aquí abajo el brillestim es fresco y fibroso, en vez de viejo y polvoriento como en las minas que están más arriba. Las vetas de especia se entrecruzan por las paredes de los túneles, y nunca están muy por debajo de la superficie rocosa.

Un zumbido estridente que creó vibraciones en sus dientes recorrió el túnel antes de que Han pudiera decir nada. Chewbacca lanzó un rugido de dolor. Después una delgada capa de roca se desprendió del túnel. El guardia había utilizado un disruptor acústico cuyo campo sólo penetraba unos cuantos centímetros en la roca, haciendo que se desmoronara y quedara desmenuzada.

—¡Recoged la especia! —ordenó.

Kyp se arrodilló sobre los guijarros y escombros y enseñó a Han y Chewbacca cómo había que buscar la especia en la roca medio desintegrada, hurgando con dedos entumecidos por el frío entre los restos rocosos para sacar de ellos hebras de

brillestim parecidas a mechones de pelo o fibra de asbesto.

Han sentía como si tuviera las manos en carne viva a causa del trabajo y la mordedura del frío, pero ningún prisionero se quejaba. Todos parecían haber perdido las esperanzas y la voluntad de resistir. Podía oír cómo jadeaban y respiraban entrecortadamente mientras trabajaban sin parar ni un momento. Han fue metiendo fragmentos de brillestim en la bolsa de recogida que colgaba de su cadera. Se sentía terriblemente abatido, como si un cuchillo impalpable le estuviera vaciando por dentro. Podía pasar mucho, mucho tiempo haciendo aquel trabajo.

Cuando el equipo hubo acabado de examinar los escombros, el guardia hizo que avanzaran durante un rato por el túnel y después activó su disruptor acústico para desprender otra sección de pared.

Los mineros volvieron a encorvarse sobre el suelo para rebuscar entre los cascotes. Han sólo podía pensar en el dolor de sus rodillas, en cómo le ardían las manos y en lo agradable que sería volver a estar con Leia. Nadie le había dicho cuánto duraba un turno de trabajo, y de todas maneras no tenía ninguna forma de ir midiendo el transcurrir del tiempo en la oscuridad. Empezó a tener hambre y sed. Siguió trabajando.

Durante una pausa en el trabajo Han sintió que un cosquilleo le recorría la columna vertebral. Miró a su alrededor, sabiendo que no podría ver nada en la oscuridad: pero sus oídos, que ya se habían agudizado hasta convertirse en su sentido principal, captaron un roce lejano, un susurrar colectivo entonado por mil voces que se iba haciendo más audible a cada momento que pasaba y que se aproximaba tan deprisa como una hidrolocomotora lanzada a toda velocidad por un tubo. Un brillo perlino pareció emanar del aire.

—¿Qué...?

—¡Shhh! —respondió Kyp.

Los prisioneros habían dejado de trabajar. Una débil claridad iridiscente que hacía pensar en una densa nube de luciérnagas apareció de repente en el túnel y avanzó hacia ellos envuelta en un estridente parloteo de crujidos y chirridos.

Han se agachó, y oyó cómo los otros mineros también se movían a su alrededor y se apresuraban a lanzarse de bruces sobre el suelo cubierto de cascotes.

La cosa resplandeciente pasó a toda velocidad por el túnel, temblando y girando continuamente sobre sí misma. En cuanto les hubo dejado atrás y hubo rebasado el punto en el que habían sacado especia de las paredes, la cosa resplandeciente se desvió repentinamente hacia la derecha y se lanzó en línea recta contra la roca sólida, esfumándose como un pez que cae en un estanque oscuro.

Diminutas chispas azules surgidas de la especia que se encontraba al descubierto, que había sido activada por el veloz paso de la fuente de luz, aparecieron detrás de ellos y se deslizaron a lo largo de la curvatura del túnel. Los chispazos azulados

chisporrotearon y temblaron, y no tardaron en desaparecer.

La repentina conflagración luminosa le había dejado los ojos doloridos. En circunstancias normales aquella luz probablemente habría sido demasiado tenue para que Han pudiera verla, pero sus ojos ya llevaban horas sumidos en la oscuridad anhelando aunque sólo fuera una pizca de claridad.

—¿Qué era eso? —gritó.

Oyó a Kyp jadeando a su lado.

—Nadie lo sabe... Éste es el número quince que he visto en todos los años que llevo aquí. Los llamamos espectros. Nunca hacen daño a nadie, o eso creemos, pero nadie sabe qué está haciendo desaparecer a los trabajadores en las minas situadas a mayor profundidad.

Hasta el guardia parecía bastante afectado, y cuando habló Han pudo detectar un leve temblor en su voz.

—Ya es suficiente... Fin del turno de trabajo. Volvamos a los vagones.

Han pensó que era una idea magnífica.

Cuando la hilera de vagones hubo regresado a la gran gruta y la puerta de metal se hubo cerrado detrás de ellos. Han oyó el sonido de las armas saliendo de sus fundas. Los guardias ordenaron a todos los trabajadores que se quitaran los trajes calefactores. Han podía entender las precauciones: una breve estimulación mental producida por unas fibras de brillestim robadas podía bastar para que un prisionero consiguiera fugarse... aunque Han había estado en la árida superficie de Kessel, y se preguntó dónde podría ir el prisionero después de haber escapado.

Las luces volvieron a encenderse por fin, y su cegadora claridad hizo que Han se encogiera sobre sí mismo como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago y le obligó a taparse los ojos.

Un instante después sintió que una mano le agarraba y tiraba de él llevándole hacia la sala.

—Todo va bien, Han... Limítate a seguirme. Deja que tus ojos se vayan acostumbrando a la luz. No hay ninguna prisa.

Pero Han ardía en deseos de averiguar qué aspecto tenía Kyp Durrón. Siguió parpadeando para librarse de las lágrimas, y obligó a sus pupilas a contraerse lo suficiente para que pudieran extraer algún sentido del diluvio de brillantes imágenes que se agitaban a su alrededor. Pero cuando por fin logró distinguir la silueta de Kyp volvió a parpadear... esta vez a causa de la sorpresa.

—¡Pero si no eres más que un crío!

Han vio a un adolescente de oscura y revuelta cabellera que parecía haberse cortado el pelo él mismo con un cuchillo que tuviera el filo embotado. Sus grandes ojos estaban rodeados por círculos oscuros, y su piel estaba muy pálida como resultado de haber vivido muchos años en la oscuridad de las minas de especia. Kyp

era robusto y tenía aspecto de ser fuerte y resistente, y contempló a Han con expresión esperanzada y un poco de temor en los ojos.

—No te preocupes —dijo Kyp—. Se arreglárnelas, y no me defiendo del todo mal.

A Han le recordó al Luke Skywalker impetuoso, temerario y de ojos siempre muy abiertos que había conocido en la cantina de Mos Eisley. Pero Kyp parecía más duro de lo que había sido el joven Luke por aquel entonces, y no tan ingenuo como él. Con lo terrible que había sido su existencia, creciendo en Kessel y prisionero en las minas de especia sin nadie que cuidara de él, no tenía nada de raro que el chico poseyera aquella veta interior de dureza.

En aquellos momentos Han se sintió incapaz de decidir qué le inspiraba más odio, si el Imperio por haber tratado con tal dureza a Kyp y a su familia, Moruth Doole por haberse encargado de que todo siguiera igual..., o él mismo, por haber conseguido que él y Chewie se metieran en aquel lío.

8

La noche de Eol Sha no era muy propicia al reposo. La creciente oscuridad luchaba con el resplandor anaranjado que surgía del volcán cercano, el continuo destellar de colores suaves de la Nebulosa del Caldero y el reflector acechante que era la luna demasiado cercana. Los chorros siseantes que brotaban del campo de géiseres rompían el silencio a intervalos regulares.

Luke estaba solo en el pequeño módulo de almacenamiento que Gantoris le había asignado como alojamiento. El módulo no había sido concebido como vivienda, y disponía de muy pocas comodidades: sólo había una pileta con agua sobre la que flotaba una delgada película de polvillo y un montón de tierra cubierto por una tela que cumplía las funciones de cama. Gantoris extrajo un perverso placer de explicar a Luke que el módulo había sido uno de los sitios donde más le gustaba jugar al chico que había muerto bajo la avalancha. Los refugiados no debían haberle perdonado que no hubiera podido salvar a los dos niños, o quizá sencillamente Gantoris quería mantenerle lo más confuso y desorientado posible.

Si Luke decidía escapar, contaba con su espada de luz y con todos los poderes que había adquirido gracias a su adiestramiento Jedi; pero no había venido a Eol Sha para salir huyendo al primer contratiempo. Apoyó el mentón en las manos y clavó la mirada en la noche hostil que le rodeaba. Tenía que convencer a Gantoris de que debía escucharle, y hacerle ver cuán necesario era reconstruir la orden de los Caballeros Jedi. Sí, pero... ¿Qué razón podía impulsar a un hombre de una colonia aislada, que no tenía ni la más mínima idea de política galáctica, a que se tomara la molestia de intentarlo?

Si Gantoris realmente era un descendiente de Ta'ania. Luke tenía que conseguir que lo intentara.

Warton le trajo un pulgillo cocido al vapor como cena después de que los demás se hubieran retirado a sus módulos para pasar la noche. Luke examinó el reluciente caparazón negro del crustáceo y fue ensanchando las grietas que había en su cuerpo múltiple segmentado para acceder a la carne rosada que contenía. Un muchacho había perecido aquella misma tarde mientras intentaba cazar esas pequeñas criaturas con su lanza...

Luke podía salir del maltrecho módulo cuando quisiera, ir hasta la lanzadera posada al otro lado del campo de géiseres y coger sus raciones; pero no quería marcharse... al menos hasta que Gantoris accediera a ir con él. Luke comió aquella carne de sabor amargo, masticándola en silencio poco a poco.

—Ven conmigo.

Gantoris estaba en la puerta del módulo, una silueta inmóvil en el cuadrado del marco.

Luke parpadeó y salió de su trance sintiéndose fresco y descansado, y se sorprendió al ver la luz grisácea de la mañana entrando por las grietas del módulo. Se puso en pie sin decir palabra y salió al exterior.

Gantoris iba vestido con el uniforme descolorido de un capitán mercante. No le quedaba muy bien, pero lo llevaba con orgullo. El uniforme debía de haber pasado de una generación a otra mientras los colonos esperaban ver llegar a los mineros a bordo de sus antorchas de fusión, no queriendo renunciar a la esperanza de que su regreso convertiría su mísero asentimiento en un floreciente centro comercial.

—¿Dónde vamos? —preguntó Luke.

Gantoris le entregó un pequeño saco de tela y fibras y después se puso otro similar encima del hombro.

—A buscar comida —replicó.

Se echó su gruesa trenza negra a la espalda y empezó a avanzar hacia el campo de géiseres.

Luke le fue siguiendo con cautela sobre aquel terreno tan escarpado, abriéndose paso por entre la red incrustada de caliza que formaban los géiseres y las fumarolas. Eol Sha zumbaba a causa de la tensión de las fuerzas de marea, y todo el planeta temblaba como si estuviera sintiendo las últimas vibraciones de un gong que acaba de ser golpeado.

Gantoris se movía con una gran confianza en sí mismo, pero aquella firme seguridad sólo era una fachada bajo la que Luke podía captar nerviosismo y una vaga incertidumbre. Luke decidió que quizá fuera un buen momento para hablarle de la Fuerza y sus poderes.

—Supongo que debes de saber algo sobre la orden de los Caballeros Jedi —empezó diciendo—. Sirvieron a la Vieja República como guardianes y protectores del orden durante millares de años. Creo que una antepasada tuya, una mujer llamada Ta'ania, era hija de un Jedi... Por eso he venido a verte. Ta'ania fue una de las personas que establecieron la colonia de Eol Sha.

»El Emperador persiguió y mató a todos los Caballeros Jedi que sus asesinos lograron encontrar, pero no creo que pudiera seguir la pista de todos los descendientes y todos los linajes. El Imperio ha caído, y ahora la Nueva República necesita restablecer la orden de los Caballeros Jedi. —Luke hizo una breve pausa—. Quiero que tú seas uno de ellos.

Puso la mano sobre el hombro de Gantoris. Éste se estremeció, y se la apartó. Cuando volvió a hablar, la voz de Luke adquirió un tono más suplicante.

—Quiero mostrarte los poderes de la Fuerza, el número infinito de puertas que puede abrir... Con esa nueva potencia serás capaz de ayudar a mantener unida toda la galaxia. Te prometo que sacaremos a tu gente de aquí y la trasladaremos a un planeta donde no corra ningún peligro, un nuevo mundo que os parecerá un paraíso después

de Eol Sha.

Luke cayó en la cuenta de que estaba empezando a dar la impresión de que quería convencerle con meras promesas vacías. Gantoris le contempló con sus ojos oscuros e insondables.

—Los imperios y las repúblicas no significan nada para mí. ¿Qué han hecho por nosotros hasta ahora? Mi universo se encuentra aquí, en este mundo.

Después se detuvo delante de la gran boca de un géiser y escrutó sus profundidades. El olor pestilente de los huevos podridos flotaba en el aire de la mañana. Gantoris sacó de su pequeño saco un bloque de datos viejo y bastante maltrecho y consultó una columna de cifras que parecía ser alguna especie de horario.

—Aquí... Entraremos en el géiser y haremos la recogida.

—¿La recogida de qué?

Gantoris se deslizó por el borde del agujero del géiser y se introdujo en él sin contestar. Luke se quitó su ropa Jedi con un encogimiento de hombros, la dejó al lado del géiser y después siguió a Gantoris hacia el subsuelo. ¿Estaría meramente tratando de averiguar si Luke era capaz de seguirle hasta el vientre del géiser?

El pozo era una angosta chimenea serpenteante que avanzaba a través de la roca porosa, un conducto que servía para descargar el agua súper recalentada. Depósitos minerales multicolores brillaban y centelleaban con destellos blancos, marrones y azulados, y se hacían polvo en su mano. Luke encontró muchos asideros mientras seguía a Gantoris por la colmena de pasadizos. La roca estaba caliente y un poco viscosa al tacto. Los vapores acres que brotaban de las profundidades empezaron a irritarle los ojos.

Gantoris se metió por una hendidura lateral.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Luke.

Gantoris siguió internándose en la grieta y se quitó el saquito del hombro con un encogimiento.

—Busca en los lugares más oscuros, los que están protegidos del agua hirviendo. —Metió los dedos en una rendija, buscó a tientas y acabó sacando un puñado de zarcillos de apariencia gomosa—. El calor y los depósitos minerales son un excelente criadero para los líquenes. El procesado es muy largo y trabajoso, pero podemos sacar algo comestible de esto. En nuestro mundo no tenemos muchas opciones... Mi gente debe conformarse con lo que puede encontrar.

Luke descolgó su saco del hombro y empezó a buscar en las grietas, hurgando con su mano protésica. ¿Y si había alguna criatura venenosa acechando en las rendijas, aguardando la ocasión de picarle? Luke podía leer intenciones ominosas en la mente de Gantoris, pero no lograba saber con exactitud en qué consistían. ¿Estaría buscando alguna manera sencilla de matar al «hombre oscuro» de sus sueños? Al tercer intento Luke encontró una masa esponjosa y la arrancó de un tirón.

Gantoris volvió la cabeza hacia Luke y le miró por encima del hombro.

—Será mejor que nos separemos —dijo—. Si te quedas a mi lado, sólo encontrarás lo que yo vaya dejando... Nunca podré alimentar a mi gente de esa manera, ¿sabes? —La voz de Gantoris había adquirido un tono burlón y su frente se había llenado de arrugas. La piel rasurada donde habrían tenido que estar sus cejas subió unos milímetros mientras contemplaba a Luke—. A menos que tu Fuerza pueda hacer el milagro de crear un banquete naturalmente...

Luke se dirigió hacia otra hendidura mientras Gantoris se internaba todavía más en la fisura que había elegido y doblaba una esquina rocosa. Un aleteo de inquietud recorrió a Luke desde la cabeza hasta los pies al ver cómo se alejaba, pero hizo caso omiso de él y empezó a buscar entre las grietas.

El liquen no resultaba muy difícil de encontrar, y Luke no tardó en llenar su saco deslizándose a través de las angostas aberturas. Gantoris quizá había esperado que acabaría extraviándose entre las fisuras, pero Luke siempre era capaz de volver sobre sus pasos incluso cuando se encontraba en el subsuelo y carecía de puntos de orientación. Hacía rato que no oía a Gantoris, por lo que decidió que ya había cumplido con sus obligaciones e inició el trayecto de vuelta al punto en el que se habían separado.

Cuando llegó a la bifurcación vio que Gantoris ya no estaba allí. Se internó un poco más en la fisura para buscarle esperando caer dentro de una trampa en cualquier momento, pero confiando en que sería capaz de salir bien librado. Estaba claro que tendría que impresionar a Gantoris con sus capacidades de Jedi.

El pasadizo terminaba en un muro de piedra erosionada. El olor a humo sulfuroso se hizo más perceptible, y engendró una profunda sensación de claustrofobia dentro de Luke. Se acordó de los dos niños enterrados bajo la avalancha, y de las manchas de sangre esparcidas por las bases de las rocas que habían caído sobre ellos. El suelo zumbaba a su alrededor con un sinfín de energías letales que pugnaban por liberarse. ¿Y si se producía otro terremoto mientras Luke estaba atrapado en las angostas grietas del subsuelo?

Gantoris había desaparecido.

—¡Gantoris! —gritó Luke.

No obtuvo respuesta. Alzó la mirada hacia el chorro de luz diurna que se filtraba desde la superficie, y por fin consiguió ver la silueta de Gantoris cerca del final del pozo. Gantoris estaba trepando por las escarpadas paredes, subiendo tan deprisa como podía y dejando cada vez más atrás a Luke.

Estaba huyendo de algo.

Luke sintió más que oyó la acumulación de presión en las profundidades del planeta, y captó la presencia de la masa de agua recalentada que rozaba el magma escondido cerca de la superficie y que empezaba a hervir e iniciaba el ascenso,

buscando el camino más directo para escapar a su confinamiento.

Gantoris llevaba consigo un horario. Los géiseres debían hacer erupción a intervalos de tiempo regulares. Su intención era dejar atrapado a Luke en el subsuelo, donde su cuerpo sería hervido y quemado hasta los huesos por las cortinas de vapor súper recalentado.

Luke extendió el brazo hacia un asidero y empezó a trepar mientras movía la bota buscando un sitio donde apoyar el pie. Fue subiendo por las protuberancias y rincones de la chimenea volcánica que llevaba hasta la superficie de Kessel. El calor se iba incrementando a su alrededor, haciendo que cada vez le resultara más difícil respirar. Luke jadeó y parpadeó en un intento de expulsar las lágrimas que ardían en sus ojos. El vapor subía enroscándose y formando nubecillas e hilachas, como si rezumara de las mismas rocas.

Su pie resbaló de repente y estuvo a punto de precipitarse chimenea abajo, pero su mano protésica se movió a la velocidad del rayo y se agarró a un saliente rocoso negándose a soltarlo. Cuando por fin logró recuperar el equilibrio, el saliente se había convertido en fragmentos que se desprendieron de la pared.

Luke había perdido unos segundos preciosos. La luz brillaba con más fuerza sobre su cabeza, apremiándole a seguir subiendo. Se agarró a otro recodo de la chimenea, reptó unos cuantos metros más y volvió a alargar la mano.

Durante una fracción de segundo vio una cabeza que se inclinaba hacia la chimenea del pozo para observarle. Era Gantoris, pero no le ofreció su ayuda.

Luke subió a fuerza de manos, sin prestar atención a los desgarrones que estaba sufriendo su traje de vuelo y trepando tan deprisa como podían llevarle sus miembros..., y un instante después se le acabó el tiempo.

Oyó la explosión muy por debajo de él, y el rugido gorgoteante de un chorro de agua hirviendo que subía a toda velocidad hacia la superficie. Luke se tensó y comprendió que sólo tenía una posibilidad de salir con vida de allí.

Ya lo había hecho en la Ciudad de las Nubes de Bespin, y durante su adiestramiento con Yoda y en otras ocasiones. Luke hizo acopio de todas sus energías y su capacidad de concentración mientras el chorro de vapor y agua letal avanzaba hacia él... y salió repentinamente disparado en línea recta hacia arriba, lanzando su cuerpo fuera del pozo del géiser. Utilizó la Fuerza como si fuera un trampolín para proyectarse a una gran altura, de la misma manera en que lo hubiese hecho si estuviera impulsando un objeto inanimado.

Luke emergió de la chimenea del géiser y agitó frenéticamente los brazos mientras empezaba a caer hacia el suelo rocoso. Relajó el hombro que entraría en contacto con las rocas y rodó sobre sí mismo, pero aun así el impacto fue lo bastante fuerte como para dejarle sin aliento.

Un muro de vapor y agua súper recalentada surgió del géiser un segundo después

de que Luke hubiera chocado contra el suelo. Luke protegió las partes de su cuerpo que estaban al descubierto de las gotitas de agua hirviendo, y esperó a que el estallido se fuera disipando.

La erupción del géiser duró varios minutos. Cuando por fin se puso de rodillas. Luke vio a Gantoris y a los otros habitantes de Eol Sha avanzando hacia él con los rostros tan ceñudos e inexpresivos como de costumbre. Le habían tendido una trampa y habían intentado matarle.

Pero la ira se desvaneció rápidamente. ¿Acaso Luke no había desafiado a Gantoris para que le pusiera a prueba y permitiera que demostrara cuáles eran sus intenciones? Luke recogió su empapada capa Jedi del borde del géiser y esperó a que llegaran.

Gantoris cruzó los brazos sobre su pecho y asintió. La ausencia de cejas y pestañas hacía que su rostro pareciera todavía más grande y adusto.

—Has pasado el primer obstáculo que he colocado en tu camino, hombre oscuro. —Luke captó la mezcla de terror y excitación que emanaba de él—. Ahora ven y enfréntate a tu última prueba.

Los habitantes de Eol Sha avanzaron hacia él para agarrarle una vez más, y Luke no opuso ninguna resistencia. Había decidido enfrentarse a cualquier clase de riesgo con tal de poder reconstruir la orden de los Caballeros Jedi.

Y Luke intentó convencerse de que no perdería la vida antes de alcanzar su meta final.

Era como una procesión religiosa. Con Gantoris al frente, los habitantes de Eol Sha iniciaron un largo ascenso por la ladera hasta las grietas de lava. Luke caminaba orgullosamente erguido, decidido a no mostrar ninguna señal de miedo a pesar de que quienes le rodeaban ya habían dejado bien claras sus intenciones de acabar con él. Luke corría un peligro muy real a pesar de todo su adiestramiento Jedi. La luna colgaba sobre sus cabezas, y su presencia resultaba tan opresiva como la de un gigantesco puño amenazador.

Torres de lava brotaban de la ladera como otros tantos dientes podridos. Gantoris no aflojó el paso cuando llegaron a un punto en el que la ladera se deslizaba bruscamente hacia un lado, pero acabó deteniéndose delante de una abertura protegida por rebordes rocosos que se abría en la pared del volcán. Una cortina de humo y cenizas flotaba en el aire.

—Sígueme —le dijo a Luke.

Los demás continuaron avanzando en fila india por el escarpado sendero. Luke le siguió. Tenía que ganarse el respeto de Gantoris, ya que no su confianza. Dadas las circunstancias, era Gantoris quien dictaba todas las reglas.

Gantoris avanzó con paso rápido y seguro de sí mismo por el angosto pasadizo, dirigiéndose hacia las densas sombras que llenaban el tubo de lava abierto en un lado

del cono volcánico por una antigua erupción. Un resplandor anaranjado iluminaba el camino por delante de él. Luke sentía una creciente expectación mezclada con miedo a cada paso que daban.

El tubo de lava se ensanchó revelando un hirviente lago de fuego. La fisura estaba abierta al cielo y había otras aberturas que permitían la entrada de un sinfín de corrientes de aire que chocaban y se entrecruzaban, pero aun así el lugar estaba tan caliente como el interior de un horno. Luke inclinó la cabeza tratando de protegerse el rostro con la tela humedecida de su capuchón Jedi, pero Gantoris no parecía afectado por el calor.

Gantoris tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de los gruñidos que brotaban de la masa de magma en continuo movimiento.

—Camina a través del fuego, hombre oscuro. Si llegas al otro lado sano y salvo, permitiré que me enseñes lo que desees.

Gantoris volvió a desaparecer en la oscuridad del tubo de lava sin esperar respuesta.

Luke le siguió con la mirada durante un momento mientras se preguntaba si había hablado en serio, pero un instante después empezó a distinguir unos objetos oscuros entre el resplandor llameante de la lava. Eran piedras de una roca más densa que no se derretía, y formaban un precario sendero que permitía atravesar el lago de fuego.

Luke se preguntó si Gantoris estaría poniendo a prueba su valor. ¿Qué quería aquel hombre de él, y qué significado podían tener los sueños en los que Gantoris había visto a un demoníaco «hombre oscuro»?

Luke tragó saliva, pero tenía la garganta tan reseca como si se hubiera vuelto de pergamino. Fue hasta el borde del lago de lava que hervía y se agitaba en una incesante ebullición. Las piedras parecían estar haciéndole señas, pero el sentido común le advertía de que debía retroceder, volver a su lanzadera y alejarse lo más deprisa posible de Eol Sha. Siempre podría encontrar a otros candidatos para su Academia Jedi. A esas alturas Cetrespeó y Erredós ya debían de haber descubierto algunas pistas, y él mismo tenía otra posibilidad en Bepin. Luke ni siquiera había sondeado a Gantoris. ¿Por qué debía arriesgar la vida por alguien que podía tener el potencial necesario para convertirse en un Jedi..., o no tenerlo? La respuesta era que tenía que hacerlo. Formar una nueva orden de Caballeros Jedi sería una labor muy difícil, ¿y cómo podría considerarse Luke digno de tratar de llevarla a cabo si rehuía la primera prueba de sus propios poderes?

Remolinos invisibles de un calor imposiblemente intenso giraban a su alrededor. Luke fue hasta el borde del lago de fuego y alzó la mirada hacia el trozo de cielo visible entre los rebordes rocosos. Después puso un pie sobre la primera piedra.

La piedra sostuvo su peso. Luke miró hacia adelante, clavando los ojos en el otro lado. Las siluetas que se habían congregado allí no apartaban la vista de él.

La lava hervía a su alrededor, formando burbujas que se hinchaban y lanzaban chorros de gases nocivos al aire. Luke intentó respirar haciendo inspiraciones breves y rápidas. Dio un segundo paso hacia adelante. El otro lado parecía estar muy lejos.

Contó las piedras que había delante de él mientras se limpiaba las lágrimas que inundaban sus ojos irritados por los vapores. Todavía quedaban catorce piedras. Luke saltó a la siguiente.

Gantoris apareció de repente al otro lado y se reunió con los otros refugiados de Eol Sha. Luke no esperaba que lanzaran vítores animándole a seguir avanzando, pero todos permanecían sumidos en un extraño silencio.

Otro paso. La lava gorgoteaba a su alrededor como el estómago de una gigantesca bestia hambrienta.

Luke dio otro paso, y otro más. Un zarcillo de euforia empezó a desenroscarse en su interior. No era tan difícil como se había temido. Conseguiría pasar aquella prueba. Luke siguió avanzando con una velocidad y un valor temerarios, y llegó a la mitad del trayecto.

Y de repente los siseos y el hervor de la masa de lava se intensificaron, y todo el lago de fuego se agitó como si algo se removiera en sus profundidades. La cámara volcánica palpó con un sonido que se encontraba justo por debajo del límite inferior de la capacidad auditiva de Luke pero que era lo suficientemente poderoso para hacer vibrar sus dientes. Luke sintió el repentino vacío del temor en su estómago, y se tensó preparándose para ver qué horror le aguardaba.

Había algo vivo dentro del lago de lava. Algo se estaba moviendo dentro de él.

Una criatura parecida a una serpiente se abrió paso súbitamente a través de la superficie, siseando como el combustible de cohete al incendiarse.

El gusano de fuego tenía la cabeza triangular y las orejas puntiagudas. y hasta el último centímetro de su cuerpo estaba protegido por escamas cristalinas. Sus grandes ojos eran joyas que ardían con los destellos de su propio fuego interno. Los conductos aspiradores aislados absorbieron la atmósfera recalentada, llenando vejigas ocultas en las entrañas de la criatura y haciendo que aquel ser inmenso y temible subiera hasta la superficie del lago de lava. Las placas de silicio que formaban su armadura relucían como espejos a la luz de las llamas.

Luke logró mantener su precario equilibrio sobre la piedra evitando la muerte repentina en la roca fundida, y después saltó a la piedra siguiente. El gusano de fuego se alzó sobre él empezando a enroscarse, y Luke comprendió que jamás podría dejar atrás al monstruo. Se detuvo y buscó los puntos de la piedra en los que sus pies estarían más seguros. Después reaccionó instintivamente cogiendo su espada de luz y activándola con un chasquido sibilante. El resplandor verdoso del arma se enfrentó al anaranjado llameante de la cámara de lava.

Al otro lado del lago de lava, los habitantes de Eol Sha lo contemplaban todo en

silencio y sin moverse.

El gusano de fuego inclinó su cabeza de víbora para contemplar a Luke. Abrió su enorme boca metálica y escupió un chorro de lava que chocó contra la pared y empezó a congelarse rápidamente. Los conductos blindados seguían absorbiendo aire, haciendo salir a la superficie nuevos anillos del cuerpo del leviatán. Luke alzó su espada de luz, pero el arma parecía lastimosamente pequeña y débil para enfrentarse en combate con un dragón de lava.

El gusano de fuego volvió a sumergirse debajo del magma con un alarido ultrasónico, esparciendo salpicaduras de roca fundida en el aire. Luke bailó de una piedra a otra, intentando evitar la precipitación mortífera que caía sobre él. Gotas de lava prendieron fuego a su capa Jedi, pero Luke consiguió arrancársela de los hombros y arrojarla al lago burbujeante, donde quedó envuelta en llamas cegadoras.

Luke alzó su espada de luz ante él y abrió mucho los ojos. Desplegó sus sentidos Jedi intentando averiguar qué iba a hacer el monstruo. Todos los nervios de su cuerpo estaban tensos y preparados para reaccionar, pero sólo consiguió ver la superficie en continuo movimiento del lago de lava.

—¿Dónde estás? —susurró.

La cabeza del gusano de fuego surgió repentinamente del otro extremo del lago de lava y se alzó preparándose para el ataque. Después se desplomó sobre Luke, abriendo su inmensa boca para revelar colmillos tan grandes como estalactitas. Luke giró sobre sí mismo, alzando su espada de luz y retrocediendo con grácil agilidad hacia la piedra anterior a la que había estado ocupando hasta aquel momento.

El gusano de fuego atacó, y Luke lanzó un mandoble con su zumbante hoja verde. Pero cuando la espada de luz chocó con las placas cristalinas de la coraza, el reluciente filo verde se refractó en un millar de componentes que se desparramaron y rebotaron por toda la cámara. Un diluvio de chispas se esparció alrededor de Luke. La hoja de energía que se suponía era capaz de abrirse paso a través de cualquier sustancia sólo había conseguido hendir una pequeña placa de silicio del blindaje.

Los habitantes de Eol Sha se agacharon al otro extremo de la cámara para esquivar los fragmentos de energía verde que volaban por los aires, y un rociado de astillas de roca cayó en el lago de magma. Luke sabía que no podría volver a utilizar la espada de luz contra el monstruo.

El gusano de fuego lanzó un chillido en el que había mucha más sorpresa que dolor, y después se hundió en el lago buscando refugio bajo la lava. Luke se agazapó, pensando a toda velocidad en un desesperado intento de decidir cuál debía ser su próximo movimiento. Después se dio la vuelta y se preparó para correr hacia el otro extremo del lago, donde le aguardaban los habitantes de Eol Sha.

El gusano de fuego volvería a aparecer en cualquier momento. Luke no sabía de cuánto tiempo disponía.

La criatura surgió repentinamente de la lava, rugiendo, siseando y emitiendo sonidos tan horribles que Luke no habría sido capaz de describirlos. Giró sobre sí mismo con la espada de luz firmemente sujeta en su mano y preparado para morir en la batalla..., pero el monstruo parecía no sentir el más mínimo interés por él.

Glóbulos de un humo acre habían empezado a brotar de la pequeña grieta surgida en la armadura de silicio, indicando el punto en el que la lava se había abierto paso hasta llegar al núcleo corporal del gusano de fuego. La criatura se retorció y se debatió, vomitando chorros de lava al aire. La roca fundida estaba devorando los órganos internos del gusano de fuego tan implacablemente como si fuese ácido, acabando con él poco a poco en un proceso letal que progresaba desde el interior hacia el exterior. El gusano se retorció en las garras de la agonía, ardiendo por dentro y esparciendo chorros de lava mientras las llamas y un humo pestilente surgían hirviendo de la diminuta brecha abierta en su armadura. Cuando la roca en estado ígneo logró abrirse paso hasta las hinchadas vejigas de aire de la criatura, el gusano de fuego estalló.

Una lluvia de lava que se endurecía casi al instante cayó sobre el lago. Luke consiguió desviar la mayor parte de los fragmentos llameantes mediante la Fuerza, pero unos cuantos le produjeron quemaduras en la espalda y el hombro. Los últimos espasmos de la agonía del gusano de fuego crearon olas en la roca fundida, y después se fueron debilitando poco a poco.

Luke alzó los ojos y parpadeó sin poder creer lo que veía. Los habitantes de Eol Sha seguían inmóviles esperándole.

Casi todas las piedras habían quedado sumergidas por el cataclismo, y entre él y Gantoris sólo había una extensión de lava imposible de atravesar. Luke no podía terminar su travesía, y contempló el río de llamas que fluía entre él y su meta mientras intentaba no dejarse dominar por el aturdimiento y la confusión resultado del terror y el reflujo de posibilidades de la Fuerza.

Pensó en el potencial para la academia que se proponía crear y para el resurgimiento de los Caballeros Jedi. La Nueva República le necesitaba. Tenía que completar su promesa. Reuniría un grupo de candidatos a los que enseñaría los caminos de la Fuerza. Sí, lo haría... Luke cerró los ojos y en su mente, que aún vibraba con el palpitar de la Fuerza después de su batalla con el gusano de fuego, no hubo lugar para ninguna duda.

Y Luke caminó sobre el lago de fuego.

No pensó en lo que estaba haciendo. La lava se negaba a entrar en contacto con sus pies, y sólo la Fuerza ardía con su brillante resplandor alrededor de él. Avanzó sobre la roca llameante dando un paso detrás de otro, no permitiéndose ver nada que no fuese su objetivo hasta que volvió a encontrarse sobre suelo sólido al otro extremo del lago de fuego, delante de Gantoris y su gente.

Cuando estuvo a salvo faltó muy poco para que se derrumbara de puro alivio, pero no podía permitir que se produjera ningún cambio visible en su expresión. Luke intentó no pensar en lo que acababa de hacer.

Gantoris estaba inmóvil ante él con una expresión de temor respetuoso en su rostro de facciones firmes y enérgicas. Los demás habían retrocedido, pero Gantoris no se había movido ni un centímetro.

Luke vio cómo tragaba saliva cuando sus ojos se encontraron con su mirada.

—No romperé mi promesa. —Gantoris tragó una honda bocanada de aire—. Enséñame cómo utilizar ese poder misterioso que hay en mi interior.

Luke reaccionó al instante y sin darse tiempo a pensar en lo que iba a hacer, y extendió sus manos temblorosas hasta que rozaron la cabeza de Gantoris. Después envió dedos mentales hacia el interior y sondeó las profundidades de la mente de Gantoris, buscando tenazmente hasta que encontró la misteriosa protuberancia en el subconsciente de Gantoris, y empujó...

La potencia de su reacción refleja hizo retroceder a Luke con tal violencia que tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar el equilibrio y evitar precipitarse en el lago de lava. No había duda de que Gantoris tenía el potencial Jedi, y estaba claro que en cantidad suficiente como para convertirle en un candidato formidable para la Academia Jedi.

Luke se permitió lanzar un suspiro de alivio. El terror y la tremenda prueba habían valido la pena después de todo. Cogió a Gantoris de la mano y se volvió hacia los supervivientes de la colonia abandonada.

—Encontraremos un nuevo hogar para vosotros —dijo—, pero antes vendréis conmigo a Coruscant.

9

La nave de Lando Calrissian, la *Dama Afortunada*, recibió permiso para descender y posarse en el espaciopuerto de Umgul de un controlador de tráfico que a juzgar por el tono de su voz parecía estar aburriéndose muchísimo. Mientras la nave se iba abriendo paso a través de la atmósfera llena de vapores y nubes, Lando se asombró ante el gran número de naves privadas, vates espaciales y lujosos vehículos de superficie que iban y venían alrededor del centro de aterrizaje.

Lando se unió al tráfico que se deslizaba sobre las planicies que rodeaban un río muy ancho y caudaloso, y se dirigió hacia Ciudad Umgul. Flotas de barcasas a vela flotaban sobre las perezosas aguas del río. Miró hacia abajo y pudo ver luces muy brillantes y cuerpos que giraban locamente, dos signos indudables de que las cubiertas de las barcasas estaban acogiendo fiestas muy animadas.

Umgul, un planeta neblinoso pero bastante fresco, solía quedar cubierto por densas capas de calina y nubes bajas, y aunque Lando había llegado a él poco después del mediodía, aún podía ver las hilachas de niebla que brotaban del río y se iban extendiendo por encima de las llanuras. Umgul no tenía nada de particular en cuanto a recursos o importancia estratégica, pero se había hecho famoso en toda la galaxia como centro deportivo, especialmente gracias a sus famosas carreras de amorfoides umgulianos.

La *Dama Afortunada* fue siguiendo el vector que se le había adjudicado hasta llegar a un espaciopuerto excavado en los acantilados de caliza que se alzaban sobre el río. Lando pilotó su nave hacia la boca de la caverna y entró en ella, flanqueado por diminutos yates de placer biplazas. Durante el trayecto estuvo a punto de chocar con un dirigible azul repleto de turistas, pero logró esquivarlo por los pelos. Una vez dentro, ayudantes de piel muy velluda que llevaban chaquetas fluorescentes anaranjadas dirigieron la *Dama Afortunada* hasta su plaza de aparcamiento guiándola mediante balizas láser que sostenían en sus manos.

Lando se volvió hacia los dos androides que compartían la cabina de pilotaje con él.

—Bien, chicos, ¿estáis preparados para divertirnos?

Erredós emitió un pitido cuyo significado Lando no pudo comprender, pero Cetrespeó se irguió con evidente indignación.

—No hemos venido aquí a divertirnos, general Calrissian —dijo—. ¡Hemos venido para ayudar al amo Luke en todo lo posible!

—Pues yo he venido aquí en calidad de ciudadano particular para asistir a las carreras de amorfoides —replicó Lando señalándole con un dedo. Sólo llevaba un día cerca de Cetrespeó, pero ese período de tiempo ya había bastado para que la presencia del quisquilloso androide empezara a ponerle francamente nervioso—. Tú

eres mi androide de protocolo, y será mejor que interpretes ese papel... o de lo contrario te obligaré a hacer un diagnóstico completo de todos los sistemas de control del alcantarillado de Ciudad Umgul.

—Eh... Lo he comprendido con toda claridad, señor.

La rampa emergió del casco de la *Dama Afortunada* y Lando salió a ella para quedar envuelto por el caos del centro de recepción umguliano. Voces casi ininteligibles que quedaban ahogadas por el ruido de fondo emitían un anuncio detrás de otro por los sistemas de comunicación interna. Los rugidos de los vehículos que partían creaban ecos en la gruta. Los acres olores de los gases surgidos de las toberas de escape y las portillas de aprovisionamiento de combustible asaltaron las fosas nasales de Lando haciendo que empezaran a escocerle casi al instante.

A pesar de todo, Lando mantuvo la cabeza bien alta y bajó por la rampa haciendo girar su capa mientras movía una mano indicando a los dos androides que le siguieran.

—¿Puedes entender alguno de esos anuncios, Cetrespeó? Averigua dónde se supone que debemos ir.

Cetrespeó examinó los muros de datos que relacionaban los servicios ofrecidos por Ciudad Umgul. Los textos iban desfilando por ellas en varios idiomas.

Cuatro vendedores bajitos y regordetes fueron corriendo hacia el nuevo visitante, y asediaron a Lando con sus ofertas de recuerdos y baratijas. Los comerciantes de aspecto sucio y descuidado eran ugnights, las feas criaturillas encargadas del mantenimiento urbano que atestaban los niveles inferiores de la Ciudad de las Nubes.

—¿Por qué no se lleva una cría de amorfoide a casa para sus niños, señor?

El ugnight hizo oscilar una masa verdosa y rezumante que parecía una aglomeración de flemas del tamaño de un puño delante del rostro de Lando.

—¿Qué le parecería un poco de caramelo de amorfoide, señor? ¡El mejor que se puede encontrar en toda la ciudad! Mi compañera secundaria lo prepara en casa.

El caramelo de amorfoide que le estaba ofreciendo parecía idéntico a la cría de amorfoide que le había ofrecido el primer ugnight.

—¿Un amuleto de la buena suerte? —sugirió el tercer ugnight—. ¡Surte efecto sea cual sea su religión!

Lando agitó las manos intentando quitárselos de encima.

—¿Adónde vamos, Cetrespeó?

—Según el horario local, señor, creo que una carrera de amorfoides bastante importante se iniciará dentro de una hora estándar. Los sistemas de transporte colectivo umgulianos nos llevarán directamente al estadio de los amorfoides. Creo que el acceso al sistema de transporte colectivo se encuentra...

Los cuatro ugnights que vendían recuerdos y baratijas se empujaron unos a otros, y se apresuraron a ofrecer sus servicios para guiar al elegante caballero hasta el

estadio de los amorfoides.

—...inmediatamente a nuestra izquierda.

Cetrespeó movió una mano señalando la entrada de un túnel indicada por una capa de pintura fluorescente.

—Vamos —dijo Lando, y fue hacia la entrada del sistema de transportes sin mirar hacia atrás.

Los ugnights, muy decepcionados, se marcharon corriendo a la caza de otros clientes.

El trayecto por el sistema de transporte colectivo era como hacer un viaje por una montaña rusa sin ruedas. Un vagón de esbeltas líneas bastante parecido a un tubo con una proa aerodinámica salía disparado por el túnel hacia la cima del acantilado, después de lo cual se abría paso a través de las nubes de neblina que flotaban a gran altura y avanzaba a gran velocidad sobre bosques en los que los árboles se apelotonaban en las hendiduras y grietas de la roca caliza desgastada por el tiempo y la intemperie. La superficie del planeta era como una colcha de retazos multicolores formada por letreros luminosos que describían atracciones turísticas y anunciaban las direcciones de restaurantes, casas de empeño y prestamistas especializados en dejar dinero a los jugadores que nunca hacían preguntas y siempre cobraban intereses estratosféricos.

Ríos de humanos y otras criaturas se agolpaban en los grandes kioscos de entrada al estadio de los amorfoides, entregando sus créditos a cambio de un asiento. Lando pagó su entrada, después de lo cual estuvo discutiendo durante un buen rato con el ordenador que expendía los billetes si sus dos androides eran acompañantes (y en consecuencia, debían pagar entrada) o auxiliares dependientes que procesaban información. Lando acabó ganando la discusión, aunque Cetrespeó pareció sentirse considerablemente ofendido al ver que se le consideraba poco menos que como un electrodoméstico.

El estadio de las carreras de amorfoides era un gran agujero producido por un hundimiento en la cima del acantilado que había dejado un enorme orificio circular en el suelo rocoso. Los propietarios del estadio umguliano habían tallado miles de asientos, pozos, gradas y fosos en la pendiente de las paredes rocosas para poder acoger a toda clase de configuraciones corporales.

Baterías de ventiladores gigantescos habían sido instaladas a lo largo del perímetro del agujero, y sus palas generaban una potente brisa que rechazaba la neblina procedente de todos los puntos de la circunferencia que intentaba invadir el estadio y la empujaba hacia el exterior, donde se disipaba.

Lando se abrió paso por entre la multitud, logró encontrar su asiento y se sintió muy complacido al ver que contaba con una buena vista del «circuito de obstáculos para amorfoides» que se extendía por debajo de él. El panel de apuestas instalado

delante de su asiento ofrecía información sobre los catorce amorfoides que iban a competir en la primera gran prueba del día, y también mostraba la cuenta atrás de los veinte minutos que deberían transcurrir antes de que empezase la carrera.

Una sonrisa se fue extendiendo por los labios de Lando a medida que captaba los olores de las golosinas y alimentos de todas clases y veía cómo los expendedores de bebidas robotizados iban y venían por entre los puestos envueltos en el zumbido de sus servomotores. Aquello ya estaba empezando a gustarle, y traía muchos viejos recuerdos a su mente.

Ser barón-administrador de la Ciudad de las Nubes de Bepin había hecho que Lando pasara una gran parte de su tiempo en los casinos más elegantes viendo a los turistas y los fanáticos del juego. Nunca había presenciado una carrera de amorfoides, pero la excitación general que impregnaba la atmósfera del estadio ya estaba haciendo que su corazón latiera más deprisa.

Cetrespeó se removía nerviosamente mientras observaba a la multitud. Una criatura de aspecto ursino cubierta de pelaje blanco estuvo a punto de derribar al androide mientras se abría paso hasta un asiento situado al final de su nivel.

Pero Lando no podía olvidar la razón por la que estaba allí. La unidad de energía del aparato imperial que servía para detectar Jedis había sido instalada en el núcleo corporal de Erredós, y Lando llevaba las palas cristalinas del detector disimuladas en su costado.

—Bien, Erredós, a ver si conseguimos encontrar a nuestro amigo Tymmo... Conéctate con el ordenador del estadio y averigua si ha comprado una entrada o ha hecho alguna apuesta. De ser así, averigua dónde está sentado.

La voz del locutor resonó por todo el estadio creando un sinfín de ecos.

—Seres conscientes de todos los sexos... ¡Bienvenidos a las carreras de amorfoides de Umgul, famosas en toda la galaxia! Antes de que empecemos con la primera gran prueba de esta tarde, nos gustaría recordarles la gala especial del derby de amorfoides de la semana próxima que se celebrará en honor de una alta dignataria que va a visitarnos, la duquesa Mistal de Dargul, nuestro planeta hermano. Esperamos poder contar con la presencia de todos ustedes.

La apática reacción de la multitud indicó a Lando que Umgul debía recibir un considerable número de visitas de altos dignatarios de otros mundos a lo largo del año.

—En cuanto al gran acontecimiento de esta tarde, veremos correr a catorce amorfoides en una carrera de obstáculos para amorfoides de pura raza, la cual contará con doce pruebas que han sido concienzudamente inspeccionadas y aprobadas por la comisión de carreras galáctica. Todos los datos sobre la edad, masa y viscosidad de los amorfoides que van a competir en la carrera están disponibles en las terminales instaladas delante de sus asientos.

Lando se permitió una leve sonrisa al oír aquellas palabras. Ciudad Umgul pregonaba a los cuatro vientos que sus carreras de amorfoides eran pruebas totalmente limpias y legales, y la manipulación de carreras estaba considerada como un delito capital.

—¿Qué querrá decir eso de «amorfoides de pura raza»? —se preguntó en voz baja.

Cetrespeó le había oído.

—La especie básica de amorfoide abarca distintas variantes que son utilizadas para distintos propósitos dentro del sistema —le explicó—. Algunas personas de clase alta tienen amorfoides en sus mansiones en calidad de animales domésticos. Otros han visto cierto valor medicinal en el tratamiento mediante amorfoides, como por ejemplo al permitir que un amorfoide se deslice sobre la espalda para administrar una terapia de masaje, o metiendo los pies doloridos en la masa gelatinosa caliente.

—Pero los que vamos a ver son animales de carreras, ¿no?

—Sí, señor. Han sido criados para obtener el máximo de velocidad y fluidez de movimientos.

Lando oyó un chasquido metálico y dirigió su atención hacia la parte trasera de la arena del estadio. Unas cintas transportadoras estaban subiendo las plataformas de los amorfoides hasta una gran rampa, y se detenían delante de una puerta que separaba a las masas viscosas del tobogán de lanzamiento. Las catorce pistas inclinadas que formaban el empinado tobogán lubricado habían sido diseñadas para aumentar al máximo la inercia del amorfoide en cuanto se diera la señal de partida.

—¡En sus marcas! —gritó el locutor.

Lando sintió cómo un profundo silencio se adueñaba del estadio en cuanto los espectadores se inclinaron hacia adelante, clavando la mirada en las pistas mientras esperaban la aparición de los amorfoides.

Una estridente nota electrónica reverberó en el aire con un estrépito tan potente como el de un proyectil que choca con una campana de estaño, y las puertas se abrieron de repente. Las rampas se inclinaron hacia adelante, lanzando los cuerpos multicolores de los amorfoides por las pendientes lubricadas.

Catorce masas de lo que parecía almíbar a medio solidificar se precipitaron y rezumaron por las pendientes, chocando con los muretes y deslizándose tan deprisa como podían hacia el final de las rampas. Los amorfoides mostraban una amplia gama de colores que giraba básicamente alrededor del gris y el verde, aunque también había muchas tonalidades brillantes. En uno se veían destacar los matices rojos, mientras que en un segundo los tonos predominantes eran de color azul turquesa y en un tercero de un verde lima. Cada amorfoide lucía un número holográfico impreso en su protoplasma, y el número siempre se las arreglaba de una manera misteriosa para mantenerse vertical fuera cual fuese la posición que adoptara

el amorfoide.

La lubricación era idéntica en todas las rampas, por lo que los catorce amorfoides llegaron al final de su pendiente aproximadamente en el mismo momento. Cuando los muretes dejaron de separar las pistas, los amorfoides empezaron a moverse frenéticamente tratando de esquivarse los unos a los otros y dirigiéndose lo más deprisa posible hacia los obstáculos.

El número 11 —un espécimen de color verde oscuro cuyo protoplasma estaba surcado por un aparatoso dibujo de vetas amatista—, irrumpió en la parte plana de la pista con los pseudópodos extendidos, como si intentara salir disparado hacia adelante apenas rozara el final de la rampa. Después empezó a avanzar, tensándose y enviando su núcleo corporal hacia adelante en una secuencia siempre idéntica.

El amorfoide amatista ya había logrado obtener una pequeña ventaja cuando llegó al primer obstáculo, una pantalla metálica provista de una gran rejilla. El número 11 se lanzó sobre la rejilla con todo el ímpetu de que era capaz su masa viscosa y empezó a deslizarse por los agujeros, goteando hacia el otro lado en un centenar de diminutos segmentos corporales que volvieron a reunirse hasta reagrupar su estructura gelatinosa. El amorfoide ya había logrado llevar medio cuerpo al otro lado antes de que el amorfoide que le seguía más de cerca chocara con un punto distinto de la pantalla. Lando decidió animar al amorfoide color amatista. No había apostado dinero en la carrera, pero aun así siempre prefería escoger a los que tenían más probabilidades de ganar.

El segundo amorfoide empleó una táctica distinta, concentrando su cuerpo en una angostura que pasó por uno de los agujeros de la rejilla y fue derramando rápidamente su masa en el otro lado.

El amorfoide color amatista terminó de recomponerse sobre el suelo una vez atravesada la rejilla, y siguió avanzando sin permitirse ni un solo momento de reposo.

Para aquel entonces los otros amorfoides ya estaban esforzándose por atravesar el primer obstáculo. El amorfoide amatista se derramó frenéticamente hacia adelante, aumentando su ventaja como si estuviera huyendo impulsado por el terror.

—¡Vamos, corre! —gritó Lando.

El segundo gran obstáculo resultó ser más formidable. Una serie de cadenas llevaban hasta otra rampa lubricada que subía en ángulo muy pronunciado y luego descendía de repente, formando una curva peraltada con una considerable inclinación hacia arriba.

El número 11 llegó al comienzo de la cadena y extendió un pseudópodo hacia el primer tramo, rodeando la especie de escalón flexible que formaban los eslabones con aquel zarcillo de consistencia gelatinosa, y después fue extendiendo más pseudópodos hasta que fluyó como una ameba tentaculada, izando desesperadamente su cuerpo amorfo hacia arriba más deprisa de lo que la gravedad podía tirar de él haciéndolo

caer.

El amorfoide color amatista resbaló, y un gran segmento de su masa corporal se deslizó hacia adelante con sólo un delgado chorrito de mucosidad conectándolo al núcleo principal. Según las reglas oficiales que mostraba la terminal instalada delante del asiento de Lando, el amorfoide debía llegar al círculo final con toda su masa corporal y no podía ir dejando porciones de ella esparcidas durante el trayecto.

El segundo y el tercer amorfoide llegaron al comienzo de la cadena, y también intentaron subir.

El amorfoide color amatista había quedado suspendido en el tramo de cadena, colgando flácidamente de él mientras intentaba recuperar el apéndice que había quedado inmóvil en un precario equilibrio absorbiéndolo para reincorporarlo al núcleo principal. Los eslabones de la cadena empezaron a abrirse paso a través de la blandura viscosa del material orgánico, pero el amorfoide aceleró el ritmo de sus movimientos de absorción y acabó logrando su propósito. Después se irguió y reanudó el proceso con el siguiente tramo de cadena.

Los dos amorfoides que iban en segundo y tercer lugar detrás de él lograron subir hasta el segundo nivel de la sucesión de cadenas.

Mientras tanto, el amorfoide que iba en último lugar logró exprimirse a sí mismo a través de la rejilla del primer obstáculo y empezó a arrastrarse a toda velocidad hacia las cadenas.

El número 11 llegó al final de la sucesión de cadenas, se tensó formando una bola y salió disparado hacia la rampa engrasada, precipitándose por ella y cayendo a toda velocidad para rodar dando tumbos hasta el fondo. Su número holográfico permaneció en posición vertical durante todo el descenso. El amorfoide llegó a la curva peraltada que había al final de la pendiente, rebotó y siguió avanzando hacia el próximo obstáculo.

La multitud rugía y gritaba. Lando sintió cómo la excitación se iba extendiendo por todo su ser, y decidió que tendría que volver a Umgul cuando dispusiera de más tiempo para relajarse y pudiera hacer unas cuantas apuestas.

—Discúlpeme, señor, pero me pregunto si estamos expresando entusiasmo por el número 11.

—¡Sí, Cetrespeó!

—Muchas gracias, señor. Sólo quería estar seguro. —El androide guardó silencio durante unos momentos, y después utilizó su amplificador vocal a la máxima potencia—. ¡Adelante, número once, adelante!

El segundo y el tercer amorfoide llegaron al final de la sucesión de cadenas simultáneamente, y los dos saltaron a la rampa lubricada descendiendo por ella a una velocidad alarmante. Muchos espectadores se levantaron de sus asientos y empezaron a chillar.

Los dos amorfoides bajaron rodando muy cerca el uno del otro, dando vueltas y agarrándose con sus seudópodos. La curva peraltada se alzaba ante ellos como si fuese una pared.

—¡Oh, no puedo verlo! —exclamó Cetrespeó—. ¡Van a chocar!

Los dos amorfoides se estrellaron contra la esquina en el mismo instante, y el impacto hizo que sus masas corporales se confundieran formando una bola gigante. La multitud lanzó un rugido de puro placer.

—¡Fusión total! —anunció el locutor.

Los espectadores seguían gritando y animando a los amorfoides. Los dos amorfoides se habían combinado para formar una masa mucho más grande, y parecían no ser capaces de ponerse de acuerdo mientras trataban de trepar por el lado de la pista para dejar el camino libre a los amorfoides que se estaban aproximando a ellos. Mientras tanto, el amorfoide color amatista seguía aumentando su ventaja.

—Esos dos han quedado fuera de la carrera —murmuró Lando.

Erredós apareció de repente a su lado y lanzó un pitido impregnado de excitación.

—Discúlpeme, señor, pero Erredós ha localizado a Tymmo —tradujo Cetrespeó—. Ha venido a las carreras y ha apostado una suma muy grande. Sabemos dónde se encuentra su asiento, y podemos ir allí ahora mismo si lo desea.

Lando se sobresaltó al ser interrumpido tan bruscamente mientras disfrutaba de la carrera, pero enseguida se apresuró a levantarse.

—¿Ya le hemos encontrado?

—Sí, señor. Y como acabo de decirle, ha hecho una apuesta muy considerable..., y supongo que ya sabe lo que significa eso, señor.

—Deja que adivine por qué amorfoide ha apostado —dijo Lando—. Por el número 11, ¿correcto?

—Correcto, señor.

—Bien, parece que Tymmo ha vuelto a salirse con la suya —dijo Lando—. Vamos.

Se abrieron paso por entre los espectadores que habían decidido prescindir de los asientos y acabaron saliendo a los pasillos enlosados. Lando permitió que Erredós fuera delante y los guiase por los corredores interiores, que estaban casi vacíos. Lando hubiese querido ver el desenlace de la competición, y seguía a Erredós con una expresión un tanto malhumorada en el rostro.

—Date prisa. Erredós.

El pequeño androide bajó zumbando por la pendiente que llevaba hasta los niveles inferiores del agujero en el que se había edificado el estadio. Cruzaron una arcada llena de pintadas y entraron en la sección donde se encontraban los asientos más baratos, que estaban llenos de personas de aspecto desesperado, aquellas que lo habían apostado todo en la confianza de adivinar cuál sería el ganador de una carrera.

Lando no había esperado que un apostante tan afortunado como Tymmo estuviera en la sección de los más pobres. Quizá estaba intentando pasar desapercibido.

Las columnas de sostén de las gradas y las pantallas deflectoras hacían que resultara bastante difícil distinguir lo que ocurría en el fondo del cráter desde una distancia tan grande, pero aun así Lando pudo ver que el número 11 había incrementado sustancialmente su ventaja, y que ya iba un obstáculo por delante de los nueve amorfoides que seguían en la carrera. Bastante por detrás de ellos se veía a dos amorfoides de aspecto gomoso y endurecido que yacían inmóviles en una franja de líquido deshidratante, no habiendo sido capaces de cruzar lo bastante deprisa aquel obstáculo letal antes de sufrir un caso de deshidratación terminal.

Los amorfoides que seguían con vida estaban intentando atravesar una secuencia de anillos metálicos colgados de cuerdas, y cada uno se balanceaba de un lado a otro mientras trataba de extender un pseudópodo hacia el anillo siguiente antes de que el movimiento pendular estirase su masa corporal hasta el punto de producir una ruptura.

El amorfoide color amatista ya había atravesado la trampa deshidratante y los anillos, y estaba rezumando precariamente por encima de una larga plataforma llena de pinchos muy afilados que atravesaban su membrana exterior a cada momento. El número 11, que parecía incansable, se lanzaba hacia adelante una y otra vez con un salvaje abandono y no prestaba ninguna atención a las lanzas que perforaban su cuerpo.

Erredós emitió un silbido, y Cetrespeó señaló a un hombre sentado tres gradas más abajo.

—Erredós dice que ése es el hombre que andamos buscando, general Calrissian.

Lando contempló a Tymmo con los ojos entrecerrados. Era joven y atractivo, pero su expresión furtiva y nerviosa hacía que pareciese de poco fiar. El amorfoide por el que había apostado estaba ganando por una ventaja considerable, y sin embargo Tymmo no daba la impresión de alegrarse de ello. Las personas que había a su alrededor lanzaban vítores o gemidos, dependiendo de cuál fuera el amorfoide en favor del que habían apostado; pero Tymmo se limitaba a permanecer totalmente inmóvil y esperaba en silencio, como si ya supiera cuál iba a ser el desenlace de la carrera.

El número 11 arrastró la última porción de su masa corporal sacándola de la plataforma de pinchos, y dio un último tirón para arrancar unas cuantas hebras que habían quedado atrapadas en las puntas. Los pinchos habían frenado su avance convirtiéndolo en un trabajoso deslizarse justo delante del siguiente obstáculo, una hélice que giraba lentamente y tenía los bordes de las palas tan afilados como navajas.

El amorfoide color amatista se preparó para enfrentarse al obstáculo, pero parecía

estar demasiado aterrorizado para planear cuál sería la mejor manera de pasar por entre las palas giratorias. Fluyó hacia adelante alargándose para ganar velocidad, y después metió su cuerpo por entre las palas que giraban con un perezoso zumbido. Una cuarta parte de su masa logró llegar al otro lado antes de que los afilados bordes de las palas se abrieran paso a través del protoplasma, cortándolo limpiamente en dos mitades.

Chorros de mucosidad salieron disparados en todas direcciones, pero acabaron formando una larga hebra líquida que se pegó a una de las palas de la hélice. Un segmento del amorfoide ya estaba a salvo al otro lado del obstáculo. Las otras tres cuartas partes de la masa corporal se encogieron sobre sí mismas y saltaron por el siguiente hueco que apareció entre las palas. Esta vez la mitad de la masa logró llegar al otro lado, y el segundo segmento rezumó hacia adelante para reunirse con la pequeña porción que había sido la primera en pasar. El resto del número 11 logró pasar sufriendo sólo un pequeño tajo en el extremo posterior, y cuando las palas de la hélice siguieron girando, las gotitas de sustancia viscosa que se habían quedado pegadas a los bordes se reunieron formando un pequeño bulto de protoplasma que se desprendió y rodó por el suelo hasta quedar a salvo. Un instante después todas las porciones ya habían vuelto a reunirse.

La multitud rugió entusiasmada. Algunos de los perdedores de los niveles inferiores empezaron a lanzar botellas y recipientes de bebidas contra los emparrillados de las pantallas protectoras que se alzaban delante de ellos. Chispas azules brotaron de los alambres electrificados. Tymmo se inclinó hacia adelante manteniendo una mano dentro de su bolsillo. Lando se preguntó si llevaba alguna clase de arma.

Tymmo miró a su alrededor y parpadeó con evidente alarma, como si sospechara que estaba siendo observado. Lando torció el gesto, sabiendo que sus prendas elegantes y su magnífica capa no podían estar más fuera de lugar en aquellos niveles inferiores del estadio. Tymmo se fijó en Lando y los dos androides, se tensó y después se relajó con un gran esfuerzo de voluntad, obligándose a permanecer sentado para ver el final de la carrera.

El número 11 se aproximó al último obstáculo y deslizó pseudópodos sobre los peldaños de una escalera mientras goteaba por ella para iniciar el descenso. Parecía exhausto, pero aun así continuaba esforzándose tan desesperadamente como si estuviera siendo perseguido por una horda de demonios. Los trazos y manchitas color amatista se habían ido volviendo cada vez más borrosos, y ya apenas si podían distinguirse.

El amorfoide llegó al final de la escalera y descendió para encontrarse con una serie de enormes embudos cuyos agujeros de salida tenían distintos tamaños, y muchos de los cuales estaban obstruidos. El amorfoide color amatista lanzó

extensiones hacia varios embudos, y fue investigándolos hasta que encontró uno cuyo agujero de salida era lo suficientemente grande.

Detrás de él, su perseguidor más inmediato empezó a atravesar la plataforma de pinchos colocada delante de la hélice.

El número 11 escogió un embudo aceptable, se metió en el cono y empujó. Una tira pastosa brotó del angosto extremo de salida, y fue rodando sobre sí misma y amontonándose en el suelo a medida que el amorfoide volvía a integrarse. La delgada hebra de amorfoide siguió saliendo en lo que parecía un proceso interminable hasta que la cola por fin emergió del embudo.

El cuerpo del número 11 se cubrió de destellos iridiscentes mientras temblaba a causa del agotamiento. Después se lanzó hacia el círculo de llegada, dando la impresión de que pretendía seguir adelante sin detenerse en él.

La multitud continuaba gritando y animando a sus favoritos, pero estaba claro que la carrera había terminado. Lando vigilaba a Tymmo, y vio cómo manipulaba algo en su bolsillo.

El número 11 se paró de repente en el círculo de llegada. Cuidadores de amorfoides vestidos con monos salieron corriendo a la pista provistos de grandes palas y una plataforma flotante para recoger a la agotada criatura y llevarla de regreso a los establos de amorfoides, donde disfrutaría de la rehidratación y de un largo descanso. El público empezó a gritar, animando a los otros amorfoides que seguían luchando por obtener un puesto en la clasificación final.

Tymmo se levantó de su asiento y barrió rápidamente los alrededores con la mirada, pero Lando ya se había escondido detrás de una columna. Tymmo se abrió paso a empujones por entre los espectadores que seguían contemplando la carrera y se dirigió hacia una de las centrales de cobro, en la que ya había otros ganadores formando cola. Casi todos los ganadores daban saltos y parloteaban a toda velocidad compartiendo su excitación con los demás, y hasta los más reservados sonreían de oreja a oreja; pero el rostro de Tymmo estaba tan rígido e indescifrable que parecía una máscara metálica. Daba la impresión de estar muy nervioso.

Lando y los dos androides se dirigieron hacia la cola, abriéndose paso lentamente a través de la multitud. Tymmo no paraba de mirar hacia atrás, pero no volvió a verles. La voz del locutor brotó del sistema de megafonía anunciando el orden de ganadores en la carrera de amorfoides.

Lando tiró de los cables ocultos en sus mangas que iban unidos a los detectores cristalinos de potencial Jedi y los conectó a la unidad de energía instalada en el cuerpo de Erredós. Después deslizó las palas en las palmas de sus manos, y estuvo preparado para aprovechar la primera oportunidad en la que pudiera examinar a Tymmo a fin de confirmar si poseía o no el aura azulada típica de un posible candidato a la academia de Luke.

Cetrespeó parecía muy excitado.

—¿Por qué no nos limitamos a ir hacia él y le damos la buena noticia, general Calrissian?

—Porque esto me huele muy mal —replicó Lando—, y quiero asegurarme que no nos metemos en un lío antes de actuar.

—¿Detecta algún olor desagradable? —preguntó Cetrespeó, y miró a su alrededor como si esperase ver montones de basura esparcidos por las gradas—. Lo lamento, pero mis circuitos de análisis olfativo no parecen...

—¡Oh, olvídale! Ahora le toca el turno de ir a la terminal. Cuando introduzca su ficha de apuesta, el ordenador tardará un minuto en procesarla y entregarle sus ganancias. Supongo que Tymmo no querrá perder el montón de créditos que ha ganado, por lo que podemos considerar que está atrapado allí hasta que el ordenador haya terminado la transacción.

Lando se acordaba que Umgul castigaba el hacer trampas en el juego con la muerte, naturalmente, y siempre había la posibilidad de que Tymmo se diera por satisfecho con salir vivo de allí. ¿Qué había estado escondiendo en su bolsillo?

Tymmo fue hacia la terminal, y estaba metiendo su ficha en la ranura cuando la voz del locutor se abrió paso a través del ruido de fondo para recordar nuevamente a todo el mundo que la semana próxima se celebrarían varias carreras en honor de la duquesa de Dargul que iba a visitar el planeta. Tymmo se encogió visiblemente sobre sí mismo, pero logró recuperarse rápidamente del sobresalto y tecleó su código de identificación e insertó su tarjeta de crédito para que le abonaran sus ganancias.

—Vamos —dijo Lando.

Abandonó la cola y avanzó hacia la central de cobro. Movié el interruptor de la unidad detectora, y el débil zumbido del calentamiento inicial quedó ahogado por el ruido de fondo.

Tymmo tenía los ojos clavados en la pantalla de la central de cobro, y estaba muy ocupado tecleando su código de acceso y transfiriendo sus ganancias tan deprisa como podía. Lando se puso junto a él y barrió sus costados con las palas detectoras antes de que Tymmo pudiera comprender lo que estaba ocurriendo.

Tymmo alzó la mirada, vio a Lando sosteniendo algo que por su aspecto podía ser un arma, vio a los dos androides que podían ser guardaespaldas mecánicos armados... y se dejó dominar por el pánico justo cuando la terminal expulsaba su tarjeta de crédito y llamaba al siguiente de la fila. Tymmo cogió su tarjeta de un manotazo y huyó, dispersando a un grupo de ugnights mientras corría por entre los pasillos atestados.

—¡Eh, Tymmo! ¡Alto! —gritó Lando.

El hombre fue engullido por los chorros de espectadores que salían de las gradas después de haber presenciado la carrera.

—¿Es que no vamos a seguirle, señor? —preguntó Cetrespeó.

Unos cuantos espectadores se habían vuelto para mirarles. El siguiente ganador fue hacia el centro de cobro, sonriendo y sin haberse enterado de nada.

—No. —Lando meneó la cabeza—. De momento ya tenemos una lectura suya, así que vamos a echarle un vistazo.

Lando buscó un rincón oscuro y una vez allí, sin importarle que pudiera verles alguien ya que de todas maneras no entendería lo que estaba haciendo, observó cómo la unidad de energía del detector imperial reconstruía un trazado holográfico del aura de Tymmo.

Por desgracia, y tal como había esperado Lando, la lectura de Tymmo mostraba un contorno totalmente normal: la aureola azulada indicadora del potencial Jedi estaba ausente, y no se veía nada que se saliera de lo habitual.

—Es un estafador.

Cetrespeó parecía muy desilusionado.

—¿Puede estar totalmente seguro de ello, señor? Creo que debo mencionar el hecho de que había muchas personas a su alrededor, y su presencia puede haber alterado las lecturas. Aparte de eso, usted llevó a cabo el examen muy deprisa y no se encontraba demasiado cerca de él... También debe recordar que el aparato detector es extremadamente antiguo, y que sus lecturas quizá no resulten del todo fiables.

Lando contempló al androide de protocolo con un fruncimiento de ceño lleno de escepticismo, pero los argumentos de Cetrespeó tenían cierta base y eso significaba que debía cerciorarse. Además, hasta el momento Lando estaba disfrutando de su estancia en Umgul.

—De acuerdo, haremos unas cuantas investigaciones más...

Lando estaba descansando en sus espaciosos aposentos del hotel, sintiendo un gran alivio al pensar en que la Nueva República se encargaría de pagar la factura. Pidió una especie de ponche frío que era muy popular en Umgul al dispensador de bebidas, y salió al balcón para contemplar cómo las espesas neblinas del atardecer se enroscaban a lo largo de las calles. Después tomó un sorbo de la bebida, incapaz de eliminar el fruncimiento de ceño de perplejidad o alisar las arrugas de su frente.

—¿Desea algo más, señor, o puedo reducir mi nivel de actividad por el momento? —preguntó Cetrespeó.

—¡Oh, no, por mí puedes reducirlo ahora mismo! —exclamó Lando, imaginándose al instante lo agradable que resultaría que el androide de protocolo estuviera callado durante un rato—. Pero deja el circuito abierto por si Erredós intenta volver a ponerse en contacto.

—Desde luego, señor.

Erredós había ido a husmear por los establos de los amorfoides haciéndose pasar por un androide de mantenimiento en un intento de descubrir cualquier cosa que se

saliera de lo corriente. El pequeño androide de astronavegación había sintonizado su frecuencia de comunicación con la del comunicador de Lando para que pudiera enviarle mensajes.

Cetrespeó se había sumido en el silencio, y Lando por fin pudo dedicarse a pensar. Fue a la terminal de cortesía de la habitación y tecleó una solicitud de información. La pantalla reaccionó de manera automática ofreciéndole el horario completo de las próximas tres semanas de carreras de amorfoides, pero Lando seleccionó un menú distinto.

La Comisión de Carreras de Umgul mantenía una actitud de falta de secretos tan total que rozaba el fanatismo en lo tocante a toda la información relacionada con las carreras y con los amorfoides. Lando se enteró de que siempre se tomaba una muestra de protoplasma de cada amorfoide antes y después de cualquier carrera, y averiguó que después la muestra era sometida a rigurosos análisis cuyos resultados podían ser conocidos por cualquiera.

La ayuda del auxiliar de información incorporado a la terminal permitió que Lando pudiera examinar los resultados del análisis protoplásmico anteriores y posteriores a la prueba de todos los ganadores de las carreras que habían proporcionado grandes ganancias a Tymmo. No sabía qué andaba buscando, pero sospechaba que podía tratarse de alguna droga utilizada para impulsar a los amorfoides a moverse más deprisa, alguna clase de incentivo que sólo afectaba a los ganadores.

—Efectúa una correlación —le ordenó Lando a la terminal—. ¿Hay algo que se salga de lo corriente en esos ganadores, algo que se haya encontrado en esos amorfoides pero no en otros?

Tymmo sólo apostaba de vez en cuando, y si su manipulación era lo suficientemente sutil Lando podía suponer que a la Comisión de Carreras de Umgul quizá se le hubiera pasado por alto una modificación tan minúscula. Pero Lando tenía una ventaja sobre la Comisión, pues conocía la existencia de una variable que relacionaba a esos ganadores distinguiéndolos de los otros amorfoides. En cada carrera había centenares de apostantes y ganadores, por lo que la Comisión de Carreras no tendría ninguna razón para fijarse únicamente en aquellas carreras que habían proporcionado grandes ganancias a Tymmo.

—Se ha encontrado una pequeña anomalía en todos los casos —dijo el auxiliar de información.

—¿En qué consiste?

—Las pruebas químicas posteriores a la carrera muestran indicios de carbono, silicio y cobre presentes en el protoplasma de cada ganador de este subconjunto.

—¿Y eso no había sido detectado antes? —preguntó Lando.

—Fue considerado irrelevante. Explicación probable: contaminantes ambientales

sin importancia procedentes de los mismos establos de los amorfoides.

—Hmmm... ¿Y los análisis dan los mismos resultados en todos los ganadores?

—Sí.

—¿Se han encontrado restos de esas sustancias en las pruebas protoplásmicas de algún otro amorfoide, ganador o perdedor, en cualquier otra carrera?

—Comprobando... —La terminal guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar—. No, señor —dijo por fin.

Lando examinó los resultados de las pruebas. Las cantidades de contaminantes eran totalmente triviales, y no habrían debido producir ningún efecto.

—¿Alguna especulación sobre cuál puede haber sido la causa de este fenómeno?

—Ninguna —respondió la terminal.

—Muchas gracias —dijo Lando.

—De nada, señor.

Cetrespeó se irguió de repente, saliendo bruscamente de su modalidad de recarga.

—¡General Calrissian! Erredós acaba de ponerse en contacto conmigo. —Cetrespeó activó el comunicador con un dedo dorado, y una serie de pitidos brotó de la rejilla del altavoz—. El señor Tymmo se ha presentado en los corrales de los amorfoides disfrazado de cuidador de amorfoides. Erredós ha verificado su identificación. ¿Qué podía estar haciendo allí?

—Vamos —dijo Lando—. No esperaba que Tymmo volviera a intentarlo tan pronto, pero sea lo que sea lo que está haciendo ahora ya le tenemos.

Lando cogió su capa y se la puso sobre los hombros antes de salir a toda prisa de la habitación. Cetrespeó alzó las manos en un gesto de alarma, pero le siguió todo lo deprisa que pudo con sus motivadores zumbando a plena potencia.

Corrieron por las oscuras calles llenas de niebla de Ciudad Umgul. Enormes bloques-vivienda de piedra caliza se alzaban a su alrededor, amontonándose unos encima de otros como cajas de galletas. Las sustancias protectoras contra la humedad hacían que reluciesen como si hubieran sido recubiertos de laca. Luces flotantes indicaban los cruces de las calles, y esparcían un halo perlino que se iba disipando en la niebla. Había muchos trabajadores subidos en andamios que arrancaban viejas banderolas donde se anunciaba la visita de un dignatario de otro mundo y colocaban otras nuevas dando la bienvenida a Ciudad Umgul a la duquesa Mistal.

Lando corrió a toda velocidad por las calles adoquinadas con Cetrespeó siguiéndole en un tembloroso correteo con el cuerpo tan tieso como de costumbre. Avenidas muy empinadas trepaban por los acantilados. No tardaron en ver alzarse delante de ellos una gran estructura iluminada adyacente al estadio que servía para alojar y examinar a los amorfoides.

Lando se agachó para meterse por una entrada de servicio que llevaba hasta los establos de los amorfoides, y Cetrespeó le siguió. Extraños olores húmedos y un poco

mohosos impregnaban la atmósfera. Los androides de limpieza iban y venían traqueteando por los pasillos, mientras otros androides se encargaban de comprobar los controles de temperatura de los establos de los amorfoides. Las luces ya habían sido atenuadas para la noche, lo que animaba a los amorfoides a descansar.

—¿Sabes adónde vamos, Cetrespeó?

—Creo que puedo localizar a Erredós, señor —replicó Cetrespeó, y giró sobre sí mismo en una serie de lentos círculos hasta que acabó señalando una dirección.

Bajaron un nivel más y llegaron a una cámara sumida en la penumbra que había sido excavada en la piedra caliza. Las luces estaban ajustadas al nivel de intensidad mínimo, y varios generadores de humedad se encargaban de mantener el aire húmedo y pegajoso.

—Erredós está ahí dentro, general Calrissian.

—De acuerdo, nada de ruidos... Averigüemos qué está ocurriendo.

—Señor, ¿realmente cree que el señor Tymmo puede estar haciendo trampas? Quiero decir... ¿A pesar de la amenaza de la pena capital?

Lando le contempló con el ceño fruncido.

—No, Cetrespeó, claro que no —replicó—. Estoy seguro de que Tymmo tiene una razón total y absolutamente legítima e irreprochable para haberse puesto el uniforme de un cuidador de amorfoides, haberse introducido en el establo a estas horas y andar sigilosamente por la oscuridad intentando que nadie le vea.

—¡Qué alivio, señor! Me alegra mucho saber que el señor Tymmo aún puede ser un candidato a convertirse en Jedi.

—¡Silencio, Cetrespeó!

Entraron en una estancia cuyas paredes estaban ocupadas por hileras de corrales para amorfoides. Las filas de corrales, formadas por veinte pequeños recintos cada una, impidieron que Lando pudiera ver nada en la estancia sumida en la penumbra. Dentro de cada corral había un amorfoide gelatinoso que vibraba y emitía burbujes ahogados mientras descansaba.

Lando oyó un tintineo metálico procedente del otro extremo de la cámara: alguien estaba abriendo un corral de amorfoide procurando hacer el menor ruido posible. Lando avanzó en silencio a lo largo de las hileras de corrales, moviéndose despacio para permitir que sus ojos se fueran adaptando poco a poco a la penumbra.

Un instante después distinguió una silueta humana entre las sombras de la última hilera de corrales. Reconoció la constitución de Tymmo, sus movimientos furtivos y su lacia cabellera negra. Tymmo estaba encorvado sobre un corral. Había metido las manos dentro de él y le estaba haciendo algo al amorfoide que tenía delante.

Lando se acercó un poco más a Cetrespeó y le habló en el más imperceptible de los susurros, sabiendo que los ruidos que producían los amorfoides impedirían que se le oyera.

—Aumenta la capacidad de captación de tus sensores ópticos para poder ver lo que está haciendo, y grábalo todo para que podamos examinarlo después. Si queremos que este tipo caiga en nuestras manos, quizá necesitemos pruebas.

Lando puso la mano sobre la boca de Cetrespeó para mantenerle en silencio antes de que el androide pudiera responder. Cetrespeó asintió y se volvió hacia el hombre medio oculto entre las sombras.

Un instante después Erredós surgió de la nada con un zumbido de servomotores y empezó a avanzar por el pasillo entre los corrales. Tymmo alzó la mirada, claramente sobresaltado, pero Erredós se había colocado una extensión de limpieza y se dedicaba a frotar el suelo debajo de los corrales. Pasó junto a Tymmo sin dejar de zumbir ni un momento y lo ignoró por completo, tal como habría hecho un auténtico androide de limpieza. Lando inclinó la cabeza en un silencioso gesto de admiración dirigido al pequeño androide.

Tymmo volvió a concentrarse en su trabajo. La aparición de Erredós le había afectado bastante, y al parecer quería salir de allí lo más pronto posible.

—¡Señor, acaba de implantar un objeto de pequeñas dimensiones en el protoplasma de ese amorfoide! —gritó Cetrespeó de repente.

Tymmo giró sobre sí mismo y metió la mano en uno de los bolsillos de su mono. Lando no necesitaba una iluminación más intensa para darse cuenta de que estaba a punto de sacar un desintegrador.

—¡Muchísimas gracias, Cetrespeó! —exclamó mientras se lanzaba sobre el androide y lo derribaba. Un instante después un rayo desintegrador hizo brotar un diluvio de chispas del trozo de pared delante del que habían estado de pie—. ¡Vamos!

Lando se puso en pie y corrió hacia el lugar en el que se había estado escondiendo Tymmo, manteniéndose agachado para aprovechar al máximo el refugio que ofrecían los corrales de los amorfoides. Otro rayo desintegrador rebotó a través de la penumbra, fallando por una gran distancia.

—¡Haz sonar las alarmas, Erredós! —gimió Cetrespeó—. ¡Avisa a los guardias! ¡Alerta al propietario del establo! ¡Oh, despierta a todo el mundo!

Tymmo volvió disparar contra ellos, y Cetrespeó dejó escapar un jadeo ahogado al ver el chorro de chispazos que apareció bastante cerca de su cabeza.

—¡Oh cielos!

Los amorfoides despertaron y empezaron a agitarse dentro de sus corrales, alzándose del suelo y apoyándose en los barrotes.

Lando oyó cómo Tymmo chocaba con la esquina de una jaula. Llegaron al corral en el que Tymmo había estado llevando a cabo sus manipulaciones. Lando procuraba mantener la cabeza lo más agachada posible.

—Intenta averiguar qué ha introducido en ese amorfoide, Cetrespeó.

—¿Realmente cree que es el curso de acción más aconsejable en estos momentos,

señor?

—¡Hazlo!

Lando ya había desenfundado su desintegrador, y estaba escrutando las sombras en busca de la silueta de Tymmo.

Unas alarmas ensordecedoras empezaron a sonar de repente.

—Buen trabajo, Erredós —murmuró Lando.

Lando vio una forma agazapada que se movía y se arriesgó a lanzar un disparo de intensidad aturdidora, pero falló. Una serie de indignados ruidos electrónicos le indicó que había faltado muy poco para que desactivara a Erredós.

—¡Lo siento, chico! —se excusó.

Lando había revelado su posición al disparar el desintegrador. Tymmo disparó, pero el haz de energía surgido de su arma rebotó en una pared. Lando volvió a disparar, y cuando el haz aturdidor se fue expandiendo pudo ver cómo varios amorfoides que se encontraban en su trayectoria se hacían un ovillo y empezaban a condensarse hacia los lados.

—Un tiroteo en el corral de los amorfoides... —murmuró para sí mismo—. ¡Justo la forma en que quería pasar mis vacaciones!

Cetrespeó se había quedado inmóvil junto al corral del amorfoide intentando averiguar qué había estado haciendo exactamente Tymmo. El amorfoide, asustado y desorientado por toda aquella agitación, se había apoyado en las barras y se inclinaba hacia la puerta de su recinto. La tenue claridad arrancaba destellos al cuerpo de metal pulimentado de Cetrespeó, que ofrecía un blanco muy fácil; pero cuando Tymmo volvió a disparar, el haz de su desintegrador destrozó la cerradura del corral. El peso del amorfoide que estaba apoyado en ella hizo que la puerta se abriera de repente, y toda la masa gelatinosa cayó sobre la cabeza de Cetrespeó y empezó a rezumar por su cuerpo. Los gritos ahogados de pánico que lanzaba el androide eran débilmente audibles a través del protoplasma húmedo.

Lando vio la silueta de Tymmo moviéndose entre las sombras y echó a correr detrás de él. Tymmo avanzaba hacia el arco de salida, yendo tan deprisa como podía hacerlo en la oscuridad.

—¡Tymmo! ¡No te muevas!

Tymmo se volvió hacia Lando, y después siguió corriendo todavía más deprisa que antes. Erredós surgió de las sombras en ese momento y se interpuso en el camino del hombre que huía a toda velocidad. Tymmo chocó con el androide, dio una voltereta en el aire y acabó aterrizando sobre la espalda.

Lando saltó sobre él, agarró el brazo que sostenía el desintegrador y se lo retorció detrás de la espalda hasta que los dedos de Tymmo dejaron de sujetar el arma.

—Buen trabajo, Erredós.

Tymmo se debatía y forcejeaba mientras las alarmas seguían sonando.

—¡Suéltame! ¡No permitiré que vuelvas a llevarme con ella!

—¡Ayúdenme! ¡Socorro! —gritaba Cetrespeó.

El androide estaba agitando los brazos de un lado a otro, haciendo frenéticos intentos para quitarse de encima el tejido protoplásmico del amorfoide adherido a su caparazón.

Androides guardianes y agentes de seguridad humanos entraron corriendo en la cavernosa cámara. Las luces se volvieron repentinamente cegadoras cuando alguien aumentó su intensidad, y las contorsiones de Tymmo se hicieron todavía más frenéticas.

—¡Aquí! —gritó Lando.

Los guardias androides se encargaron de Tymmo, inmovilizándole con sus brazos restrictores. Otro guardia se dispuso a ocuparse de Lando, y éste comprendió de repente que él tampoco tenía ninguna razón válida para estar en el establo de los amorfoides.

—Por todas las miasmas zumbantes, ¿qué está ocurriendo aquí? —rugió una ensordecedora voz de bajo. Un hombre de aspecto hirsuto que parecía haberse vestido a toda prisa entró corriendo en la zona de los corrales—. ¡Y desconectad de una vez esas condenadas alarmas! Están poniendo nerviosos a mis amorfoides, y me están dando dolor de cabeza.

—¡Por aquí, señor Fondine! —gritó uno de los guardias humanos.

El hombre se acercó y vio a Tymmo debatiéndose en la presa del guardia androide, que era tan imposible de romper como una camisa de fuerza. Lando movió una mano para atraer su atención.

—He descubierto un posible sabotaje de las carreras, señor —dijo—. Este hombre ha estado manipulando a los amorfoides.

El hombre fulminó a Tymmo con la mirada, y después se volvió hacia Lando.

—Soy Slish Fondine, propietario de estos establos. Será mejor que me digas quién eres y por qué estás aquí.

Lando se dio cuenta de que no tenía nada que ocultar, y comprenderlo le dejó un poco sorprendido.

—Soy el general Calrissian, y represento a la Nueva República. He estado investigando a Tymmo... a este hombre, como parte de una misión totalmente distinta, pero creo que si echa un vistazo a su historial de aciertos en las carreras lo encontrará muy interesante.

Tymmo no apartaba los ojos de Lando.

—¡Nunca conseguirás llevarme de vuelta con ella! No podía aguantarlo... Ya sabes cómo es. ¡Antes moriré!

Slish Fondine le hizo callar con un ademán.

—Bueno, si lo que el general dice es cierto, quizá podamos satisfacerte... En

Umgul se ejecuta a los que hacen trampas en el juego.

Las sirenas de alarma se callaron por fin.

—¡Por favor, que alguien me ayude! —gritó Cetrespeó.

Fondine vio al androide que se debatía envuelto en la goteante masa verdosa y fue corriendo en su auxilio. Apartó el protoplasma reuniéndolo con la masa principal y después calmó cariñosamente al amorfoide.

—Tranquilo, tranquilo... —susurró—. ¡Deja de moverte de esa manera! —añadió volviéndose hacia Cetrespeó—. El amorfoide está tan asustado de ti como tú lo estás de él. No te muevas, ¿de acuerdo? —Bajó la voz—. Pueden captar el miedo, ya sabes...

Cetrespeó intentó permanecer totalmente inmóvil mientras Fondine persuadía amablemente al amorfoide para que volviera a meterse en su corral, pero un instante después el androide dio nuevas muestras de excitación.

—¡Acabo de descubrir un objeto cuasi microscópico en el interior del protoplasma de este amorfoide, señor! Si utilizo mi capacidad de aumento... ¡Parece ser un micro motivador!

Lando comprendió de repente qué había estado haciendo Tymmo. Un micro motivador implantado en el amorfoide podía enviar un poderoso estímulo interno, y provocar una frenética respuesta de huida en cualquier criatura. Si estaba ajustado de la manera correcta, el micro-motivador podía proporcionar a un amorfoide la velocidad nacida del terror más absoluto e incontrolable. El artefacto era tan diminuto que Tymmo podía asegurar su autodestrucción después de que el amorfoide hubiera ganado una carrera, con lo que sólo quedarían restos casi imperceptibles de unos cuantos elementos de los componentes en el tejido del amorfoide..., y nadie lo sabría nunca.

Slish Fondine fulminó con la mirada a Tymmo.

—Eso es una vil blasfemia contra el espíritu que anima las carreras de amorfoides.

Tymmo se removió nerviosamente.

—¡Tenía que conseguir el dinero! Tenía que marcharme del planeta antes de que ella llegara...

—¿De quién estás hablando? —preguntó Lando sin poder reprimir su exasperación por más tiempo—. ¿Quién es esa «ella» misteriosa? —añadió, y se retorció apartándose del androide de vigilancia que le había estado sujetando.

La pregunta de Lando hizo que Tymmo le contemplara con los ojos muy abiertos.

—¿No te ha enviado para llevarme de regreso con ella? Te vi espiándome durante la carrera... Intentaste capturarme, pero me escapé. Nunca volveré a su lado.

—¿Al lado de quién? —gritaron Lando y Slish Fondine al unísono.

—De la duquesa Mistal, naturalmente. No me suelta ni un segundo, está pegada a

mí continuamente, me sopla en la oreja, quiere tenerme siempre allí donde pueda verme... Y ya no podía soportarlo por más tiempo. Tenía que huir.

Lando y Fondine se miraron el uno al otro con cara de no entender nada, pero Erredós fue hacia ellos y emitió una zumbante explicación electrónica. Cetrespeó, que por fin había quedado libre de la masa del amorfoide, se reunió con ellos y se encargó de traducirla.

—Erredós ha hecho unas cuantas averiguaciones. La duquesa Mistal de Dargul ha ofrecido una recompensa de un millón de créditos a quien le devuelva sano y salvo a su consorte perdido... Al parecer, el consorte la abandonó y desapareció. Su nombre oficial es Dack, pero su descripción encaja sin ninguna discrepancia con la del señor Tymmo, aquí presente.

Tymmo inclinó la cabeza con expresión consternada. Fondine cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Sí, soy Dack —replicó él, y dejó escapar un ruidoso suspiro—. La duquesa Mistal llegó a la edad de contraer matrimonio hace dos años y decidió encontrar el consorte perfecto. Publicó anuncios en toda la galaxia solicitando candidatos que creyeran reunir las cualidades necesarias, y recibió millones de respuestas. La mía fue una de ellas. ¿Quién no hubiese querido ese empleo? la duquesa era rica, joven y hermosa... El consorte no tendría que hacer nada, salvo vivir en la opulencia más absoluta y dejarse mimar por la duquesa.

Los ojos de Tymmo se llenaron de lágrimas.

—Mi talento particular era la brujería electrónica. Construí esos micro motivadores sin ayuda de nadie... Cuando presenté mi solicitud para convertirme en consorte, sabía que tenía muy pocas probabilidades de conseguirlo. Pero logré burlar los sistemas de seguridad del ordenador central del Palacio Dargul, y saboté las solicitudes de los otros candidatos introduciendo un algoritmo calculado para que el ordenador acabara escupiendo mi nombre como la elección ideal.

La mera idea de hacer trampas de una forma tan descarada y carente de escrúpulos hizo que Slish Fondine pareciera sentir náuseas.

—La duquesa y yo nos casamos, y todo parecía ir exactamente tal como yo había esperado que fuese... al principio. Pero la duquesa estaba convencida de que yo era su pareja ideal, y de que había sido elegido por el destino para estar siempre a su lado. Se negaba a permitir que estuviera a más de un brazo de distancia de ella, y eso durante cada momento del día... De noche me despertaba continuamente, y venía a buscarme personalmente a la hora de comer y de cenar. Me perseguía por los jardines, por las bibliotecas...

La luz salvaje del pánico había empezado a brillar en los ojos de Tymmo.

—Pensé que acabaría cansándose de mí o por lo menos que se acostumbraría a

tenerme a su lado, pero... ¡Pero todo siguió igual durante más de un año! No podía dormir, saltaba hasta el techo cada vez que oía un ruido o veía moverse una sombra por el rabillo del ojo... Acabé convertido en una auténtica ruina humana, y eso hizo que la duquesa se compadeciera de mí y que le inspirase mucha pena... ¡Y el resultado de todo eso fue que se volvió todavía más pegajosa que antes! ¡Y yo no podía irme! Cuando escogen pareja en Dargul, lo hacen para toda la vida... ¡Para toda la vida! La duquesa nunca dejará de buscarme, y no tomará otro compañero mientras yo siga con vida. —Tymmo estaba frenético, y sus labios temblaban como si fueran a lanzar un alarido de un momento a otro—. ¡Nunca me veré libre de ella! Tenía que huir...

—Bueno, pues parece que por fin has conseguido encontrar una salida a esa situación tan terrible —dijo Slish Fondine con irritación—. Has admitido ser un auténtico artista del fraude, y la ley de Umgul es muy clara al respecto: la ejecución se llevará a cabo lo más pronto posible.

Para gran sorpresa de Lando, Tymmo ni siquiera intentó defenderse. Parecía haberse resignado a su destino.

Pero Lando no estaba muy seguro de que la ejecución fuese una buena idea.

—Oiga, señor Fondine, pensémoslo un momento antes de precipitarnos... Erredós, ¿has dicho que la duquesa ha ofrecido una recompensa de un millón de créditos a quien le devuelva a su consorte sano y salvo?

Erredós respondió con un trino afirmativo.

—Bueno, señor Fondine, piense en qué maravilloso regalo de estado para la inminente visita de la duquesa sería el devolverle a su consorte y aliviar su soledad...

Tymmo dejó escapar un gemido de consternación.

—Por otra parte, si le ejecutan sabiendo que es el consorte desaparecido de la duquesa, la relación entre Umgul y su planeta hermano podría llegar a volverse muy desagradablemente tensa. Incluso podría ser la causa de que estallara una guerra...

El rostro de Fondine se oscureció al pensar en todas las posibilidades, pero su sentido del honor había recibido tales ofensas que no sabía qué hacer.

El propietario de los establos acabó dejando escapar un suspiro.

—Dejaremos la elección en manos del prisionero —dijo por fin—. Tymmo, Dack, o como te llames... ¿Deseas ser ejecutado o prefieres volver con la duquesa Mistal?

Tymmo tragó saliva con un visible esfuerzo.

—¿De cuánto tiempo dispongo para pensármelo?

—¡Eh, esto no es ningún concurso de acertijos! —exclamó Lando.

Tymmo suspiró.

—¿Me dejarán descansar hasta que ella haya llegado? Voy a necesitar todas mis fuerzas...

La *Dama Afortunada* salió de la inmensa gruta del espaciopuerto de Umgul y se fue alzando en el cielo por encima de las neblinas. Slish Fondine estaba tan decidido a jugar limpio en todo que había insistido en transferir la mitad de la recompensa de la duquesa a la cuenta de Lando cuando ésta llegara a Umgul.

Lando ya había dejado de estar en la miseria, y dispondría de dinero para invertirlo en alguna nueva operación comercial o en cualquier clase de plan que despertara su interés. Había probado suerte con las minas de metal fundido de Nkllon, y luego había hecho otro intento con las minas de gases de Bepin. Lando se preguntó qué podía llegar a depararle el futuro.

Había hecho cuanto estaba en sus manos para encontrar un candidato digno de ser adiestrado en la Academia Jedi de Luke, y odiaba tener que volver a Coruscant con las manos vacías, pero sabía que habría otros.

Cetrespeó permaneció sumido en un silencio nada propio de él mientras la *Dama Afortunada* entraba en el hiperespacio e iniciaba el trayecto de vuelta al hogar.

Imágenes de naves espaciales giraban velozmente por el vacío como puntitos llameantes alrededor de Coruscant. El mapa holográfico del sistema mostraba las posiciones de todos los navíos que se hallaban dentro de su radio de acción, y trazaba las órbitas de aproximación aprobadas sobre una inmensa parrilla esférica. Las terminales de datos escupían información sobre los tamaños de las naves y las exigencias de los descensos, y registraban todas las transmisiones en que un piloto avisaba que estaba teniendo problemas para controlar su nave. Una pauta dispersa de zonas rojas de peligro indicaba la posición de las nubes de fragmentos en que se habían convertido las naves espaciales destruidas durante la batalla librada sobre Coruscant que todavía no habían sido remolcadas hasta el planeta.

Docenas de controladores del tráfico espacial estaban de pie en sus puestos de supervisión alrededor del mapa en tres dimensiones del planeta, señalando imágenes con lápices de luz y dibujando vectores de aproximación despejados o asignando prioridades a los programas de descenso. Uno de los espaciopuertos del extremo occidental de Ciudad Imperial que habían sufrido daños durante la guerra acababa de ser abierto nuevamente la semana pasada, y una gran parte del tráfico de lanzaderas estaba siendo desviado hacia él para descongestionar las plataformas de descenso esparcidas alrededor del Palacio Imperial.

Leia Organa Solo permanecía inmóvil junto a una controladora de tráfico. Ya se había dado cuenta de lo ocupada que estaba dirigiendo el tráfico espacial e intentaba no hacerle demasiadas preguntas, pero la espera le estaba resultando bastante difícil de soportar.

—Ahí hay algo. —La controladora de tráfico alargó la mano que sostenía el lápiz de luz para señalar un icono consistente en un cuadrado violeta que era utilizado para indicar el concepto Nave espacial de pequeñas dimensiones —Tipo desconocido—. ¿Podría ser la que está esperando, ministra Organa Solo? Acaba de salir del hiperespacio. No hemos podido determinar su vector anterior.

Leia sintió una repentina oleada de excitación.

—Sí, es ésa... ¿Todavía no han solicitado el permiso para bajar?

La controladora de tráfico rozó el implante de recepción incrustado en su sien.

—Estamos recibiendo la solicitud. La piloto sólo ha enviado su nombre... Parece una especie de código. ¿Winter?

Leia sonrió.

—No, es su verdadero nombre. Denle permiso para descender en la plataforma superior norte del Palacio Imperial, con mi autorización. —Hizo una profunda inspiración de aire y sintió que su corazón empezaba a latir más deprisa—. Iré a recibirla personalmente. —Leia giró sobre sí misma, y dio dos rápidos pasos hacia

adelante antes de acordarse de que debía agradecer la ayuda que le había prestado a la controladora de tráfico—. Vamos, Cetrespeó —añadió después al pasar a su lado.

El androide de protocolo se puso en posición de firmes y se apresuró a seguirla con su típico caminar envarado. Había regresado a Coruscant con Erredós y Lando hacía tres días, después de lo cual había pasado cuatro horas dándose un delicioso baño con lubricante y utilizando un frotador. Cetrespeó relucía como si fuera nuevo y todas las huellas de mucosidad del amorfoide habían sido eliminadas de su brillante acabado metálico.

Leia oyó el zumbido de los motivadores de Cetrespeó mientras le seguía, pero estaba tan absorta en el torbellino de pensamientos que se agitaban dentro de su cabeza que no le prestó ninguna atención. Han tendría que haber vuelto de Kessel hacía dos días, pero seguía sin tener ninguna noticia de él. Probablemente se había encontrado con algún viejo amigo de sus tiempos de contrabandista, había bebido demasiado, había estado jugando hasta muy tarde y se había olvidado por completo de sus otras obligaciones. Por suerte Chewbacca había hecho un juramento de sangre que le obligaba a protegerle, porque Han iba a tener que enfrentarse con Leia cuando regresara... y cuando eso ocurriese, Han necesitaría toda la protección que pudiera proporcionarle un wookiee. ¿Cómo se atrevía a olvidarse de algo semejante?

Bien, de momento Leia daría la bienvenida al hogar a sus gemelos... No lo haría sola.

Leia estaba en la terraza del palacio con el cuello estirado al máximo para examinar el cielo lleno de calma. La aurora de Coruscant brillaba con un resplandor iridiscente a través del crepúsculo, eclipsada por la compleja matriz de los enormes astilleros que flotaban en sus órbitas.

—Avísame en cuanto les veas llegar, Cetrespeó.

La brisa empujaba mechones de cabellos delante de sus ojos.

—Sí, ama Leia. Estoy buscándoles. —Cetrespeó colocó dos manos doradas alrededor de sus sensores ópticos imitando un gesto humano, como si eso pudiera ayudarle a ver con más claridad—. ¿No cree que sería más prudente que retrocediéramos un poco apartándonos del borde?

Leia contuvo el aliento. Sus niños volvían a casa... No habían puesto los pies en Coruscant durante casi dos años, pero por fin regresaban para quedarse. Leia por fin podría ser una verdadera madre para ellos.

Inmediatamente después de su nacimiento, los gemelos habían quedado recluidos en un planeta secreto descubierto por Luke y el almirante Ackbar. Aquel mundo no figuraba en ninguna carta de navegación, pero era habitable y estaba muy bien protegido. Luke y Ackbar habían creado una base fuertemente vigilada, dejando allí a Winter, la leal sirviente de Leia, para que cuidara de los niños Jedi.

Pero Leia sospechaba que Luke había dejado a Winter con los niños para que les

proporcionara algo más que protección.

Leia se las había arreglado para visitar a Jacen, Jaina y Anakin cada dos o tres meses durante su aislamiento protector, normalmente acompañada por Han. Winter emergía del hiperespacio pilotando una lanzadera de larga distancia en el momento acordado de antemano. Leia y Han subían a la lanzadera sin saber nunca cuál era su destino y quedaban encerrados en el compartimiento de pasajeros de atrás, después de lo cual Winter se encargaba de llevarlos hasta el planeta protegido. El Senado de la Nueva República se había sentido perplejo y un poco escandalizado ante los misteriosos desplazamientos de Leia, pero Luke y Ackbar se habían encargado de acallar sus objeciones.

Leia esperaba que en el futuro podría encontrar algo de tiempo para visitar a su bebé, Anakin, a pesar de que a partir de aquel momento tuviera que añadir el cuidar de los gemelos al resto de sus obligaciones. Hasta aquel entonces no podía decirse que hubiera sido una madre ejemplar en lo que concernía a los gemelos, y serlo todavía menos para el bebé de lo que lo había sido para ellos, supondría una auténtica tragedia.

—¡Ahí está, ama Leia! —Cetrespeó señaló un puntito de luz parpadeante que se estaba haciendo más brillante a cada segundo que transcurría—. Una lanzadera está descendiendo.

Leia sintió un espasmo de ansiedad mezclado con un escalofrío de excitación.

La lanzadera siguió aproximándose con un continuo guiñar de luces verdes y rojas en el cielo crepuscular. Trazó un círculo alrededor del antiguo Palacio Imperial, y después activó sus haces repulsores para descender con un suspiro casi imperceptible y acabar posándose encima de la plataforma. La lanzadera, un aparato de líneas angulosas que hacían pensar en un insecto, no llevaba marcas ni indicación alguna de cuál era su planeta de origen.

La escotilla del compartimiento de pasajeros de la lanzadera se abrió con el siseo que indicaba la ecualización de las presiones, y una rampa brotó lentamente de ella. Leia se mordió el labio y dio un paso hacia adelante mientras entrecerraba los ojos intentando ver algo entre las sombras. La lanzadera impedía el paso de casi toda la brisa, y su aparición había dejado la zona sumida en un silencio prácticamente absoluto.

Los gemelos salieron el uno al lado del otro y esperaron al comienzo de la rampa. Leia contempló a Jacen y Jaina, los dos muy serios y de cabellos oscuros, dos pequeños de ojos grandes y llenos de avidez y caritas que hacían pensar en dos diminutos fantasmas de Han y Leia.

Leia subió corriendo por la rampa después de un segundo de vacilación y abrazó a los niños. Tanto Jacen como Jaina respondieron abrazando a su madre.

—¡Bienvenidos a casa! —susurró Leia.

Captó miedo y reserva en ellos, y Leia comprendió con una punzada de dolor que para los gemelos prácticamente era una desconocida. Winter había sido su aya durante todo el tiempo que abarcaban sus jóvenes memorias, y Leia no había sido más que una visitante que aparecía cuando podía encontrar un hueco en sus deberes. Pero Leia se prometió que les devolvería con creces todo el tiempo que no había podido dedicarles hasta entonces.

Todas las obligaciones que había asumido se alzaron en su mente, acosándola con el espectro del deber. Seguía teniendo que vérselas con el embajador de Carida y debía enfrentarse a un millar más de tareas muy delicadas para mantener la integridad de la Nueva República. Había docenas de sistemas planetarios que estaban a punto de tomar la decisión de unirse a la República siempre que un representante lo suficientemente hábil —como Leia— demostrara su buena fe haciéndoles una visita oficial. Si Mon Mothma la llamaba para que ayudara a conseguir la ratificación de un tratado o para que la sustituyese en una cena de gala, ¿cómo podría negarse Leia? El destino de la galaxia estaba en la balanza, y resultaba obvio que dependía de lo que ella hiciera o dejara de hacer.

¿Cómo unos simples niños podían tener preferencia sobre todo eso..., y en qué clase de madre la convertía el mero hecho de estar pensando todo aquello?

—¿Dónde está papá? —preguntó Jacen.

Una punzada de ira atravesó a Leia como una lanza de hielo.

—Bueno, en estos momentos no está aquí.

Winter salió por fin del compartimiento de pilotaje. Leia alzó la mirada hacia su amiga y confidente, y se sintió inundada por un torrente de recuerdos maravillosos e impregnados de ternura. Winter siempre había tenido los cabellos blancos como la nieve desde el primer momento en que Leia la recordaba y un rostro lleno de serenidad que muy rara vez se permitía mostrar ni la más leve sombra de ira. Winter se percató de la ausencia de Han y enarcó las cejas. Su rostro se llenó de preguntas, pero no dijo nada.

—¿Dónde está el pequeño Anakin? —preguntó Jaina.

—Todavía tendrá que quedarse conmigo durante algún tiempo —dijo Winter, y empujó suavemente a los gemelos para que empezaran a bajar por la rampa—. Venga, os llevaremos a vuestra nueva casa...

Los dos niños se pusieron en marcha obedientemente con Leia siguiéndolos a poca distancia. Cetrespeó no parecía saber qué se esperaba que hiciera durante la reunión familiar, por lo que se limitó a seguirles moviendo los brazos y emitiendo exclamaciones ahogadas e incoherentes.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —preguntó Jacen.

—¿Dónde está nuestra habitación?

—preguntó Jaina.

Leia sonrió ante las preguntas e hizo una profunda inspiración de aire antes de responderlas. Tenía el presentimiento de que en el futuro oiría un montón de preguntas.

Cuando Leia se despidió por fin de los gemelos dándoles las buenas noches con un beso. Cetrespeó no hubiese sido capaz de decidir quién tenía un aspecto más exhausto, si Leia o los niños. Leia apartó un mechón de negros cabellos de sus ojos mientras se detenía un momento en el umbral de la habitación de los gemelos y les soplaba otro beso.

Cetrespeó se puso en cuclillas entre las camas de los gemelos después de haber ajustado sus servomotores para obtener un poco más de flexibilidad en las articulaciones. Ya se había ocupado de detalles tan importantes como el proporcionar vasos con agua para los niños y haber instalado pequeñas luces nocturnas en los rincones oscuros.

—Sed buenos con Cetrespeó —dijo Leia—. Se quedará aquí hasta que os hayáis dormido. Hoy os han ocurrido muchas cosas emocionantes, y mañana haremos muchas más. Me alegra tanto teneros de vuelta...

Leia les sonrió con una sinceridad que brotaba de lo más profundo de su corazón, logrando transmitir la alegría que sentía incluso con el rostro lleno de cansancio.

—Estoy seguro de que puedo manejar la situación, ama Leia —dijo Cetrespeó—. He revisado la mayor parte de las bases de datos de psicología infantil disponibles... salvo aquellas recomendadas por el Emperador, naturalmente.

La mirada con que le respondió Leia parecía contener un poco de escepticismo, cosa que dejó perplejo a Cetrespeó.

—No quiero dormir —dijo Jacen, y se irguió en la cama.

Leia seguía sonriendo.

—Pero necesitas descansar. Oye, si te portas bien puede que Cetrespeó te cuente un cuento...

Volvió a despedirse con la mano y desapareció en la gran sala de estar.

Los niños habían tenido un día muy ajetreado. Después de su viaje con Winter habían sido obsequiados con un rápido recorrido por el Palacio Imperial, y luego les habían enseñado sus nuevos alojamientos. Leia también se las había arreglado para redecorar el dormitorio de los gemelos con tonos cálidos y relajantes a pesar de sus muchas obligaciones como ministra del Estado. Cetrespeó se habría sentido encantado pudiendo ofrecerle su ayuda en el proyecto, pero por aquel entonces estaba asistiendo a las carreras de amorfoides con Lando Calrissian. Cuando pensaba en aquella experiencia, Cetrespeó siempre se decía que hubiese preferido ocuparse de las tareas de decoración.

Leia fue interrumpida en varios momentos del recorrido por llamadas insistentes, documentos que debían ser autorizados y breves conversaciones que no podían ser

retrasadas. Cada vez que eso ocurría Leia parecía sentirse culpable, como si comprendiera que era una indicación de cómo sería el futuro.

Los gemelos habían quedado asombrados y emocionados ante todas las cosas nuevas que les rodeaban, pero también se habían ido poniendo crecientemente irritables a medida que el cansancio se iba adueñando de ellos. Estaban abrumados por un exceso de novedades en el mismo día, y a eso había que añadir el que se les hubiera dado un nuevo hogar y se les hubiera dicho que se durmieran en una habitación con la que no estaban familiarizados. Según la información que Cetrespeó había almacenado recientemente en sus bancos de datos, dada la situación resultaba totalmente normal que los niños causaran pequeñas dificultades.

—No quiero que nos cuentes un cuento antes de dormirme —dijo Jacen, y cruzó sus manecitas sobre el pecho mientras lanzaba una mirada desafiante a Cetrespeó.

—Yo tampoco —dijo Jaina.

—¡Pues claro que queréis que os cuente un cuento! —insistió Cetrespeó—. He examinado toda la literatura infantil de miles de sistemas planetarios, y he seleccionado un cuento que creo os gustará muchísimo. Se titula El cachorrito de bantha perdido, y es un clásico muy popular entre los niños de vuestra edad desde hace varias generaciones.

Cetrespeó había estado esperando con impaciencia tener la ocasión de contarlo, pues recordaba lo mucho que había disfrutado contando las aventuras que había vivido con el amo Luke y el capitán Solo a los ewoks. Incluso había seleccionado unos cuantos efectos de sonido muy emocionantes para acompañar ciertos pasajes de la historia del cachorrito de bantha. Cetrespeó nunca había estado cerca de un bantha vivo durante el tiempo que había pasado en Tatooine, pero unos jinetes de banthas — los Incursores de Tusken—, lo habían desmantelado durante el primer ataque que habían lanzado contra el amo Luke. Cetrespeó suponía que eso le daba un cierto derecho a considerarse como un experto en el tema.

—¡No quiero que nos cuentes un cuento! —repitió Jacen.

Los dos gemelos tenían el cabello negro y rebelde y los profundos ojos castaños de su madre. En aquellos momentos el rostro del niño mostraba una expresión de tozudez decidida e inmovible que Cetrespeó había visto muy a menudo en el de Han Solo.

Cetrespeó comprendió que lo que había provocado el enfrentamiento tenía muy poco que ver con el cuento. Según su nueva información sobre los niños, los gemelos se estaban sintiendo desplazados, indefensos e impotentes. Había tantas cosas nuevas fuera de su control que sentían la necesidad de ejercer su poder e insistir en conservar algún diminuto punto de estabilidad. Jacen necesitaba cerciorarse de que podía producir cierto efecto sobre lo que le rodeaba. El niño estaba muy inquieto, y Jaina había captado el nerviosismo y la preocupación de su hermano y parecía hallarse al

borde del llanto.

—Muy bien, joven amo Jacen. Te contaré el cuento en alguna otra ocasión.

Cetrespeó sabía cómo tener contentos a los gemelos y dejar que se fueran durmiendo poco a poco. Después de todo, dominaba con fluidez más de seis millones de formas de comunicación. Podía cantar nanas en cualquier lenguaje y cualquier estilo.

Escogió unas cuantas que estaba seguro gustarían a los gemelos, Jacen y Jaina se quedarían dormidos en cuestión de segundos. Cetrespeó empezó a cantar.

—Oh, ¿y por qué están llorando ahora? —exclamó Leia, irguiéndose y volviendo la mirada hacia el dormitorio—. Quizá debería ir a averiguar qué pasa.

Winter extendió una mano y le rozó la muñeca, deteniéndola antes de que se pusiera en pie.

—Todo irá bien. Están cansados y asustados, y muy nerviosos. Ten paciencia con los gemelos... Ah, y como eres nueva para ellos, pondrán a prueba tus límites a cada momento y tratarán de averiguar cómo pueden manipularte. No les enseñes que acudirás corriendo cada vez que hagan algún ruido. Los niños siempre aprenden muy deprisa ese tipo de cosas.

Leia suspiró y miró a su sirvienta personal. Winter llevaba años aconsejándola en muchas cosas, y lo normal era que siempre tuviera razón.

—Bueno, parece como si fuera yo la que necesita aprender deprisa...

—Cada parte de tu ser es un proceso de aprendizaje. Debes equilibrar el amor que sientes hacia ellos con su necesidad de estabilidad. En el fondo, ser padres se reduce a eso.

Leia torció el gesto como si una preocupación oculta hubiera empezado a ahogar la felicidad que sentía al tener a sus niños nuevamente junto a ella.

—Quizá tenga que hacer todo eso yo sola.

La mirada de Winter se volvió repentinamente penetrante y aguda, y por fin formuló la pregunta que llevaba horas dando vueltas por las mentes de ambas.

—¿Dónde está Han?

—¿Que dónde está? ¡Bueno, la respuesta es que no está aquí!

Leia no quería que Winter percibiera la irritación y el dolor que se habían adueñado de su rostro, por lo que se puso en pie y le dio la espalda. Había imaginado una y otra vez un sinfín de posibilidades en las que veía a Han herido, perdido, atacado... pero había descubierto que prefería creer en otras posibilidades.

—Está en el *Halcón* con Chewbacca. Debería haber vuelto hace dos días. Sabía cuándo iban a llegar los gemelos, ¡pero estar aquí cuando llegaran era demasiada molestia para él! Que hayamos sido unos padres prácticamente inexistentes durante los dos primeros años de su vida ya es bastante malo, pero ahora resulta que ni siquiera puede disponer de unas horas para recibir a Jacen y Jaina cuando por fin

vuelven a casa.

Han había sentido el filo cortante como una navaja de las palabras de Leia en muchas ocasiones, y su lengua se había ido volviendo cada vez más precisa con los años de experiencia como diplomática. Una pequeña parte de su ser se alegraba de que Han no estuviera allí para que descargase su ira sobre él; pero Leia no pudo evitar el pensar que si Han hubiese estado allí, entonces no habría tenido ningún motivo para estar tan irritada.

—¿Adónde ha ido?

Leia movió la mano, y cuando respondió intentó que su voz sonara lo más tranquila y despreocupada posible.

—Ha ido a Kessel para ver si lograba convencer a alguno de los viejos mineros de especia de que se unieran a la Nueva República. No se ha tomado la molestia de enviar ningún mensaje desde que se fue.

Winter la contempló fijamente y sin parpadear durante unos momentos. Sus períodos de intensa concentración siempre conseguían poner un poco nerviosa a Leia.

—Permíteme que te diga una cosa, Leia —murmuró por fin—. Creo que tengo razón, ¿sabes? Si cualquier otra persona se hubiera marchado con una misión semejante, llevara dos días de retraso sobre la fecha en la que debía volver y no se hubiera puesto en contacto contigo durante una semana... Bueno, estarías preocupada. Muy preocupada... Con Han, estás suponiendo que lo único que ocurre es que se está comportando de una manera irresponsable. ¿Y si le ha ocurrido algo?

—Eso es una tontería.

Leia volvió a darle la espalda para impedir que Winter se diera cuenta de que esa misma preocupación llevaba varios días obsesionándola.

El rostro de Winter seguía estando muy serio.

—Según los informes que he visto, Kessel es territorio relativamente hostil. No estamos hablando únicamente de las minas de especia, sino también de la Institución Penitenciaria Imperial, que cuenta con algunas defensas bastante poderosas para impedir que los prisioneros puedan escapar. Todo el sistema lleva algún tiempo sin mantener ninguna clase de contacto con nosotros.

Winter hizo una pausa, como si estuviera examinando otros recuerdos.

—Cuando Mara Jade y Talon Karrde unificaron algunos de los contrabandistas hace dos años, Jade observó que Kessel podía llegar a causarnos ciertos problemas. ¿No crees que deberías hablar con algún contacto diplomático de esa zona para asegurarte que no le ha ocurrido nada al *Halcón Milenario*?

Leia parpadeó, sintiéndose irritada ante la sugerencia de Winter a pesar de que ya se le había pasado por la cabeza docenas de veces.

—Me parece que sería exagerar un poco, ¿no crees?

Winter la contempló sin perder la calma.

—¿O se trata sencillamente de que no estás dispuesta a revelar tu preocupación porque eso te resultaría embarazoso?

La sala de comunicaciones privada tenía un aspecto muy distinto vista durante el ajetreo de una soleada mañana de Coruscant. La última vez que Leia había estado en ella había sido para contactar con el irritante embajador de Carida a altas horas de la noche.

Pero en ese momento, si volvía la mirada hacia los muros de cristal Leia podía ver a funcionarios que iban y venían apresuradamente para cumplir con sus deberes del día, y a personal administrativo y de servicios que probablemente llevaba años trabajando en Ciudad Imperial y al que le importaba muy poco qué gobierno regía la galaxia.

Leia pensó que no hacía mucho tiempo la Alianza estaba formada por los luchadores más valientes y consagrados a la causa, aquellos que estaban dispuestos a morir por sus ideales. ¿Cómo era posible que la Nueva República hubiera degenerado tan rápidamente convirtiéndose en una burocracia? Pensó en héroes a los que había conocido, personas como Jek Porkins y Biggs Darklighter, que habían muerto para destruir la primera *Estrella de la Muerte*, y se consoló con la esperanza de que su espíritu siguiera estando presente en algún lugar del nuevo gobierno.

Winter, que estaba sentada delante de la consola de transmisión, tosió levemente para atraer la atención de Leia.

—Esto ha resultado bastante difícil Leia, pero creo que por fin tengo un contacto —dijo—. Toda la ciudad de Kessendra parece estar abandonada, pero pude obtener los códigos de comunicación de la Institución Penitenciaria Imperial. Unas cuantas investigaciones más me permitieron dar con una persona que, al menos nominalmente, parece estar al frente de lo que se considera un gobierno en ese lugar. Se llama Moruth Doole, y ocupaba un cargo subalterno en la administración de la prisión. No sé cómo se las ha arreglado para conseguirlo, pero ahora supervisa las operaciones de extracción de la especia.

»Parece que la situación es bastante caótica. Establecí mi primer contacto con la guarnición de la luna de Kessel. Todo el mundo pareció alarmarse mucho al recibir una transmisión de la Nueva República, ¿sabes? Bien, después me fueron pasando de unos a otros como si fuese una pelota hasta que Moruth Doole por fin accedió a hablar con nosotros. Te está esperando.

—Adelante —dijo Leia.

Winter inspeccionó su tablero durante unos momentos, y después inició el contacto. Leia entró en el campo de transmisión.

Un pequeño holograma de una criatura que recordaba a una rana apareció sobre la plataforma. La estática causada por el no muy sofisticado equipo de transmisión de Kessel alteraba los colores tiñendo a Doole con tonos verdes y amarillentos. Su

arcaico chaleco y su corbata de un color amarillo chillón le proporcionaban una apariencia un tanto cómica.

—Usted debe de ser la ministra Organa Solo, ¿no? —preguntó Doole, y extendió las manos hacia la imagen de Leia en un gesto conciliador. Leia se dio cuenta de que llevaba un artefacto mecánico, quizá un mecanismo de enfoque, que tapaba uno de sus ojos grandes como linternas—. Me complace muchísimo tener la ocasión de hablar con una representante de la Nueva República, y le pido disculpas por cualquier dificultad que haya podido tener para establecer contacto conmigo. Durante los dos últimos años hemos padecido una cierta agitación social, y me temo que todavía no hemos logrado poner fin a todas las alteraciones y disturbios.

Sus carnosos labios de anfibio se tensaron hacia arriba en una mueca que debía pretender ser una sonrisa. Una lengua larga y de extremo bastante afilado entraba y salía velozmente de su boca mientras hablaba, pero Doole parloteaba a tal velocidad que Leia no tuvo ninguna ocasión de intervenir. Durante sus años de servicio diplomático había aprendido a no confiar demasiado en su capacidad para descifrar el lenguaje corporal de las criaturas no humanas, pero aun así Leia se preguntó si los rápidos movimientos de la lengua de Doole podían ser una señal indicadora de nerviosismo.

—Bien, ministra ¿cómo puedo ayudarla? Hemos estado pensando en enviar un representante para establecer relaciones con la Nueva República, créame... Deseo aprovechar esta ocasión para invitarla a que envíe un embajador a nuestro mundo a fin de que eso contribuya a mantener la armonía. En Kessel nos gusta pensar en las gentes de la Nueva República como nuestras amigas.

Doole se calló de repente, como si acabara de comprender que había hablado demasiado. Leia se permitió un fruncimiento de ceño interno, pero siguió manteniendo controlada su expresión. Moruth Doole estaba diciendo exactamente lo que ella quería oír, y le daba respuestas políticamente irreprochables sin que Leia hubiera tenido que hacerle las preguntas previamente. Qué extraño... ¿Qué estaba pensando en realidad?

—Bien, señor Doole... Por cierto, me temo que no sé cuál es el tratamiento que debo darle. ¿Cómo desea que me dirija a usted?

Doole la miró fijamente con su único ojo y jugueteó con las lentes mecánicas, como si nunca hubiera pensado en ello hasta aquel momento.

—Eh... Creo que bastará con «comisionado Doole.»

—Bien, comisionado Doole, agradezco su oferta de cooperación y de apertura de relaciones, y confío en que no habremos actuado prematuramente. Uno de nuestros representantes fue enviado a Kessel hace más de una semana, pero no hemos tenido noticias de él. Tenía que haber vuelto hace tres días. Me he puesto en contacto con usted para averiguar si podría confirmar su llegada allí sano y salvo.

Doole alzó sus manos de largos dedos y apoyó las mejillas en ellas.

—¿Un representante, dice? ¿Y fue enviado aquí? No he sido informado de la llegada de ningún representante.

Leia mantuvo su expresión tranquila e inmutable, aunque sintió que se le helaba el corazón.

—¿Podría averiguar si su nave, el *Halcón Milenario*, llegó a Kessel? Hace unos momentos tuvimos ciertas dificultades para localizar a una persona que ocupara un alto cargo. Quizá se presentó ante otro funcionario gubernamental.

—Bueno... Puedo hacerlo, naturalmente —dijo Doole, y su voz sonó bastante dubitativa. Sus dedos se movieron sobre una terminal de datos invisible que se encontraba más allá de los límites del campo de transmisión. Doole se apartó de la terminal casi al instante, y Leia pensó que con una rapidez excesiva—. No, ministra, lo lamento... Nuestros registros no contienen ninguna referencia sobre la llegada a Kessel de una nave llamada *Halcón Milenario*. ¿Quién pilotaba esa nave?

—El piloto se llama Han Solo, y es mi esposo.

Doole se irguió y puso cara de consternación.

—Lamento muchísimo oírlo... ¿Es un buen piloto? Como quizá sepa, el cúmulo de agujeros negros que se encuentra cerca de Kessel hace que los viajes resulten extremadamente peligrosos incluso dentro del hiperespacio. Las Fauces son una de las maravillas de la galaxia, pero si el piloto escogió una ruta equivocada para atravesar el cúmulo... ¡Oh, espero que no le haya ocurrido nada!

Leia se inclinó hacia adelante, acercándose un poco más al centro del campo de transmisión.

—Han es un piloto soberbio, comisionado Doole.

—Enviaré un equipo de búsqueda inmediatamente, ministra. Le aseguro que Kessel le ofrecerá toda la ayuda posible en este asunto... Registraremos la superficie del planeta y de la luna, y también inspeccionaremos el espacio en busca de cualquier nave averiada. Le informaré inmediatamente de cualquier descubrimiento que hagamos.

Doole extendió una mano hacia los controles de su holotransmisor, pero se detuvo antes de que sus dedos llegaran a ellos.

—Y, naturalmente, esperaremos con impaciencia la ocasión de dar la bienvenida a cualquier otro embajador que decida enviarnos —añadió—. Espero que cuando volvamos a hablar lo hagamos en circunstancias menos tristes, ministra Organa Solo.

La imagen de Moruth Doole fue engullida por un estallido de estática, y Leia permitió que la pétrea impasibilidad que había mantenido hasta aquel momento se convirtiera en un fruncimiento de ceño lleno de confusión y sospechas.

Winter alzó la mirada hacia ella desde los controles.

—No he detectado ninguna contradicción obvia, pero no estoy muy convencida

de que todo lo que nos ha dicho sea verdad.

Leia tenía los ojos clavados en la lejanía. La preocupación le anudaba las entrañas, y pensó que se había comportado como una estúpida al enfadarse con Han.

—Algo anda terriblemente mal, eso está claro...

El mal genio de Han Solo acabó estallando, y cuando eso ocurrió el resultado fue un puñetazo que hizo caer de espaldas a un guardia. Han saltó sobre él y le golpeó una y otra vez en el pecho y en el estómago, machacándose los nudillos con cada impacto contra la armadura de las tropas de asalto que llevaba.

Los otros guardias que había en la sala fueron corriendo hacia él, y derribaron a Han. Los monitores de turno hicieron sonar la alarma detrás de las paredes de transpariacero de sus cubículos de observación y solicitaron ayuda. La puerta que daba acceso a las áreas comunales no tardó en abrirse, y cuatro guardias más entraron a la carrera y desenfundaron sus armas.

Chewbacca dejó escapar un atronador rugido wookiee y se abrió paso a través de los otros guardias, arrancándolos de la espalda de Han. La deuda de vida que tenía con su socio y amigo estaba por encima del sentido común.

Han siguió repartiendo puñetazos mientras lanzaba gritos incoherentes a sus captores. Chewbacca hizo entrechocar las cabezas de dos guardias y dejó caer sus flácidos cuerpos al suelo. Los refuerzos alzaron la mirada hacia el wookiee, y sus ojos se desorbitaron al contemplar el muro de músculos y pelaje que se alzaba ante ellos. Los guardias desenfundaron sus armas.

El joven Kyp Durrón se agachó y se lanzó sobre las rodillas del guardia armado más próximo, haciendo que cayera al suelo. Kyp se apresuró a apartarse y sus manos tiraron velozmente de botas y piernas, haciendo caer a dos guardias más.

Unos cuantos prisioneros decidieron que no tenían nada que perder y se unieron a la pelea, golpeando indiscriminadamente a todos los objetivos que tenían cerca sin importarles que fueran guardias u otros prisioneros. Muchos de los mineros de especia cautivos eran ex guardias de la prisión que habían escogido el bando equivocado durante la rebelión de Moruth Doole, y los otros prisioneros les odiaban.

Los arcos azulados de un desintegrador ajustado para aturdir surgieron de la nada con un whooop de energía repentinamente liberada e hicieron caer de espaldas a Chewbacca. El wookiee tosió y gimió, e intentó levantarse apoyándose en los codos.

Las alarmas seguían sonando con un palpitar ensordecedor que se añadía al caos que se había adueñado de la sala. Más guardias salieron a la carrera del área comunal. Haces azulados de intensidad aturdidora ondularon por el aire, haciendo estragos entre los prisioneros amotinados y derribando a unos cuantos guardias.

—¡Basta! —rugió el jefe Roke por su micrófono de cuello. El estallido de su voz retumbó por todas las rejillas del sistema de megafonía de la sala—. Si no os estáis quietos, os aturdiremos a todos, ¡y luego os diseccionaremos para averiguar qué anda mal en vuestros cerebros!

Un desintegrador disparó un nuevo haz aturdidor que hizo caer a dos mineros

enzarzados en un feroz combate, dejándolos inmóviles en el suelo con los cuerpos tan flácidos como dos sacos de gelatina.

Han logró librarse de los guardias y se frotó sus maltrechos nudillos. La ira seguía hirviendo en su mente, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar el control de sí mismo y evitar recibir un disparo.

—¡Todo el mundo a los catres! ¡Ya! —ordenó el jefe Roke.

Sus labios estaban fruncidos en una mueca de ira, y el vello negro azulado hacía pensar en una mancha de grasa sobre su mentón. Su cuerpo lleno de bultos estaba tenso y desprendía una silenciosa aura de peligro y amenaza.

Kyp Durrón se levantó del suelo, pero cuando sus ojos se encontraron con los de Han le dirigió una fugaz sonrisa. Fuera cual fuese el castigo que soportarían por ella, Kyp había disfrutado de la pelea.

Dos guardias muy nerviosos pusieron en pie a Chewbacca y pasaron sus peludos brazos por encima de sus hombros. Otro guardia que llevaba un viejo casco de las tropas de asalto en bastante mal estado apuntó al wookiee con su arma. Los brazos y las piernas de Chewbacca temblaban espasmódicamente como si todavía estuviera intentando resistirse, pero el rayo aturdidor había convertido sus impulsos nerviosos en un verdadero caos. Los guardias le arrojaron a una de las celdas de retención y activaron la puerta antes de que Chewbacca pudiese recuperar el control de sus músculos. El wookiee se fue doblando lentamente sobre sí mismo y acabó sentado en el suelo, una enorme masa de sucio e hirsuto pelaje marrón.

Han avanzó con el cuerpo tenso y preparado para actuar y los ojos oscurecidos por la ira, y siguió a Kyp hasta la hilera de catres metálicos. Los guardias se quitaron el polvo de los uniformes y le fulminaron con la mirada. Han trepó a la incómoda colchoneta sobre la que dormía. Las varillas de metal que servían como separaciones entre las colchonetas y los catres se alzaban a su alrededor como otra jaula.

Kyp trepó al catre de arriba y se inclinó hacia él.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó—. ¿Qué te hizo perder el control?

Un guardia golpeó el lado del catre con una vara aturdidora.

—¡No asomes la cabeza!

El rostro de Kyp volvió rápidamente a su zona, pero Han pudo oír cómo seguía moviéndose.

—Nada en concreto... Supongo que fueron los nervios, nada más —murmuró. Sentía un dolor y una pena sordos e insistentes, como si estuviera vacío por dentro—. Acabo de recordar que hoy es el día en que mis chicos vuelven a casa, y yo no estaba allí para darles la bienvenida.

El jefe Roke activó el campo generador de sueño antes de que Kyp pudiera decir nada, y el palpitar de energía que osciló alrededor de los catres hizo que Han se precipitara en una caída interminable a un mar de confusas pesadillas en el que siguió

agitándose y resistiéndose.

Moruth Doole se detuvo un momento delante de la puerta del anexo en el que se procesaba la especia y colocó un dispositivo infrarrojo encima de su ojo mecánico. Se sentía tan inquieto que empezó a sisear, metiendo y sacando rápidamente la lengua para saborear el aire y asegurarse de que todo iba bien.

La reciente transmisión de la esposa de Solo le había puesto muy nervioso, y no paraba de pensar en qué podía hacerle la Nueva República. La cálida oscuridad de sus salas procesadoras de especia era el único sitio en el que Doole podía relajarse un poco. Contemplar a los trabajadores ciegos e impotentes que obedecían su voluntad hora tras hora le hacía sentirse más fuerte y más dueño de la situación.

La gruesa puerta metálica encajó en el marco dejando fuera la luz. La entrada secundaria se deslizó para dar acceso a una bóveda tan tenebrosa como un útero que brillaba con el cálido resplandor rojo del calor corporal de los trabajadores vista a través de su equipo infrarrojo. Doole tragó una honda bocanada de aire, y aspiró el olor húmedo y mohoso de las formas de vida reunidas allí.

Contempló las borrosas siluetas anaranjadas encorvadas sobre la cadena de procesado. Las siluetas se removieron nerviosamente, temiendo su presencia en silencio. Eso hizo que Doole se sintiera mejor, y empezó a caminar por entre ellas inspeccionando su trabajo.

Centenares de larvas ciegas, pálidas criaturas muy parecidas a gusanos con grandes ojos incapaces de ver, movían incesantemente sus cuatro esbeltos brazos para manipular los delicados cristales de especia. Envolvían los segmentos fibrosos en papel opaco y a continuación metían los paquetitos en recipientes protectores especiales, que después serían enviados al astillero y transferidos a la base de la luna de Kessel. Las larvas estaban muy cómodas en la oscuridad total necesaria para el procesado de la especia, y la consecuencia de ello era que actualmente la factoría de especia de Doole funcionaba con una eficiencia mucho mayor de lo que lo había hecho durante los tiempos en que se hallaba bajo el control imperial.

La estimulación telepática de corta duración producida por la especia brillestim había hecho que la sustancia fuese un artículo muy valioso estrechamente controlado por el Imperio. Otros planetas tenían una variedad de especia de efectos menos intensos, conocida en algunas ocasiones como ryll mineral, pero Kessel era el único sitio en el que se podía encontrar el brillestim. El Imperio había dirigido con puño de hierro todo lo referente a la producción de especia de Kessel, reservando el brillestim para el espionaje y los interrogatorios, así como para llevar a cabo comprobaciones de lealtad y decidir la concesión de niveles de acceso en materias de alta seguridad.

Aun así, siempre había existido una vasta demanda en el mercado invisible: parejas de enamorados que querían compartir una efímera conexión telepática, creadores y artistas que buscaban inspiración, inversores que intentaban obtener

información privilegiada, estafadores que deseaban timar a clientes ricos... Muchos contrabandistas entregaban la especia a Jabba el Hutt y otros gánsteres que actuaban como distribuidores clandestinos.

Pero el Imperio ya no controlaba la producción de especia. Doole había supuesto que ya no tendría más problemas..., hasta que Solo volvió a aparecer en su vida.

Doole llevaba días esperando la transmisión de Coruscant. Había ensayado una y otra vez las respuestas que daría, y sabía con toda exactitud lo que debía decir. Quizá se había excedido en los ensayos, y era posible que hubiera respondido con una rapidez excesiva que había llegado a despertar las sospechas de la ministra Organa Solo.

Skynxnex le había dicho que estaba exagerando, y que bastaba con que interpretaran su papel. Solo y el wookiee habían sido exilados a las minas de especia, donde estaban a buen recaudo. Nadie conseguiría encontrarles jamás, pero aun así siempre existía una pequeña posibilidad de que algo fuera mal. Quizá sería preferible que se limitara a ordenar que mataran a Solo, librándose así de todos los riesgos.

Doole siguió caminando por entre las hileras de larvas. Su borrosa visión de infrarrojos no era mucho peor que la capacidad de visión normal que obtenía de su ojo mecánico. Las criaturas, que en realidad parecían un cruce entre larvas y orugas gigantes, se inclinaban en silencio, y seguían trabajando frenéticamente. Doole las había extraído del saco de huevos y las había criado allí mismo, centrando toda su existencia en el procesado de la especia. Era un dios para ellas.

Cuando Doole pasó junto a él, uno de los machos de mayores dimensiones se irguió adoptando una postura defensiva y agitó sus frágiles brazos como si quisiera alejar a Doole de su territorio. Doole se llevó una gran sorpresa al ver que el macho ya casi había alcanzado la madurez. ¿Sería posible que el tiempo hubiera transcurrido tan deprisa? Aquel macho no tardaría en perder la piel, y saldría de la transformación convertido en un robusto adulto.

Doole tendría que matarlo antes de que eso llegara a ocurrir. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era tener que enfrentarse a cualquier clase de competencia..., aunque el evitarlo significara matar a uno de sus niños.

El jefe Roke estaba inmóvil en el centro de la sala con las manos apoyadas en las caderas, y observaba a los mineros con una sonrisa en sus gruesos labios llenos de bultos.

—Ayer perdimos otro equipo —estaba diciendo—. Un guardia y cuatro trabajadores desaparecieron en los nuevos túneles de los niveles inferiores.

Aguardó en silencio a que digiriesen la noticia, pero la gran mayoría de trabajadores ya se habían percatado de la ausencia de esos mineros.

—Las muestras traídas ayer indican que podría tratarse de una de las vetas de especia más ricas que hemos descubierto hasta el momento, y no voy a permitir que

la incompetencia o la superstición me impidan echar mano a ese tesoro. Necesito unos cuantos voluntarios para que bajen conmigo a los túneles inferiores a echar un vistazo..., y si no consigo voluntarios, yo me encargaré de escogerlos. —El jefe Roke esperó—. Oh, no os ofrezcáis voluntarios todos a la vez...

Recorrió la sala con la mirada. Han le estaba observando, y sabía que el papel que había jugado en la pelea del día anterior haría que fuese uno de los elegidos. Pero no le importaba..., no si sus sospechas eran correctas. Han decidió no permitir que el jefe Roke tuviera la satisfacción de obligarle, y dio un paso hacia adelante.

—Me presento voluntario —dijo—. Prefiero eso a otro día de meterme tierra debajo de las uñas.

Roke le contempló con sorpresa, y después entrecerró los ojos y le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—Yo también iré.

Kyp Durrón se puso al lado de Han, y éste sintió cómo un agradable calor se iba extendiendo por todo su ser, pero intentó contenerlo. No quería dar ninguna clase de explicación..., por lo menos de momento.

Chewbacca lanzó un chillido de sorpresa, y después emitió un gruñido interrogativo que ponía en duda el que Han estuviese muy cuerdo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el jefe Roke.

—También se ofrece voluntario —respondió Han.

Chewbacca dejó escapar un inquieto resoplido de negativa, pero eso fue todo.

—Un voluntario más —dijo Roke, y volvió a recorrer la sala con la mirada—. Tú, Clorr —Señaló a un ex funcionario de la prisión que había causado muchos daños durante la pelea provocada por Han—. Me llevaré a un guardia y a vosotros cuatro... Poneos los trajes y en marcha.

Roke no desperdició ni un instante. A esas alturas Han ya se había acostumbrado a ponerse el traje calefactor y a ajustarse la máscara respiradora. Activó la unidad de energía para que el calor empezara a inundar su traje. Chewbacca tenía un aspecto ridículo con la tercera manga de su traje calefactor vacía y flácida, que había sujetado al torso mediante cinta adhesiva.

Kyp y Chewbacca no paraban de mirar a Han, y se preguntaban qué andaría tramando. Han movió levemente las manos para indicarles que no era el momento de hacer preguntas. Tenía un plan, naturalmente.

Uno de los guardias parecía estar muy nervioso y sentirse bastante incómodo, y no paraba de pasarse el rifle desintegrador de un hombro al otro.

—¡Vamos! —ordenó el jefe Roke, y dio una palmada.

Los cuatro voluntarios y el segundo guardia formaron una fila delante de la abertura que daba acceso a la cámara metálica alargada donde se guardaban los vagones flotantes. Entraron en ella, y el jefe Roke desenganchó tres vagones del largo

convoy. Roke y el guardia se sentaron en el primer vagón, y los prisioneros ocuparon los dos restantes.

—Eh, ¿por qué no nos da gafas infrarrojas? —preguntó Han—. Si realmente hay algo en esos túneles, necesitaremos ver por dónde huimos, ¿no?

Roke se puso las gafas con una mueca despectiva.

—No sois imprescindibles —replicó.

Activó el sistema de guía de los controles del primer vagón. Las luces se apagaron, y la puerta que tenían delante se abrió con un chirrido inundando el compartimiento con chorros de aire frío y tenue.

—Bueno, adiós a mi brillante idea... —dijo Han, y se apresuró a ponerse el respirador.

Clorr, el prisionero de aspecto apático escogido por el jefe Roke, dejó escapar un gemido de abatimiento. Los vagones flotantes se pusieron en movimiento con una sacudida un instante después, y fueron adquiriendo velocidad hasta que avanzaron por los túneles tan deprisa como cohetes. El aire zumbaba junto a ellos cada vez que el vagón se aproximaba a los tubos de roca semiderruidos de los que varias generaciones de mineros de especia habían ido extrayendo los depósitos de brillestim.

Cuando el viento creado por su avance hubo ahogado cualquier otro ruido, Kyp se inclinó hacia Han.

—De acuerdo, y ahora cuéntanos en qué nos hemos metido —dijo a través de su máscara respiradora.

Han se encogió de hombros.

—Tengo una idea, y si estoy en lo correcto quizá consigamos salir de aquí.

Chewbacca emitió un sonido que empezó indicando escepticismo, pero acabó convirtiéndose en una interrogación.

—Piensa en ello, Chewie... —dijo Han—. Las desapariciones se suceden unas a otras, y siempre en el mismo sitio. ¿Y si han encontrado alguna forma de escapar? Han estado trabajando en túneles nuevos, yendo a las áreas inexploradas en busca de especia..., y de repente un montón de mineros no regresa. Tú y yo sabemos que hay un montón de pozos abandonados de los tiempos en que los mineros burlaban la seguridad imperial para explotar la especia de manera ilegal. Este planeta está repleto de entradas a los túneles de especia.

Han hizo una pausa, esperando que ya lo habrían entendido.

—Normalmente los equipos de Roke están formados por un guardia y cinco prisioneros ciegos —siguió diciendo—. ¿Y si doblaran un recodo y de repente encontrarán una abertura a la superficie que les permitiera volver a ver? Podrían dominar al guardia y recobrar la libertad escapando por la abertura.

»Pero en cuanto Roke descubra la salida, la bloqueará y no tendremos otra oportunidad de ser libres. Si vamos a huir de aquí, si quiero regresar y ver a Leia y a

los chicos... Bueno, entonces he de intentarlo. He pensado que esta apuesta desesperada quizá valga la pena después de todo.

—Parece una buena posibilidad —dijo Kyp—. Llevo tanto tiempo aquí abajo que estoy dispuesto a probar lo que sea.

Chewbacca se mostró de acuerdo, pero con menos entusiasmo.

Siguieron bajando a una profundidad cada vez mayor, doblando una pronunciada curva detrás de otra. Hubo varios momentos en los que Han pensó que las paredes rocosas estaban a menos de un palmo de su cabeza, e intentó agazaparse dentro del vagón. No quería ni imaginar lo que ocurriría si la cabeza de Chewbacca chocaba con una protuberancia a la velocidad con que estaban avanzando.

Han perdió rápidamente toda noción del tiempo en la negrura de las minas de especia. No tenía ni idea de cuánto rato llevaban viajando, de la distancia que habían recorrido o de la velocidad con que los vagones flotantes avanzaban a través de los túneles. El jefe Roke detuvo el vehículo y ordenó a los prisioneros que bajaran. El guardia alzó su rifle desintegrador haciendo bastante ruido.

Han empezó a prestar la máxima atención a todos los ruiditos que oía, construyendo la mejor imagen mental posible de dónde se encontraban el jefe Roke y el guardia en cualquier momento. Eso era algo que necesitaba saber si tenía que huir a toda velocidad, pero se hallaban a tal profundidad que era incapaz de imaginarse que allí pudiera haber un pasaje hasta la superficie.

—Seguidme —dijo el jefe Roke—. Quiero que un prisionero vaya delante de mí y que el guardia vaya el último.

Han oyó un empujón y un jadeo ahogado, y después alguien avanzó tambaleándose y tropezando. ¿Era Kyp? No... El desagradable gemido quejumbroso que oyó a continuación le hizo decidir que el que abriría la marcha sería Clorr, el ex funcionario de la prisión.

El jefe Roke hurgó en su mochila y sacó un aparato de ella. Han oyó unos pitidos y chasquidos de naturaleza electrónica. Aguzó el oído y consiguió ir captando las sucesivas variaciones en los tonos a medida que Roke movía el detector de un lado a otro.

—Estamos rodeados de especia —dijo Roke—. Tal como pensábamos, y la concentración parece ser todavía más alta delante de nosotros... En marcha.

Clorr avanzó tropezando en la oscuridad, seguido por el jefe Roke. Han caminaba a ciegas. Notó que Kyp le cogía por la cintura, y oyó la respiración de Chewbacca creando ecos detrás de su máscara.

Los túneles se fueron volviendo cada vez más fríos a medida que avanzaban. Los dedos desnudos de Han crujían cada vez que los doblaba. Aumentó la potencia de la unidad energética de su traje, pero el incremento de calor no le ayudó demasiado.

Los chasquidos electrónicos del detector de Roke se habían ido haciendo más

ruidosos.

—La concentración está aumentando —dijo—. Creo que nos encontramos ante las vetas de especia más densas y frescas que hemos descubierto jamás. Bueno, prisioneros, pronto tendréis mucho más trabajo que hacer..

El detector siguió emitiendo chasquidos, y reanudaron el avance. Aparte de los ruidos que producían al moverse, el túnel de especia parecía una boca llena de silencio.

Han creyó oír un repentino escurrirse en el tramo de túnel que se extendía por delante de ellos, como si algo inmenso se hubiera movido, se hubiera detenido y hubiera vuelto a moverse después para ir retrocediendo lentamente, igual que si estuviera acechándoles. Clorr murmuró algo para sí mismo delante de él, pero Han oyó cómo el jefe Roke le obligaba a seguir avanzando de un empujón.

—La lectura se vuelve más potente al doblar ese recodo. —La voz ronca y gutural del jefe Roke estaba impregnada por una sombra de excitación casi infantil—. Voy a tener que recalibrar este sensor.

Han volvió a oír aquel ruidito lejano, pero esta vez parecía venir de un tramo del túnel más distante. No había sido producido por ningún miembro del grupo, y hacía pensar en afilados pinchos metálicos moviéndose por encima de un cristal.

El sonido de fondo de los pies humanos que avanzaban despacio y arrastrándose cambió un poco cuando doblaron el recodo del túnel.

—¡La lectura de la especia se ha salido de la escala! —gritó el jefe Roke.

Y de repente Clorr gritó.

—¡Eh! —exclamó Roke.

Clorr volvió a gritar, pero esta vez el sonido llegó desde una parte muy alejada del túnel, como si algo lo hubiese agarrado y hubiera huido después a toda velocidad llevándolo hasta una madriguera secreta.

—¿Dónde... ? —empezó a decir Roke, y un instante después él también lanzó un grito lleno de sorpresa y temor.

Han oyó el sonido de pies calzados con botas que se daban la vuelta y venían corriendo hacia él. Empujó a Kyp con el codo, llevándole hacia el tramo de túnel por el que habían venido.

—¡Ten cuidado!

El jefe Roke chocó con Han y cayó de espaldas. Han se tambaleó rozando la pared rocosa, pero logró conservar el equilibrio. Roke estaba arañando el suelo en un intento desesperado por huir.

—¡Date la vuelta! —gritó Han, y empujó a Kyp hacia los vagones flotantes—. ¿Qué está pasando? —le gritó al jefe Roke.

Volvió a oír aquella especie de repiqueteo. Se estaba acercando a gran velocidad, y sugería la imagen de muchas patas delgadísimas que terminaban en garras afiladas

como estiletes.

Roke gritó y después emitió un ¡ooooof! cuando un golpe hizo salir el aire de sus pulmones. Han oyó un nuevo golpe ahogado cuando chocó con el suelo, pero Roke logró volver a incorporarse, o por lo menos consiguió ponerse de rodillas, y empezó a reptar hacia adelante.

Han se disponía a echar a correr cuando Roke le agarró por una pierna y le detuvo. Han intentó liberarse.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Pero antes de que Roke pudiera soltarle, algo se movió detrás de él —algo muy grande y que estaba muy, muy cerca—, y agarró a Roke y tiró de él arrastrándolo hacia atrás y obligándolo a romper su presa. Las uñas de Roke eran como garras desesperadas que intentaban aferrarse al tejido resbaladizo del traje calefactor de Han, pero no tardó en ser arrastrado por el túnel a pesar de todos sus esfuerzos, sin dejar de gritar ni balbucear un solo instante.

Han no podía ver absolutamente nada.

—¡Corred! —gritó.

Chewbacca lanzó un rugido, y después se lanzó contra el guardia que tenía detrás en una acometida tan imparable como la de un vehículo de demolición. Kyp siguió al wookiee y saltó por encima del guardia que había caído al suelo, pero Han tropezó con él y acabó de bruces encima de las rocas y cascotes. Nadie podía ver nada.

El guardia consiguió ponerse de rodillas y empezó a debatirse y lanzar puñetazos como si Han fuera el enemigo. Pero Han, ciego y desesperado, movió frenéticamente las manos buscando otra cosa. Logró encontrar las gafas infrarrojas del guardia y se las arrancó del rostro con un fuerte tirón.

Las paredes parecían desplomarse sobre él. Los ritos y sonidos de terror y el continuo tick tick tick de la criatura monstruosa que se aproximaba creaban un atronar claustrofóbico a su alrededor.

El gemido de repentina ceguera y consternación lanzado por el guardia caído quedó casi ahogado por su respirador. El guardia intentó agarrarse a Han, pero éste le quitó la máscara de un manotazo. El oxígeno empezó a escaparse con un sonido sibilante. El guardia tuvo que soltar a Han para volver a ajustarse la máscara.

Han avanzó a tientas. Necesitaba ver. Tenían que encontrar los vagones flotantes para poder salir de allí.

—¡Corre, Chewie! ¡Ve en línea recta, y asegúrate de que Kyp va contigo!

Han deslizó la correa de las gafas sobre su cabeza y volvió a oír los correteos ahogados de aquellas veloces patas terminadas en garras. ¿Estarían siendo atacados por un ejército de aquellas criaturas, o era sólo un espécimen muy grande con muchas patas?

Las gafas le permitieron distinguir el bulto brillante que era la firma infrarroja del

guardia caído en el suelo y las siluetas luminosas de Kyp y Chewbacca, que estaban huyendo a toda velocidad. Oyó el atronar de duras patas puntiagudas acercándose por el túnel, lanzándose rápidamente sobre ellos.

El guardia se movió, logró ponerse en pie y empezó a avanzar a tientas en un intento de seguir a Han, pero no podía ver. El guardia fue de un lado a otro y acabó chocando con la pared, —y se golpeó la cabeza en una dura protuberancia rocosa.

Aquellas patas monstruosas lanzadas a la carrera se acercaron un poco más, repiqueteando como un diluvio de meteoritos que se estrella contra el flanco de una nave. El guardia gritó.

Han se dio la vuelta para mirarle, pero sólo pudo ver al guardia. En la negrura del túnel no había silueta, firma de infrarrojos o calor corporal procedente de alguna criatura. Allí no había nada que estuviera vivo.

El guardia se quedó repentinamente inmóvil, como si una gigantesca mano invisible acabara de agarrarle por detrás. Un instante después Han, horrorizado, vio la silueta de una pata muy larga y delgada que se deslizaba por delante de la cintura del guardia y otra que pasaba por encima de su hombro, dos formas de una negrura tan total como si hubieran sido recortadas en el contorno infrarrojo del guardia. El hombre se debatió y empezó a gimotear.

El guardia cogió algo: era su rifle desintegrador. Han dio un respingo cuando una brillante lanza de luz surgió repentinamente en la oscuridad y chocó con la criatura de muchas patas, iluminándola durante un momento tan fugaz que fue casi inexistente. Han vio lo que parecía ser una masa convulsa de ramas que terminaban en puntas muy afiladas, un nido de ratas de patas, garras y colmillos convulsos entre los que había esparcidos ojos..., muchos, muchos ojos. Un instante después la criatura absorbió toda la luz, y volvió a dejar sumidos los túneles en una ceguera opaca e impenetrable.

El guardia fue alzado en vilo y zarandeado de un lado a otro. Más sombras de aquellas patas que parecían carámbanos se curvaron a su alrededor. El rectángulo brillante de la unidad de energía del traje calefactor ardía con un potente resplandor en la visión infrarroja, pero una de aquellas afiladas garras se hundió en él como si fuese un agujón. Las chispas revolotearon por la oscuridad, desvaneciéndose enseguida y dejando tras de sí destellos irisados que flotaron delante de los ojos de Han.

Han empezó a correr hacia atrás, tambaleándose y tropezando a cada paso, y vio cómo el resplandor de la silueta infrarroja del guardia se iba debilitando a medida que su cuerpo se volvía tan frío como lo que le rodeaba. Fuera lo que fuese, aquella criatura extraía las radiaciones térmicas, o quizá se alimentaba con la energía, el calor corporal o cualquier cosa que pudiera encontrar en el laberinto de túneles vacíos y gélidos.

—¡Seguid corriendo! —chilló Han en cuanto pudo ver las siluetas que huían delante de él. Un instante después logró distinguir la tenue nube de resplandor calórico que todavía irradiaba del transporte minero flotante—. ¡El vagón está justo delante de ti, Chewie! ¡Sube a él!

El wookiee chocó con el lado del vehículo y se detuvo. Chewbacca alargó una mano, agarró a Kyp y lo levantó del suelo depositándolo en el asiento del vagón.

Han volvió a oír los chasquidos y crujidos de las patas avanzando a toda velocidad por el túnel detrás de él, y comprendió que era el siguiente en la lista de presas de la criatura. Echó a correr y huyó, jadeando, tropezando con los cascotes y chocando con paredes que no podía ver. La sangre parecía haberse convertido en agua helada dentro de sus venas.

Chewbacca estaba deslizando las manos sobre el panel de control del vagón flotante, intentando distinguir los botones en la oscuridad. Han seguía corriendo. Los sonidos de patas se estaban intensificando a cada momento que pasaba.

Han se arriesgó a lanzar una rápida mirada por encima del hombro. Podía oír a la criatura lanzada a toda velocidad en su persecución, pero no podía ver nada en la oscuridad.

Llegó al vagón flotante y subió de un salto.

—¡Pulsa la tecla de REGRESO, Chewie! ¡Aprieta cualquier botón, el que sea... !

Chewbacca logró encontrar el botón activador y el vagón giró sobre su eje para avanzar en la dirección por la que habían venido.

Los sonidos del galopar de aquella criatura de patas terminadas en picahielos se estaban acelerando y sonaban cada vez más cercanos. El vagón flotante empezó a adquirir velocidad, pero la criatura seguía persiguiéndoles. Han continuaba siendo incapaz de distinguirla con sus gafas infrarrojas.

Algo chocó con el último vagón inclinándolo hacia un lado con un spang ensordecedor, y el lado de la estructura chocó con la pared del túnel. Un chorro de chispas salió disparado mientras arañaba las rocas, pero el vehículo continuó acelerando.

Han oyó un rugido ahogado detrás de ellos, y un instante después los sonidos empezaron a alejarse cada vez más. La criatura había dejado de perseguirles. La oscuridad se desplegaba delante de ellos como un gigantesco vacío negro.

Han sabía que el mecanismo automático estaba llevándoles a la sala de la que habían salido. Chewbacca dejó escapar un gemido quejumbroso seguido por un rugido dirigido a Han. Kyp estaba inmóvil, jadeando de puro terror.

—¿Qué has visto? —logró preguntarle por fin.

—No lo sé —respondió Han—. No se parecía a nada que hubiera visto antes...

Chewbacca lanzó un resoplido en el que había ira, disgusto y un inmenso alivio, y Han suspiró.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo—. He tenido ideas mucho más inteligentes que ésta.

12

Luke Skywalker mostró las maravillas del universo a Gantoris. Llevó a su pasajero hasta una órbita muy alta en la lanzadera modificada, y después dejó que contemplara el planeta condenado de Eol Sha desde ella. La luna demasiado cercana colgaba sobre el mundo como un puño alzado que se recortaba contra un telón de estrellas.

Luke conectó los motores sublumínicos de la lanzadera, y entró a toda velocidad en la maravilla llameante que era la Nebulosa del Caldero mientras Gantoris contemplaba el caos de gases resplandecientes por las mirillas. Después se sumergieron en el interminable agujero perteneciente a otra dimensión que era el hiperespacio, desplazándose a través de la galaxia mediante un atajo.

Con rumbo a Beshpin.

Durante el viaje, que no tuvo ningún incidente digno de mención. Luke empezó a hablarle de la Fuerza y del entrenamiento al que serían sometidos los candidatos al ingreso en la Academia Jedi que se proponía crear. Gantoris por fin había accedido a ir con él, y parecía deseoso de comprender los extraños ecos y emociones que habían rozado su mente durante toda su vida, e incluso daba la impresión de estar impaciente por empezar a hacerlo.

El zumbido de los potentes motores de la lanzadera y los vertiginosos torbellinos abstractos del hiperespacio eran una buena ayuda para empezar a practicar unos cuantos ejercicios que servirían para despertar el potencial dormido de Gantoris. Luke se sorprendió ante sus poderes de concentración, y ante la facilidad con que Gantoris podía cerrar los ojos y hundirse en las profundidades de su mente sin permitir que nada le distrajera. Cuando recibió el adiestramiento Jedi Luke era un joven nervioso e impaciente, pero la vida de Gantoris había sido mucho más dura que la suya y le había dado tenacidad y una gran capacidad de aguante.

—Despliega tu mente y siente con ella... Capta tu cuerpo y el universo que te rodea. La Fuerza se extiende a tu alrededor y está presente en todo. Todo forma parte de todo lo demás.

Luke siempre prestaba mucha atención a todo lo que le pedía que hiciese. Obi-Wan Kenobi había dedicado algún tiempo a adiestrarle, y después Yoda había invertido mucho más tiempo en su adiestramiento. Pero Luke también había tenido que soportar el adiestramiento impartido por Joruu C'Baath, que por suerte no había llegado a completarse, y además se había visto obligado a descubrir los poderes del lado oscuro durante el tiempo que había pasado al lado del Emperador resucitado.

Luke no podía olvidar que el adiestramiento de Obi-Wan también había transformado a Anakin Skywalker en Darth Vader. Crear otro Vader quizá fuera un precio demasiado elevado a cambio del resurgimiento de los Caballeros Jedi. Los

ominosos sueños sobre un «hombre oscuro» que le mostraba el poder y acababa destruyéndole que había tenido Gantoris preocupaban considerablemente a Luke.

Cuando llegó el momento de sacar la lanzadera del hiperespacio e iniciar la ruta de aproximación a Bespin. Luke pensaba que Gantoris quizá ya estaría abrumado ante tantas novedades. Pero su serio y siempre un poco adusto compañero de viaje se quedó boquiabierto como un niño delante de los visores, impresionado ante el espectáculo del planeta de gases hirvientes en el que Lando Calrissian había gobernado la Ciudad de las Nubes en tiempos pasados. Ver aquel mundo en continua agitación hizo que algunos de los peores horrores de la existencia de Luke volvieran repentinamente a su memoria, y cerró los ojos apretando los párpados con todas sus fuerzas mientras volvía a sentir el aguijón de aquellos recuerdos.

Gantoris, que estaba en el compartimiento de pasajeros detrás de él, se inclinó hacia adelante.

—¿Ocurre algo? —preguntó—. Acabo de captar un fuerte flujo de emociones procedente de ti.

Luke parpadeó.

—¿Has podido detectar eso?

Gantoris se encogió de hombros.

—Ahora que me has enseñado cómo sentir y cómo escuchar, lo detecté con gran claridad —dijo—. ¿Qué te inquieta? ¿Corremos algún peligro?

Luke abrió los ojos y volvió a contemplar Bespin. Pensó en su amigo Han Solo, secuestrado y congelado en un bloque de carbonita para ser entregado a Jabba el Hutt, y pensó en el duelo con Darth Vader en las pasarelas de la Ciudad de las Nubes que le había costado la mano: y, lo peor de todo, recordó la voz gutural de Vader pronunciando su terrible mensaje: «¡Luke, soy tu padre!».

Luke se estremeció, pero se volvió para clavar la mirada en los oscuros ojos de Gantoris.

—Tengo recuerdos de este lugar que no olvidaré jamás.

Gantoris guardó silencio, y no le hizo más preguntas.

Había un sinnúmero de instalaciones mineras aéreas que flotaban sobre las corrientes de los vientos de Bespin —refinerías automatizadas, tanques de almacenamiento que oscilaban lentamente sobre las nubes, y colectores que obtenían gases valiosos de los bancos de nubes—, pero no todas ellas habían conseguido dar beneficios. El coloso a la deriva que era Tibanópolis estaba vacío, y se había convertido en una ruinoso ciudad fantasma llena de grietas que vagaba por el cielo.

Luke fue siguiendo la trayectoria de la ciudad flotante abandonada en sus pantallas de navegación. La estructura permanecía suspendida sobre los nubarrones oscuros mientras se iba formando una tormenta. Los generadores de los haces de repulsión no funcionaban demasiado bien, y en consecuencia la ciudad se inclinaba

hacia un lado.

—¿Es ahí adonde vamos? —preguntó Gantoris.

El techo, las cubiertas y los lados de Tibanópolis habían sido saqueados por chatarreros que andaban en busca de metales utilizables. La ciudad parecía un esqueleto de su pasado esplendor, con placas torcidas y vigas deformadas a lo largo de todo un ancho hemisferio, y las abolladuras de los tanques de lastre que asomaban de la parte inferior eran claramente visibles. Un gran número de antenas y conductos climatológicos sobresalían de las juntas.

—Vamos a esperar a alguien —respondió Luke.

Posó la lanzadera en una plataforma primaria que parecía lo bastante resistente para aguantar el peso de su nave. Las vigas estructurales que se entrecruzaban en todas direcciones estaban recubiertas de placas metálicas, pero se veían algunos lugares en los que se habían doblado hacia arriba haciendo saltar los puntos de soldadura.

Luke salió de la lanzadera y Gantoris le siguió. Había dejado de recoger su larga cabellera oscura en una trenza y ésta flotaba alrededor de su cuerpo como la melena de una fiera, pero Gantoris se mantenía erguido y orgulloso en el traje de piloto que le había dado Luke. Sus negros ojos brillaban de asombro.

El viento que se deslizaba por entre los restos de Tibanópolis creaba una especie de gemido. El metal ondulaba de un lado a otro, y se quejaba con un chirrido cada vez que las juntas oxidadas se rozaban. El viento estaba impregnado por el acre olor químico de los gases residuales de las capas superiores de la atmósfera que se infiltraban hasta allí.

Criaturas negras de cabezas triangulares y cuerpos de ave estaban inmóviles formando bandadas en los huecos de los edificios, posadas sobre los soportes desnudos. Luke y Gantoris echaron a caminar, y las criaturas voladoras se agitaron e hicieron crujir sus alas coriáceas. Sus bocas se abrieron y se cerraron dejando escapar chasquidos y graznidos.

Las nubes que flotaban debajo de Tibanópolis y a su alrededor ya habían adquirido el color gris humo que anunciaba la inminencia de una tempestad. Los destellos del rayo ondulaban a través del banco de nubes que se extendía bajo la ciudad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gantoris.

Luke suspiró y cogió unas cuantas mantas hinchables y un rollo para dormir del compartimiento de almacenaje de la lanzadera.

—Llevamos dos días enteros metidos en la nave —dijo—. No tengo ninguna manera de saber cuándo puede volver Streen, y creo que deberíamos tratar de descansar para recuperar las fuerzas.

—¿Streen? —preguntó Gantoris.

—El hombre al que estamos esperando.

La tempestad llegó aquella noche y empapó todas las superficies de Tibanópolis que no contaban con alguna protección, haciendo surgir nuevos brotes de óxido y pátina sobre las aleaciones empleadas para construir la ciudad. Luke y Gantoris habían encontrado un refugio en uno de los edificios medio derruidos de Tibanópolis y estaban descansando en el suelo, que formaba una pendiente debido a la inclinación de la ciudad abandonada.

Luke se había sumido en un trance Jedi más reparador que el sueño y prestaba muy poca atención a lo que le rodeaba, pero su mente mantenía abierta una ventanita que serviría para devolverle a un estado de plena consciencia cuando fuese necesario.

Gantoris le sorprendió.

—Creo que se acerca alguien, Luke... Puedo sentirlo.

Luke despertó al instante, se irguió y salió de la pequeña alcoba metálica en la que se había metido. Volvió la mirada hacia los remolinos de nubes recién lavados por la tormenta, y su mente sólo necesitó un momento para detectar la presencia de un ser humano que se estaba aproximando a ellos; pero le impresionó que Gantoris hubiera sido capaz de detectar aquel desconocido que todavía se encontraba bastante lejos.

—Estaba haciendo prácticas —dijo Gantoris—. Buscaba con mi mente, intentando llegar lo más lejos posible... En este lugar no hay muchas cosas que puedan distraerme.

—Buen trabajo. —Luke intentó impedir que la expresión de su rostro revelase lo complacido que estaba, pero no lo consiguió—. Es el hombre que hemos estado esperando.

Utilizó sus sentidos Jedi para concentrarse en una forma negra que se estaba aproximando a través del horizonte de gases en continuo movimiento. Luke vio un sorprendente amasijo de plataformas unidas de cualquier manera y tanques bulbosos que eran sostenidos por globos y maniobrados mediante hélices que sobresalían en todas las direcciones. El vehículo improvisado flotaba hacia ellos, cabalgando sobre los vientos.

Luke sonrió ante aquella extraña estructura mientras Gantoris la contemplaba con asombro. No tardaron en poder distinguir la silueta de un hombre que permanecía inmóvil delante del timón mientras las brisas hacían ondular las esbeltas velas desplegadas a los lados de la plataforma principal. Streen, el buscador de gases, volvía a su hogar.

Luke y Gantoris bajaron hasta la plataforma para esperar su llegada. El conjunto de tanques de gas, globos, pasarelas y superficies planas se fue aproximando poco a poco, y Streen acabó dándose cuenta de su presencia.

Se inclinó sobre los controles de su artefacto, cambió de curso y empezó a

describir círculos alrededor de la ciudad en ruinas, como si estuviera asustado y no quisiera posarse. Pero sólo veía dos siluetas esperándole, y pasado un rato acabó calmándose y se fue acercando a caballo de las brisas.

Streen no posó su vehículo y se limitó a irlo acercando hasta que estuvo junto a la plataforma de descenso, después de lo cual lo ató a unos postes de amarre que sobresalían al lado de la barandilla. Luke se agarró a las cadenas de fibra y ayudó a Streen a inmovilizar su vehículo.

Ninguno de los tres habló. Streen no paraba de lanzarles miradas disimuladas.

Luke le examinó de la cabeza a los pies. Streen estaba a punto de entrar en la ancianidad y era muy barbudo, con una cabellera castaña tan salpicada por mechones grises que había acabado dando como resultado un color blanco amarillento general. Su piel recordaba el cuero, como si las inclemencias de los vientos y los grandes espacios aéreos en los que no había protección alguna hubieran ido absorbiendo un componente esencial de su carne. El buscador de gases vestía un mono de vuelo muy gastado repleto de bolsillos, muchos de los cuales estaban abultados por un contenido invisible.

Streen puso los pies sobre la zona de descenso y cuatro de las negras criaturas aladas alzaron el vuelo desde sus perchas entre las plataformas, las torres de ventilación y los tanques de gas que formaban el navío de Streen, volviendo a la jungla de construcciones medio derruidas de la ciudad flotante.

—Tibanópolis lleva años deshabitada —dijo Streen por fin—. ¿Por qué habéis venido aquí?

Luke se irguió cuan alto era y se encaró con el buscador de gases.

—Hemos venido a verte.

Gantoris permanecía pacientemente inmóvil al lado de Luke Skywalker, sintiéndose un poco incómodo ante el cambio de situación que acababa de experimentar. Había decidido acompañar al Jedi para aprender de él, y se había dejado fascinar por sus visiones de una orden restaurada de Caballeros Jedi y por los poderes que podrían dominar a través de la Fuerza.

Esta vez Gantoris estaba escuchando a Skywalker mientras éste empezaba a explicar a Streen sus planes para una academia, y su necesidad de encontrar candidatos potenciales que pudieran tener un talento para utilizar la Fuerza. Vio el escepticismo que había en el rostro de Streen, similar al que él mismo debía de haber mostrado al principio. Pero a menos que Streen hubiera padecido los mismos sueños oscuros o premoniciones, aquel ermitaño de Bepin probablemente sería un oyente de mente más abierta de lo que lo había sido Gantoris en el pasado.

Streen estaba acuclillado sobre la superficie corroída de la plataforma de descenso y contempló el cielo con los ojos entrecerrados antes de bajar nuevamente la mirada hacia Skywalker.

—Sí, pero... ¿Por qué yo? ¿Por qué has venido aquí?

Skywalker se volvió hacia Gantoris.

—Hay muchas sustancias valiosas disueltas en la atmósfera de Bespin, flotando a distintos niveles —explicó—. Las ciudades flotantes son inmensas instalaciones mineras que se mantienen en el mismo sitio mientras van sacando gases de las capas de nubes que se extienden por debajo de ellas. Pero Streen es un minero de las nubes... En ciertas ocasiones, una tempestad o una profunda perturbación atmosférica crea una nube de sustancias volátiles que sale disparada hacia arriba y que espera el momento de ser reabsorbida. Streen recorre los vientos con sus tanques buscando ese tesoro.

»Bespin cuenta con satélites controlados por ordenador que detectan esas erupciones gaseosas y envían a hombres de las grandes corporaciones..., pero Streen siempre llega allí antes que ellos. Siempre se las arregla para saber cuándo se producirá una perturbación antes de que ocurra, y cuando se produce ya está allí con sus tanques vacíos para aspirar los gases burbujeantes que salgan de ella, sean cuales sean, y venderlos después a las refinerías independientes.

Skywalker se puso en cuclillas al lado del ermitaño.

—Dime, Streen... ¿Cómo averiguas en qué momento empezará a subir una de esas capas de gases? ¿De dónde sacas tu información?

Streen parpadeó y se removió nerviosamente. Parecía todavía más asustado que cuando había visto por primera vez a los desconocidos que le aguardaban inmóviles sobre la plataforma de descenso.

—Yo... Bueno, sencillamente lo sé. No puedo explicarlo.

Skywalker sonrió.

—Todo el mundo puede utilizar la Fuerza hasta cierto punto, pero son muy pocos los que poseen un talento innato más potente. Cuando cree mi Academia Jedi, quiero trabajar en la más estrecha colaboración posible con aquellos que ya poseen el talento pero que todavía no saben cómo emplearlo. Gantoris es uno de mis candidatos. Creo que tú deberías ser otro.

—Ven con nosotros —añadió Gantoris—. Si Skywalker tiene razón... ¡Bueno, piensa en todo lo que podríamos llegar a hacer!

—¿Cómo puedes estar tan seguro de mí? —preguntó Streen—. Siempre he pensado que no era más que suerte.

—Deja que te toque la frente —dijo Skywalker.

Streen no se apartó, y Skywalker extendió sus dedos en un movimiento lento y un poco vacilante hasta rozar las sienes del buscador de nubes. Gantoris no entendió qué estaba haciendo Skywalker hasta que se acordó del experimento que Luke había llevado a cabo con él cuando estaban en la cámara de lava.

El rostro de Skywalker quedó vacío de toda expresión y perdido en la

concentración durante unos momentos, y de repente retrocedió con tanta brusquedad como si acabara de quemarse.

—Ahora estoy seguro, Streen. Tienes el talento. No hay nada que temer.

Pero Streen seguía pareciendo un poco nervioso y preocupado.

—Vine a este sitio porque necesitaba estar solo. No me siento cómodo cuando hay gente cerca. Me parece como si me estuvieran asfixiando. Me gusta la gente. Estoy solo, pero... Me resulta muy difícil. Apenas si consigo aguantar su presencia el tiempo necesario para entregar mis cargamentos, y luego he de salir huyendo.

—Todo empeoró muchísimo hace siete u ocho años, cuando el Imperio se adueñó de la Ciudad de las Nubes. La gente estaba muy inquieta. Sus pensamientos estaban llenos de confusión, y se convirtieron en un caos. —Alzó la mirada hacia Skywalker y le contempló con expresión consternada—. Llevo ocho años sin estar mucho rato cerca de nadie.

Gantoris pudo sentir cómo las emociones del buscador de nubes se iban inclinando hacia el pánico..., y Skywalker alzó una mano justo cuando Gantoris estaba seguro de que Streen iba a negarse a ir con ellos.

—Espera un momento —dijo—. ¿Por qué no observas cómo nos adiestramos durante un rato? Quizá entonces comprenderás de qué te estoy hablando.

Streen asintió, como si le complaciera el que le ofreciesen una opción que no le exigía tomar una decisión inmediata. Volvió la mirada hacia sus plataformas flotantes y sus tanques de gas y su mente emitió una oleada de nostalgia y pena casi palpables, como si estuviera deseando no haber vuelto jamás a Tibanópolis. Gantoris pudo captar un eco de las emociones del buscador de nubes, y percibió el anhelo de libertad que le ofrecían las nubes de Bepin y el alivio que suponía el estar solo.

—Muéstreme tus nuevos ejercicios Jedi, maestro —dijo—. Enséñame más cosas.

Skywalker pareció torcer levemente el gesto al oírse llamar “maestro”, y Gantoris se preguntó qué había hecho mal. ¿Acaso Luke Skywalker no era un Maestro Jedi? ¿Cómo había que llamarle si no?

Skywalker movió una mano como si barriera sus palabras del aire. Después señaló el bosque de vigas y barras metálicas oxidadas que los enjambres de coriáceas criaturas negras habían convertido en su hogar, y donde pasaban la tarde parloteando y yendo de un lado a otro. Las nubes iban acumulándose muy por debajo de ellos, espesándose para formar lo que pronto se convertiría en otra tormenta.

—Esas criaturas voladoras... —dijo Skywalker—. Las utilizaremos. —Streen se envaró, y su rostro se oscureció y enrojeció al mismo tiempo.

—¡Eh, no molestéis a mis rawwks! —Después bajó la mirada, y se dio la vuelta como si se avergonzara de su reacción—. Han sido mi única compañía durante todos estos años.

—No les haremos ningún daño —dijo Skywalker—. Ahora observa con

atención... Esta ciudad es un mecanismo muy complicado —siguió diciendo, bajando la voz para dirigirse a Gantoris en el tono de un instructor—. Cada viga, cada placa metálica y cada forma de vida, desde esos rawwks hasta los sacos de algas que flotan en las corrientes de aire, todo lo que hay a nuestro alrededor... Todo tiene una posición propia dentro de la Fuerza. El tamaño carece de importancia. Insectos minúsculos o ciudades flotantes, da igual... Tanto los insectos como las ciudades son una parte necesaria del universo. Debes captarlo, sentirlo...

Skywalker movió la cabeza señalando las estructuras semiderruidas que se alzaban a su alrededor.

—Quiero que contemples esta ciudad y que te imagines cómo encajan las distintas piezas, que encuentres las vigas con tu mente y que me digas lo que puedes percibir y cómo una cosa toca a otra. Cuando creas haber encontrado la intersección en la que un rawwk está en contacto con una viga, quiero que envíes tu percepción hacia el exterior y que empujes con tu mente. Entonces debes crear una pequeña vibración...

Skywalker curvó el dedo índice alrededor del pulgar y se estiró hacia adelante mientras movía la cabeza señalando un rawwk solitario que se había posado sobre un conducto de ventilación. Después movió el dedo como si estuviera espantando un mosquito, y Gantoris oyó un pinnnnggg lejano. El rawwk se vio bruscamente lanzado al vacío, y empezó a aletear mientras emitía un chillido de alarma.

Gantoris soltó una risita y movió el dedo imitando lo que acababa de hacer el Jedi, ardiendo en deseos de probar aquel nuevo truco. Imaginó que veía a toda una bandada de rawwks emprendiendo el vuelo..., pero no ocurrió nada.

—No es tan fácil como parece —dijo Skywalker—. No te estás concentrando. Piensa, siéntete a ti mismo haciéndolo, visualiza tu éxito..., y después despliega el poder de tu mente.

En su segundo intento Gantoris se tomó las cosas más en serio. Frunció los labios y entrecerró los ojos mientras miraba de un lado a otro buscando un objetivo. Vio una delicada antena de muchas ramificaciones sobre la que se habían posado cinco rawwks. Se imaginó la antena, sabiendo que era su objetivo, y la miró fijamente. Después hizo una inspiración muy profunda y empujó. Seguía sin saber muy bien cómo lo estaba haciendo, pero sintió que ocurría algo dentro de su mente, que algo empezaba a actuar, que alguna... fuerza exterior establecía una conexión entre él y la antena.

Vio cómo la antena empezaba a balancearse lentamente de un lado a otro. Los rawwks se removieron, pero siguieron posados en ella. Cualquier otra persona que hubiera estado observando habría supuesto que el viento había cambiado de dirección en aquel momento, pero Gantoris sabía que era él quien había causado el balanceo.

—Buen intento. Has captado la idea, pero ahora debes cerrar los ojos —dijo

Skywalker—. Estás permitiendo que tu vista te ciegue. Sabes dónde está la antena, y sabes dónde están los rawwks. Puedes percibir el lugar que ocupan en la Fuerza. No necesitas utilizar tus ojos. Afina el foco de tu concentración. Siéntelo, comprende lo que quieres que haga...

Gantoris cerró los ojos sintiendo un cierto escepticismo, pero cuando empezó a concentrarse descubrió que podía ver vagos perfiles de aquello que acababa de contemplar con los ojos, diminutas imágenes residuales que habían quedado grabadas en la Fuerza y estaban rodeadas por zarcillos que se extendían hacia fuera y las unían a todo lo demás.

Extendió los dedos para repetir el movimiento de antes, pero vaciló cuando ya estaba a punto de hacerlo y comprendió que tampoco era necesario. Mover los dedos no era más que un ejemplo que Luke había utilizado para hacerse comprender. Fueran cuales fuesen las acciones que llevara a cabo, desde el agitar las manos hasta el canturrear hechizos, sólo serían un ritual vacío. Comprender la Fuerza era lo que le permitía hacer lo necesario.

Gantoris mantuvo los ojos cerrados y se cruzó de brazos, muy satisfecho ante aquella inesperada revelación que acababa de surgir en su mente. Después movió un dedo imaginario, sintiendo el metal y visualizando el momento en el que su uña chocaba con la dureza de la superficie. Oyó dentro de su cabeza el bong hueco del impacto, y después abrió los ojos para ver cómo los cinco rawwks emprendían el vuelo, intercambiando estridentes graznidos como si cada uno echara la culpa de lo ocurrido a los demás.

—¡Magnífico! —exclamó Skywalker—. Estoy impresionado... Creía que esto iba a resultar mucho más difícil. —Se volvió sin dejar de sonreír hacia Streen, que había estado observándoles en silencio—. ¿Te gustaría intentarlo? Posees el potencial. Podría mostrarte cómo hay que hacerlo.

Streen rechazó su ofrecimiento.

—No, yo... No creo que pueda hacerlo.

—No es tan difícil como parece —dijo Gantoris—. Sentirás que una fortaleza distinta surge dentro de ti.

—No quiero hacerlo —dijo Streen, poniéndose a la defensiva.

Después bajó la vista y se golpeó los bolsillos con las palmas de las manos, como si buscara algo que no esperaba encontrar. Gantoris pensó que aquellos movimientos no tenían ningún sentido, y que sólo eran fruto de su confusión y nerviosismo.

El anciano tragó saliva, y después volvió la mirada hacia Skywalker.

—Si me enseñas cómo utilizar este..., este sentido que poseo... ¿También podrás enseñarme cómo..., cómo desconectarlo? Quiero aprender a no sentir la presencia de las personas que estén a mi alrededor, a no ser bombardeado por sus emociones, sus pensamientos inquisitivos y sus ideas impregnadas de amargura. Estoy harto de que

los rawwks sean mi única compañía... Me gustaría muchísimo volver a formar parte de la raza humana.

Skywalker le dio una palmada en el hombro. Su mono de vuelo oscuro le daba el aspecto de un dios benévolo.

—Creo que podré enseñarte cómo conseguirlo.

Luke estaba observando a Streen mientras el buscador de nubes aflojaba las cadenas de fibras que unían su improvisado navío flotante a la zona de atraque de Tibanópolis. Cuando hubo terminado. Streen dio un innecesario empujón al navío impulsándolo hacia las brisas. La barcaza vacía formada por plataformas y globos, hélices y tanques de almacenamiento de gases, se fue alejando poco a poco a la deriva para acabar siendo arrastrada por los torbellinos de las corrientes de aire.

Streen había vaciado los bolsillos de su mono, y se volvió hacia Luke.

—Sé que no voy a regresar... —dijo—. Mi antigua vida se ha terminado para siempre.

Los tres subieron a la lanzadera de pasaje de Luke y se prepararon para abandonar Bepin. Luke sentía una inmensa satisfacción, y no sólo porque iba a alejarse del planeta gaseoso que encerraba tantos recuerdos oscuros, sino también porque los dos asientos del compartimiento de pasajeros estaban ocupados y porque había conseguido dos nuevos candidatos para su Academia Jedi.

Elevó la lanzadera por encima de la plataforma de descenso, y después inició la subida hacia la órbita siguiendo una trayectoria casi vertical. El navío que Streen acababa de abandonar seguía moviéndose a la deriva por debajo de ellos, alejándose en la dirección contraria a la que seguían y agrandando la distancia que lo separaba de la ciudad en ruinas.

Streen se volvió hacia la ventanilla del compartimiento de pasajeros y la contempló con una lúgubre tristeza que llenó de compasión el corazón de Luke. Tibanópolis, la ciudad fantasma que se extendía bajo ellos, volvía a estar realmente vacía.

Y un instante después Luke vio cómo ocurría algo asombroso. La ciudad cobró vida y se llenó de movimientos cuando diminutas siluetas negras se lanzaron al vacío y empezaron a mover sus alas. Miles y miles de rawwks que habían vivido al lado de Streen emprendieron el vuelo y se marcharon de la metrópolis abandonada en una inmensa bandada que no parecía terminar nunca, y que se fue desplegando por entre las nubes para despedirse de Streen.

Streen, que seguía mirando por la ventanilla, los vio y sonrió.

13

Skynxnex introdujo una carga de energía nueva en su desintegrador modificado de doble cañón, contempló el arma sonriendo y la metió en su funda.

—Gracias, Moruth —dijo—. No lo lamentarás...

Doole movió sus dedos esponjosos en un lento repiqueteo sobre el escritorio que había pertenecido al alcaide. Uno de los insectos iridiscentes que habían logrado escapar de la jaula revoloteaba por la habitación, estrellándose una y otra vez contra el enorme ventanal panorámico.

—Intenta no cometer ningún error, ¿de acuerdo? —dijo—. Quiero que Solo desaparezca y que no quede ningún rastro de lo ocurrido..., absolutamente ninguno. Estoy seguro de que la Nueva República acabará viniendo a husmear por aquí... Sólo es cuestión de tiempo, y tenemos que estar totalmente limpios cuando eso ocurra. ¿Cómo anda el escudo de energía? ¿Todavía no funciona?

—Esta mañana estuvimos haciendo varias pruebas con él, y nuestros ingenieros están seguros de que funcionará. Solo y el wookiee ya habrán muerto para entonces —dijo Skynxnex—. Te lo garantizo, Doole.

Los labios de Doole se curvaron como un aro de goma deformado por una presión excesiva.

—No disfrutes demasiado cuando lo hagas —dijo.

Skynxnex le devolvió la sonrisa y se dio la vuelta para marcharse. Sus negros ojos relucían.

—Sólo lo estrictamente necesario —dijo.

El vagón avanzaba rugiendo por los túneles envuelto en la negrura más absoluta. Han no tenía más elección que confiar en el sistema de guía del ordenador.

Chewbacca había logrado encontrar el botón del acelerador, y lo había pulsado repetidamente en un intento de alejarse lo más deprisa posible del horror de muchas patas que acechaba en las profundidades de las minas.

Han se aferraba a los lados del vagón con manos temblorosas que habían palidecido a causa del frío y el terror. Cada vez que pasaban a toda velocidad junto a la abertura de un túnel lateral, su imaginación oía ruidos de patas moviéndose y de garras afiladas como guadañas que surgían de la negrura para clavarse en sus cuerpos y sacarlos del vagón.

—Nuestro curso nos está llevando de vuelta a la sala de reunión —dijo Kyp—. Ésta podría ser nuestra ocasión de escapar.

—¿Y dónde podríamos ir? —preguntó Han. Podía oír los latidos desbocados de su corazón. Chewbacca gruñó una pregunta quejumbrosa y Han se encargó de traducirla—. ¿Conoces alguna otra forma de salir de estos túneles?

—No, pero quizá podría encontrar una —respondió Kyp.

Han intentó reprimir un repentino ataque de escalofríos.

—No sé qué pensarás tú, pero te diré que no me apetece demasiado andar vagabundeando por túneles oscuros buscando a tientas una salida..., por lo menos no mientras esa cosa vaya detrás de nosotros.

Pensar que podía morir por congelación bajo los colmillos de aquel monstruo capaz de absorber la energía hacía que la opción de ser un prisionero en las minas de especia no le pareciese tan terrible después de todo.

Los vagones flotantes fueron reduciendo la velocidad y acabaron deteniéndose en la cámara de recepción antes de que pudieran formar alguna clase de plan alternativo. La puerta metálica del otro extremo se cerró detrás de ellos. Gracias a sus gafas infrarrojas, Han podía ver los controles de activación en la pared al lado de una puerta interior. Sus rodillas parecían estar a punto de doblarse, y cuando tecleó el código de acceso a la sala común descubrió que le temblaban las manos.

La potente claridad del interior cayó sobre ellos y los tres supervivientes entraron tambaleándose, agarrándose unos a otros para no caer. Chewbacca utilizó sus robustos brazos peludos para mantener en pie a Han y Kyp.

Han, deslumbrado, se tapó los ojos con las manos y dejó que las gafas infrarrojas colgaran de su cuello.

—El jefe Roke ha muerto —graznó sin dirigirse a nadie en particular.

—Hay un monstruo en los túneles... Atacó al guardia. Logramos escapar por los pelos.

—Han... —dijo Kyp.

Chewbacca olisqueó el aire y dejó escapar un rugido de ira.

Han estaba intentando ver algo. Oyó ruido de gente en la sala de reunión, pero sólo podía ver sombras que se movían en la repentina claridad. Siguió esforzándose, y acabó consiguiendo distinguir una silueta muy alta y delgada de cabellos negros y ojos hundidos en un rostro que recordaba una calavera.

—Me alegra ver que has vuelto, Solo —dijo Skynxnex desde el otro extremo de la sala, y desenfundó el desintegrador de doble cañón que colgaba de su cadera.

Han tuvo la impresión de que todo se movía mucho más despacio de lo normal. Aún estaba sintiendo los efectos estimulantes de la descarga de adrenalina causada por el terror. Vio el arma, vio a Skynxnex y vio el rostro cadavérico del hombre. Doole había enviado a su esbirro para matarles.

Han no desperdició ni un segundo, y empujó a Chewbacca haciéndole retroceder.

—¡Atrás, Chewie! ¡Tenemos que salir de aquí!

Arrastró a Kyp a través del umbral. Chewbacca dejó escapar un chillido estridente y se lanzó hacia la cámara sumida en la penumbra donde esperaban los vagones flotantes de la mina.

—¡Eh!

Skynxnex echó a correr con largas zancadas que parecían saltos y que le hicieron cruzar rápidamente la sala de reunión. Han cerró la puerta en sus narices, y activó a toda prisa el cierre de seguridad.

—Necesitará un segundo para introducir el código de acceso. ¡Venga, subid al vagón! —Han saltó al asiento del piloto, y sintió cómo oscilaba bajo su peso—. Parece que no tendremos más remedio que probar una de esas alternativas tuyas, Kyp.

Han energizó el bamboleante vehículo. Al otro lado de la puerta se oyeron puñetazos primero, y el sonido de haces desintegradores estrellándose contra el metal después. Skynxnex iba a abrirse paso desintegrando la puerta. Tenían que llegar a la relativa seguridad que les ofrecían los túneles lo más deprisa posible.

Han activó el sistema de guía por ordenador y dejó que el vehículo empezara a avanzar. La gran puerta metálica del otro extremo del largo túnel de aparcamiento se abrió con un sonido chirriante mientras el vagón iba acelerando a lo largo del túnel central por el que acababan de llegar.

—No me gusta nada tener que volver allí —dijo Han. Chewbacca rugió un comentario, y Han asintió—. Oh, claro, ser desintegrado me gustaría todavía menos...

—¿Conoces a Skynxnex? —preguntó Kyp mientras intentaba recuperar el aliento.

—Somos viejos amigos, ¿sabes? —respondió Han—. Por eso quiere matarnos.

El vagón flotante cruzó a toda velocidad el umbral de la puerta a medio abrir en el mismo instante en que la puerta de la sala de reunión se derretía bajo los haces de energía y dejaba entrar una cuña de luz en el túnel.

—Sólo les llevamos un minuto de ventaja —dijo Han. Sus gafas infrarrojas le permitían ver los controles de pilotaje, pero no había ni una sola coordenada que significara algo para él. La única salida que conocía se encontraba en la sala de reunión—. ¿Alguna idea, Kyp?

—El trayecto del vagón está totalmente automatizado —dijo Kyp—. Si tuviera un poco de tiempo para pensar y orientarme, quizá se me ocurriría algo.

—Me temo que el tiempo es un lujo del que andamos algo escasos en estos momentos.

La gran puerta metálica no se cerró detrás de ellos después de que hubieran cruzado el umbral. El viento pasaba zumbando junto a sus orejas, y Han no apartaba el dedo del botón del acelerador. Podían oír gritos detrás de ellos, y sonidos de gente subiendo a toda prisa a los vagones flotantes. Han se inclinó sobre los controles, pero la velocidad a la que podían hacerles avanzar los haces repulsores tenía un límite.

Han no podía ver y no sabía absolutamente nada sobre el laberinto de túneles subterráneos, por lo que no se atrevía a pilotar el vagón de manera manual. Tendría que conformarse con la esperanza de que pudiera obtener una ventaja lo bastante grande para que Skynxnex no pudiera seguirles, pero... ¿Y luego qué? Estarían

perdidos en la fría oscuridad del laberinto. ¿Cuántos monstruos de muchas patas estaban esperándoles ocultos entre las sombras aparte del que les había atacado antes?

El rugido ahogado de otro vagón flotante resonó detrás de ellos y empezó a aproximarse a toda velocidad. Han viajaba en el primero de tres vagones unidos, y su convoy estaba transportando a tres pasajeros con un solo motor. Si Skynxnex y los otros habían cogido un vagón cada uno, se moverían más deprisa que ellos. Eso quería decir que estarían dentro del radio de alcance de sus desintegradores en cuestión de momentos.

—¡Solo! —gritó Skynxnex.

—¡Agarraos! —gritó Kyp.

Han reaccionó instintivamente buscando un asidero en el mismo momento en que el sistema de guía por ordenador dirigió sus vagones hacia la bifurcación izquierda, metiendo su convoy en un túnel invisible y lanzándolo cuesta abajo por un tramo de pasadizo considerablemente inclinado a continuación. Un instante después, y antes de que Han pudiera preguntarse si habían logrado despistar a sus perseguidores, oyó los ecos quejumbrosos de los haces repulsores que impulsaban a los vagones flotantes avanzando rápidamente por el túnel en pos de ellos.

—Estoy abierto a toda clase de sugerencias —dijo.

Miró hacia atrás y sus gafas infrarrojas le permitieron distinguir las siluetas brillantes de Skynxnex y otros dos vehículos pilotados. El calor corporal de Han resultaría igualmente visible para sus perseguidores en la fría oscuridad de los túneles.

Chewbacca agarró a Kyp obligándole a agacharse en el segundo vagón. El wookiee extendió una mano hacia atrás, y empezó a hurgar a tientas en la conexión del tercer vagón. Skynxnex y los dos guardias estaban reduciendo rápidamente la distancia que se interponía entre ellos y sus presas. Un instante después Chewbacca logró soltar el amarre magnético del tercer vagón, y lo dejó suelto mientras lanzaba un gruñido amenazador dirigido a sus perseguidores.

El vagón vacío que había quedado repentinamente separado del convoy se bamboleó locamente detrás de ellos y empezó a inclinarse hacia el suelo. Skynxnex gritó mientras se apresuraba a desviarse para evitar una colisión. Los otros dos guardias viraron hacia la izquierda y sus vagones chocaron entre sí, pero los tres perseguidores se las arreglaron para no perder el equilibrio. Los vagones seguían rugiendo detrás de Han.

—Buen intento, Chewie —dijo Han.

Skynxnex desenfundó su desintegrador de doble cañón, lo conectó y apuntó el arma. Cuando disparó, los dos cañones lanzaron sus haces en ángulos que acabaron intersectándose. Los dos haces se unieron a poca distancia por delante del arma y

entraron en fase formando una serie de ráfagas, cada una de las cuales contenía un breve impulso de potencia destructora diez veces más intensa que la descarga de un desintegrador normal. El arma era realmente impresionante, pero resultaba casi imposible apuntarla con precisión y casi todos los que la habían utilizado —incluso los criminales más endurecidos— acababan decidiendo prescindir de ella en favor de un armamento más fiable.

El haz doble en modalidad de fase hendió las tinieblas y acabó estrellándose contra el techo del túnel delante de Han. La explosión de calor y luz atravesó las gafas infrarrojas y le cegó. Kyp logró reaccionar con una velocidad increíble y desvió el vagón flotante hacia un lado. El vehículo serpenteó milagrosamente por entre los cascotes que llovían del techo, y sólo sufrió los impactos de una andanada de piedrecillas que repiquetearon sobre el metal.

—¿Estáis bien? —preguntó Han.

Chewbacca respondió con un gruñido.

—De momento sí —dijo Kyp.

Han se volvió justo a tiempo de ver cómo Skynxnex lograba atravesar sano y salvo la pequeña avalancha que había provocado su disparo, pero el segundo vagón no tuvo tanta suerte. Las rocas y cascotes desprendidos del techo cayeron sobre él, sacudiéndolo con tanta violencia que empezó a dar tumbos y acabó quedando fuera de control. El vagón chocó con la pared del túnel creando un estallido de chispas, y después estalló lanzando un diluvio de fragmentos metálicos que salieron disparados en todas direcciones.

—Uno menos —dijo Kyp.

De repente oyeron ecos procedentes de la boca del túnel que se abría delante de ellos. Las gafas infrarrojas permitieron que Han distinguiera más puntos de calor que formaban una caravana. Los fugitivos pasaron por delante de la boca del túnel en el mismo instante en que otro convoy de vagones flotantes salía de ella.

—¡Tienen refuerzos! —gritó Han con voz consternada.

Pero un instante después vio que todos los vagones estaban unidos: era otro grupo de mineros que volvía a la sala de reunión una vez terminado su turno de trabajo.

Skynxnex y el otro guardia chocaron con ellos en una violenta colisión frontal. Sus vagones lanzados a toda velocidad treparon sobre el convoy y pasaron por encima de él, arrancando a tres infortunados trabajadores de sus asientos y dejándolos atrapados en el suelo del túnel, donde quedarían perdidos e indefensos a causa de su ceguera. El piloto del convoy minero perdió el control de sus vagones, y éstos se salieron de la ruta y acabaron estrellándose contra la pared rocosa del túnel.

Skynxnex giró por los aires, pero consiguió mantenerse en su asiento. El segundo guardia tuvo aún más suerte que él, y no tardó en seguir a Skynxnex mientras sus dos vehículos se alejaban a toda velocidad del lugar de la colisión, dejando atrás los gritos

de la brigada de trabajadores.

Han no tenía ni idea de hacia dónde iban, pero estaba claro que cada vez se encontraban más lejos de los lugares donde habrían podido tener alguna esperanza de sobrevivir. Con Skynxnex y su desintegrador de doble cañón detrás de ellos, no tenían más elección que seguir avanzando a toda velocidad e internarse cada vez más en los túneles.

De repente una masa de reflejos perlinos surgió de una pared de roca desnuda en la oscuridad negra como la tinta que se extendía delante de ellos, y empezó a ondular y oscilar en el aire. Después la luminiscencia se fue moviendo por el túnel, alejándose rápidamente de ellos como si estuviera intentando huir de los vagones que se aproximaban.

—¡Otro espectro! —gritó Kyp.

El vagón flotante siguió al espectro y fue reduciendo la distancia que les separaba de él, pero el torbellino luminoso aceleró a medida que se aproximaban, como si quisiera burlarse de ellos bailando y flotando ante sus ojos allí donde no podían alcanzarle, doblando las curvas sin dejar de precederles ni un momento. El débil resplandor que brotaba del espectro bastaba para que Han pudiera distinguir la curvatura de las rocas.

Skynxnex y el otro perseguidor seguían pisándoles los talones.

—Oh, oh... —murmuró Kyp—. Creo que ya sé qué curso estamos siguiendo. Todo esto me resulta muy familiar.

—¿Qué? —exclamó Han—. ¿Cómo puedes saberlo?

—El último conjunto de coordenadas de navegación de este ordenador fue programado por el jefe Roke. ¡Estamos volviendo al lugar en el que acechaba ese monstruo!

El espectro resplandeciente seguía fluyendo por delante de ellos, subiendo y bajando de vez en cuando pero negándose a desaparecer en las paredes cubiertas de especia. Mientras avanzaba, la iluminación corporal que emanaba del espectro iba activando vetas de brillestim delgadas como hebras, y dejaba tras de sí una estela de chispitas azuladas.

Llegaron a un largo tramo de túnel recto, y Skynxnex volvió a disparar su desintegrador de doble cañón.

Kyp desvió el vagón a un lado como si hubiera presentido la aproximación del haz de energía y lo hizo justo cuando el disparo de gran potencia recorrió velozmente el tubo, atravesó al espectro sin causarle ningún daño y acabó incrustándose en una pared lejana. El impacto creó una gran abertura a otra gruta.

El espectro pareció detectar la posibilidad de huir que le ofrecía aquel nuevo orificio, y se lanzó por él.

—Pon los controles en manual y deja que yo me encargue de pilotar —dijo Kyp.

A esas alturas sus ojos ya se habían acostumbrado al resplandor que emanaba del espectro, y podían ver hacia dónde iban.

—No quiero un viaje de vuelta gratis al sitio en el que nos espera ese monstruo —dijo Han, y soltó los controles.

Kyp actuó al instante y dirigió el vagón hacia el gran agujero del muro que daba acceso a un laberinto desconocido.

—Es la misma serie de túneles —dijo.

Cuando entraron en la nueva gruta, algo bastante largo y de consistencia fibrosa golpeó el rostro de Han con un impacto tan cortante como el de un alambre afilado y se agitó a su alrededor.

El espectro avanzó a toda velocidad por la enorme cámara rocosa, volando a través de la oscuridad hacia la pared del fondo: pero cuando chocó con las rocas no se fundió con ellas para desaparecer tal como había hecho el primer espectro unos días antes. La bola resplandeciente quedó adherida a la áspera superficie rocosa y permaneció encima de ella, brillando y palpitando como si estuviera debatiéndose.

Otra hebra golpeó el rostro de Han con la fuerza de un látigo mientras surcaban los aires.

Grandes vetas de especia empezaron a brillar con un resplandor azulado alrededor del espectro cuando la luz que brotaba de su cuerpo fue activándolas. La luz chisporroteaba y se iba desplegando hacia el exterior formando una especie de parrilla, un entrecruzado geométrico que se iba extendiendo poco a poco por toda la pared. Toda la especia que había en la cámara rocosa empezó a hacerse visible en forma de largas líneas a medida que la luz iba incrementando la velocidad de la reacción en cadena. El dibujo que formaban aquellas líneas parecía vagamente familiar.

—¡Es como una telaraña! —exclamó Han.

El espectro continuaba debatiéndose frenéticamente mientras la especia brillaba con un resplandor cada vez más intenso a su alrededor. Han vio cómo largas fibras de brillestim se desprendían de las paredes y se iban estirando por los aires.

Skynxnex volvió a disparar detrás de ellos, lanzando una prolongada ráfaga continua que falló por una considerable distancia y se perdió en el vacío de la enorme gruta. El potente haz en fase chocó con el techo de la cámara al otro extremo, creando una erupción de fragmentos de roca recalentada que se desprendieron de la bóveda del túnel. Las imágenes que aparecían en las gafas infrarrojas de Han eran de una claridad cegadora.

El espectro se estiró y siguió debatiéndose mientras partes de la telaraña de especia eran arrancadas por la avalancha, llevándose porciones del resplandor con ellas.

Y un instante después Han vio cómo la monstruosa criatura surgía de su cubil en

el suelo de la gruta: era una inmensa araña cristalina, un ser de ángulos y filos cortantes con un centenar de patas y un millar de ojos. Las patas se movieron a una velocidad tan grande que impedía verlas con claridad, y la criatura empezó a trepar por los cascotes yendo hacia el espectro resplandeciente que continuaba retorciéndose en la telaraña de especia.

Han hizo girar el vagón flotante, preparándose para abrirse paso como fuera y alejarse del monstruo que había estado a punto de capturarlo en los túneles. Estaba decidido a salir de allí aunque tuviera que meterse por la garganta de Skynxnex para conseguirlo.

Los cuerpos medio aplastados del jefe Roke, Clorr y el guardia yacían sobre las rocas, arrojados a un lado como hojas de papel usado, siluetas casi irreconocibles que habían quedado congeladas y a las que se había despojado de toda su energía corporal.

«Esa criatura debe de ir dejando depósitos de especia que acaban creando una telaraña para capturar espectros —pensó Han—, o cualquier otra criatura cuyo cuerpo desprenda calor que pueda encontrar en estos túneles.» Ésa era la razón por la que la luz activaba la especia brillestim: la claridad hacía que el espectro quedara atrapado en la trampa de la araña cristalina.

Skynxnex y el guardia entraron en la gruta con un rugido de haces repulsores. El espantapájaros volvió a disparar sin prestar mucha atención al rumbo que seguía su vehículo. El haz desintegrador rebotó en una pared, activando más vetas de especia.

La araña empezó a emitir un débil resplandor azulado al que se unieron arcos eléctricos que subían y bajaban por sus miembros delgados como agujas. Era como si la criatura estuviese hecha de especia activada. Un instante después notó la atracción de la fuente de calor que se aproximaba, y se plantó delante de ella.

Skynxnex no la vio hasta que su vagón flotante ya casi estaba al alcance de las garras. El espantapájaros hizo girar los dos cañones recalentados de su desintegrador en el último momento, inclinó el arma hacia abajo y disparó contra la voraz criatura..., pero la araña que se alimentaba de energía absorbió la descarga del desintegrador, y se lo arrancó de las manos con una docena de patas.

Skynxnex intentó saltar del vehículo condenado a la destrucción, pero la criatura le atravesó con la afilada punta de uno de sus miembros y después lo alzó levantando su flaco cuerpo de espantapájaros cada vez más arriba. Skynxnex movió frenéticamente los brazos, consumiendo sus últimas reservas de energía mientras su cuerpo se iba enfriando rápidamente.

Y la criatura de muchas patas empezó a alimentarse.

El guardia chocó con una gruesa masa de fibras de especia que colgaban del techo, rebotó en ella y salió disparado hacia un lado. La especia brillestim relucía y centelleaba bajo la creciente claridad. Cuando el guardia vio que Skynxnex había sido

capturado, la gigantesca araña que se alimentaba de energía y el techo de la gruta que amenazaba con derrumbarse, hizo girar su vagón flotante y huyó a toda velocidad por la entrada de la caverna, alejándose de ella tan deprisa como pudo.

Pero Han acababa de descubrir un pasaje en el techo y vio un hilillo de luz que brotaba de él. Lo único que quería era salir de allí antes de que aquel ser horrendo viniera a por ellos, trepando sobre las hebras cristalinas de brillestim con sus muchas patas...

—¡Por arriba! —gritó Han con voz apremiante.

Kyp lanzó el vagón hacia la abertura del techo, y de repente se encontraron metidos en otro complejo de túneles. Pero aquellas catacumbas parecían haber sido creadas por la mano del hombre. Por fin habían logrado encontrar uno de los pozos ilegales excavados por los contrabandistas de especia que buscaban vetas activas.

Han dejó escapar un grito de deleite.

—¡Esto es lo que andábamos buscando! —exclamó—. ¡Vamos a salir de aquí!

Chewbacca se volvió hacia Han y le dio una palmada en la espalda tan entusiástica que estuvo a punto de conseguir que Han saliera despedido de su asiento.

Siguieron ascendiendo a toda velocidad. La distante luz del día se iba haciendo visible cada vez con más claridad a pesar de los obstáculos del pasadizo. Han no quería ir más despacio, y Kyp siguió acelerando hacia la luz.

El vagón flotante salió del túnel para entrar en la tenue atmósfera de Kessel, donde la luz acuosa les dejó tan cegados como si se encontraran delante de una supernova. Han se arrancó las gafas de un manotazo mientras parpadeaba e intentaba ver algo y volvió a tomar los controles del vehículo. Después fue corrigiendo la trayectoria, y pilotó el vagón sobre la desolada y lisa superficie del pequeño planeta.

Miró hacia la derecha y vio la enorme chimenea de una fábrica de atmósfera que lanzaba un chorro de humo blanco y vapores de aire hacia el cielo.

—Por ahí —dijo Kyp—. Ahí podremos encontrar una nave.

—Buena idea —respondió Han.

Han se fue acercando a la gigantesca construcción volando lo bastante bajo para evitar ser detectados, y procuró mantenerse lo más alerta posible. Moruth Doole no se enteraría de que habían escapado hasta que el único guardia superviviente volviera a la sala de reunión y presentara su informe. Eso haría que Han, Kyp y Chewbacca dispusieran de algún tiempo para acumular una ventaja inicial, pero no sería mucho.

Han vio una franja de pista con cuatro naves posadas en ella que se extendía al lado de la fábrica de atmósfera. Dos de ellas eran vehículos de superficie planetaria y no les servían de nada, pero las otras eran pequeñas lanzaderas de aprovisionamiento capaces de navegar por el espacio, aunque no podían alcanzar grandes velocidades.

Han señaló con una mano mientras usaba la otra para ajustarse la máscara respiradora.

—Ahí abajo... Si conseguimos apoderarnos de una de esas naves, podremos salir de Kessel. —Agarró a Kyp por el hombro—. Podremos volver a casa.

Cuando Luke regresó a Coruscant, pudo disfrutar de una alegre reunión con los gemelos de Han y Leia, a los que no había vuelto a ver desde que él y Ackbar establecieron el sistema de protección del planeta secreto para que estuvieran a salvo.

Esperó en los aposentos de Leia, jugando con los gemelos y lanzándolos al aire y haciendo malabarismos con ellos mediante sus poderes Jedi, Jacen y Jaina no paraban de lanzar chillidos de placer, riendo y confiando de manera instintiva en que su tío Luke nunca permitiría que cayeran.

Los niños siempre le habían parecido un milagro inexplicable. Luke había crecido con su tío Owen y su tía Beru en el árido mundo de Tatooine, y había dispuesto de muy poco tiempo para jugar con otros niños porque la vida de un granjero de humedad estaba llena de trabajo duro y grandes esfuerzos.

Cuando se fue de Tatooine con Ben Kenobi, Luke se unió a la Alianza Rebelde y estuvo muy ocupado pilotando cazas y concentrándose en el entrenamiento Jedi bajo la supervisión de Yoda. Nunca había dispuesto del tiempo o de la ocasión de ver niños, y en aquellos momentos contemplar sus grandes ojos llenos de inocencia y jugar con ellos le proporcionaba tanto placer como el que ellos parecían obtener de su compañía.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —gritó Jacen.

Luke decidió llevarle la contraria y dejó suspendido al niño en el aire, manteniéndole totalmente inmóvil mientras hacía que Jaina se moviera en una lenta órbita a su alrededor. La niña chillaba y estiraba los brazos, intentando agarrar la oreja de su hermano mientras giraba.

Luke acabó cansándose, y dejó que Jaina bajara lentamente hasta un almohadón mientras extendía las manos para coger a Jacen en mitad de su descenso y sostenerlo en sus brazos. Jaina se retorció y alargó sus bracitos regordetes hacia él, queriendo ser sostenida en brazos como su hermano.

Luke empezó a hacer muecas al niño, frunciendo los labios y moviéndolos en todas direcciones, y después le habló con una vocecita nasal de resfriado que recordaba un poco a la de Yoda.

—La Fuerza es grande en este pequeñuelo. ¿hmmmm? ¡Ah, sí! —Pero un instante después Luke arrugó la nariz y detectó la existencia de algo que no necesitaba poderes Jedi para comprender—. O quizá lo que estoy captando no sea precisamente la emanación de la Fuerza... Leia, creo que debes cumplir con uno de tus deberes de madre —añadió mientras sostenía a Jacen delante de él.

Cetrespeó entró a toda prisa en la habitación.

—Permítame que me ocupe de esto, señor —dijo—. Durante los dos últimos días he estado adquiriendo una práctica considerable en todo lo referente a este tipo de

asuntos.

Pensar en Cetrespeó intentando controlar a dos gemelos incansables le hizo sonreír, y Luke se percató de que el androide parecía estar un poquito maltrecho y de que no brillaba tanto como de costumbre.

—¿Eso también forma parte de tu programación de protocolo?

—Poseo la suficiente destreza manual para desempeñar esa clase de funciones, amo Luke. —Cetrespeó flexionó sus dedos dorados, y cogió a Jacen—. Ah, y le ruego que me crea cuando le aseguro que disfruto mucho más con ellas que vagabundeando por el espacio, soportando las andanadas de los cazas imperiales o extraviándome en campos de asteroides.

Leia entró en la habitación y se obligó a sonreír, pero Luke enseguida se dio cuenta de que su sonrisa no era más que una máscara. Parecía estar muy cansada. Era algo más que la tensión a la que la sometía el intento de combinar sus deberes diplomáticos con ser una madre. Había algo que la preocupaba profundamente, pero no le había dicho nada. Luke no intentó averiguar de qué se trataba. Hubiese podido sondear la mente de su hermana y extraer el secreto de ella con toda facilidad, pero no quería hacerle algo semejante, y además cabía la posibilidad de que a esas alturas Leia ya hubiera descubierto alguna forma de bloquear su sondeo. Luke decidió que permitiría que Leia le expusiera el problema a su manera y cuando ella quisiese hacerlo.

—La unidad preparadora de alimentos tendrá lista la cena dentro de unos minutos —dijo Leia—. Me alegra mucho que hayas vuelto, y los gemelos también parecen estar muy contentos de verte.

Luke cayó en la cuenta de que no había visto a Han desde su llegada, pero los dos siempre estaban tan ocupados que ver a Han y Leia en el mismo lugar y en el mismo momento era un acontecimiento bastante raro. ¡De hecho, incluso resultaba sorprendente que se las hubieran arreglado para tener tres hijos! Luke se preguntó si la ausencia de Han tendría algo que ver con la preocupación que Leia intentaba ocultar.

Después volvió a coger a Jaina con la Fuerza y la alzó por los aires. La niña se echó a reír y empezó a agitar los brazos y las piernas como si estuviera nadando en el vacío por toda la habitación.

—Necesito tu ayuda en un par de asuntos burocráticos, Leia —dijo Luke.

—Por supuesto. —Leia sonrió melancólicamente—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Todavía he de establecer contacto con Mara Jade y un puñado de posibles candidatos a recibir el adiestramiento Jedi. Pero ahora ya tengo dos personas a las que adiestrar, y debo encontrar un sitio en el que podamos iniciar nuestros estudios..., y he de encontrarlo pronto.

»He hablado con Streen y Gantoris, y tengo muy claro que Coruscant no es el

sitio adecuado. A Streen no le gusta que haya gente cerca de él, y no se sentirá muy cómodo en ninguna zona de Ciudad Imperial. Toda la superficie de Coruscant está cubierta por la metrópolis, edificios que se alzan encima de otros edificios...

»Y además... —Luke vaciló, pero estaba manteniendo una conversación privada con Leia y no podía ocultarle ninguna de sus preocupaciones—. Bueno, lo que podemos llegar a hacer encierra cierto peligro. ¿Quién soy yo para enseñar a todas esas personas con potencial Jedi? No tengo ninguna forma de saber qué puede provocar un desastre tan terrible como las tormentas de Fuerza del Emperador. Creo que sería preferible que encontráramos algún lugar aislado, un sitio solitario y tranquilo donde podamos trabajar sin temor a interferencias.

—Y sin que nadie corra peligro. —Los oscuros ojos de Leia se encontraron con los suyos, y Luke comprendió que los dos estaban pensando en Darth Vader—. Sí, estoy de acuerdo... Intentaré encontrarte un lugar adecuado.

—Ah, y ya que vas a buscar un sitio así hay otro problema del que quería hablarte, siguió diciendo Luke—. También tenemos que trasladar a otro mundo a todos los habitantes de Eol Sha. En ese puesto avanzado sólo quedan unas cincuenta personas, pero el planeta está condenado a la destrucción. Cuando me llevé a Gantoris, les prometí que encontraríamos un nuevo hogar para los supervivientes. ¿Podrás hacer algo al respecto?

—Es un grupo muy pequeño, así que no debería resultar demasiado difícil —respondió Leia—. Cualquier sitio será mejor que el planeta que van a abandonar.

Luke se echó a reír.

—¡Siempre podrías hacer que Han ganara otro planeta para ellos en una partida de cartas!

Leia le miró como si acabara de recibir una bofetada. «Sí, no cabe duda», pensó Luke. Era algo que tenía que ver con Han. Volvió a lanzar a Jaina por los aires, impulsándola hasta el techo y dejando que volviera a bajar lentamente después.

Lando Calrissian entró de repente en la habitación sin ser anunciado.

—¡Leia! Winter acaba de decirme que Han todavía no ha regresado... ¿Por qué no me lo habías dicho?

Luke se sobresaltó y dejó caer a Jaina, y después tuvo que pillarla al vuelo cuando la niña se encontraba a sólo un palmo de distancia del suelo de la habitación. Jaina se echó a reír como una loca, convencida de que todo había sido planeado.

Lando miró fijamente a Leia con las manos apoyadas en las caderas mientras echaba hacia atrás la capa para que colgara a su espalda. Parecía enfadado y preocupado. Un instante después vio a Luke inmóvil en el centro de la habitación.

—¿Vas a hacer algo al respecto, Luke? —preguntó.

—No sé de qué estás hablando..., pero creo que Leia estaba a punto de contármelo.

Los dos hombres se volvieron hacia ella. Leia suspiró y se sentó.

—Sí, Han ha desaparecido —dijo por fin—. Fue a Kessel hace unas dos semanas, pero ya hace cuatro días que debería estar de regreso. No se ha puesto en contacto conmigo desde que se fue, así que ayer establecí comunicación con Kessel. Hablé con una persona que parece estar al mando, un ribetiano llamado Moruth Doole.

»Doole dice que Han y Chewie nunca llegaron a Kessel. Los registros de Kessel no contienen ninguna referencia al *Halcón Milenario*. Doole sugirió que podían haberse perdido en el cúmulo de agujeros negros.

—¿Han? ¡Imposible! —exclamó Lando—. Y menos yendo en el *Halcón*... Sabe pilotar ese trasto casi tan bien como yo.

Leia asintió.

—Durante toda la conversación me pareció que había algo raro en el comportamiento de Doole. Sus respuestas eran demasiado rápidas y seguras de sí mismas, y parecía estar bastante nervioso. Tuve la clara sensación de que estaba esperando mi llamada, y de que ya había preparado las excusas adecuadas.

—Esto no me gusta nada —dijo Lando.

—Bueno, si Han ha desaparecido y tú lo sabías desde ayer, ¿por qué no enviaste una flota de naves de exploración de la Nueva República? —preguntó Luke—. Podrías haber enviado un grupo de búsqueda... ¿Y si realmente está perdido en algún lugar de las Fauces?

Leia suspiró.

—Vamos, Luke, piensa... —dijo—. Si movilizara una fuerza oficial, podría crear un incidente galáctico precisamente cuando estamos intentando conseguir que Kessel se una a la Nueva República... Y además, ya conoces a Han —añadió—. Existe una probabilidad muy real de que no le haya ocurrido nada y de que meramente esté haciendo travesuras por ahí. Se olvidó de que sus hijos iban a volver a casa... Quizá se tropezó con una partida de sabacc y no pudo resistir la tentación, o puede que empezara a hablar de los buenos y viejos tiempos con alguno de esos amigotes suyos que se dedicaban al contrabando de especia... Para empezar, ésa fue precisamente la razón por la que quiso encargarse de la misión.

—Iremos en su busca —dijo Lando.

La expresión de alivio que apareció en el rostro de Leia al oír aquellas palabras hizo comprender a Luke que eso era justo lo que su hermana había pretendido conseguir desde el principio.

—Sí, iremos a echar un vistazo —dijo—. No habrá ningún mensaje ni registro oficial concerniente a nuestra misión.

—Será mejor que vayamos en la *Dama Afortunada* —dijo Lando—. Es un yate de propiedad particular, y tiene unos motores muy potentes.

Leia dio un paso hacia adelante, levantó a Jaina del regazo de Luke y la sostuvo

en sus brazos.

—Yo cuidaré de Gantoris y Streen mientras estás fuera.

Luke asintió y extendió las manos hacia ella.

—¿Ves? Por eso eres diplomática... Siempre piensas en ese tipo de detalles. No permitas que se metan en ninguna clase de líos, ¿de acuerdo?

—Deberíamos llevarnos a Erredós —dijo Lando—. Ese pequeño androide me ayudó muchísimo en las carreras de amorfoides.

Luke ya había oído hablar de la aventura que Lando había vivido mientras andaba detrás de Tymmo, el genio del fraude.

—Podrás contármelo todo durante el viaje. Leia ya ha esperado más que suficiente.

—Bien, pues vayamos a Kessel —dijo Lando.

Consiguieron robar la segunda lanzadera.

Han y Chewbacca desperdiciaron un tiempo precioso en la primera nave de carga posada sobre la pista de la fábrica de atmósfera, intentando provocar un cortocircuito en los controles mientras Kyp Durrón montaba guardia en la escotilla abierta. El roce del aire era gélido sobre su piel desnuda, y no sabían qué cantidad de radiación residual procedente de las Fauces lograba llegar a atravesar el escudo atmosférico. Los sonidos de la respiración eran como siseos ahogados detrás de sus máscaras. Nadie les había visto..., todavía.

Sólo llevaban unos minutos trabajando cuando Han activó los sistemas de bloqueo automático de la lanzadera sin querer.

—¡Tendría que haber sabido que no hay forma de engañar a una interconexión de seguridad de alto nivel! —exclamó mientras golpeaba el panel con el puño.

Chewbacca sacó una placa de acceso y la arrojó al compartimiento de atrás haciendo tanto ruido como un vehículo de superficie al estrellarse. Después empezó a arrancar cables de los controles y los fue metiendo en las conexiones de anulación mientras lanzaba rugidos en wookiee, pero las pocas luces que seguían encendidas sobre los paneles continuaron siendo de color rojo.

—Olvídalo, Chewie. Probaremos suerte con la otra nave —dijo Han—. Creo saber qué fue lo que hice mal la última vez.

Kyp había seguido vigilando las diminutas puertas de la gigantesca chimenea de la fábrica de atmósfera.

—Continúa sin haber movimiento del interior —dijo—. Podemos ir.

Cruzaron a la carrera los espacios abiertos del espaciódromo hasta llegar a la segunda lanzadera de carga, un modelo imperial bastante antiguo con el blindaje lleno de señales y largas alas para planear que le daban el aspecto de un pez volador mecánico. Han y Chewbacca habían pilotado una lanzadera similar de la clase Lambda durante su misión de guerrilla en Endor, pero aquel modelo parecía todavía más viejo. Han pensó que las instalaciones penitenciarias debían tener un nivel de prioridad muy bajo a la hora de adquirir nuevo equipo.

Chewbacca abrió la escotilla, y Han subió a la nave y fue directamente a los controles. El wookiee subió detrás de él en el mismo instante en que aparecían cuatro guardias que empezaron a moverse por el perímetro de la chimenea atmosférica. El pelotón llevaba uniformes improvisados con armaduras de las tropas de asalto y trajes calefactores de las minas.

Kyp se pegó a la pared interior al lado de la escotilla abierta. Volvió la mirada hacia la pista y vio que no se habían acordado de cerrar la escotilla de la primera lanzadera, con el resultado de que las manipulaciones que habían llevado a cabo en

ella resultaban terriblemente obvias. El joven tragó saliva.

—Será mejor que te des prisa, Han —dijo—. Tenemos compañía, pero todavía no nos han visto.

—Si esto no funciona, estaremos metidos en excrementos de bantha hasta el cuello —murmuró Han mientras activaba las pantallas de control y sacaba la placa de acceso al bloqueo de seguridad.

El pelotón de guardias seguía avanzando en lo que probablemente era una patrulla de rutina. Han alzó la mirada para observarles a través del parabrisas de la lanzadera, sabiendo que el transpariacero reflectorizado impediría que los guardias pudieran ver el interior del compartimiento del piloto. Se preguntó cuántas veces al día darían la vuelta al perímetro de la chimenea atmosférica. Esperaba que a esas alturas de su turno de guardia ya estuvieran medio sonámbulos.

Intentó conectar los motores de la lanzadera, y el panel de control le mostró un mensaje de ERROR.

—Bueno, parece que nos ha tocado el gran premio del excremento de bantha... —murmuró.

Pero aún le quedaba una cosa por probar.

El guardia que iba en primer lugar se paró de repente y movió una mano señalando la escotilla abierta de la primera lanzadera. Inclino la cabeza para hablar por el comunicador de su casco, y después empezó a avanzar cautelosamente. Se llevó a otro guardia con él, mientras los dos guardias restantes desfundaban sus armas y se desplegaban mirando a un lado y a otro.

—Oh, chico... —dijo Kyp.

Han recableó el circuito de seguridad conectando las terminales de los mecanismos que verificaban las contraseñas a sus conexiones de entrada, y volvió a colocar la placa de acceso en su sitio cuando hubo terminado.

—Vamos a intentarlo. Kyp, prepárate para cerrar la escotilla. Si esto funciona, esos guardias se van a poner muy nerviosos. Y si no funciona... Bueno, entonces seré yo quien se pondrá muy nervioso.

Los dos guardias asomaron la cabeza por el hueco de la escotilla de la primera lanzadera y empezaron a manotear frenéticamente. Habían descubierto el sabotaje. Los otros dos guardias hablaron a toda velocidad durante unos momentos por los radios de sus cascos, y después corrieron hacia la segunda con las armas preparadas para hacer fuego.

Kyp presionó el botón que cerraba la escotilla. Todos los guardias echaron a correr y apuntaron sus desintegradores hacia la lanzadera.

Han tecleó la orden de ignición en el panel de control. Los motores decidieron apiadarse de él y se encendieron con un zumbido quejumbroso y la energía empezó a circular por los sistemas de la lanzadera. Han lanzó un grito de triunfo, pero

Chewbacca le echó hacia atrás de un empujón dejándole sentado en el asiento del piloto mientras manejaba frenéticamente los controles con sus manazas peludas para que despegaran de la pista.

Los guardias dispararon sus desintegradores contra la lanzadera. Han oyó los impactos ahogados acompañados por siseos de los haces desintegradores que se estrellaban contra el casco, pero el blindaje de la nave podía soportar sin problemas un ataque con armas manuales de ese calibre.

Las puertas de la base de la chimenea atmosférica se abrieron, y todo un destacamento salió por ellas tan deprisa como una manada de lagartos-hormiga de Anoa emergiendo de su refugio de hibernación al comienzo de la estación de apareamiento. Un rayo láser chocó con el transpariacero justo delante de los ojos de Han, deslumbrándole con su potente claridad.

—Ya va siendo hora de que nos larguemos de esta fiesta —dijo.

Chewbacca hizo despegar la nave, y fue maniobrando la lanzadera para alejarla de los otros vehículos posados en la pista.

Dos guardias acababan de traer un cañón desintegrador que estaban colocando sobre su trípode mientras alzaban la mira de disparo. Chewbacca gruñó, y Han tomó los controles.

—Lo sé, lo sé... —dijo—. Tenemos que subir y deprisa, o de lo contrario ese trasto puede llegar a crearnos problemas realmente graves.

Una andanada de rayos surgidos de armas láser manuales repiqueteó sobre la parte inferior del casco. Han fue elevando la lanzadera manteniéndola cerca de la gigantesca chimenea, trazando una espiral ascendente y utilizando la curvatura de los muros para que les sirviera de escudo. Los guardias consiguieron disparar el cañón desintegrador, pero el haz se dispersó sin causar ningún daño gracias a la maniobra de ascensión rotatoria de Han, que consiguió mantener la chimenea interpuesta entre él y las tropas. Los guardias corrían frenéticamente por el perímetro debajo de ellos para mantener el blanco dentro de su radio de fuego, pero Han no tardó en lograr que la lanzadera quedase fuera del alcance de su armamento manual.

—¡Nos vamos! —gritó Han—. ¡Acelera, Chewie!

Y un instante después las gigantescas torretas láser instaladas en la torre atmosférica empezaron a disparar contra ellos.

—¿De dónde han salido? —exclamó Han—. ¿Qué hacen esas armas en una chimenea atmosférica? ¡Eso de ahí abajo es una fábrica, no una guarnición!

Un haz verdoso hizo impacto en el ala de estribor de la lanzadera y la nave empezó a girar sobre sí misma. Han y Chewbacca lucharon con los controles mientras la nave daba vueltas y Kyp se aferraba desesperadamente a la base del sillón de pilotaje.

Entraron en el blanco chorro de vapor que ascendía hacia el cielo surgiendo de la

chimenea, y el aire manufacturado que era arrojado a la atmósfera de Kessel los zarandó de un lado a otro.

—¡Aguantad! —gritó Han.

No quería volver a estrellarse contra el planeta.

Aceleró al máximo y llevó la lanzadera por la corriente de aire, haciéndola subir a toda velocidad como si fuera un bote y estuviera cruzando los rápidos de un río. Los haces verdosos de las torretas láser seguían subiendo hacia ellos, pero Han se mantuvo en el centro de la corriente de vapores y consiguió que la lanzadera permaneciese en el punto ciego de sus mecanismos de puntería.

Siguieron avanzando a toda velocidad hacia las capas exteriores de la atmósfera. Han miró a Kyp y Chewbacca.

—Bien, me temo que nuestra partida ha sido bastante ruidosa... Ahora Moruth Doole va a enterarse de que hemos escapado.

Y justo en ese instante, y como si las palabras de Han hubieran sido una señal, el comunicador de la lanzadera emitió un chisporroteo y la voz del ribetiano brotó de la rejilla del circuito.

—¿Ha localizado la frecuencia? —graznó el ribetiano—. ¿Está seguro de que no ha vuelto a equivocarse de canal?

—Sí, comisionado.

—¡Solo! ¿Puedes oírme, Han Solo?

—¡Vaya, creo que es Moruth Doole, mi viejo amigo! —exclamó Han—. ¿Qué tal te va todo, compañero? Espero que mejor que a Skynxnex, ese fiel ayudante tuyo.

—¡Solo, me has causado más problemas que cualquier otra forma de vida de la galaxia... Jabba el Hutt incluido! Tendría que haberte aplastado cuando te tenía en mi despacho.

Han puso los ojos en blanco.

—Bueno, desperdiciaste una oportunidad y no pienso darte otra.

Doole dejó escapar una risita, un je-je-je siseante que hacía pensar en un hombre muy gordo que tuviese la garganta llena de arena.

—No conseguirás escapar —dijo—. Movilizaré todos mis recursos contra ti... Será mejor que empieces a pensar en la otra vida ahora mismo.

Kyp se había vuelto hacia una mirilla y la estaba contemplando con el ceño fruncido, como si estuviera sumido en una profunda concentración. La atmósfera se iba volviendo más tenue alrededor de la nave, que huía a toda velocidad y se estaba aproximando al punto más allá del cual la gravedad de Kessel ya no podía retener las partículas de los gases. Kyp vio la luna de Kessel, y de repente empezó a temblar incontrolablemente. Después parpadeó y puso cara de confusión.

Chewbacca se inclinó sobre la rejilla del altavoz y lanzó un alarido ensordecedor.

—Muy bien dicho, Chewie —dijo Han, y apagó la radio.

Kyp corrió hacia el panel, agarró los controles y encendió los cohetes de maniobra, haciendo que la lanzadera saliese disparada hacia adelante con un incremento de velocidad tan grande e inesperado que Han y Chewbacca quedaron inmobilizados contra los respaldos de sus asientos. Kyp se tambaleó y acabó cayendo de espaldas, incapaz de seguir conservando el equilibrio bajo aquella repentina aceleración.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Han mientras fulminaba a Kyp con la mirada.

Pero justo entonces Chewbacca emitió un ruido de alarma y tiró de Han llevándole casi a rastras hasta la consola. La atmósfera ondulaba y brillaba con un resplandor iridiscente por debajo de ellos, y una impenetrable pantalla ionizada acababa de aparecer ocultando el planeta.

—¡Han conseguido poner en funcionamiento su escudo de energía! —exclamó Han.

Los trabajadores de la base lunar de Kessel habían reparado la pantalla protectora que impedía el acceso al planeta prisión. Si Kyp no hubiera pulsado el botón de aceleración en aquel preciso instante, habrían acabado friéndose en la repentina inundación de energía o habrían quedado atrapados debajo del escudo y no hubiesen podido escapar.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Han, volviendo la cabeza hacia Kyp para mirarle por encima del hombro. Kyp se levantó del suelo y sacudió la cabeza intentando despejarse—. Es igual, olvídale... ¿Te encuentras bien?

—Sí. Y ahora alejémonos de Kessel ¿quieres?

Han giró sobre sí mismo y se volvió hacia los controles.

—Ponte en contacto con la Nueva República, Chewie —dijo—. Esta vez no habrá esperas. Tienen que enterarse de lo que está ocurriendo aquí por si acaso no conseguimos regresar.

El wookiee se inclinó sobre los controles del comunicador mientras Han empezaba a luchar con el ordenador de navegación y se quedaba boquiabierto ante la tarea con la que tendría que enfrentarse.

—¡Maldición! ¡Este trasto es una auténtica antigüedad... nada menos que un modelo de la serie quinientos X! ¡Nunca había visto ninguno fuera de un museo... Espero que se acordaran de incluir un cuaderno para hacer cálculos en el equipo de a bordo! ¡Creo que ese sistema resultaría más rápido y más preciso!

Chewbacca dejó escapar un gemido y golpeó la consola con su puño peludo lo bastante fuerte para producir una abolladura en los paneles. Han le lanzó una rápida mirada de soslayo.

—¿Qué quieres decir con que estamos siendo interferidos? ¿Quién nos está interfiriendo?

Kyp se volvió hacia una mirilla lateral.

—Ahí vienen —dijo en voz baja.

La guarnición de la luna de Kessel estaba escupiendo cazas, docenas de navíos de combate remozados, cargueros blindados, cazas X de líneas esbeltas potentemente armados y cazas TIE. Muchas naves debían de haber sufrido averías durante la guerra y haber sido reparadas después. Doole también contaba con su escudo de defensa planetario, que ya volvía a estar en condiciones de funcionar. Kessel se había convertido en una fortaleza muy sólida capaz de ofrecer una considerable resistencia a cualquier tipo de ataque.

Oleadas de cazas X y cazas Y fueron despegando de la luna, flanqueadas por escuadrones de cazas TIE. Las naves avanzaron rugiendo a través de la nebulosa cola de atmósfera que se agitaba en la estela orbital de Kessel, dejando una ventana resplandeciente de gases ionizados procedente de sus motores subluminicos.

—Poneos los arneses —ordenó Han—. Vamos a tener un viaje de mil demonios... —Extendió las manos hacia los controles preparándose para luchar, y de repente sintió como si un peñasco acabara de caer sobre su estómago—. ¿Cómo? ¡Esta nave está desarmada! —Han recorrió frenéticamente las consolas con la mirada—. ¡Nada! ¡Ni un solo láser... ni siquiera disponemos de una honda!

Kyp se agarró al respaldo del sillón de pilotaje de Han, aferrándose a él para no perder el equilibrio.

—Hemos robado una nave de aprovisionamiento, no un caza... ¿Qué esperabas?

—Envía toda la energía disponible a nuestros escudos Chewie..., y cuando digo toda quiero decir toda, la de los sistemas de apoyo vital incluida. Disponemos del aire suficiente para aguantar más tiempo del que es probable que aguante esta nave. Refuerza los escudos hasta que las agujas indicadoras se salgan de la escala. Tendremos que dejarlos atrás.

La primera oleada de cazas TIE llegó a toda velocidad, y el ensordecedor aullido de sus motores iónicos gemelos brotó de los altavoces de la cabina. Lanzas láser salieron disparadas de los cañones y los impactos llovieron sobre la lanzadera, pero los escudos aguantaron. Los cazas X iniciaron el ataque desde atrás.

—¿Es que no podemos ir más deprisa? —preguntó Kyp.

Chewbacca reforzó los escudos, y las luces interiores se debilitaron un poco.

—Como tú mismo dijiste chico, hemos robado una lanzadera de carga. No vamos a bordo de una nave de carreras, y puedes estar seguro de que este trasto no es el *Halcón*. Prepárate para un salto al hiperespacio tan pronto como este fósil que pretende ser un ordenador de navegación nos proporcione una respuesta. —Han clavó los ojos en las lecturas, las examinó en silencio durante unos momentos y acabó dando un puñetazo en el panel—. Tendremos que esperar diez minutos más antes de que el ordenador escupa una trayectoria que no presente riesgos. ¡Maldición! La

proximidad del cúmulo de agujeros negros hace que los procesos de cálculo resulten mucho más lentos y difíciles de lo normal.

Chewbacca añadió un comentario expresado bajo la forma de un prolongado balido quejumbroso.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kyp.

—Ha dicho que nuestros escudos dejarán de funcionar dentro de dos minutos. Ah, ojalá tuviera armas... ¡Creo que incluso me conformaría con una roca para poder arrojarla por la ventanilla! —Han tenía los ojos muy abiertos, y la esperanza se había esfumado repentinamente de ellos—. No podremos resistir el tiempo suficiente, y podemos estar seguros de que Doole no hará prisioneros por segunda vez. Lamento mucho haberte metido en esto, chico...

Kyp se mordió el labio, y después se dio la vuelta y señaló el parabrisas.

—Ve ahí —dijo.

Estaba señalando las Fauces.

Nubes de gas que giraban incesantemente se acumulaban en los pozos sin fondo de los agujeros negros, haciendo que el espacio pareciera una urdimbre enredada formada por hilos incandescentes. La gravedad aguardaba agazapada en ella para hacer pedazos a cualquier nave que se aproximara demasiado. El cúmulo de las Fauces mantenía un acecho inexorable que acabaría engullendo todo el sistema de Kessel dentro de sólo mil años, pero Han no tenía ninguna prisa por saciar su apetito dándole un pequeño anticipo de ese banquete.

Chewbacca lanzó un rugido que no necesitaba traducción.

—¿Estás loco? —preguntó Han.

—Has dicho que íbamos a morir de todas maneras, ¿no?

Cuatro cazas Y dispararon simultáneamente sobre la lanzadera por babor, y el impacto hizo que el casco oscilara de un lado a otro. Un chorro de chispas brotó de la unidad de comunicación, y Chewbacca intentó hacer un puente prescindiendo de los circuitos afectados.

—Se supone que hay rutas seguras que permiten atravesarlo —dijo Kyp—. Tiene que haberlas...

—Sí, ¡y también hay un millón de rutas que te llevan a una muerte repentina!

—Será como hacer todo el trayecto moviéndose sobre el filo de una navaja. — Los jóvenes ojos de Kyp parecían inconmensurablemente ancianos mientras miraban fijamente a Han—. ¿Tenemos más posibilidades de sobrevivir si nos quedamos aquí y peleamos?

Los enormes pozos gravitatorios de las Fauces convertían en un laberinto todas las rutas hiperespaciales y los caminos del espacio normal que atravesaban el cúmulo de agujeros negros. La inmensa mayoría de las rutas eran callejones sin salida o acababan pasando por un agujero negro.

—Nunca conseguiríamos encontrar una ruta que nos permitiera pasar —dijo Han—. Sería un suicidio...

Kyp le agarró el hombro.

—Puedo mostrarte el camino.

—¿Qué? ¿Cómo?

Un caza TIE pasó por encima de ellos haciendo un rizo, sin dejar de disparar ni un instante contra la lanzadera secuestrada mientras giraba sobre sí mismo. Los cruceros de la base lunar se estaban aproximando, y cada vez se hallaban más cerca. Cuando las baterías turboláser de las naves más grandes entraran en acción, el trío de fugitivos quedaría vaporizado en cuestión de momentos. Los escudos traseros empezaron a debilitarse y a fallar, y Chewbacca dejó escapar un gemido quejumbroso.

Han luchó con los controles. Tanto él como Chewbacca estaban intentando reforzar los puntos más débiles quitando energía a los escudos delanteros, que contaban con más potencia. Las luces de la cabina siguieron debilitándose a medida que los escudos iban engullendo más y más energía.

—Te ayudé a orientarte por las tinieblas de los túneles de especia cuando estábamos huyendo de Skynxnex, ¿no? —preguntó Kyp—. ¡Supe en qué momento iba a conectar Doole el escudo de energía! Puedo encontrar un camino que nos permita atravesar las Fauces.

—¡Eso sigue sin explicarme cómo te las arreglarás para hacerlo, chico! —gritó Han.

Kyp le contempló con expresión algo avergonzada durante unos momentos, y acabó sonriendo.

—Bueno, esto te va a sonar a paparruchada religiosa... ¡Pero funciona! Una vieja que cumplió una parte de su sentencia en los túneles de especia me dijo que yo poseía un potencial tremendo de no sé qué clase. Me enseñó a utilizar algo llamado «el poder» o «la fortaleza», o algo por el estilo.

—¡La Fuerza! —exclamó Han muy aliviado, y sintió deseos de abrazar a Kyp—. ¿Por qué no lo habías dicho antes? ¿Quién era esa mujer'?

—Se llamaba Vima-Da-Boda. Estuvimos juntos durante algún tiempo en las minas de especia, y me enseñó unas cuantas cosas antes de que los guardias se la llevaran. Nunca volví a verla, pero he estado practicando lo que me enseñó. Me ha ayudado en unas cuantas ocasiones, pero en realidad nunca he entendido muy bien cómo funciona.

—¡Vima-Da-Boda! —exclamó Han.

No había olvidado a la anciana Jedi caída con la que se encontró cuando él y Leia estaban en Nal Hutta. Vima-Da-Boda había pasado algún tiempo en las minas de especia mientras se escondía acosada por los remordimientos y la culpabilidad, y

había permanecido en ellas el tiempo suficiente para adiestrar a Kyp en el uso de unas cuantas habilidades esenciales. Han esperaba que serían suficientes.

—Esto no me gusta nada —dijo. Otro par de cazas pasaron sobre ellos sin cesar de disparar ni un instante—. Pero es preferible al resto de opciones actuales, claro...

Alteró el curso dando un viraje que impulsó a la lanzadera en un vector de aproximación directa al hirviente cúmulo de agujeros. Han esperaba que los cada vez más debilitados escudos de la nave pudieran aguantar el tiempo suficiente para permitirles llegar hasta allí.

El primer navío de combate llegó hasta ellos, disparó y viró sobre sus cabezas para volver al instante como si tuviera intención de embestirles. La forma del carguero atacante hizo que Han sintiera que se le helaba la sangre y lo contempló con silenciosa consternación durante unos segundos antes de lograr emitir un grito ahogado.

—¡Es el *Halcón Milenario*! —exclamó—. ¡Es mi nave!

El *Halcón* se lanzó en línea recta hacia ellos, volviendo a disparar una y otra vez mientras los escudos delanteros de la lanzadera intentaban aguantar aquel terrible castigo. Han esperó hasta el último instante, y después dirigió la lanzadera robada en un picado tan pronunciado que el *Halcón* pasó por encima de ellos, tan cerca que los dos cascos casi se rozaron. Un rayo atravesó los parpadeantes y ya muy debilitados escudos de energía para dejar un surco en el blindaje de la lanzadera.

—¡Bueno, esto es la gota que desborda el vaso! —gritó Han—. Estoy harto, ¿vale? Chewbacca, cuando yo dé la orden desconectarás los escudos y mandarás toda la energía a la sección impulsora... Dirige hasta el último ergio a nuestros motores, y llévanos en línea recta hacia las Fauces. —Han bajó la mirada hacia sus lecturas—. De todas maneras, los escudos dejarán de funcionar en menos de un minuto y el ordenador de navegación necesita seis minutos más para terminar sus cálculos... ¡Condenados cacharros quinientos-X!

Otra oleada de cazas se lanzó sobre ellos descargando un diluvio de haces energéticos y después se alejó rugiendo, dejando un hueco detrás de ella mientras una enorme fragata de la clase Lancero se aproximaba a toda velocidad. Una segunda oleada de patrulleras de sistemas y cruceros Carraca venía inmediatamente después, preparada para descargar la potencia de fuego de toda una armada de baterías turboláser sobre la lanzadera. Esta vez Moruth Doole no iba a correr ningún riesgo.

—¡Adelante, Chewie! —dijo Han.

El wookiee desconectó los escudos y envió toda la energía disponible a los motores sublumínicos. La lanzadera salió disparada hacia adelante en una inesperada aceleración que pilló totalmente desprevenidas a las naves que la perseguían.

—La sorpresa sólo nos ayudará durante unos segundos —dijo Han—. Después estaremos totalmente indefensos.

—Esos segundos deberían bastar para llevarnos hasta la zona de influencia del campo gravitatorio de las Fauces —susurró Kyp.

—Si te has equivocado, chico... Bueno, nunca llegaremos a saberlo.

Cortinas de gases incandescentes llameaban ante ellos, masas de residuos giratorios que iban siendo recalentados por la fricción mientras avanzaban en espiral siguiendo complejas órbitas a través del lóbulo de Roche de un agujero negro y se precipitaban hacia las profundidades de otro. El espacio estaba repleto de rayos X letales que obligaron al transpariacero a oscurecerse para proteger los ojos de los pasajeros.

—Sólo un completo idiota intentaría hacer algo semejante... —dijo Han.

Chewbacca se mostró totalmente de acuerdo con él.

Las naves de Kessel seguían acelerando en un desesperado intento por capturar al trío de fugitivos antes de que Han pudiera llegar al cúmulo de las Fauces. Han estaba encorvado sobre los controles con los nudillos blancos por la tensión, como si pudiera aumentar su velocidad por pura fuerza de voluntad.

Los cazas lanzaron una tempestad de fuego láser sobre ellos, pero las enormes distorsiones gravitatorias de las Fauces abrieron el foco de los haces y acabaron dispersándolos en largos arcos muy alejados de su objetivo.

—¡Esperemos que esos tipos no sean tan idiotas como nosotros! —gritó Kyp mientras Han dirigía la lanzadera hacia las hilachas llameantes de gases recalentados.

Las naves de Kessel les persiguieron hasta el último instante, y después se alejaron a toda velocidad con sus impulsores de maniobra, dejando que su presa siguiera avanzando hacia una muerte segura.

Y la nave de Han se sumergió en las fauces gravitatorias del cúmulo de agujeros negros.

Leia logró no sonreír mientras llevaba a Gantoris a la cámara de proyección. Su huésped y visitante de oscuros cabellos se movía tan rígidamente como una marioneta mientras intentaba verlo todo al mismo tiempo.

Gantoris estaba resplandeciente con su uniforme nuevo hecho a medida e idéntico al viejo traje de piloto de varias generaciones de antigüedad que había llevado en su calidad de líder de Eol Sha. Leia había introducido diseños sacados de los archivos en los bancos de datos de un androide sastre, y le había entregado el uniforme como regalo. Gantoris se había mostrado encantado, y había estado admirándose un buen rato.

Leia ya empezaba a conocerle un poco, pero aun así seguía sintiéndose un tanto incómoda cuando estaba cerca de él. Luke le había asegurado que aquel hombre tenía un gran potencial Jedi, pero a Leia no le habían gustado en lo más mínimo las «pruebas» mortíferas por las que Gantoris había hecho pasar a Luke antes de acceder a marcharse de Eol Sha. Admitía que Gantoris había tenido una existencia infernal, pero aun así le parecía demasiado serio y encerrado en sí mismo, y sus ojos oscuros eran como pozos llameantes llenos de furia reprimida a duras penas. Tenía el aspecto de un hombre acostumbrado al poder al que se le muestra de repente cuán pequeño es el lugar que ocupa en el gran esquema general de las cosas.

Pero el otro lado de Gantoris intrigaba a Leia. Ya había visto cómo movía los ojos de un lado a otro, y cómo estiraba el cuello para contemplar los altísimos edificios que se alzaban hasta rozar las capas exteriores de la atmósfera de Coruscant. Gantoris había quedado asombrado ante las relucientes cámaras de audiencia y las pequeñas comodidades de los aposentos que Luke se había encargado de conseguirle. Nunca había visto o ni siquiera imaginado las cosas que Leia consideraba más normales y cotidianas.

Cuando entraron en la sala de proyecciones Gantoris clavó la mirada en los gigantescos ventanales que llenaban las paredes con enormes panoramas de Coruscant y de los edificios construidos hacía siglos que circundaban el mundo. Leia sabía que en realidad no se encontraban lo bastante arriba para disfrutar de aquel espectáculo: de hecho, la sala de proyecciones era una cámara interna situada a bastante profundidad, y los «ventanales» eran pantallas de alta resolución que mostraban imágenes tomadas por las cámaras instaladas en la cima del Palacio Imperial.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Gantoris.

Leia sonrió y cruzó los brazos sobre su túnica.

—Bueno, en estos momentos no es más que una habitación... pero dentro de un instante te proporcionaré todo un mundo nuevo.

Fue hasta el estrado de control que se alzaba en el centro de la habitación y tecleó los códigos de las imágenes que había compilado de los archivos, registros antiguos de las investigaciones de la Vieja República y los expedientes recopilados durante la ocupación de la Alianza.

Las pantallas-ventanales parpadearon y las imágenes cambiaron con tal rapidez que Gantoris se sobresaltó. De repente el paisaje mostrado era el de un planeta totalmente distinto, y Gantoris giró sobre sí mismo con los ojos muy abiertos y súbitamente llenos de pánico, como si Leia acabara de transportarle hasta el otro extremo de la galaxia.

—Te estoy enseñando un nuevo hogar. Este mundo es Dantooine, el lugar que hemos elegido para los habitantes de Eol Sha.

Las pantallas-ventanales mostraron vastas llanuras llenas de hierba y árboles puntiagudos que se extendieron a su alrededor. Colinas purpúreas se alejaban en suaves ondulaciones hasta perderse en el lejano horizonte. Una manada de pequeñas bestias peludas avanzaba a través de la sabana, y una bandada de criaturas multicolores que parecían globos y que tanto podían ser plantas como animales rudimentarios flotaba por el aire. Algunas se habían enganchado en los extremos de las puntiagudas ramas de los árboles. Dos lunas, una verdosa y otra de un amarillo claro, estaban suspendidas sobre las llanuras.

—Establecimos una de nuestras primeras bases en Dantooine —le explicó Leia—. Tiene un clima suave, gran abundancia de formas de vida y mucha agua. Unas cuantas tribus nómadas vienen y van a lo largo de las costas del océano, pero la mayor parte de la superficie del planeta se encuentra deshabitada.

Leia había utilizado Dantooine como señuelo cuando el Gran Moff Tarkin la interrogó a bordo de la *Estrella de la Muerte*. Quería salvar su amado planeta Alderaan, y había divulgado la situación de la base rebelde de Dantooine en vez de dar la de la base real de Yavin 4, pero Tarkin acabó destruyendo Alderaan a pesar de todo porque Dantooine estaba demasiado lejos y no le habría permitido ofrecer una demostración efectiva del poder de la *Estrella de la Muerte*. Dantooine por fin podría resultar nuevamente útil como hogar para los refugiados de Eol Sha.

—¿Crees que a tu gente le gustaría vivir en un lugar así? —preguntó Leia enarcando las cejas.

Gantoris, que hasta aquel momento sólo había visto su mundo desolado, el planeta gaseoso de Bespin y la superficie planetaria cubierta por una gigantesca ciudad que era Coruscant, parecía impresionado.

—Parece un paraíso... ¿No hay volcanes ni terremotos? ¿Mucha comida, y ninguna gran ciudad?

Leia asintió, y la puerta de la sala de proyección se abrió antes de que Gantoris pudiera volver a hablar. Leia se dio la vuelta, y se sorprendió al ver a la Jefe de

Estado, Mon Mothma, cruzando el umbral para reunirse con ellos.

La mujer de cabellos castaño rojizos caminaba con pasos rápidos y seguros que creaban la impresión de que se deslizaba sobre el suelo. La líder de la Nueva República extendió una mano hacia Gantoris.

—Tú debes de ser uno de los primeros candidatos a recibir el adiestramiento Jedi de Luke Skywalker —dijo—. Permíteme darte la bienvenida a Coruscant y desearte el mayor éxito posible, y que acabes convirtiéndote en parte de una nueva orden de Caballeros Jedi.

Gantoris tomó la mano de Mon Mothma y la saludó con una leve inclinación, pero Leia captó la fugaz impresión mental de que se consideraba a sí mismo como un líder que conoce a una persona de su misma posición.

—Le estaba enseñando unas imágenes de Dantooine a Gantoris, Mon Mothma —dijo Leia—. Estamos pensando en trasladar a los refugiados de Eol Sha a nuestra antigua base de ese mundo.

Mon Mothma sonrió.

—Estupendo. Estoy al corriente de la difícil situación actual de tus gentes, y me gustaría verlos sanos y salvos en Dantooine. Siempre he pensado que era una de nuestras bases más agradables, no tan rigurosa como Hoth o la Base Pináculo y sin las espesas junglas de Yavin 4. —Se volvió hacia Gantoris—. Si das tu aprobación a ese mundo, a mi vez yo daré instrucciones a la ministra Organa Solo para que inicie los trabajos de traslado y reasentamiento inmediatamente.

Gantoris asintió.

—Si estas imágenes son representativas de cómo es el lugar, estoy seguro de que Dantooine será un hogar excelente para mi pueblo.

Leia sintió un gran alivio.

—Estaba pensando en poner a Wedge... quiero decir al general Antilles al frente de esos trabajos. Lleva meses supervisando la reconstrucción de los niveles inferiores de la ciudad y, francamente, creo que está desperdiciando sus talentos en esa tarea.

—Estoy de acuerdo —dijo Mon Mothma. Vivía continuamente bajo una montaña de enredos diplomáticos y decisiones burocráticas tan enorme que Leia no podía ni imaginarla, pero aun así se las arreglaba para mantener una actitud de tranquila energía—. Mi calendario también acaba de recordarme que el embajador de Carida llegará dentro de dos días. ¿Van bien todos los preparativos? ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Bueno, me basta con que pienses estar aquí. Es todo lo que puedo pedirte... He decidido trasladar la recepción a los Jardines Botánicos de la Cúpula Celeste en vez de celebrarla en el Palacio Imperial. El embajador Furgan parece sentir una cierta hostilidad hacia nuestra causa, y no he querido exacerbar sus reacciones recibéndole en un lugar que fue la sede del gobierno imperial. De hecho, el embajador está

intentando disfrazar la misión que le trae aquí haciéndola pasar por una mera peregrinación para visitar varios monumentos y lugares históricos imperiales.

Mon Mothma asintió con una leve inclinación de cabeza, pero sonrió.

—Bien, por lo menos va a venir... Hasta el momento ésa es la mejor señal, ¿no?

—Supongo que sí.

Leia seguía sintiéndose un poco escéptica.

—Por cierto, no he recibido tu informe sobre la misión de Han en Kessel... Tuviste una idea muy brillante al enviar a Han en vez de a un embajador del cuerpo diplomático. Él puede hablarles en su propia lengua, y volver a abrir los canales de circulación de la especia alejándoles del mercado negro podría hacer maravillas para la nueva economía. ¿Ha tenido algún éxito?

Leia clavó la mirada en el suelo, sintiéndose bastante incómoda.

—Ha sufrido un cierto retraso, Mon Mothma, y por el momento todavía no dispongo de ninguna información. Te enviaré un informe completo tan pronto como haya regresado. Esperemos que su misión se vea coronada por el éxito.

—Cierto, esperémoslo... —La expresión de Mon Mothma parecía indicar que sospechaba que Leia le estaba ocultando algo, pero no hizo más preguntas—. Tengo que ir a discutir los derechos de salvamento de las naves abandonadas en órbita alrededor de Coruscant con los representantes de los ugnights. Me temo que va a ser una tarde muy larga, y sólo quería saludarte mientras tuviera una oportunidad de hacerlo. Ha sido un placer, Gantoris.

Mon Mothma empezó a girar sobre sí misma disponiéndose a marcharse, pero se detuvo y miró a Leia.

—Por cierto, Leia, estás haciendo un gran trabajo... El gobierno se ve acosado con tanta frecuencia por las quejas y las demandas de los grupos que representan intereses insatisfechos, que a veces olvidamos todo lo que estamos haciendo bien. Estás haciendo bien un montón de cosas.

Leia no pudo evitar una fugaz sonrisa de incomodidad, y pensó que se sentiría mucho más contenta si no hubiera perdido a su esposo.

Los gemelos empezaron a llorar al unísono en cuanto Winter puso los pies sobre la rampa de su lanzadera sin señales de identificación. La sirvienta personal de Leia se detuvo, permaneció de espaldas a Jacen y Jaina durante unos momentos y acabó volviéndose lentamente hasta quedar de cara a ellos.

Leia tenía las manos sobre sus hombros, pero los dos niños seguían tratando a su madre como si fuera una desconocida a pesar de que ya habían transcurrido varios días desde su llegada. Leia se dio cuenta de que sus dedos se habían tensado de repente y comprendió que quizá no fuera la reacción más adecuada dadas las circunstancias, pero todo su ser quería dejar bien claro que los gemelos eran sus hijos, y Leia se sintió incapaz de luchar contra ese súbito afán de posesión.

El rostro de Winter estaba gélido e impasible bajo su blanca cabellera.

—Dejad de llorar ahora mismo, niños —dijo. Jacen sorbió aire por la nariz.

—Queremos que te quedes, Winter.

Winter extendió una mano y señaló a Leia con un dedo tan rígido como la punta de una lanza.

—Ahí tenéis a vuestra madre —dijo—. Yo me he limitado a cuidar de vosotros. Ya sois mayores, y ha llegado el momento de que estéis en vuestra casa. Yo he de volver para cuidar de vuestro hermanito pequeño.

Leia logró no estremecerse. Conocía a Winter desde hacía mucho tiempo. Su sirvienta podía recordar todo cuanto había visto u oído a lo largo de su existencia, y rara vez mostraba ninguna clase de emoción: pero sus palabras de hacía unos momentos significaban que acababa de renunciar a la compañía de sus dos pupilos, y Leia creyó detectar una cierta tristeza y una sensación de pérdida que emanaba de ella.

Leia se arrodilló junto a los gemelos.

—Ahora los dos os quedaréis conmigo —dijo—, y vuestro papá no tardará en regresar a casa. Cuando volvamos a estar juntos los cuatro nos divertiremos mucho, ya lo veréis...

Los gemelos se volvieron hacia ella. Winter aprovechó el momento de distracción para desaparecer en el interior de la nave. Después activó los sellos de las puertas y quedó encerrada dentro de la lanzadera antes de que Jacen y Jaina se hubieran dado cuenta de que se había marchado.

Leia permaneció inmóvil junto a los niños en la pista barrida por el viento. Los haces repulsores de la lanzadera se activaron con un leve zumbido. Leia dio un paso hacia atrás, haciendo retroceder a los gemelos con ella.

—Tenemos que apartarnos, niños. Estamos demasiado cerca, y este lugar no es seguro...

Jacen y Jaina seguían sorbiendo ruidosamente aire por la nariz y volvían a estar al borde del llanto. Leia no había recibido el adiestramiento necesario, pero aun así intentó calmarles enviándoles pensamientos tranquilizadores y llenos de amor.

Inclinó la cabeza para hablar por el comunicador que llevaba en la solapa.

—Concedan permiso de despegue a lanzadera sin señales de identificación posada en la plataforma superior norte del Palacio, por autorización de la ministra Organa Solo.

Los controladores del tráfico orbital respondieron con un acuse de recibo, y la lanzadera de Winter ascendió desde la plataforma, giró y acabó alzándose hacia el cielo en una trayectoria angular. Leia alzó la mano en un gesto de despedida.

—Saludad a Winter —dijo.

Los gemelos agitaron sus bracitos regordetes. Winter correspondió a su saludo

encendiendo y apagando las luces de la lanzadera. Después los cohetes de acción orbital empezaron a funcionar, y la nave salió disparada hacia la lejanía iluminada por las franjas de claridad de la aurora.

—Vamos —dijo Leia—. Tengo mucho tiempo perdido que recuperar.

Streen estaba sentado en la cima del rascacielos abandonado y medio en ruinas donde había establecido su hogar. Cuando Luke le llevó a la masa ruidosa y agitada de Ciudad Imperial, donde millones de personas cubrían el planeta con todos sus pensamientos y todas sus emociones, Streen suplicó que le encontrase un lugar en el que pudiera tener un poco de soledad hasta que salieran del planeta para ir a su centro de adiestramiento Jedi. Luke le mostró las partes abandonadas de la ciudad, y Streen había escogido el edificio más alto. Estar a gran altura le recordaba las nubes de Bespin.

Leia había traído consigo a los gemelos, y los mantuvo firmemente agarrados de la mano mientras los llevaba hasta la cabina de un ascensor que parecía iba a averiarse de un momento a otro y que los trasladó al tejado. Salieron a la plataforma exterior donde estaba Streen. El anciano se había sentado en el borde con los pies colgando sobre el vacío, sin prestar atención al kilómetro de abismo que había debajo de él. Estaba contemplando el paisaje urbano, las torres geométricas de la masa de edificios que se extendía sin ninguna interrupción hasta perderse en la lejanía, y observaba con silenciosa atención las diminutas siluetas de los halcones-murciélago que cabalgaban sobre las corrientes de aire caliente.

Leia cruzó el tejado. Nunca había tenido miedo a los lugares altos, pero la presencia de los niños hacía que sintiera un nuevo temor que no tenía nada que ver con las alturas, una paranoia que le tensaba el estómago provocada por los millones de cosas que podían suponer un peligro para los gemelos. Jacen y Jaina querían ir corriendo hasta el borde de la plataforma para contemplar el abismo, pero Leia se negó a soltarles la mano.

Streen se volvió al oírles acercarse. Leia vio que todavía llevaba su mono de muchos bolsillos. El buscador de nubes no había querido cambiarlo por las prendas más cómodas o de más abrigo que le había ofrecido.

—Sólo hemos venido a ver qué tal estabas, Streen —le saludó Leia—. Luke ha tenido que irse, y quería asegurarme de que no necesitabas nada.

Streen tardó unos momentos en responder.

—Me gustaría disponer de un poco de soledad, pero me temo que en todo este planeta no hay ningún lugar en el que pueda estar a solas. Incluso en los sitios más tranquilos de Coruscant sigo pudiendo oír un zumbido constante de pensamientos y voces que susurran... Hasta que aprenda cómo bloquearlo, me resultará muy difícil vivir aquí. El Maestro Jedi prometió que me enseñaría cómo conseguirlo.

—Luke no debería tardar mucho en volver —dijo Leia.

Se acercaron un poco más al borde y Leia insistió en mantenerse lo bastante lejos de él para que no corrieran peligro, pero Jaina tiró de su mano hasta obligarla a estirar todo el brazo para poder mirar por encima del borde y contemplar boquiabierta la gran distancia que la separaba del suelo.

—¡Queda muy lejos! —exclamó.

—Sí, tanto que si cayeras te harías mucho daño —replicó Leia.

—No me caeré.

—Yo tampoco —dijo Jacen, y después insistió en tirar del brazo de su madre para poder mirar por el borde igual que había hecho Jaina.

Streen contempló a los gemelos con algo parecido al asombro en la mirada.

—Sois mejores que los otros —dijo—. Las mentes de los niños son sencillas y sin complicaciones, y no me molestan. La cabeza sólo me duele cuando los pensamientos son complicados y están llenos de un millar de subtextos. Y usted, ministra Organa Solo... Su mente es más tranquila y está más centrada que la de la gran mayoría de las personas.

—Luke me enseñó a controlar mi mente. No permito que los pensamientos y las emociones que tanto te molestan escapen de ella, y tampoco los envío a nadie más.

Streen sonrió con cansancio, y después se dedicó a contemplar la inmensidad del cielo. Las luces parpadeantes de las lanzaderas diplomáticas que llegaban y se marchaban viajaban por el ciclo siguiendo distintos cursos parabólicos.

—Espero que todos los que reciban el adiestramiento Jedi aprendan a conseguir que sus mentes sean tan silenciosas como la suya, ministra. Me encantaría estar cerca de otras personas y formar parte de una comunidad con gente como usted y el Maestro Jedi... ¿Cuánto tiempo cree que tardaré en conseguirlo?

Streen clavó su mirada profunda y penetrante en sus ojos, y Leia tiró de los niños apartándolos del borde del tejado.

—Ese momento llegará pronto —dijo Leia—. Lo más pronto posible, ya lo verá...

Después se juró a sí misma que encontraría un lugar para la academia de Luke antes de que su hermano volviera de Kessel. Tenía que ser el lugar adecuado, y tenía que encontrarlo enseguida.

Leia y Cetrespeó insistieron en que los gemelos debían recibir un baño ondulatorio caliente antes de acostarse. Leia abrió los grifos, y Cetrespeó fue comprobando la temperatura periódicamente para asegurarse de que el agua no estaba demasiado fría ni demasiado caliente.

Leia empujó a Jacen y Jaina hacia el agua que ondulaba y se agitaba suavemente, pero Jacen se resistió.

—¡Antes ponle burbujas!

—Pondré las burbujas antes de cerrar los grifos. Ahora meteos dentro, ¿de acuerdo?

—Winter pone las burbujas primero —dijo Jaina.

—Bueno, pues esta vez lo haremos de una manera un poco distinta —le explicó Leia, empezando a sentir una cierta irritación.

—¡Quiero burbujas ahora! —gritó Jacen.

—¡Oh, cielos! Quizá sería mejor que pusiéramos las burbujas primero, ama Leia —dijo Cetrespeó.

Pero el desafío de los gemelos había servido para despertar la tozudez natural de Leia.

—No. Os he dicho que os metáis en el baño, ¿de acuerdo? Me da igual cómo lo hiciera Winter. Ahora vivís aquí, y a veces hacemos las cosas de manera distinta.

Jaina empezó a llorar.

—¡Oh, no pasa nada! —exclamó Leia—. Es un baño magnífico. Mirad... —Metió la mano en el agua caliente y la agitó—. Da igual en qué momento pongas las burbujas.

—¿Puedo poner burbujas dentro? —preguntó Jaina.

—Si te metes en el agua, podrás añadir las burbujas.

Jaina se apresuró a meterse en el agua y extendió las manos. Leia le entregó una estera ambarina que se disolvería en la suave agitación del baño ondulatorio. Jacen saltó al agua.

—¡Ahora yo pongo las burbujas!

—Demasiado tarde —dijo—. La próxima vez te tocará a ti.

—Quizá deberíamos dejar que añadieran otra esfera de burbujas —dijo Cetrespeó, inclinándose sobre el agua para situar a los niños en los dos extremos de la bañera.

Jaina usó las dos manos para lanzar agua al rostro del androide.

—¡Quiero volver a casa!

—Ésta es tu casa, Jacen. Ahora vives aquí. Soy tu madre.

—No. ¡Quiero volver a casa!

Leia empezó a preguntarse por qué todas sus habilidades diplomáticas parecían haberse vuelto tan inútiles de repente. Los gemelos empezaron a salpicarse el uno al otro. Al principio el combate de salpicaduras pareció un juego, pero de repente los dos se echaron a llorar sin que hubiese ninguna razón aparente para ello. Leia pensó que aquello quizá fuese una buena preparación para recibir al embajador de Carida.

Cerró los ojos. Los dos gemelos seguían llorando y chillando. Cetrespeó, cada vez más nervioso y confuso, hacía frenéticos esfuerzos para averiguar en qué consistía exactamente el problema.

«Ah, si al menos supiera dónde está Han... », pensó Leia.

La lanzadera robada se precipitó en el abismo de las Fauces. Torbellinos de gases recalentados chocaron con el casco bamboleándoles de un lado a otro mientras Kyp intentaba guiar a Han por su tenue curso. La ruta que podía sacarles de allí era tortuosa, y se volvía terriblemente traicionera en los puntos donde las singularidades gravitatorias se anulaban entre sí.

Las Fauces eran uno de los prodigios de la galaxia. La misma existencia de un cúmulo de agujeros negros parecía una imposibilidad astrofísica, y había provocado muchas conjeturas acerca de sus orígenes. Los científicos de la Vieja República habían recurrido a los argumentos de probabilidad, afirmando que dado el número cuasi infinito de estrellas existente en el universo algo como las Fauces tenía que surgir por lo menos en una ocasión. Otras especulaciones, las de los contrabandistas más supersticiosos entre ellas, sugerían que las Fauces habían sido construidas por una antigua raza enormemente poderosa que había creado los agujeros negros colocándolos en una configuración que siempre estaba rozando la inestabilidad para abrir puertas de acceso a nuevas dimensiones.

En esos momentos a Han Solo sólo le importaba una cosa, y era la probabilidad de que las Fauces fueran la causa de su muerte.

El interior de la lanzadera estaba oscuro, y hacía tanto calor que apenas se podía respirar. Los colores deslumbrantes y la luz cegadora creaban fuegos artificiales psicodélicos fuera de la nave, y sombras extrañas dentro de ella. Todos los sistemas de iluminación, apoyo vital y regulación de la temperatura habían sido desconectados para proporcionar más energía a los debilitados escudos.

Han sudaba en el sillón de pilotaje mientras contemplaba los controles de navegación que había dejado en manos de Kyp. Durante la última semana apenas había existido un momento en el que no tuviera que luchar por su vida, pero aun así había echado muchísimo de menos a Leia. Su esposa no tenía ni idea de lo que le había ocurrido, y debía de estar terriblemente preocupada..., pero sin duda su orgullo le impedía mostrar su preocupación. Aun así, había algo que resultaba todavía más doloroso para Han, y era el saber que sus hijos por fin habían vuelto del planeta-santuario en el que habían estado refugiados y que él no había estado allí para darles la bienvenida.

Pero si la lanzadera no sobrevivía a la travesía de las Fauces. Han nunca volvería a ver a ninguno de sus seres queridos. Todo dependía de las misteriosas capacidades de Kyp Durrón.

Kyp luchaba con los controles, guiando la lanzadera a través de algunas de las maniobras más difíciles y complicadas que Han había visto ejecutar en toda su vida..., ¡y Kyp mantenía los ojos cerrados! El joven parecía estar viendo por un conjunto de

órganos oculares totalmente distinto, como si estuviera contemplando una ruta que no podía ser percibida mediante la visión normal. Han clavó la mirada en los letales agujeros negros esparcidos alrededor de la lanzadera, y sintió un deseo casi incontenible de imitar a Kyp y cerrar los ojos.

Kyp seguía abriéndose paso por aquella implacable carrera de obstáculos dejándose guiar por su intuición, avanzando a través de una sucesión de frágiles puntos de estabilidad. Chewbacca permanecía totalmente inmóvil en su puesto, paralizado por la tensión y temiendo romper la concentración del joven si se movía.

Un escudo se derrumbó y un chorro de chispas salió disparado de un panel de control. Chewbacca soltó un gruñido mientras dejaba caer sus largos dedos sobre los controles, modificando y difundiendo la protección restante de una manera igualada alrededor del casco. Una sola abertura en los escudos bastaría para que los rayos X y los gases llameantes les hicieran pedazos.

Kyp no se inmutó.

—Estamos llegando al final de este tramo del trayecto —dijo sin abrir los ojos—. Hay una isla gravitacional en el centro del cúmulo. Es como el ojo de una tempestad, y allí estaremos a salvo.

Han sintió cómo una inmensa oleada de alivio se iba extendiendo por todo su ser.

—Será mejor que nos escondamos en ese lugar durante algún tiempo —dijo—. Recargaremos las fuentes de energía y haremos unas cuantas reparaciones rápidas.

Chewbacca indicó que estaba de acuerdo con un gruñido.

—Y disfrutaremos de un largo descanso reparador —dijo Kyp. Han se fijó en la reluciente capa de transpiración que se había acumulado sobre su frente. A pesar de su calma exterior. Kyp parecía haber estado manteniendo una enorme concentración que debía de haber exigido el máximo a sus todavía incipientes capacidades—. Ya sabéis que todavía tenemos que encontrar un camino que nos permita salir de aquí, ¿no?

Los torbellinos de gases ionizados se abrieron ante ellos como un cortinaje apartado por una mano para revelar el oasis gravitatorio escondido en el núcleo del cúmulo, un refugio donde podrían recuperarse antes de volver a Coruscant.

—¡Lo conseguimos! —susurró Han.

Pero alguien más había encontrado el escondite antes que ellos.

Orbitando una pequeña isla rocosa en el centro de las Fauces había cuatro gigantescos Destruidores Estelares imperiales erizados de armamento.

Un instante después de su llegada los hangares de los Destruidores Imperiales escupieron enjambres de cazas TIE en una demostración de fuerza realmente impresionante.

Han no apartaba los ojos de las gigantescas naves, y se sentía incapaz de hablar. Acababan de escapar a la ejecución a manos de Skynxnex, al ataque de la araña que

se alimentaba de energía en las minas de especia, a una batalla con toda la flota espacial de Kessel y a la destrucción en el laberinto gravitacional de las Fauces. Los escudos de la lanzadera dejarían de funcionar de un momento a otro, no tenían armas..., y además los Destruidores Estelares habían lanzado toda una armada de cazas imperiales contra ellos.

—Tal como están yendo las cosas, acabaremos consiguiendo destruir la galaxia sin querer antes de que sea hora de cenar —dijo Han—. ¡Conecta todos los motores, Chewie! Vamos a dar la vuelta a este trasto... ¡Encuentra una ruta de salida para que nos larguemos, Kyp!

—No hay muchas rutas entre las que escoger —dijo Kyp.

La nave se estremeció como si un pie gigantesco acabara de golpearla por detrás, y las chispas brotaron de los controles un instante después. Chewbacca dejó escapar un gemido de consternación.

Han echó un vistazo a las lecturas.

—Todos nuestros escudos han dejado de funcionar. —Contempló los cuatro Destruidores Estelares y las oleadas de cazas e interceptores TIE que avanzaban hacia ellos—. Tengo la sensación de que alguien acaba de pintar una gigantesca diana encima de nuestro casco... —dijo—. Pueden borrarlos del espacio con sólo una andanada.

Miró a su alrededor buscando algo lo suficientemente duro para poder darle una patada, encontró un mamparo y le dio bien fuerte.

El comunicador emitió un chisporroteo y por un instante Han esperó oír otro mensaje amenazador de Moruth Doole, pero los gases ionizados y las distorsiones creadas por los agujeros negros harían ininteligible cualquier transmisión que lograra atravesar el caparazón exterior de las Fauces.

Una voz seca y gutural surgió de repente de las rejillas del sistema de altavoces interior.

—¡Bienvenida, lanzadera imperial! Ha pasado mucho tiempo desde que recibimos noticias del exterior... Transmita su código de acceso de seguridad. Nuestro escuadrón TIE va hacia ustedes para proporcionarles escolta.

Han se envaró, y un instante después se acordó que habían robado una vieja lanzadera imperial. Dispondrían de unos cuantos segundos antes de que los hicieran volar en pedazos. Pero... ¿Un código de acceso de seguridad? Tendría que pensar deprisa.

Movió el interruptor del circuito de comunicación.

—Aquí la lanzadera imperial... eh..., Endor en vector de aproximación. Hemos tenido un viaje bastante movido por las Fauces, y casi todos nuestros ordenadores han dejado de funcionar. Solicitamos ayuda. —Hizo una breve pausa, y después tragó saliva—. Oigan, ¿cuánto tiempo llevan sin recibir noticias del exterior?

Un ruidoso chasquido llegó del otro extremo de la línea. Los cazas TIE seguían avanzando hacia ellos. Han se removió nerviosamente en el sillón de pilotaje sabiendo que su farol no iba a dar resultado, y que eran un blanco desprotegido que iba a ser volado en pedazos de un momento a otro por los dedos de los pilotos imperiales, que ya se estarían removiendo impacientemente sobre sus gatillos.

La voz volvió a hablar, esta vez en un tono más seco y tenso que antes.

—Repetimos la pregunta, lanzadera imperial Endor... ¿Cuál es el código de acceso de seguridad? ¡Transmítalo inmediatamente!

Han se volvió hacia su copiloto.

—¿Cuánto tiempo tardarán en poder funcionar esos escudos, Chewie? —preguntó.

El wookiee había sacado los paneles de acceso de los compartimentos de energía laterales y estaba extrayendo de ellos grandes masas de cables que deslizaba entre sus dedos intentando ordenar las conexiones. Chewbacca olisqueó el aire para localizar los circuitos quemados. Pasaría mucho tiempo antes de que aquellos sistemas pudieran volver a funcionar aunque sólo fuese en parte, y mucho más antes de que volvieran a ser plenamente operativos.

Han volvió a abrir el circuito de comunicaciones.

—Oh... Bueno, como ya le he dicho hemos sufrido daños muy graves en los sistemas de ordenadores. No podemos...

—¡Excusa inaceptable! La frase de código es verbal.

—Calma, no era más que una comprobación —dijo Han—. La frase de código es...

Se volvió hacia Kyp y le lanzó una mirada llena de desesperación como si esperase que el joven sería capaz de sacar el código de la nada, pero las probabilidades de hacer algo semejante hubieran sido minúsculas incluso teniendo a Luke Skywalker a bordo. Kyp se limitó a encogerse de hombros.

—Eh... La última frase de código de que disponemos es RJ-dos barra ZZ barra ocho mil. Aguardamos su confirmación. —Desconectó el circuito, miró a Chewbacca y a Kyp y extendió las manos en un gesto de impotencia—. Bueno, había que intentarlo, ¿no?

—Respuesta inadecuada —dijo secamente la voz ronca y gutural.

—Menuda sorpresa... —murmuró Han.

La transmisión seguía llegando.

—Está claro que no han sido enviados por el Gran Moff Tarkin, lanzadera Endor. Serán hechos prisioneros y traídos inmediatamente a bordo del Destructor Estelar imperial *Gorgona* para ser sometidos a un concienzudo interrogatorio. Cualquier intento de huir o de oponer resistencia dará como resultado su destrucción inmediata.

Han se preguntó si debía tomarse la molestia de enviar un acuse de recibo de la

transmisión, y acabó decidiendo que no era necesario. La mención del Gran Moff Tarkin, el brutal gobernador que construyó la primera *Estrella de la Muerte*, le había dejado bastante perplejo. Tarkin había sido destruido junto con su arma apocalíptica diez años antes. ¿Sería posible que aquellas personas llevaran tanto tiempo sin mantener ninguna clase de contacto con el exterior?

La lanzadera tembló como si acabara de ser asida por una gigantesca mano invisible. Han pudo oír el chirrido quejumbroso de las placas metálicas cuando la presión empezó a oprimir el casco exterior.

—Es un haz de tracción —dijo.

La gigantesca punta de flecha del Destructor Estelar insignia de la flotilla acababa de aparecer sobre ellos. Chewbacca dejó escapar un gruñido, y Han asintió. Aquello tampoco le gustaba nada.

—No te molestes en intentarlo, Chewie —dijo—. Nunca podremos escapar de ese haz de tracción, y aun suponiendo que lo consiguiéramos nunca podríamos salir de aquí lo bastante deprisa... Ah, y tampoco podríamos sobrevivir a otra travesía de las Fauces.

Un escuadrón de cazas TIE rodeó la lanzadera secuestrada, formando un capullo de naves a su alrededor y haciendo imposible que se desviarán de la trayectoria seguida por el haz de tracción. El Destructor Estelar *Gorgona* abrió las puertas de su enorme hangar de recepción para engullir a los prisioneros. Los cazas TIE les siguieron a toda velocidad, entraron en la cavernosa boca metálica y salieron disparados hacia arriba.

Han se acordó de cómo había sido capturado y llevado a bordo de la primera *Estrella de la Muerte* de una manera muy parecida, flanqueado por cazas estelares imperiales mientras intentaba resistirse a un potente haz de tracción. Pero en esa ocasión estaba pilotando su propia nave, y habían podido ocultarse en uno de los compartimentos secretos de almacenamiento del *Halcón*. Esta vez ni siquiera tenían uniformes robados que ponerse, y sólo contaban con los trajes calefactores que los prisioneros utilizaban para trabajar en las minas de especia de Kessel.

—No vamos a causar muy buena impresión —dijo Kyp.

Los cuatro Destruyores Estelares flotaban sobre un amasijo de cuerpos rocosos interconectados suspendido en el mismísimo centro de las Fauces. Otras estructuras y restos esqueléticos se movían en una lenta órbita baja alrededor del archipiélago de asteroides.

Han se preguntó qué era todo aquello. ¿Un área de maniobras, una base secreta...? ¿Qué razones podía tener el Imperio para haber desperdiciado tanta potencia de fuego en la protección del pequeño grupo de rocas que tenían debajo?

El haz de tracción llevó la lanzadera hacia el hangar del *Gorgona* y lo remolcó hasta una zona de descenso aislada. La lanzadera fue depositada sobre el suelo

metálico, y Han oyó débiles chirridos y crujidos, como un coro de suspiros de alivio mecánicos que brotara de la maltrecha nave. Los pelotones de tropas de asalto se apresuraron a ocupar sus posiciones, corriendo por el hangar en columnas impecablemente ordenadas indicadoras de que habían recibido un excelente entrenamiento y seguían adiestrándose regularmente para entrar en combate. Los soldados iban armados con desintegradores de un modelo bastante antiguo que llevaban desenfundados y preparados para hacer fuego.

—Será mejor que averigüemos qué quieren —dijo Han—. ¿Alguna idea luminosa?

—No se me ocurre ninguna que dé mucha luz —respondió Kyp meneando su morena cabeza.

Han dejó escapar un suspiro de resignación.

—Venga, saldremos juntos... Subid las manos y moveos muy despacio.

Chewbacca lanzó un largo gruñido asegurando que no sentía ninguna aversión particular a la idea de morir luchando, especialmente si iban a ejecutarles de todas maneras.

—No lo sabemos —respondió Han—. Venga, salgamos.

Chewbacca, el más impresionante de los tres, se colocó en el centro flanqueado por Han y Kyp Durrón, más bajo y menos corpulento. Salieron de la lanzadera y se rindieron. Los soldados de las tropas de asalto dirigieron sus armas hacia el trío nada más verlo. Han se preguntó qué habría hecho para merecer una racha de mala suerte tan larga y terrible.

Una señal hizo que las últimas filas de soldados de las tropas de asalto se pusieran en posición de firmes y se echaran las armas al hombro, mientras las primeras filas seguían apuntando a los prisioneros con sus desintegradores. Han volvió la mirada hacia el otro extremo del hangar para naves y vio abrirse unas puertas y a una mujer muy alta que entró por ellas, acompañada por un guardaespaldas a cada lado.

La mujer era de constitución esbelta y movimientos gráciles y precisos. Vestía un mono de vuelo color verde aceituna y llevaba guantes negros. La mujer cruzó el hangar prestando muy poca atención a quienes la rodeaban, como si los soldados formasen parte de los sistemas de la nave. Su mirada estaba clavada en los prisioneros. Lo que más llamaba la atención de su aspecto físico era la abundante melena que flotaba alrededor de sus hombros y desaparecía por su espalda fluyendo durante una longitud desconocida. Tenía el cabello del color rojizo del cobre recién salido de la fragua, y parecía como si chisporroteara con una vida eléctrica propia. Sus ojos eran verdes y de una mirada tan penetrante como el haz de un turboláser. Fue en línea recta hacia ellos. Han vio la insignia de su cuello y se sorprendió al comprender que se encontraba ante una almirante. Han había estudiado en la Academia Imperial cuando era joven, y sabía que el que una mujer llegase a alcanzar

el rango de almirante era un acontecimiento inaudito y sin precedentes. El Emperador Palpatine albergaba un ampliamente conocido prejuicio contra los no humanos. Pero practicaba una discriminación más sutil contra las mujeres. Y rara vez ascendía ni siquiera a las que conseguían superar sus rigurosas pruebas. Que aquella mujer hubiera alcanzado el rango de almirante, y especialmente, que estuviera al mando de una flotilla de destructores estelares imperiales era realmente notable. Han se puso en guardia al instante, y se dijo que debía tener mucho cuidado con ella.

La mujer se detuvo al pie de la rampa y alzó la mirada hacia ellos. Sus rasgos estaban tan delicadamente modelados como los de una estatua, y eran igual de fríos y rígidos. Cuando habló, sus labios apenas se movieron.

—Soy la almirante Daala. Y estoy al mando de la flota que protege la Instalación de las Fauces. —La gélida mirada de sus ojos verdes se fue moviendo lentamente y se posó en cada uno de ellos—. Los tres se han metido en un buen lío.

Luke y Erredós tenían muy poco que hacer mientras Lando pilotaba la *Dama Afortunada* con rumbo hacia Kessel. Una calina nebulosa de atmósfera que escapaba del campo gravitatorio rodeaba la roca en forma de patata, y la luna que albergaba la guarnición seguía girando a su alrededor en su órbita pegada a ella.

—Bienvenidos al jardín de la galaxia —dijo Lando.

Luke pensó en Tatooine, su planeta natal, y se acordó del Mar de las Dunas, el Gran Pozo de Carkoon y los Eriales de Jundlandia.

—He visto sitios peores —dijo.

Erredós indicó que estaba de acuerdo con un pitido.

Lando se inclinó sobre los visores.

—Sí... Bueno, pues no emitas juicios apresurados. Aún no hemos visto este sitio de cerca. —Abrió un canal de comunicaciones. Si Kessel contaba con un buen sistema de detección, la estación debería haber captado la presencia de la *Dama Afortunada* en cuanto habían salido del hiperespacio—. ¡Hola, Kessel! ¿Hay alguien a la escucha? Estoy buscando a un tipo llamado Moruth Doole, y quiero proponerle un negocio. Les ruego que contesten.

—¿Quién es usted? —preguntó una voz que sonaba bastante sorprendida—. Identifíquese.

—Me llamo Tymmo, y si quiere más información tendrá que ir en busca de Doole y dejar que sea él quien haga las preguntas. —Lando se volvió hacia Luke y sonrió. Habían pensado que utilizar el nombre falso del artista de la estafa de las carreras de amorfoides añadiría otro toque de ironía a su misión—. Mientras tanto, mi socio y yo hemos traído cierta suma de dinero de la que queríamos disponer... Para ser exactos le estoy hablando de medio millón de créditos. Así que vaya corriendo a buscar a Doole.

El altavoz permaneció en silencio durante unos momentos —resultaba obvio que el oficial de comunicaciones estaba consultando con alguien—, y acabó emitiendo una respuesta.

—Vamos a transmitirle los parámetros de una órbita de espera, señor... eh... Tymmo. Siga esas instrucciones con toda exactitud. Nuestro escudo de energía es plenamente operativo y desintegrará su nave si intenta descender sin contar con la autorización necesaria. ¿Lo ha entendido?

Luke miró a Lando, y los dos se encogieron de hombros.

—Esperaremos a que Doole saque la alfombra de bienvenida para recibarnos —dijo Lando inclinándose sobre el canal de comunicaciones—. Pero si tarda demasiado en hacerlo, iré a gastar mi dinero en otro sitio.

Después cruzó las manos detrás de su cabeza y se recostó en el sillón de pilotaje.

Kessel ya ocupaba todos los visores y mirillas por debajo de ellos. Lando se encargaría de obtener acceso a los lugares que querían visitar mediante su ingenio y sus mentiras, mientras que Luke mantendría los ojos bien abiertos y sus sentidos Jedi aguzados al máximo para captar cualquier rastro de Han.

Antes de salir de Coruscant habían creado falsas historias para cada uno, eliminando cualquier mención de la Nueva República pero conservando la cantidad suficiente de alusiones a negocios oscuros y transacciones rápidas para que proporcionase evidencias corroboradoras. Luke intentaría permanecer en el anonimato, siempre que ello fuera posible.

Un rato después, una voz sibilante y quebradiza surgió del sistema de comunicaciones.

—¿Señor Tymmo? Aquí Moruth Doole. ¿Le conozco?

—Por el momento no... pero tengo una cuenta de crédito llena de efectivo que me dice que quizá desee llegar a conocerme.

Oyeron una burbujeante inspiración de aire.

—¿Y qué puede significar eso? Mi oficial de comunicaciones me ha dicho algo acerca de medio millón de créditos.

—Hace poco tuve mucha suerte en las carreras de amorfoides de Umgul. Estoy buscando un sitio en el que invertir los créditos que gané, y siempre he pensado que había mucho dinero a ganar en la minería de la especia. ¿Está dispuesto a hablar conmigo?

Doole respondió casi al instante.

—No cabe duda de que medio millón de créditos es una suma de la que vale la pena hablar... Le enviaré una escolta de patrulleras que le llevarán por un pasillo abierto en el campo de energía.

—Ardo en deseos de que podamos hablar cara a cara —dijo Lando. Doole se limitó a emitir un siseo de batracio.

Lando posó la *Dama Afortunada* sobre la pista de la Institución Penitenciaria Imperial, donde quedó rodeada por vehículos de exploración, transportes de superficie y otras naves de las que se habían sacado todas las piezas y sistemas que todavía estaban en condiciones de funcionar. Lando iba tan elegantemente ataviado como de costumbre, sonreía y le brillaban los ojos. Luke llevaba un mono de vuelo oscuro del que se habían quitado todas las insignias.

Un pelotón de hombres vestidos con una mezcla de uniformes de la prisión y armaduras de las tropas de asalto llevó a Luke, Lando y Erredós hasta el enorme edificio trapezoidal de la institución penitenciaria. La impresionante masa de la prisión parecía palpitar con años de dolor y castigo, y los sentidos agudizados de Luke captaron el aura que la impregnaba. Permaneció en guardia y no dijo ni una palabra. Al menos los integrantes de su escolta mantenían las armas enfundadas, y se

estaban comportando de la manera más acogedora de que eran capaces.

Fueron por los tubos ascensores que subían a lo largo de la pendiente del muro delantero de la prisión. Luke podía ver los eriales de Kessel a través del transpariacero, planicies condenadas a la aridez y al abandono eterno, que se extendían en todas direcciones a su alrededor.

El ascensor llegó a la subestructura acristalada administrativa, y los guardias les indicaron que debían seguirles. Burócratas, oficinistas y funcionarios de aspecto furtivo y miserable iban y venían por los pasillos, dando la impresión de estar mucho más ocupados de lo que hubiesen querido estar. Luke se preguntó si Doole habría organizado a toda prisa aquel ajetreo como espectáculo con el que impresionar a Lando, pero el frenético corretear de un lado a otro parecía más caótico que eficiente.

Moruth Doole había ido a un pasillo para recibirles personalmente. El anfibio bajito y achaparrado se frotó las grandes manos de dedos romos e inclinó la cabeza en un gesto de saludo. El artefacto de visión mecánica que le tapaba un ojo alteró su enfoque para que el ribetiano pudiera verles.

—¡Bienvenido, señor Tymmo! —exclamó Doole—. Le pido disculpas por toda esta confusión. No ha escogido un momento demasiado bueno para visitarnos... Ayer perdí a mi mano derecha y a mi jefe de turnos debido a un infortunado accidente producido en un túnel. Le ruego que me disculpe si le parezco un poco... alterado.

—Oh, no se preocupe —dijo Lando estrechando la mano que le ofrecía Doole—. He sido administrador de algunos grandes complejos mineros, y a veces parece como si el mismísimo planeta se negase a cooperar.

—¡Muy cierto! —dijo Doole, abriendo y cerrando la boca como una cría de rawwk mendigando comida—. Una manera muy interesante de expresarlo, desde luego.

—Espero que el desastre no haya sido muy perjudicial para su producción de especia —dijo Lando.

—Oh, le aseguro que tardaremos muy poco tiempo en volver a producir a plena capacidad.

Lando movió una mano señalando a Luke.

—Mi socio ha venido para ayudarme a inspeccionar las instalaciones mineras y asesorarme sobre su potencial como inversión. —Lando tragó una honda bocanada de aire—. Ya sé que mi visita debe de haberle pillado por sorpresa, naturalmente... Dígame, ¿hay alguna parte de su explotación minera en la que pudiese invertir mi dinero?

Doole les indicó que le siguieran a su despacho. Su chaleco de piel de lagarto reflejaba la débil iluminación de los pasillos con un sinfín de ondulaciones multicolores.

—Entren y hablaremos con más calma.

Doole les precedió con su paso contoneante, moviendo la cabeza de un lado a otro como si tuviera ciertas dificultades para ver por dónde iba. Una vez hubieron entrado en el despacho que había pertenecido al alcaide, Doole volvió a mover la mano indicándoles que se sentaran. Erredós se colocó junto a Luke y pasó a la modalidad de reposo.

Luke recorrió el despacho con la mirada y se fijó en el hombre congelado en el bloque de carbonita que colgaba de una pared, y vio que todas las luces indicadoras del sistema de apoyo vital del panel de control estaban apagadas.

—¿Algún amigo suyo? —preguntó.

Doole dejó escapar una risita sibilante.

—Un antiguo rival... Antes de que nuestra pequeña revolución introdujera el verdadero capitalismo en la industria de la minería de especia, ese hombre desempeñaba el cargo de alcaide de la prisión. —Doole se dejó caer pesadamente en el sillón detrás de su escritorio— ¿Puedo ofrecerles algún refrigerio? Lando se sentó y cruzó las manos encima del regazo.

—Antes preferiría hablar de negocios —dijo—. Si nuestras negociaciones empiezan a parecer prometedoras, quizá podamos celebrarlo con una copa.

—Buena política —dijo Doole, y volvió a frotarse las manos. Bien... Verá, he estado pensando en lo que me dijo desde que recibí su transmisión, y quizá tenga algo que podría llegar a constituir la inversión perfecta. Da la casualidad de que justo antes de su fallecimiento, nuestro jefe de turnos había descubierto un depósito excepcionalmente rico de especia brillestim. Hará falta una buena cantidad de dinero y esfuerzos para reparar el túnel derrumbado y explotar ese recurso, pero los beneficios obtenidos pueden llegar a ser superiores a cuanto usted sea capaz de imaginar.

—Oh, le aseguro que tengo mucha imaginación —dijo Lando, y obsequió a Doole con su sonrisa más deslumbrante.

—Esas afirmaciones me parecen bastante extravagantes y poco fundadas, señor Doole —intervino Luke usando el tono de voz más adusto y escéptico del que era capaz—. ¿Permitiría que nuestra unidad R-2 se conectara a su red de datos e inspeccionara el perfil beneficios/pérdidas de su complejo minero durante..., digamos que durante los dos últimos años? Eso me proporcionará datos sólidos en los que basarme para aconsejar al señor Tymmo.

La petición de que les abriera sus registros hizo que Doole se removiera nerviosamente en su sillón, pero Lando se apresuró a sacar su tarjeta de transferencia de crédito del bolsillo.

—Puedo asegurarle que el androide no causará ningún daño a su sistema de datos..., y si eso le hace sentirse más tranquilo, para mí será un placer entregarle un pequeño depósito a cuenta. ¿Digamos... cinco mil, quizá?

Doole estaba atrapado entre el nerviosismo que le impulsaba a no revelar nada y la necesidad de mostrar que no tenía nada que ocultar a los ojos de un gran inversor potencial, y todo ello por no hablar del considerable atractivo de los cinco mil créditos que Lando acababa de ofrecerle.

—Bueno, supongo que no hay ningún problema... —dijo por fin—. Pero sólo puedo permitir que su androide tenga acceso al sistema durante cinco minutos. No debería precisar más tiempo para localizar la información que necesitan.

Luke asintió.

—Es más que suficiente, y se lo agradezco.

De todas maneras Erredós no malgastaría su tiempo y sus esfuerzos inspeccionando informes falsos sobre beneficios y pérdidas, ya que lo que haría en cuanto hubiese establecido la conexión sería tratar de encontrar cualquier clase de referencia a Han Solo, Chewbacca o el *Halcón Milenario*.

Erredós volvió a activarse y avanzó con un zumbido hacia la terminal instalada junto al escritorio de Moruth Doole. Su brazo de conexión de datos vibró con un siseo de servomotores cuando accedió a la información enterrada en el ordenador del complejo penitenciario.

Lando siguió hablando con Doole mientras esperaban.

—Me gustaría ver todas las facetas de la extracción y la producción de especia. Estoy seguro de que podrá prepararnos un recorrido inmediatamente, ¿verdad? Observemos con nuestros propios ojos cómo funciona este negocio... incluyendo esos túneles afectados por los derrumbes de los que nos ha hablado. Si parece haber probabilidades de obtener beneficios, quizá me gustaría invertir en las reparaciones.

—Uh... —balbuceó Doole, y miró hacia atrás como si estuviera buscando alguna clase de excusa—. Como ya les he dicho, no es el mejor momento. Quizá podríamos encontrar un momento más adecuado en el futuro...

Doole extendió sus manos de aspecto gomoso hacia ellos.

Lando se encogió de hombros de una manera muy elocuente y se puso en pie como disponiéndose a marcharse.

—Comprendo. Bien, si no le interesa siempre puedo ir a algún otro sitio... Este dinero me está quemando la cuenta de crédito, y quiero hacer algo con él y hacerlo ahora mismo. Hay otras minas de especia en otros planetas.

—Ah, pero producen especia ryll, no brillestim...

—Aun así, también dan beneficios.

Erredós se apartó de la terminal, se volvió hacia Luke y emitió un chorro de parloteo electrónico. Luke sólo entendía a medias el lenguaje del androide, pero comprendió lo suficiente para saber que Erredós no había encontrado a Han y que tampoco había descubierto nada particularmente incriminatorio en lo que concernía a Doole. Si los bancos de datos habían contenido alguna referencia al *Halcón*, ésta

había sido borrada de ellos.

—Bien, ¿qué opina su androide? —preguntó Doole al oír los pitidos y zumbidos.

—No ha encontrado nada que se saliera de lo corriente —respondió Luke, e intercambió una rápida mirada de abatimiento con Lando.

Doole se puso en pie sonriendo de oreja a oreja.

—¡Estupendo! Comprendo su preocupación, señor Tymmo... Cuando se intenta hacer negocios, siempre hay ciertos momentos en los que debes olvidarte de la comodidad personal. No quiero que se marchen de Kessel con ninguna duda en la cabeza, ¿saben? Vengan conmigo... Les mostraré la cadena de procesado de la especia, y después haré los arreglos necesarios para que puedan recorrer los túneles que acabamos de abrir.

Doole continuó hablando a toda velocidad y sus visitantes le siguieron, manteniéndose alerta para detectar cualquier rastro de Han.

Un vagón flotante los llevó por la superficie hasta el pozo de entrada de uno de los túneles que se habían derrumbado. Luke y Lando se agacharon en una reacción involuntaria cuando el vehículo aceleró y se metió por el angosto pasaje, que se hundía en el subsuelo siguiendo la trayectoria de un sacacorchos.

—Cuando la Institución Penitenciaria Imperial controlaba todo el planeta, un grupo de buscadores de especia se instaló aquí y puso en marcha una explotación ilegal —dijo Doole, alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido de los motores—. Los delincuentes fueron capturados, y este pozo de acceso quedó obstruido hasta que una avalancha reciente volvió a abrir la entrada al sistema de galerías.

Doole les llevó hasta una gran caverna en la que se había derrumbado una parte del techo. Una débil claridad llegaba desde arriba e iluminaba las zonas dejadas al descubierto. Los trabajadores habían colocado luces alrededor del perímetro mientras rompían la roca con martillos y se iban llevando los fragmentos. Una cuadrilla de unos treinta mineros iba y venía por la gruta, reforzando las paredes y sacando los cascotes. Los túneles que salían de la gruta habían sido bloqueados mediante puertas neumáticas portátiles que impedían el acceso al resto de pasadizos sumidos en la oscuridad. —Están disfrutando de una rara oportunidad, señor Tymmo —dijo Doole, que se había ido volviendo cada vez más locuaz después de haberles enseñado las salas de procesado de la especia donde las larvas ciegas trabajaban empaquetando el brillestim—. La especia debe ser extraída en la oscuridad más absoluta, por lo que casi nunca tenemos ocasión de ver túneles iluminados. Pero la avalancha dejó entrar la luz del sol, con el resultado de que todas esas vetas de brillestim se echaron a perder... Hemos sellado los otros pozos de acceso para preservar el resto del yacimiento.

—Bien, ¿y en realidad qué fue lo que ocurrió aquí? —preguntó Lando mirando a

su alrededor.

—Una perturbación tectónica —respondió Doole.

Luke pudo ver las señales negras que indicaban los puntos en los que potentes haces desintegradores habían chocado con las paredes de piedra, y comprendió que allí había ocurrido algo mucho más grave que una simple actividad sísmica.

Un instante después captó una oleada de miedo y sorpresa procedente de Lando.

—¿Qué es esa cosa?

Lando estaba señalando el otro extremo de la gruta.

Medio enterradas bajo un montón de cascotes había docenas de patas de aspecto cristalino delgadas como lanzas que sobresalían en todas direcciones. Nódulos parecidos a gemas que brillaban con un resplandor apagado puntuaban el cuerpo de forma esférica, y la muerte había vidriado los ojos de la criatura. El resto del cuerpo parecía estar compuesto enteramente por colmillos. Los trozos de roca desprendidos del techo y las paredes lo habían aplastado, y las patas parecidas a látigos de la criatura estaban retorcidas como si hubiera intentado desviar los peñascos con ellas.

Doole fue hacia los restos.

—Eso, amigos míos, parece ser el animal que crea la especia —dijo—. Es la primera criatura de su especie que hemos encontrado, pero debe de haber otras ocultas en las profundidades de los túneles. Traeremos a un xenobiólogo para que la estudie. El núcleo central parece estar formado por brillestim, y las hebras que sacamos de las paredes de los túneles son los hilos que utiliza para tejer su telaraña.

Doole se detuvo cuando ya estaba tan cerca del monstruo caído que casi lo rozaba.

El guardia que estaba a cargo de la disección se reunió con ellos y empujó la afilada punta de una de las patas cristalinas con su bota.

—Queremos averiguar si podemos extraer brillestim del saco corporal y de las glándulas que producen la telaraña.

Doole asintió entusiásticamente con la cabeza.

—Sería magnífico, ¿verdad? ¡Especia brillestim total y absolutamente pura!

Lando asintió sin mucho interés y como si no lo viera muy claro.

Luke, que seguía interpretando su papel, intentó conseguir algo más de información.

—¿Y de qué manera ha afectado todo esto a su índice de seguridad? —preguntó—. ¿Hubo víctimas entre los mineros a causa de la aparición de este ser?

—Sí, la criatura mató a varios trabajadores, el jefe de turnos y mi ayudante entre ellos... Ya se lo dije antes. ¿Cuántos cuerpos habéis encontrado hasta el momento? —preguntó Doole volviéndose hacia el guardia.

—Tres recientes y dos que murieron hace tiempo, y creemos que ha matado a muchos más. Todavía no sabemos nada del wookiee y de unos cuantos prisioneros

más.

Doole contempló al guardia con el ceño fruncido durante unos momentos, pero no tardó en recuperar su falsa sonrisa de costumbre.

Las palabras del guardia hicieron que Luke sintiese un escalofrío. No había manera de saber si el wookiee en cuestión era Chewbacca, naturalmente. El Imperio se había llevado a muchos esclavos de Kashyyyk, el mundo natal de los wookies, y era muy posible que un considerable número de supervivientes hubieran sido enviados a Kessel. La mirada de Luke se encontró con la de Lando, y éste meneó la cabeza en un movimiento casi imperceptible.

—Muy interesante —dijo Lando.

—Vengan, hay más cosas que ver —dijo Doole mientras volvía al vagón flotante—. Espero que todo esto les esté dejando impresionados.

—Desde luego que sí —dijo Lando—. Tiene una explotación minera realmente asombrosa, Moruth.

Luke guardó silencio. Llevaba todo el día aguzando sus sentidos al máximo buscando algún eco de la presencia de Han o Chewbacca, pero no había descubierto ninguno. Había muchas mentes hundidas en el dolor, el abatimiento y la falta de esperanzas, pero Luke no encontró ni rastro de las que buscaba.

Han Solo quizá nunca hubiera llegado a Kessel, y aun suponiendo que lo hubiera hecho estaba claro que ya no se encontraba allí..., al menos, no con vida.

Los alojamientos de que disfrutaba una almirante a bordo de un Destructor Estelar de la clase Imperial eran espaciosos y funcionales, y hacía más de una década que eran el único hogar que conocía Daala.

Había actuado año tras año en un aislamiento absoluto, tan sola como siempre, siguiendo las últimas instrucciones que le había dado el Gran Moff Tarkin antes de su partida y sin haber tenido más contactos con él a partir de entonces. La gran distorsión de las Fauces bloqueaba todas las transmisiones externas de la holored. Su flota había quedado aislada y las tripulaciones de sus cuatro Destrucciones Estelares se habían ido sumiendo en la rutina, pero Daala seguía alerta y no relajaba su continua vigilancia. No se atrevía a hacerse preguntas sobre lo que estaba ocurriendo en la galaxia, y confiaba en que al menos podría seguir contando con las reglas inflexibles del Imperio, que a veces eran crueles pero que siempre estaban claras y podían ser comprendidas sin ninguna dificultad.

Pero el torbellino emocional que se agitaba dentro de ella en aquellos instantes hizo que se alegrara de que el acceso a sus habitaciones estuviera bloqueado, y que todo cuanto la rodeaba estuviese callado y vacío y nadie pudiera verla en aquel estado. Eso destruiría su imagen por completo. Antes del interrogatorio de los nuevos prisioneros todo había estado tan claro...

Daala tecleó el código de acceso a la grabación y volvió a verla, aunque ya había contemplado la secuencia una docena de veces. Podía mover los labios articulando las palabras en silencio a medida que el prisionero las iba pronunciando, pero su diminuta imagen era incapaz de transmitir el impacto que había sentido Daala cuando estaba observándole.

Han Solo estaba inmovilizado por un arnés de seguridad en una compleja silla que parecía haber surgido de una pesadilla, con toda una estructura formada por tubos de acero, cables y conductos enredándose a su alrededor. El artefacto tenía un aspecto tan eficaz como ominoso: una gran parte de él no tenía más función que la de aumentar el terror del prisionero, y la silla de interrogatorios la cumplía de una manera muy efectiva.

En la grabación Daala estaba inmóvil al lado del comandante Kratas, el capitán de su nave insignia, la *Gorgona*. Podía oler el miedo del prisionero, pero Solo seguía mostrándose altanero y sarcástico a pesar de ello. Su resistencia al interrogatorio no duraría mucho tiempo.

—Dinos de qué lugar vienes —empezó Daala—. Háblanos de la Alianza Rebelde... ¿Aún no ha sido aplastada? ¿Qué ha ocurrido en el Imperio?

—¡Búscate un hutt y dedícate a darle besos! —replicó secamente Solo.

Daala le contempló fijamente en silencio durante unos momentos. Después se

encogió de hombros e hizo una seña con la cabeza a Kratas. Los dedos del comandante se movieron velozmente sobre un tablero de control, y uno de los tubos metálicos emitió un leve zumbido.

Los músculos del muslo izquierdo de Solo empezaron a temblar espasmódicamente, y su pierna no tardó en subir y bajar como si tuviera vida propia. Los espasmos se fueron haciendo más intensos. El rostro de Solo estaba lleno de perplejidad y confusión, como si no pudiera comprender por qué su cuerpo había empezado a comportarse repentinamente de una manera tan extraña. Los espasmos involuntarios estaban tensando los músculos bajo su piel.

Daala sonrió.

Kratas hizo un ajuste en un control, y Solo se encogió en cuanto los músculos del lado izquierdo de su caja torácica también empezaron a sufrir espasmos. Su cuerpo se puso rígido, pero la configuración de la silla no le permitía moverse. Solo intentó reprimir el alarido que pugnaba por salir de su garganta.

Los espasmos resultaban más irritantes que dolorosos. Daala había descubierto que la técnica de interrogatorio más efectiva consistía en provocar un tic facial que obligaba a los ojos de la persona atrapada en la silla a parpadear rápidamente durante horas y más horas.

—Háblanos del Imperio —repitió.

—¡El Imperio ha ido a parar al triturador de la basura! —dilo Solo. Daala pudo ver el blanco de sus ojos cuando Solo intentó bajar la mirada hacia los rebeldes músculos de sus piernas—. El Emperador ha muerto... Murió en la explosión que destruyó la segunda *Estrella de la Muerte*.

Tanto Daala como Kratas alzaron la cabeza al unísono.

—¿La segunda *Estrella de la Muerte*? Háblame de ella.

—No —dijo Solo.

—Sí —dijo Daala.

Kratas pulsó otro botón. Los tubos de la silla laberíntica emitieron un zumbido ahogado, y la mano derecha de Solo empezó a moverse espasmódicamente. Sus dedos arañaron la lisa brillantez del metal, y temblaron de manera incontrolable. Solo estaba intentando mirar en todas direcciones a la vez.

—Háblanos de la segunda *Estrella de la Muerte* —repitió Daala.

—Aún estaba en construcción cuando provocamos una reacción en cadena dentro de su núcleo. Darth Vader y el Emperador se encontraban a bordo.

Solo se estaba resistiendo al interrogatorio, pero pareció sentir un considerable placer al poder darles aquellas noticias.

—¿Y qué le ocurrió a la primera *Estrella de la Muerte*? —preguntó Daala.

Solo sonrió.

—La Alianza también la hizo volar por los aires.

Daala sentía un cierto escepticismo, y no se decidía a creerle del todo. Un prisionero era capaz de decir cualquier cosa, especialmente uno que se mostraba tan desafiante como aquél: pero en lo más hondo de su ser Daala temía que pudiese estar diciendo la verdad... porque eso explicaba muchas otras cosas, como por ejemplo los largos años de silencio.

—¿Y qué hay del Gran Moff Tarkin?

—Se ha convertido en un billón de átomos que están esparcidos por todo el sistema de Yavin. Ardió con su *Estrella de la Muerte*... Pagó por las vidas de todos los habitantes de Alderaan, un planeta que destruyó.

—¿Alderaan ha sido destruido?

Daala enarcó las cejas.

Kratas aumentó el flujo de energía que vibraba a través de la silla, y su frente se cubrió de diminutas perlas de sudor. Daala sabía muy bien qué pensamientos estaban pasando por la cabeza del comandante: durante todos aquellos años de aislamiento siempre habían dado por sentado que el Emperador mantendría dominada a la galaxia con una implacable presa de acero, y que la flota invencible de Destrucción Estelares y la *Estrella de la Muerte* secreta servirían como cimiento indestructible sobre el que edificar el gobierno imperial. La Vieja República había durado un millar de generaciones, y el Imperio... ¿Sería posible que hubiera caído en sólo unas cuantas décadas?

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que estalló la segunda *Estrella de la Muerte*?

—Siete años.

—¿Y qué ha ocurrido desde entonces? —preguntó Daala, sentándose por fin—. Cuéntamelo todo.

Pero Solo pareció encontrar reservas de energía ocultas que no había utilizado hasta entonces, y guardó silencio mientras la fulminaba con sus oscuros ojos llenos de furia. Daala suspiró. Era como un espectáculo ensayado muchas veces que debía ser representado. Kratas hizo nuevos ajustes en los controles hasta que todo el cuerpo de Solo quedó convertido en una masa temblorosa de músculos retorcidos y convulsos, como si una terrible tempestad estuviera haciendo estragos dentro de su cuerpo.

El prisionero fue contando poco a poco toda la historia de las otras batallas, la guerra civil, el Gran Almirante Thrawn, la resurrección del Emperador, la tregua de Bakura, los terribles enfrentamientos en los que el cada vez más debilitado Imperio había sido derrotado una y otra vez... Solo siguió hablando hasta que Daala ordenó a Kratas que pusiera fin al interrogatorio. El zumbido que brotaba de la silla se desvaneció de repente, y Han Solo se derrumbó en un éxtasis de felicidad y agotamiento al quedar liberado de la tortura que le estaban infligiendo sus propios

músculos.

Daala se asomó por la puerta de la celda de interrogatorios y llamó con una seña a la reluciente masa negra de un androide interrogador que entró flotando en la celda, sus agujas hipodérmicas brillando como lanzas bajo la tenue luz rojiza. Solo intentó encogerse sobre sí mismo, y Daala pudo ver el miedo en sus ojos.

—Bien, ahora el androide interrogador confirmará todo lo que nos has dicho — dijo.

Después se puso en pie y se marchó.

No había tardado en descubrir que Solo no había mentido ni una sola vez. La almirante Daala desconectó el visor y permaneció inmóvil durante unos instantes en la soledad de sus aposentos. La cabeza le palpitaba con un dolor continuo que parecía roerla por dentro, como si unas uñas romas estuvieran arañando la parte interior de su cráneo.

Una investigadora de la Instalación de las Fauces había solicitado permiso para hablar con el prisionero después de enterarse de que había estado a bordo de la *Estrella de la Muerte* completada. Daala enviaría el informe del interrogatorio a la investigadora... después de haber suprimido unas cuantas cosas, por supuesto. A veces no había forma de mantener contentos a aquellos científicos tozudos y caprichosos que tenían una visión tan estrecha y llena de prejuicios de cuanto ocurría a su alrededor.

Pero en aquellos momentos Daala tenía asuntos más urgentes de los que preocuparse. Debía decidir qué iba a hacer con aquella nueva información.

Daala se colocó entre dos espejos curvos de cuerpo entero que proyectaban un reflejo de su silueta desde la cabeza hasta los pies. Su uniforme color verde aceituna no mostraba ni una sola arruga, sólo pliegues impecables y costuras casi invisibles. Un estricto régimen de ejercicios y adiestramiento físico había hecho que su peso no aumentara ni en un solo gramo durante su larga misión. Tenía más años y estaba más endurecida que cuando la inició, pero Daala seguía sintiéndose muy satisfecha de su aspecto físico.

Daala lucía orgullosamente su reluciente insignia de almirante encima del seno izquierdo: una hilera de seis rectángulos carmesíes encima de una hilera de rectángulos azules. Que ella supiese, era la única mujer que había alcanzado ese rango en toda la historia de la Armada Imperial. Había sido un ascenso especial directamente otorgado por el Gran Moff Tarkin, y cabía la posibilidad de que el Emperador ni siquiera estuviese enterado de que Daala había sido ascendida al rango de almirante. Una cosa era cierta: el Emperador no sabía absolutamente nada sobre la Instalación de las Fauces.

Su cabellera cobriza fluyó sobre sus hombros y bajó ondulando a lo largo de su espalda hasta más abajo de sus caderas. Daala había llegado a la Instalación de las

Fauces hacía más de una década con el cabello cortado casi al cero, lo cual formaba parte de la humillación que la Academia Militar Imperial infligía a todas las candidatas a recibir adiestramiento.

Pero después de que hubiese quedado aislada dentro de las Fauces, una orden directa de Tarkin puso a Daala al frente de todo el complejo. Las reglas estúpidas dictadas por los burócratas que sólo sabían dictar reglas y más reglas ya no significaban nada para ella. Se negaba a cortarse el pelo, y lo llevaba largo como un gesto indicador de su independencia: el rango tenía sus privilegios. Daala pensaba que Tarkin lo hubiese aprobado... pero Tarkin estaba muerto. Se dio la vuelta para dejar las luces en un nivel muy tenue y activó la puerta. Dos guardaespaldas se pusieron en posición de firmes y siguieron con la mirada clavada en el vacío. La Instalación de las Fauces estaba totalmente aislada, pero Daala obligaba a todos sus subordinados a estar en plena forma y a someterse regularmente a sesiones de entrenamiento y de juegos de guerra. Había sido adiestrada en el molde militar imperial. El sistema había hecho cuanto le fue posible para aplastar sus ambiciones, pero aun así Daala seguía manteniéndose fiel a sus normas.

Los cuerpos que había debajo de las armaduras de los guardias eran altos y atractivos, pero Daala no había tenido ningún amante desde que el Gran Moff Tarkin la dejó al mando de la Instalación de las Fauces. Después de haberle conocido, tenía más que suficiente con las fantasías.

—Escóltadme hasta el hangar de las lanzaderas —dijo saliendo al pasillo—. Voy a bajar a la Instalación. —Se puso en marcha y oyó cómo los guardaespaldas empezaban a caminar detrás de ella con los desintegradores preparados para hacer fuego—. Informad al comandante de guardia que tengo una reunión con Tol Sivron.

Un guardaespaldas obedeció al instante y habló en susurros por el comunicador de su casco.

Daala avanzó por los pasillos pensando en la complejidad de su nave y en los contingentes de soldados y personal de apoyo que contenía. Un solo Destructor Estelar de la flota imperial contaba con treinta y siete mil tripulantes y noventa y siete mil soldados de las tropas de asalto, pero la Instalación de las Fauces era un proyecto de alto secreto y Tarkin le había asignado una dotación mínima formada por personas que no tenían familia y carecían de conexiones con el exterior. Algunas habían sido reclutadas en planetas devastados por las primeras batallas del Imperio.

La disciplina era muy rígida, pero sus subordinados llevaban once años atrapados en las Fauces sin disfrutar de permisos y sin más recursos para matar el tiempo que las escasas diversiones disponibles a bordo. Los soldados ya estaban hartos de las bibliotecas de entretenimiento. Se sentían aburridos e inquietos, y odiaban el estado de alerta continua sin ninguna noticia del exterior que se veían obligados a soportar. Estaban bien armados y ardían en deseos de salir de allí y hacer algo... al igual que la

misma Daala.

Daala tenía a su disposición todo el poderío de seis baterías turboláser, sesenta cañones iónicos y diez proyectores de haces de tracción, uno de los cuales acababa de ser utilizado para capturar la vieja y maltrecha lanzadera imperial. Sólo los hangares del *Gorgona* contenían seis escuadrones de cazas TIE, dos lanzaderas de asalto de la clase Gamma veinte walkers AT-AT y treinta walkers ligeros AT-ST para misiones de exploración.

Tres Destruyores Estelares idénticos más, el *Mantícora*, el *Basilisco* y el *Hidra* giraban en una lenta órbita alrededor de la Instalación de las Fauces, y también estaban bajo el mando de Daala. Unos años antes Moff Tarkin había llevado a Daala hasta los Astilleros de Kuat para que pudiera echar un vistazo al proceso de construcción de los cuatro Destruyores Estelares.

Tarkin y Daala habían ido hasta allí en una pequeña lanzadera de inspección que se había desplazado alrededor de las enormes superestructuras que estaban siendo montadas en órbita. Los dos permanecieron callados durante casi todo el recorrido, contemplando en silencio aquel gran proyecto de enormes dimensiones. Las lucecitas de los trabajadores, navíos de transporte, crisoles para fundir el metal y colocadores de vigas convertían el espacio en un hervidero de actividad.

Tarkin le había puesto la mano en el hombro, y sus dedos se habían tensado sobre él apretándolo con la fuerza de cables de acero.

—Te estoy dando poder más que suficiente para convertir cualquier mundo en un montón de escombros, Daala —le había dicho.

La almirante Daala y sus guardaespaldas entraron en un ascensor personal del Destructor Estelar *Gorgona* que los llevó desde la zona de mando situada debajo de la torre del puente hasta un hangar. Daala no anunció su llegada cuando las puertas se abrieron ante ella, y le complació ver la agitada actividad que rodeaba a los cazas TIE, las lanzaderas y los vehículos de servicio. Su personal seguía manteniendo cada sistema en perfecto estado de funcionamiento a pesar de los muchos años de aburrimiento.

Habían transcurrido pocos meses desde la terminación de la Instalación de las Fauces cuando Daala se percató de que el personal a sus órdenes estaba empezando a sufrir los efectos de un malestar indefinible. Estaba segura de que en parte era debido a su mera presencia, naturalmente. Aparte de estar a las órdenes de una mujer, el que se les hubiera asignado una misión que consistía pura y simplemente en hacer de niñeras para un grupo de científicos en el lugar más protegido de la galaxia había hecho que los soldados se fueran tomando cada vez menos en serio sus deberes militares: pero unas cuantas ejecuciones altamente explícitas y las continuas amenazas pronto consiguieron que todos funcionaran a pleno rendimiento, aguzando sus capacidades y haciendo que cualquier intento de eludir sus obligaciones les

resultara inconcebible.

Esa táctica había sido una de las primeras lecciones que Daala había recibido de Tarkin, y una de las más importantes. Hazte obedecer mediante el temor a la fuerza, y no mediante la misma fuerza. Daala tenía a 180.000 personas a sus órdenes, y eso sin contar a los diseñadores de armas que trabajaban en la Instalación de las Fauces propiamente dicha. No quería desperdiciar todo ese potencial humano.

Recorrió el hangar con la mirada, y su cabellera del color del metal fundido onduló detrás de ella siguiendo los movimientos de su cabeza. Unos técnicos iban y venían dentro de una jaula electromagnética que protegía todo el casco de la nave, inspeccionando minuciosamente todos los sistemas de la *Endor*, la maltrecha lanzadera imperial a bordo de la que habían llegado los nuevos cautivos. *Endor...* ¿Qué clase de nombre era aquél? Daala nunca lo había oído antes. Los técnicos buscaban identificaciones de servicio, balizas localizadoras y archivos de bitácora y trayectoria.

Daala pensó por un momento que quizá debería subir a la vieja lanzadera y llevarla hasta la Instalación de las Fauces para que Tol Sivron, el director del equipo de científicos, pudiera verla. El efecto de sorpresa producido probablemente bastaría para conseguir que Sivron le prestara atención, aunque sólo fuese por una vez: pero Daala acabó decidiendo que sería un gesto infantil. Dejó que los técnicos siguieran con su trabajo y escogió la lanzadera imperial *Edicto*.

—Puedo pilotarla personalmente —les dijo a sus guardaespaldas—, así que podéis iros.

Quería estar a solas durante el vuelo. Sabía lo que diría Sivron en cuanto se enterase de las noticias, pero esta vez no permitiría que se saliera con la suya.

Los guardaespaldas retrocedieron y se hicieron a un lado mientras Daala subía por la rampa de la lanzadera. Se movió con su rapidez habitual, activando los motores y llevando a cabo la rutina de la lista de comprobaciones automatizada. Después subió los nódulos de control hasta su sien y su oreja, y escuchó el vector de rumbo que se le había asignado mientras hacía ascender a la *Edicto* de su pista y la lanzaba como una flecha a través de los campos magnéticos que separaban el hangar del vacío espacial.

El abigarrado y letal cascarón de gases que giraban en las profundidades insondables de los agujeros negros apareció a su alrededor, justo debajo de ella flotaba la Instalación de las Fauces, un conjunto de planetoides que ocupaban el centro exacto de la isla gravitatoria. Había algunos puntos donde las superficies de las rocas desnudas estaban en contacto unas con otras crujiendo y rechinando a causa de la fricción creada por el movimiento orbital, puentes inmensos y sistemas de bandas mantenían en su sitio a los asteroides. Tubos de acceso y rieles de tránsito servían de conexión dentro del cúmulo de peñascos a la deriva.

Los vehículos de construcción imperiales habían trasladado las rocas a través del espacio y las habían llevado hasta el interior de las Fauces superando todos los obstáculos que se interponían en su curso, siempre bajo la supervisión del Gran Moff Tarkin. Los asteroides fueron ahuecados para acoger habitáculos, zonas de laboratorios, hangares para el montaje de prototipos y salas de reuniones.

Si mostramos a los ciudadanos una arista tan potente e inmensa que sea capaz de desafiar cualquier ataque concebible, una arena que sea invulnerable y que resulte invencible en la batalla, esa arma llegará a convertirse en el símbolo del Imperio. Daala había leído el borrador del comunicado que Tarkin había enviado al Emperador, apremiándole a iniciar el proceso de creación de superarmas. Puede que sólo necesitemos un puñado de esas armas para subyugar a millares de planetas, con millones y millones de seres en cada uno de ellos. Un arma semejante debe ser lo bastante potente para destruir todo un sistema estelar, y el miedo que inspirará será lo suficientemente grande para que podáis gobernar toda la galaxia sin que nadie se atreva a desafiaros.

Después de haber obtenido el permiso para llevar a la práctica su plan, Tarkin había utilizado su nueva autoridad como Gran Moff para montar aquella instalación supersecreta en la que podría crear un auténtico tanque de cerebros que le permitiría aislar a los científicos y teóricos más brillantes, dándoles la orden de desarrollar nuevas armas para el Emperador. Tarkin siempre se atribuía todos los méritos sin revelar su origen, por lo que el Emperador ignoraba la existencia de la instalación.

Los trabajadores y arquitectos que habían construido el complejo subieron a la nave que les sacaría del cúmulo de agujeros negros creyendo haber terminado su trabajo, pero Daala se había ocupado personalmente de reprogramar sus ordenadores de navegación introduciendo un curso incorrecto para la travesía de las Fauces. En vez de volar hacia su libertad, se habían precipitado directamente en la boca de un agujero negro. No había quedado ningún cabo suelto.

El secreto de la Instalación de las Fauces había sido protegido. Después de que Tol Sivron y sus equipos demostraran que el concepto inicial de la *Estrella de la Muerte* podía ser convertido en una realidad, el Gran Moff Tarkin había llevado a Bevel Lemelisk, uno de los científicos más eminentes de la Instalación, al Borde Exterior para que supervisase la construcción del primer modelo de la *Estrella de la Muerte*.

Las últimas palabras que Tarkin dirigió a los científicos de las Fauces habían sido un desafío: «Bien, ahora debéis crear un arma todavía más poderosa. Sobrepasar a la *Estrella de la Muerte* quizá parezca inconcebible, pero debemos mantener nuestra superioridad y debemos mantener sumidos en el temor a todos los ciudadanos del Imperio. La *Estrella de la Muerte* es terrible. Pensad en algo peor. Ésa es la razón de vuestra existencia».

Tarkin les había dado nueve años de plazo para que desarrollaran su siguiente generación de arma definitiva. Tarkin había muerto y no había nadie más que estuviera al corriente de la existencia de la Instalación de las Fauces..., y eso significaba que Daala podía tomar sus propias decisiones y planear su propio curso de acción.

Daala llegó al pequeño campo gravitatorio del asteroide administrativo central y posó la lanzadera *Edicto* en el hangar de atraque. Después salió de la lanzadera y permaneció inmóvil junto a ella durante unos momentos haciendo profundas inspiraciones del aire polvoriento y saturado por los gases de los motores. Ya empezaba a desear poder estar de vuelta en las estériles cubiertas relucientes del *Gorgona*. Un contingente de tropas de asalto al que se había asignado la misión de vigilar la superficie fue rápidamente hacia ella para escoltarla.

—Seguidme —ordenó Daala.

Una demostración de fuerza cortarían de raíz cualquier posible protesta del administrador científico.

No anunció su llegada y cruzó las antecámaras en línea recta y sin detenerse, sobresaltando a los hombres y mujeres que se ocupaban de las tareas administrativas. Los soldados se pusieron firmes al verla. Los empleados les miraron fijamente durante unos instantes y después volvieron a sentarse sin decir nada.

—Necesito hablar contigo, Tol Sivron —dijo Daala entrando en su despacho—. Tengo algunas noticias de gran importancia.

El despacho del administrador científico estaba abarrotado con un montón de cosas que no hubiesen debido encontrarse allí. Más burócrata que científico, Tol Sivron siempre exigía que los teóricos y diseñadores construyesen modelos conceptuales y diminutos prototipos de sus ideas que luego Sivron iba dejando sobre los estantes, encima de los muebles o en hornacinas. Daala suponía que Sivron se distraía jugando con ellos como si fuesen juguetes en sus ratos libres.

El despacho estaba lleno de montones de propuestas, estudios de diseño, informes de progresos y gráficos de parámetros optimizados que el administrador científico ordenaba le fueran entregados en forma de material impreso. Sus subordinados estudiaban esos informes, y después escribían sus propios informes resumiéndolos y llenándolos de referencias a nuevos documentos. Daala no creía que el administrador leyera ni uno solo de ellos.

Tol Sivron hizo girar su sillón para contemplarla con expresión de aburrimiento.

—¿Noticias? Hace una década que no tenemos ninguna noticia.

Sivron era un *twi'lek*, un alienígena sin vello y de rostro blanquecino con dos colas cefálicas en forma de látigo que colgaban de su cráneo. Los tentáculos caían por encima de sus hombros como dos anguilas color rojo sangre desprovistas de piel que estuvieran succionando la parte de atrás de su cabeza. Los ojillos porcinos y muy

juntos de Sivron y su dentadura irregular y puntiaguda hacían que Daala lo encontrara todavía más repugnante. Los twi'leks no eran una raza muy digna de confianza, ya que se sabía que muchos de ellos mantenían relaciones con los contrabandistas y actuaban como esbirros para señores del crimen como Jabba el Hutt. Daala rara vez cuestionaba las decisiones del Gran Moff Tarkin, pero no comprendía cómo se las había arreglado Tol Sivron para obtener su cargo.

—Bueno, pues hoy tenemos noticias... Hemos capturado a tres prisioneros que entraron en las Fauces a bordo de una lanzadera imperial robada. Los tres han sido concienzudamente interrogados y por desagradable que pueda parecer, no veo que haya ninguna razón para poner en duda la veracidad de esta información.

—¿Y en qué consiste esa información tan desagradable?

Daala mantuvo el rostro totalmente rígido e inexpresivo.

—El Emperador ha muerto y los rebeldes han vencido. Unos cuantos señores de la guerra intentaron reconstruir el Imperio, pero sólo consiguieron causar años de guerra civil. El gobierno básico actual de la galaxia es una nueva República.

Sivron quedó tan sorprendido que se irguió en su sillón, y las colas cefálicas se enroscaron detrás de su cuello en una reacción nerviosa refleja.

—Pero... Pero... ¿Cómo ha podido ocurrir todo eso? Con nuestro diseño para la *Estrella de la Muerte*...

—El Gran Moff Tarkin construyó una *Estrella de la Muerte*, pero los rebeldes consiguieron robar los planos y después se las arreglaron para descubrir un defecto, una salida de ventilación que permitía que un caza de pequeñas dimensiones accediera al núcleo del reactor. Los rebeldes destruyeron la *Estrella de la Muerte* y mataron a Tarkin.

—¡Haré que un equipo inspeccione los planos para que podamos corregir ese defecto! —exclamó Sivron, obviamente herido en su orgullo—. ¡Lo haré de inmediato!

—¿Y de qué va a servirnos eso ahora? —replicó secamente Daala—. Tarkin contaba con Bevel Lemelisk. Después de que la primera *Estrella de la Muerte* fuese destruida, el Emperador pidió a Lemelisk que diseñara un modelo más grande eliminando el defecto ya conocido de los planos. La segunda *Estrella de la Muerte* todavía se hallaba en fase de construcción cuando los rebeldes la destruyeron.

Sivron torció el gesto, como si estuviera intentando encontrar la solución a un problema que ya tenía varios años de antigüedad. El tiempo había transcurrido implacablemente sin que llegaran noticias del exterior, y Sivron había enviado sondas automáticas provistas de mecanismos de autodestrucción a través de los muros de fuego de las Fauces, incluyendo en su interior transmisiones en código con la intención de ir manteniendo informado a Tarkin. Daala había recibido órdenes muy estrictas de no abandonar la Instalación de las Fauces, por lo que esperaron... y

esperaron.

El gran error de Daala había estribado en sobrestimar las capacidades de Tarkin, su mentor. Daala se había graduado en la Academia Militar Imperial de Carida, uno de los centros de adiestramiento para la carrera militar más duros de todo el Imperio. Había destacado en todas las materias, había derrotado a muchos guerreros en combate singular y había utilizado sus habilidades estratégicas para acabar con ejércitos enteros en los juegos de guerra.

Pero era una mujer y los mandos femeninos eran una auténtica rareza en el servicio militar imperial, por lo que la academia de Carida asignó a Daala tareas difíciles en las que sus méritos nunca eran reconocidos mientras iba ascendiendo a los hombres de menos talento que habían sido superados una y otra vez por ella, otorgándoles posiciones de autoridad.

Daala había llegado a sentirse tan frustrada que creó una personalidad falsa en las redes de ordenadores, un seudónimo bajo el cual podía hacer sugerencias que serían escuchadas. Después de que un puñado de esas ideas realmente radicales dieran excelentes resultados, el Gran Moff Tarkin fue a Carida para conocer a ese nuevo genio de la táctica..., pero su labor detectivesca acabó descubriendo a Daala en vez de a un joven oficial.

Por suerte Tarkin tenía una mente más abierta y un talante más innovador que el Emperador. Reasignó lo más discretamente posible a Daala incluyéndola en su séquito personal, la llevó a los territorios del Borde Exterior junto con su flota de Destruidores Estelares y dejó que trabajara a su lado.

Se convirtieron en amantes. Eran dos mentes idénticas, dos espíritus fuertes, decididos e implacables. Tarkin era mayor que ella, pero poseía un poder y un carisma que Daala admiraba. Delgado e incansable en su maldad callada y sin límites. Tarkin tenía una seguridad en sí mismo tan grande que no se acobardaba ni siquiera cuando estaba en presencia de Darth Vader.

Quería mantener oculta a Daala, por lo que le confió el mando de cuatro Destruidores Estelares y le asignó la tarea de proteger y vigilar la Instalación de las Fauces. Pero eso ya pertenecía al pasado, pues Daala había obtenido nueva información de sus cautivos y todo había cambiado debido a esa información. Sí, todo había cambiado...

Sivron la estaba contemplando con los ojos llenos de ira.

—¿Dónde se encuentran esos cautivos ahora?

—En celdas de retención a bordo del *Gorgona*. Se están recuperando de..., de los rigores del interrogatorio.

—¿Y si alguien viene en su busca?

Sivron se volvió hacia la ventana de transpariacero de la pared de su despacho.

—Son fugitivos que han huido de las minas de especia de Kessel, y no tenían ni

idea de adónde iban. Supondrán que han desaparecido en las Fauces... De hecho, no entiendo cómo lograron sobrevivir a la travesía del cúmulo.

—¿Y por qué no te has limitado a eliminarlos? —preguntó Sivron.

Daala logró no perder la paciencia con él, pero fue al precio de un considerable esfuerzo. Aquella pregunta no era más que otro ejemplo de la cortedad del twi'lek.

—Porque son la única conexión con el exterior que hemos tenido en toda una década —replicó—. Qwi Xux ya ha solicitado permiso para hablar con los prisioneros y obtener detalles sobre la *Estrella de la Muerte*. Quizá necesitemos sacarles más información..., antes de decidir qué vamos a hacer.

Los ojos porcinos de Sivron parpadearon.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué podemos hacer?

Daala se cruzó de brazos.

—Podemos salir de aquí con el nuevo Triturador de Soles y destruir a la Nueva República sistema por sistema —dijo, y sus gélidos ojos verdes le contemplaron fijamente y sin pestañear.

El twi'lek se removió nerviosamente.

—Pero el Triturador de Soles todavía no está terminado. Aún hay que hacer muchas pruebas, y tenemos que redactar muchos informes sobre...

—Llevas dos años perdiendo el tiempo, Sivron. Tu ineptitud y tu obsesión por los trámites burocráticos te han hecho acumular un considerable retraso sobre los planes previstos. El Gran Moff Tarkin no va a volver, y ya no tienes una excusa para seguir perdiendo el tiempo. Necesito el arma ahora, y voy a hacerme con ella.

La mente de Daala volvía una y otra vez a las palabras que Tarkin le había dicho cuando estaban inspeccionando los Astilleros de Kuat. Te estoy dando poder más que suficiente para convertir cualquier planeta en un montón de escombros, Daala. Y con el Triturador de Soles, la nueva arma diseñada por la Instalación de las Fauces, podría poner de rodillas a la Nueva República...

—Si Solo está diciendo la verdad —dijo Daala—, entonces mi flota muy bien podría ser el resto de la Armada Imperial más poderoso que existe actualmente en toda la galaxia. —Cogió uno de los modelos de Tol Sivron—. No podemos seguir esperando aquí por más tiempo, Sivron... Ahora es nuestro turno de demostrarles qué somos capaces de hacer.

El embajador de Carida y su séquito acababan de llegar a la plataforma oeste, que había sido reparada recientemente y se encontraba bastante alejada del Palacio Imperial. Su lanzadera diplomática hacía pensar en un lustroso escarabajo negro, y estaba erizada de sistemas de armamento que habían sido neutralizados a distancia antes de que la nave obtuviera el permiso para aproximarse a Coruscant.

Leia y todo un contingente de la guardia de honor de la Nueva República estaban esperando en la plataforma para recibir al embajador Furgan. El viento empezaba a intensificarse, y soplaba por entre los enormes edificios como si intentara hacer retroceder a la delegación de Carida en la dirección por la que había venido. Leia llevaba su atuendo ceremonial de las funciones gubernamentales, así como su insignia de rango de las fuerzas de la Alianza.

Su potente centro de adiestramiento militar hacía que Carida fuese uno de los pocos planetas de gran importancia estratégica que seguía siendo leal al Imperio. Si Leia conseguía establecer negociaciones con ellos, su hazaña diplomática tardaría mucho tiempo en ser olvidada. Pero el sistema caridano iba a ser una joya-fruto bastante difícil de abrir, especialmente estando representado por un embajador tan grosero y gélido como Furgan.

La escotilla de la lanzadera se abrió con un siseo, y la atmósfera un poco más densa de Carida salió del casco. Dos soldados de las tropas de asalto bajaron por la rampa con rifles desintegradores de ceremonia equipados con bayonetas al hombro. Su armadura blanca brillaba como resultado de una concienzuda labor de limpieza y frotado. Se movían como androides, y Leia les vio bajar por la rampa y separarse para flanquearla y quedar totalmente inmóviles mientras una segunda pareja de soldados de las tropas de asalto seguía sus pasos y esperaba al pie de la rampa.

El embajador Furgan bajó por la rampa, moviéndose sobre sus cortas piernas con tanta pomposidad como si estuviera avanzando acompañado por los compases de una banda de música. Su uniforme estaba salpicado por una multitud de placas, insignias y cintas, muchas más de las que nadie podía haber ganado en una sola existencia.

Dos oficiales de las tropas de asalto siguieron al embajador rampa abajo, y después Furgan tragó una honda bocanada de aire y clavó la mirada en la lejanía ignorando por completo a Leia.

—Ah, el aire del Centro Imperial... —Se volvió hacia el comité de recepción que le había estado aguardando, y frunció sus espesas cejas—. Pero ahora tiene un olor acre y desagradable. Ha sido contaminado por la pestilencia de la rebelión.

Leia hizo caso omiso del comentario.

—Bienvenido a Coruscant, embajador Furgan —dijo—. Soy la Ministra de Estado Leia Organa Solo.

—Sí, sí... —replicó Furgan con visible impaciencia—. Después de todo lo que dijo Mon Mothma sobre la extremada importancia de Carida, esperaba que enviaría a alguien con un cargo mucho más elevado que el suyo para que me recibiese. El que la haya enviado a usted... Bueno, es como si me acabaran de abofetear en público.

Leia tuvo que recurrir a algunos de los ejercicios de Luke para controlar las emociones, y empleó una técnica Jedi que dejaba la mente en blanco y que le permitió reprimir la ira que intentaba adueñarse de ella.

—Veo que no se ha tomado el tiempo necesario para familiarizarse con la estructura de nuestro gobierno, embajador —dijo—. Mon Mothma es la Jefe de Estado de la Nueva República, pero el auténtico órgano de gobierno es el Gabinete, del que la Ministra de Estado y mi cuerpo diplomático subordinado quizá seamos los brazos más importantes.

Leia se interrumpió de repente. Estaba irritada con Furgan por haberla provocado, y consigo misma por haber permitido que el embajador la manipulase arrastrándola a aquellos juegos mezquinos. Mon Mothma le había dado instrucciones de tratar al embajador con la máxima cortesía diplomática. Leia deseó que Han o Luke estuvieran a su lado.

—Mon Mothma tiene otros muchos deberes a los que atender, pero ha preparado una breve entrevista más avanzado el día —dijo Leia—. Hasta que llegue ese momento, quizá preferiría que le enseñara sus aposentos... ¿Le apetece alguna bebida después del viaje? Los ojos de Furgan le hicieron pensar en dos bayas diminutas que habían empezado a pudrirse cuando dirigió su mirada hacia ella.

—Mis guardaespaldas irán a mis aposentos antes de que yo entre en ellos —dijo el embajador—. Examinarán cada centímetro de las habitaciones y cada sistema e instalación, cada pared y cada suelo a fin de eliminar los aparatos de escucha escondidos o los artefactos asesinos que pueda haber en ellos. Los guardias restantes permanecerán conmigo en todo momento. Me proporcionarán comida y bebida procedente de sus suministros para protegerme contra cualquier posibilidad de envenenamiento.

Leia quedó atónita y horrorizada ante sus insinuaciones. Su primer impulso fue insistir en que no era necesario que Furgan hiciese todo aquello, pero se contuvo porque indudablemente era justo lo que el embajador esperaba de ella, y lo que hizo fue reaccionar con una leve sonrisa de indulgencia.

—Por supuesto. Si eso hace que se sienta más a gusto...

—Mientras tanto, me gustaría recorrer el Palacio Imperial —siguió diciendo Furgan—. Haga los arreglos necesarios de inmediato. He venido en peregrinación para ver el hogar de mi Emperador y presentarle mis respetos.

Leia vaciló.

—Bueno, eso no entraba en nuestros planes y...

Furgan alzó una mano. Los soldados de las tropas de asalto que permanecían inmóviles en posición de firmes junto a él se pusieron todavía más tensos. El embajador dio un paso hacia Leia, como si intentara parecer amenazador.

—Aun así, hará los arreglos necesarios de inmediato.

Por la tarde Mon Mothma estaba inmóvil en la cámara de audiencias sumida en la penumbra, esperando junto a la base de los controles del holoprojector. Tenía otras mil obligaciones a las que atender, pero Carida parecía ser el lugar donde había más probabilidades de que se produjera un estallido de resistencia capaz de amenazar la estabilidad de la Nueva República. Mon Mothma había dejado muy claro a Leia que consideraba ese sacrificio de tiempo como una inversión para evitar una posible guerra.

Mon Mothma parecía llenar toda la estancia con su presencia tranquila e imponente, y no necesitaba moverse para conseguirlo. Leia siempre sentía una gran admiración ante su innegable pero sutil poder, que Mon Mothma lograba exhibir a pesar de que nunca había recibido adiestramiento Jedi.

Leia siguió al embajador Furgan mientras el caridano bajaba por la rampa que llevaba hasta la base del holoprojector. El embajador volvió la cabeza para lanzar una mirada malhumorada a sus guardaespaldas de las tropas de asalto, que se habían detenido en la entrada de la cámara. Furgan se había negado a separarse de ellos, y Mon Mothma se había negado a permitir que hubiera soldados de las tropas de asalto cerca de ella aunque estuvieran desarmados. El forcejeo había sido breve pero intenso, y al final Mon Mothma acabó permitiendo que los soldados esperaran allí donde el embajador pudiera verles, aunque fuera de la cámara.

Pero también había obtenido una concesión aparentemente menor. Mon Mothma había exigido que los soldados se quitaran los cascos mientras permanecían en su presencia. Los soldados habían quedado desenmascarados y tenían que sostener aquellos cascos tan parecidos a calaveras debajo del brazo, con lo que quedaban revelados como meros seres humanos, jóvenes cadetes que seguían llevando armadura pero a los que se había despojado de su anonimato.

—Póngase allí, embajador Furgan —dijo Mon Mothma sin saludarle formalmente—. Hay algo que me gustaría enseñarle.

El holoprojector empezó a brillar con un resplandor iridiscente y la galaxia conocida llenó la estancia, miles de millones de puntitos estrellas desperdigados en brazos giratorios que se movían por todo el recinto. Las luces se debilitaron automáticamente cuando la espuma de estrellas se hizo visible. Los soldados de las tropas de asalto estiraron los cuellos y alzaron las cabezas en el umbral para poder contemplar la enorme imagen. Mon Mothma y el embajador Furgan, inmóviles en el suelo de la cámara, parecían insignificantes.

—Ésta es nuestra galaxia —dijo Mon Mothma—. Hemos incluido todos los

sistemas que figuran en los archivos. Estas estrellas... —movió una mano, y una oleada azul centelleó a través de los brazos de la galaxia— ya han jurado lealtad a la Nueva República. Otras han permanecido neutrales, aunque no son hostiles a nuestra causa.

Un rociado de verde apareció entre las estrellas.

—La zona oscura es lo que queda del Imperio Ssi Ruuk. —Mon Mothma señaló una mancha de negrura que ocupaba una parte de un brazo de la espiral—. Todavía no hemos llevado a cabo una exploración completa de sus mundos, aunque ya han transcurrido varios años desde que las fuerzas imperiales y las de la Alianza se unieron en Bakura para expulsar a los invasores.

»Finalmente —siguió diciendo Mon Mothma—, existen los sistemas que continúan siendo leales al Imperio caído. —Una pincelada roja mucho más pequeña se esparció por la imagen, concentrada básicamente en el núcleo galáctico desde el que el Emperador resucitado había lanzado a sus fuerzas—. Como puede ver, el apoyo con que cuentan está disminuyendo rápidamente.

Furgan no parecía muy impresionado.

—Cualquiera puede pintar puntitos en un mapa —dijo.

Leia, que estaba cada vez más furiosa aunque mantuviera su fachada de impasibilidad, se asombró ante la tranquilidad con la que Mon Mothma manejaba la situación. La Jefe de Estado no alzó la voz, y se limitó a contemplar al embajador con la mirada tranquila de sus profundos ojos.

—Puede hablar con cualquiera de los embajadores de esos planetas para confirmar sus lealtades —dijo.

—Los embajadores pueden ser sobornados con tanta facilidad como se pueden cambiar los colores en una proyección cartográfica.

Cuando volvió a hablar, la voz de Mon Mothma había adquirido una sombra casi imperceptible de aspereza.

—No existe ningún soborno que pueda alterar los hechos, embajador Furgan.

—En ese caso, a veces es preciso cambiar los mismos hechos —replicó Furgan.

Leia no pudo contenerse y puso los ojos en blanco. En cierta manera todo aquello resultaba bastante divertido, pero parecía un desperdicio de tiempo. Furgan era tan imposible de alterar como un hombre congelado en carbonita.

Toda la superficie planetaria de Coruscant había quedado cubierta por capa sobre capa de edificios que habían sido reconstruidos y demolidos y vueltos a reconstruir. Los gobiernos galácticos habían ido cambiando a lo largo de los milenios, pero Coruscant siempre había sido el centro de la actividad política.

Las complejas pautas de construcción y los enormes pináculos de metal y transpariacero hacían que la predicción climatológica resultara muy difícil. De vez en cuando tormentas inesperadas brotaban del agua que se evaporaba por los millones de

respiraderos y conductos de ventilación, condensándose y subiendo desde los bosques de rascacielos y creando pequeños chaparrones que dejaban caer su carga de agua sobre las duras superficies de los edificios.

La recepción diplomática en honor del embajador Furgan celebrada en los Jardines Botánicos de la Cúpula Celeste acababa de empezar cuando una repentina andanada de goterones cayó sobre los paneles transparentes, ocultando los resplandecientes telones de la aurora de Coruscant.

El reconstruido Palacio Imperial se alzaba en la lejanía cerca del horizonte, elevándose como una mezcla de catedral y pirámide que mostraba señales de muchas eras distintas. Leia no había querido que la recepción en honor de Furgan se celebrase en ningún lugar que recordara la opulencia y grandeza del Emperador caído.

Los Jardines Botánicos de la Cúpula Celeste se encontraban en el primer nivel de un rascacielos aislado. El gigantesco terrario había sido construido por un filántropo de la Vieja República que se había enriquecido al establecer el Servicio de Noticias Galáctico, y era una instalación meticulosamente atendida y con muchos entornos distintos aislados en compartimentos que alojaban y mostraban flora exótica o los últimos ejemplares existentes de especies extintas de muchos sistemas de la galaxia.

Leia llegó acompañada por Cetrespeó y sus dos hijos justo cuando la lluvia empezaba a caer sobre el techo transparente. Cruzó el umbral adoptando una postura defensiva, con las justificaciones por su retraso ya preparadas en la punta de la lengua. Sabía que la presencia de los gemelos podía causar una cierta conmoción en la envarada recepción diplomática, pero le daba igual.

Furgan había convertido su día en una pesadilla. La había llevado de un lado a otro entre continuas quejas y exigencias, comportándose prácticamente en todo momento de forma bastante grosera. Leia había renunciado a su tiempo con los gemelos para estar al lado del embajador, y había acabado decidiendo que el sacrificio no merecía la pena. Podía ser un miembro muy importante del Gabinete de la Nueva República, pero también era una madre que seguía intentando adaptarse a las nuevas exigencias que acababan de alterar su forma de vida. Mientras se cambiaba de ropa en sus habitaciones preparándose para acudir a la recepción. Leia había sentido cómo el resentimiento y la irritación que se habían estado acumulando dentro de ella empezaban a hervir de una manera incontrolable. ¡Si no iba a poder estar nunca con ellos, a efectos prácticos tanto daba que hubiese dejado a Jacen y Jaina con Winter!

Además iban acompañados por Cetrespeó, y el androide era un modelo de protocolo. Podría vigilar a los gemelos, y en el caso de que llegara a ser necesario también podría echarle una mano con las complejas minucias del ceremonial diplomático y las tareas de traducción.

Desde que Han había desaparecido, Leia pasaba la mayor parte de su tiempo casi

enferma de preocupación. Luke y Lando aún no se habían puesto en contacto con ella. Leia necesitaba algún punto estable en su vida, y casi albergaba la esperanza de que alguien le reprocharía que hubiera traído consigo a los gemelos porque eso le proporcionaría la ocasión de dar rienda suelta a su furia y nerviosismo.

Los matones de Furgan la detuvieron en cuanto cruzó el umbral. Los soldados de las tropas de asalto seguían sin llevar el casco y parecieron sentirse un poco incómodos cuando sus miradas se encontraron con la de Leia, pero aun así se interpusieron en su camino sin ninguna vacilación. Detrás de los soldados de las tropas de asalto había otros tantos guardias de la Nueva República que no les quitaban los ojos de encima y que permanecían rígidamente inmóviles en posición de firmes.

—¿Cuál es el problema... —Leia lanzó una rápida mirada a la insignia del soldado que tenía delante y equivocó deliberadamente su rango—, teniente?

—Capitán —la corrigió el soldado—. Estamos registrando a todo el mundo. Es una precaución contra los asesinos.

—¿Asesinos? —exclamó Leia, optando por mostrar diversión en vez de enfado—. Comprendo.

Un soldado fue hacia ellos con un detector manual y lo movió alrededor del cuerpo de Leia buscando armas ocultas. Leia se sometió al examen manteniendo una gélida impassibilidad.

—Es por la seguridad del embajador... —dijo el soldado, y después lanzó una mirada de desaprobación a Jacen y Jaina—. No se nos informó de que asistirían niños.

—¿Teme que uno de ellos vaya a asesinar al embajador Furgan? —Leia clavó los ojos en el rostro pálido y desnudo del hombre, y frunció el ceño hasta que vio cómo éste desviaba la mirada—. Eso no dice mucho en favor de sus capacidades como guardaespaldas, capitán.

Leia pensó que verle tan nervioso y alterado bastaba para justificar cualquier molestia que el capitán pudiera llegar a causarle con sus exámenes de seguridad.

—No son más que precauciones rutinarias.

El capitán cogió el detector y volvió a usarlo con Jacen y Jaina, dando visibles muestras de incomodidad mientras lo hacía. En cuanto hubo terminado su tarea, siguió negándose a hacerse a un lado. Leia se cruzó de brazos.

—¿Y ahora qué?

—Su androide, ministra —dijo el capitán—. Tenemos que llevar a cabo una comprobación total de sistemas. Se le podría haber introducido la programación de un androide asesino.

—¿A mí, señor? —exclamó Cetrespeó—. ¡Oh, cielos! No puede estar hablando en serio, ¿verdad?

La mera idea de que el envarado y asustadizo androide de protocolo pudiera ser un asesino bastó para que Leia pusiera los ojos en blanco.

—¿Y cuánto tiempo se necesitará para llevar a cabo esa comprobación de sistemas?

—No mucho.

El capitán cogió otro aparato detector del que colgaban varios cables.

—¡Protesto enérgicamente, ama Leia! —La voz de Cetrespeó estaba impregnada por una inconfundible sombra de pánico—. ¡Como recordará, ya he sido maliciosamente reprogramado en el pasado! No quiero volver a confiar nunca más en una sonda desconocida.

Leia habló al androide, pero mantuvo su penetrante mirada clavada en los ojos del capitán de las tropas de asalto mientras lo hacía.

—Deja que te examine, Cetrespeó —dijo—. Y si tu programación sufre la más mínima alteración, este hombre será responsable de un incidente galáctico que muy bien podría acabar llevando a la guerra... una guerra en la que su sistema natal de Carida sería el objetivo primario de todas las fuerzas combinadas de la Nueva República.

—Tendré mucho cuidado, ministra —dijo el capitán de las tropas de asalto.

—¡Desde luego que lo tendrá, señor! —insistió Cetrespeó.

Cuando por fin lograron llegar a la zona donde se celebraba la recepción, ya apenas llovía. Los invitados iban y venían por los senderos de los distintos recorridos para observar las abigarradas y extrañas formas de la vida vegetal alienígena. Cada vez que cruzaban los campos de fuerza que servían como barreras entre los distintos entornos, la temperatura y la humedad cambiaban drásticamente para proporcionar las condiciones de crecimiento más adecuadas a los distintos tipos de plantas. Diminutos letreros mostraban los nombres científicos de las especies escritos en una docena de alfabetos distintos.

Jacen y Jaina, firmemente cogidos de las manos de su madre, contemplaron con asombro a los invitados ataviados con sus mejores galas diplomáticas y las plantas exóticas de mundos distantes.

En el centro de la cámara había una zona brillantemente iluminada en la que un cactus tentaculado monstruosamente grande desempeñaba las funciones de camarero de la recepción, agitando sus tallos de un lado a otro para exhibir diminutos bocadillos, rebanadas de frutas, salchichas y pastelillos clavados en sus largas espinas. Los invitados iban cogiendo bocados de las espinas cada vez que un tallo del cactus tentaculado se deslizaba junto a ellos.

El bajito y rechoncho embajador Furgan parecía ser el centro de toda la atención, pero todo el mundo le observaba por el rabillo del ojo en vez de hablarle directamente. Leia volvió a ser consciente de sus obligaciones políticas, por lo que

dejó escapar un suspiro y fue hacia él con los niños trotando a su lado.

Furgan clavó la mirada en los gemelos y apuró de un trago la copa que tenía en la mano. Leia le observó mientras volvía a llenarla con un recipiente de bombeo que colgaba de su cadera derecha. Furgan presionó el botón y se sirvió una nueva ración de un líquido de color entre verdoso y dorado miel. «Es lógico —pensó Leia—. Si padeces una paranoia tan intensa acerca de los venenos, resulta natural que te traigas tu propia bebida...» Furgan llevaba un recipiente idéntico colgando de la cadera izquierda.

—Bien, ministra Organa Solo, así que éstos son los famosos gemelos Jedi, ¿no? Creo que les puso de nombre Jacen y Jaina, ¿verdad? ¿Y no tiene un tercer hijo llamado Anakin?

Leia parpadeó, sintiéndose un poco nerviosa al ver que Furgan sabía tantas cosas sobre su familia.

—Sí, el bebé está en otro sitio..., un lugar seguro donde se encuentra a salvo.

Sabía que Furgan no podía haber descubierto la situación del planeta-refugio, pero los instintos de una madre amplificaron sus temores.

Furgan dio una palmadita en la cabeza a Jaina.

—Espero que también proteja a estos dos —dijo—. Sería realmente lamentable que un par de niños tan encantadores acabaran convirtiéndose en peones políticos.

—No corren ningún peligro —dijo Leia, y se sintió repentinamente atrapada e impotente—. Id a jugar con Cetrespeó —añadió, empujando a los gemelos lejos de ella sin apartar la mirada del embajador ni un instante.

—Será una experiencia muy educativa para ellos, ama Leia —dijo Cetrespeó, y se llevó a los niños en dirección a los especímenes vegetales para que pudieran verlos.

Furgan siguió su conversación con Leia.

—Si quiere que le dé mi opinión, es una pena que el Emperador no consiguiera eliminar a todos los Jedi. Las tareas que no llegan a terminarse siempre acaban causando nuevos problemas.

—¿Y por qué razón teme tanto a los Caballeros Jedi? —replicó Leia.

No era un tema de conversación que le gustara demasiado, pero quizá podría obtener alguna información de Furgan.

El embajador tomó un largo sorbo de su bebida.

—Siempre he pensado que dada nuestra sofisticada tecnología no deberíamos encogernos temerosamente ante la brujería y los extraños poderes mentales de los que el azar sólo ha hecho poseedores a unos cuantos individuos. Me parece muy elitista... ¿Caballeros Jedi? En realidad, podría decirse que los Caballeros Jedi actuaron como fuerza represora al servicio de un gobierno débil.

Leia empezó a interesarse por la discusión.

—Ese Emperador al que usted tanto reverencia controlaba la Fuerza en un grado

muy superior, al igual que Darth Vader. ¿En qué se diferenciaban de ellos?

—El Emperador tiene derecho a poseer poderes especiales —dijo Furgan, como si estuviera exponiendo algo obvio—. Después de todo, es el Emperador... Y al final Vader acabó resultando ser un traidor, ¿no? Tengo entendido que Vader mató al Emperador, y eso me parece otra buena razón por la que dichos poderes deberían ser declarados ilegales.

Leia comprendió que Furgan debía de haber visto el discurso pronunciado por Luke ante el Consejo, que había gozado de una amplia difusión por toda la galaxia.

—Aun así, los Jedi han conseguido sobrevivir, y toda la orden de los Caballeros Jedi será restaurada. Mi hermano se ocupará de que así sea... Dentro de unos cuantos años, los nuevos Caballeros Jedi desempeñarán el mismo papel de protectores de la República que ya desempeñaron antiguamente.

—Qué pena —dijo Furgan.

Después el embajador le dio la espalda buscando una nueva conversación, pero nadie parecía querer hablar con él.

Cetrespeó perdió a los gemelos casi al instante apenas decidieron jugar al escondite entre los especímenes. Los niños empezaron deslizándose por debajo de barandillas colocadas a tan poca altura que Cetrespeó no podía seguirles, y después se persiguieron por zonas de acceso restringido indicadas mediante letreros de PROHIBIDA LA ENTRADA. Cuando el androide les gritó que volvieran, Jacen y Jaina desarrollaron una repentina deficiencia auditiva altamente selectiva y siguieron correteando de un lado a otro.

Cetrespeó los persiguió a través de un bosquecillo de árboles mucosos que mancharon su reluciente caparazón metálico con gotitas de una viscosa sustancia polinizada amarillenta, pero al menos el líquido que rezumaba de los árboles hizo que hubiera un rastro de pisadas en el suelo que el androide podía seguir. Cetrespeó dejó escapar un gemido de consternación cuando vio que las pequeñas pisadas iban en línea recta hacia la zona de las «Plantas Carnívoras».

—¡Oh, cielos! —exclamó.

El androide ya había empezado a imaginarse matorrales sedientos de sangre muy ocupados digiriendo trozos de los niños, pero por fortuna Cetrespeó oyó las risitas estridentes de Jacen antes de que pudiera enviar una alarma general, y las carcajadas de su hermana no tardaron en unírseles. Cetrespeó utilizó sus localizadores direccionales y volvió al centro de la exhibición vegetal.

Los gemelos estaban sentados en el centro del gigantesco cactus tentaculado y jugaban con los tallos ondulantes sin prestar ninguna atención a las espinas. Jacen y Jaina se las habían arreglado para dejar atrás aquellas puntas tan afiladas como dagas sin sufrir ningún daño, y se habían instalado en la blanda masa central de finos pelitos recién brotados que acabarían convirtiéndose en nuevas espinas.

—¡Amo Jacen y ama Jaina, salgan de ahí ahora mismo! —ordenó Cetrespeó en el tono más seco e imperioso de que fue capaz—. ¡Debo insistir en que salgan de ahí!

Lo único que consiguió fue que Jaina se riera y le hiciese señas con la mano.

Y el cada vez más desesperado y confuso androide empezó a preguntarse cómo conseguiría rescatar a los niños de su refugio en la gran planta sin tirar ninguna vianda.

Las conversaciones se fueron acallando, y se produjo el tipo de silencio que suele darse en las reuniones sociales que han surgido de una manera artificial y forzada. El embajador Furgan aprovechó el silencio para hablar.

—¡Solicito su atención! —exclamó.

Leia vio cómo se apartaba bruscamente de ella. No sabía qué podía hacer, y se tensó preparándose para cualquier cosa.

Las escasas conversaciones que no se habían interrumpido cesaron de repente, y los ojos de todos los presentes se volvieron hacia el embajador de Carida. Mon Mothma había estado charlando con el general Jan Dodonna, el anciano genio de la táctica que había planeado el ataque contra la primera *Estrella de la Muerte*. Mon Mothma enarcó las cejas, sintiendo una obvia curiosidad ante la petición de silencio que acababa de hacer Furgan. Jan Dodonna interrumpió el relato de la anécdota que le había estado contando, y se quedó con las manos inmóviles en el aire y la mirada fija en el embajador.

Furgan se llevó la copa vacía a la cadera y la llenó, esta vez con el recipiente de la izquierda. Leia se preguntó si ya habría vaciado el de la derecha.

Después alzó su copa y dio un paso hacia Mon Mothma sonriendo de oreja a oreja. Leia observó con incredulidad al siempre grosero y desagradable embajador, y se preguntó si pensaba proponer un brindis.

Furgan recorrió con la mirada el recinto de la Cúpula Celeste, asegurándose de que había logrado atraer la atención de todo el mundo. Incluso el lento gotear de hacía unos momentos había cesado en el exterior.

—Deseo ser escuchado por todos los presentes —dijo Furgan—. Como embajador de Carida, se me ha otorgado el poder de hablar en nombre del centro de adiestramiento militar imperial, de mi planeta y de todo mi sistema. Por lo tanto, debo transmitir un mensaje a todos los que se han reunido aquí.

Furgan alzó su voz y su copa.

—Por Mon Mothma, que se hace llamar a sí misma líder de la Nueva República...

Y lanzó el contenido de su copa al rostro de Mon Mothma con una sonrisa burlona. El líquido verde y dorado se derramó sobre sus mejillas, sus cabellos y su pecho. Mon Mothma retrocedió tambaleándose, perpleja y sin saber cómo reaccionar. Jan Dodonna la agarró por los hombros para que no perdiese el equilibrio. Él también estaba boquiabierto de asombro.

Los guardias de la Nueva República apostados en la puerta alzaron sus armas al instante, pero controlaron su reacción refleja a tiempo y no abrieron fuego.

—¡Denunciamos vuestra repugnante rebelión de delincuentes y asesinos! —siguió diciendo Furgan—. Habéis intentado impresionarme con el número de sistemas estúpidos y caprichosos que se han unido a vuestra Alianza, pero sean cuales sean las turbas con las que contéis, nunca podrán borrar vuestros crímenes contra el Imperio.

El embajador estrelló su copa vacía contra el suelo haciéndola añicos y después aplastó los trocitos de cristal con el tacón de su bota.

—Carida nunca se rendirá a lo que vosotros llamáis la Nueva República.

Furgan reunió a su séquito a su alrededor con un aleteo de la mano y salió apresuradamente. Los soldados de las tropas de asalto que habían estado esperando en la puerta volvieron a ponerse con expresión triunfante los cascos blancos que ocultaron sus rostros, y siguieron al embajador. Los guardias de la Nueva República no apartaron la mirada de ellos ni un instante mientras se marchaban. Tenían las armas preparadas para disparar, pero estaba claro que no sabían qué debían hacer.

Hubo unos momentos de silencio perplejo antes de que toda la recepción estallara en una babel de conversaciones escandalizadas. Leia fue corriendo hacia la Jefe de Estado. Dodonna ya estaba intentando limpiar las prendas empapadas de Mon Mothma.

Mon Mothma logró recibir a Leia con una sonrisa mientras el licor pegajoso empezaba a secarse sobre su cara.

—Bueno, no hemos perdido nada intentándolo, ¿verdad? —dijo alzando un poco la voz para hacerse oír por encima del creciente clamor generalizado de indignación.

Leia estaba tan abatida y decepcionada que no pudo responder.

—Discúlpeme, ama Leia...

La voz metálica de Cetrespeó logró abrirse paso por entre el ruido de fondo.

Leia miró frenéticamente a su alrededor buscando a los gemelos, temiendo que Furgan hubiera logrado secuestrarles durante la diversión que había creado con su discurso, pero enseguida sintió un gran alivio al ver que Jacen y Jaina tenían el rostro pegado a la curvatura de la ventana y estaban contemplando el horizonte urbano de Ciudad Imperial.

Un instante después vio por el rabillo del ojo un brazo dorado que se agitaba frenéticamente. Cetrespeó se las había arreglado para quedar atrapado en el cactus tentaculado y aunque el androide se encontraba al otro extremo de la estancia, Leia pudo ver la gran cantidad de arañazos sufridos por sus placas metálicas. Las viandas yacían esparcidas por el suelo.

—Por favor, ¿podría ayudarme alguien a librarme de esta planta? —gritó Cetrespeó—. Oh, por favor...

21

Han Solo parecía estar ahogándose en una masa viscosa de pesadillas. No podía escapar al terrible interrogatorio y a los efectos de las drogas que le habían administrado, y el rostro endurecido y tan hermoso como el de una muñeca de porcelana de la almirante Daala le miraba fijamente acosándole con preguntas.

—Ponedle aquí —dijo la voz cantarina de una mujer que no era Daala.

El cuerpo de Han estaba siendo arrastrado por el suelo como si fuera una maleta.

—Se nos ha ordenado que montemos guardia —dijo una voz que sonaba un poco ahogada por el filtro de un casco de las tropas de asalto.

—Pues entonces montad guardia, pero hacedlo fuera de mi laboratorio —dijo la voz de mujer—. Quiero hablar con él a solas y sin interrupciones.

—Por su propia protección... —empezó a decir el soldado de las tropas de asalto.

Han sintió que le dejaban en el suelo. Sus miembros parecían haber olvidado cómo doblarse.

—¿Protección? ¿Qué va a hacer? No parece tener energías ni para estornudar. Suponiendo que hayáis dejado algún recuerdo intacto dentro de su cabeza, quiero examinarlo sin ninguna interferencia.

Han sintió que volvían a tirar de él hasta dejarle erguido, y que le colocaban los brazos a la espalda. Un instante después la fría lisura de la piedra le oprimió la espalda.

—Sí, sí —dijo la voz de mujer—. Encadenadle a la columna. Estoy segura de que no correré ningún peligro... Prometo que me mantendré alejada de sus colmillos.

Han oyó el sonido de las botas de los soldados de las tropas de asalto saliendo de la habitación. Su mente había vuelto a ponerse en acción mucho antes de que su cuerpo encontrase una manera de reaccionar. Recordaba partes del interrogatorio, pero no su totalidad. ¿Qué le había contado a la almirante Daala? El corazón empezó a latirle más deprisa. ¿Habría divulgado algún secreto crucial? De hecho, ¿estaba al corriente de algún secreto crucial?

Han estaba casi totalmente seguro de que le había contado los acontecimientos básicos que habían rodeado la caída del Imperio y el surgimiento de la Nueva República, pero eso no podía ser perjudicial e incluso podía acabar resultando beneficioso. Si Daala sabía que no tenía ninguna posibilidad, quizá se rendiría. Oh, claro, y si los banthas tuvieran alas...

Sus ojos acabaron abriéndose a regañadientes y permitieron que la luz irrumpiera en ellos. Han se encogió sobre sí mismo al sentir el dolor que acompañaba a la recuperación de la vista, pero pasado un rato sus pupilas lograron enfocar con claridad lo que le rodeaba. Se encontraba en una habitación muy grande, alguna clase de laboratorio o centro de análisis, y no en su celda de retención a bordo del

Gorgona. Podía oír una voz que cantaba acompañada por los sonidos de una flauta.

Han volvió la cabeza para ver a una alienígena muy alta y delgada inmóvil delante de un aparato que parecía ser una combinación de teclado musical y tablero para entrada de datos. Había oído su voz mientras discutía con el soldado. La alienígena canturreó una compleja serie de notas mientras sus dedos se movían velozmente sobre el teclado musical, y un triángulo tridimensional que giraba lentamente sobre un eje vertical surgió de la nada delante de ella. Era como una astilla de cristal coronada por un tetraedro, con lo que parecía una cápsula de energía colgando de la punta inferior. Cada nota que era procesada por la alienígena hacía aparecer nuevas líneas adicionales en el complicado diagrama.

Han movió cautelosamente la lengua por el interior de su boca e intentó hablar. Su intención había sido preguntar «¿Quién eres?», pero sus labios y sus cuerdas vocales se negaron a cooperar y el sonido que brotó de su boca acabó siendo algo así como «¿Quuuuuueerrr?».

La alienígena se sobresaltó, y sus esbeltas manos aletearon alrededor de la imagen geométrica en tres dimensiones. Después fue hacia Han. Llevaba una bata blanca de laboratorio sobre la que se veía una pequeña placa que contenía su foto y hologramas relucientes del tipo utilizado para las cerraduras de código.

La alienígena era una humanoide bastante atractiva, alta y delgada y de piel levemente azulada. Su fina cabellera hacía pensar en tiras de plumas perlinas. Cuando habló su voz sonó estridente y quebradiza. Sus ojos eran muy grandes y de un azul oscuro, y le daban una expresión de asombro perpetuo.

—¡He estado esperando a que despertaras! —exclamó—. Tengo tantas preguntas que hacerte... ¿Es cierto que llegaste a poner los pies en la primera *Estrella de la Muerte*, y que luego pudiste echar un vistazo a la segunda mientras la estaban construyendo? Cuéntame cómo eran, cualquier cosa que puedas recordar sobre ellas... Cada detalle que me proporciones será como un tesoro para mí.

Las preguntas fueron formuladas en un veloz balbuceo que Han no logró asimilar. ¿Qué tenía que ver la *Estrella de la Muerte* con nada de lo que estaba ocurriendo? ¡Pero si ya habían transcurrido diez años desde su destrucción!

En vez de responder, Han miró más allá de ella. Gases de tonos claros brillaban al otro lado de los grandes ventanales, girando incesantemente alrededor de las bocas insaciables de los agujeros negros. Contó los cuatro Destruidores Estelares situados en formación orbital muy por encima de ellos. Eso significaba que debía de encontrarse en algún lugar del pequeño cúmulo de planetoides situado en el centro de la isla gravitacional.

Y estaba solo. Ni Kyp ni Chewbacca habían acabado en aquella habitación con él. Han esperaba que hubieran sobrevivido al salvaje interrogatorio de Daala. Movié la boca, haciendo un nuevo intento de formar palabras.

—¿Quién eres?

La alienígena rozó su placa con una mano de largos dedos.

—Me llamo Qwi Xux, y sé que tú eres Han Solo. He leído una copia impresa del informe que comunicaste a la almirante Daala.

¿Informe? ¿Se estaría refiriendo al interrogatorio, a esa silla de torturas que había hecho que todo su cuerpo se retorciese en espasmos incontrollables?

Qwi Xux producía una impresión general de distracción y superficialidad, como si estuviera prestando sólo una pequeña fracción de atención a los detalles mientras la mayor parte de su mente estaba pensando en otras cosas.

—Y ahora ten la bondad de hablarme de la *Estrella de la Muerte*. Ardo en deseos de oír todo lo que puedas recordar sobre ella... Eres la primera persona que estuvo a bordo con la que tengo ocasión de hablar.

Han se preguntó si los efectos de las drogas que le habían administrado durante el interrogatorio todavía le estarían enturbiando el cerebro o si realmente había una razón por la que alguien podía querer que hablara de la *Estrella de la Muerte*. ¿Y por qué tenía que decirle nada a aquella científica imperial? ¿Habría divulgado alguna información importante cuando estaba siendo interrogado por Daala? ¿Y si la almirante salía de las Fauces con sus cuatro Destruidores Estelares y atacaba Coruscant?

—Ya he sido interrogado.

Le complació oír que esta vez sus palabras brotaban de sus labios con la claridad suficiente para ser comprendidas.

Qwi alzó una mano de piel azulada que sostenía una hoja de papel.

—Quiero conocer tus impresiones reales sobre toda la experiencia —dijo—. ¿Qué sonidos había? ¿Qué sentiste cuando caminabas por los pasillos? Cuéntame todo lo que puedas recordar.

Estaba tan nerviosa y excitada que faltó muy poco para que se retorciera las manos de pura impaciencia.

—No.

Su respuesta pareció dejar lo suficientemente perpleja a Qwi como para que diese un paso hacia atrás y dejara escapar un trino de sorpresa casi musical.

—¡Tienes que hacerlo! Soy una de las investigadoras más importantes de este lugar.

La confusión que sentía la había dejado con la boca entreabierta. Qwi empezó a ir y venir alrededor de la columna a la que estaba encadenado Han, con lo que le obligó a ir volviendo la cabeza para seguirla con la mirada. El esfuerzo estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento.

—¿De qué sirve retener la información? —preguntó Qwi—. La información es para todo el mundo. Construimos sobre los conocimientos que poseemos, añadimos

nuevos conocimientos a ellos y dejamos un legado más grande para nuestros sucesores.

Qwi estaba empezando a parecerle increíblemente ingenua, y Han se preguntó cuánto tiempo llevaría viviendo en el aislamiento protector del centro del cúmulo de agujeros negros.

—¿Y eso quiere decir que tú compartes tu información con cualquiera que te la solicite? —preguntó.

Qwi se apresuró a asentir con la cabeza.

—Así es como funciona la Instalación de las Fauces —dijo—. Ése es el cimiento que sostiene todas nuestras investigaciones.

Han tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir una sonrisa de triunfo.

—Muy bien. Entonces dime dónde están mis amigos... Vine aquí con un joven y un wookie. Comparte esa información conmigo, y después veremos qué puedo recordar acerca de la *Estrella de la Muerte*.

El nerviosismo con que reaccionó Qwi indicó a Han que en el pasado nunca había tenido que enfrentarse con ese tipo de dilemas.

—No sé si puedo decírtelo —murmuró—. No tienes ninguna necesidad de saberlo.

Han logró encogerse de hombros.

—Bueno, ya veo el poco significado que tu código ético tiene para ti...

Qwi lanzó una rápida mirada hacia la puerta, como si estuviera pensando en llamar a los soldados de las tropas de asalto después de todo.

—Mi estatuto de investigadora en este complejo deja bien claro que puedo tener acceso a todos los datos que necesito. ¿Por qué no respondes a unas cuantas preguntas sencillas?

—¿Y por qué no respondes tú a las mías? Yo no he firmado ningún contrato, ¿sabes? No he contraído ninguna obligación hacia ti.

Han esperó en silencio sin apartar los ojos de ella ni un momento mientras Qwi se removía nerviosamente. La alienígena acabó cogiendo su unidad de acceso de datos y canturreó mientras tecleaba una solicitud de información.

Después le contempló con sus grandes ojos azules que parpadeaban rápidamente. Su cabellera parecía una cascada resplandeciente de hilos muy delgados y suaves que se desparramaban sobre sus hombros. Cuando volvió a silbar, la unidad le proporcionó una respuesta.

—El wookie ha sido asignado como trabajador al sector de mantenimiento de motores. El físico que estaba a cargo del desarrollo de conceptos y de su puesta en práctica sólo quería utilizar a wookies como trabajadores. Al principio tenía a un centenar que fueron sacados de Kahsyyyk y traídos a la Instalación cuando se creó. Ya no nos quedan muchos... Es un trabajo duro y peligroso, ¿sabes?

Han cambió de postura, y descubrió que todavía le costaba bastante moverse. Había oído rumores de que los imperiales habían utilizado a contingentes de esclavos wookies como fuerza laboral durante la construcción de la primera *Estrella de la Muerte*, pero Qwi hablaba de todas aquellas cosas con despreocupada franqueza.

—¿Y qué hay de mi otro amigo? —preguntó.

—Alguien llamado Kyp Durrón... ¿Es él? Sigue a bordo del *Gorgona*, en la sección de alta seguridad de la zona de detención. El informe que proporcionó no es gran cosa, así que al parecer no tenía mucho que decirles.

Han frunció el ceño e intentó evaluar los datos que acababa de obtener, pero Qwi ya había recuperado su animación anterior.

—Bien, ya he compartido contigo la información que deseabas —dijo—. ¡Ahora háblame de la *Estrella de la Muerte*!

Se acercó un poco más a él, pero siguió manteniéndose fuera de su alcance.

Han puso los ojos en blanco, pero no vio ninguna razón por la que no debiera satisfacer su petición. La *Estrella de la Muerte* había sido destruida hacía ya mucho tiempo, y los planos estaban a buen recaudo en el núcleo de datos protegido del antiguo Centro de Información Imperial.

Han le habló de los pasillos y de los ruidos. Las zonas que había llegado a conocer más a fondo eran el hangar, el área de detención y el triturador de basuras, pero Qwi no parecía estar muy interesada en ese tipo de detalles.

—Sí, pero... ¿Llegaste a ver el núcleo y los sistemas de propulsión?

—No, lo lamento. Me limité a crear interferencias mientras otra persona se cargaba los generadores de haces de tracción. —Han frunció los labios—. Oye, ¿por qué te interesa tanto todo eso?

Qwi parpadeó a toda velocidad.

—¡Porque yo diseñé la mayor parte de la *Estrella de la Muerte*!

Qwi fue casi corriendo hasta la pared más cercana antes de que tuviera tiempo de captar la reacción de perplejidad de Han y manipuló unos cuantos controles que volvieron transparente una sección de la estructura metálica. Un panorama impresionante sustituyó de repente a la pequeña sección de torbellinos gaseosos que Han había podido contemplar hasta el momento, permitiéndole ver el resto del cúmulo de rocas que formaba la Instalación de las Fauces.

—De hecho, aún tenemos el prototipo de la *Estrella de la Muerte* aquí en la Instalación...

Mientras Qwi hablaba, la gigantesca estructura de una esfera tan grande como cualquiera de los asteroides surgió por detrás del horizonte acortado del planeta más próximo como un letal amanecer. El prototipo parecía una colosal esfera armilar, con anillos circulares conectados en los polos que se iban desplegando para sostener la armazón. La superestructura contenía el enorme núcleo del reactor y el superláser

capaz de destruir todo un planeta.

—Esto no es más que la parte funcional —dijo Qwi, vuelta hacia la ventana con los ojos llenos de admiración—. El núcleo, el superláser y el reactor, sin un sistema de hiperimpulsión... No nos pareció que hubiera ninguna necesidad de añadir el soporte estructural y todos los niveles de alojamiento para las tropas y el personal administrativo.

Han ya había recuperado la voz.

—¿Y funciona?

Qwi le sonrió y sus ojos lanzaron destellos de entusiasmo.

—¡Oh, sí, funciona maravillosamente bien!

Kyp Durrón se sentía como un animal atrapado en una jaula. Clavó la mirada en las paredes desnudas de la celda de retención. La iluminación entraba por unas rejillas del techo, y era demasiado intensa y excesivamente rojiza para sus ojos. Kyp se sentó en el catre, se dedicó a contemplar la pared e intentó no pensar.

De vez en cuando todavía notaba punzadas de dolor por todo el cuerpo. El androide interrogador había ido localizando los centros de estímulos dolorosos de su cuerpo con una salvaje meticulosidad, y había disminuido la efectividad de las endorfinas hasta tal extremo que el más leve arañazo parecía una agonía insoportable. Las afiladas agujas hipodérmicas parecían lanzas al sumergirse en su carne, y las drogas que quebrantaban la voluntad fluían como lava por sus venas.

Kyp había suplicado a su memoria que divulgara algún detalle que sus interrogadores pudieran encontrar útil, aunque sólo fuera para detener el interrogatorio: pero Kyp Durrón no era nadie, sólo un infortunado prisionero que había pasado la mayor parte de su existencia en Kessel. No sabía nada que pudiera revelar a aquellos monstruos imperiales, y al final habían acabado decidiendo que no les era de ninguna utilidad.

Kyp contempló la comida autopreparante que le había proporcionado el alimentador de la puerta. Le bastaba con levantar la tapa del paquete para que el plato principal de proteína texturada empezara a calentarse espontáneamente al tiempo que se iba enfriando el postre de fruta sintética: y pasado un rato los utensilios para comer sufrían un proceso de desmenuzamiento progresivo, y luego podían ser consumidos como acompañamiento. Pero Kyp no consiguió encontrar ni la más diminuta pizca de hambre en su interior.

Sus pensamientos volvieron a centrarse en la apurada situación de Han Solo. A diferencia de Kyp, Han sabía muchas cosas sobre la Nueva República y tenía muchos secretos que divulgar. El interrogatorio de Han habría sido mucho más prolongado y concienzudo que el suyo... y a pesar de ello las «atenciones» de que le había hecho objeto la almirante Daala habían resultado peores que cualquier experiencia vivida por Kyp durante todos los años que había pasado en la Institución Penitenciaria

Imperial. En las minas de especia por lo menos sabía cómo evitar atraer la atención hacia su persona.

Kyp había vivido en Kessel desde los ocho años de edad, y había aprendido a salir adelante a pesar de las reglas, el agotador trabajo y las miserables condiciones de existencia que debía soportar bajo el antiguo control imperial o bajo la sucesión de usurpadores y esclavistas como Moruth Doole. Sus padres estaban muertos y su hermano Zeth había sido reclutado a la fuerza y llevado a la academia de las tropas de asalto, pero Kyp había aprendido a no destacar, a sobrevivir y a soportarlo todo.

Pero no había pensado en la huida hasta la llegada de Han Solo. Han le demostró que un pequeño grupo de hombres decididos a conseguir su libertad podían romper sus grilletes de prisioneros. Que se hubieran tropezado con una situación todavía peor una vez dentro de las Fauces parecía irrelevante.

Cuando pilotó la lanzadera robada, Kyp había utilizado sus poderes incipientes para llevarles sanos y salvos a través del cúmulo de agujeros negros. Durante los años transcurridos desde que la anciana Vima-Da-Boda le enseñó los rudimentos fundamentales de sus capacidades Jedi, Kyp apenas había utilizado su afinidad con la Fuerza.

Kyp recordaba el rostro de Vima-Da-Boda como una leprosa masa de arrugas reseca, y la anciana tenía la costumbre de acurrucarse en los rincones y acumular las sombras a su alrededor como si quisiera ocultarse de la vigilancia de unos ojos inmensos. La Jedi caía soportaba la tortura de una conciencia culpable que la asfixiaba como una manta de tinieblas, pero había dedicado una parte de su tiempo a enseñar unas cuantas cosas a Kyp antes de que los imperiales se la llevaran. «Posees un gran potencial», le había dicho durante una de sus últimas y breves lecciones.

Y hasta aquel momento Kyp le había prestado muy poca atención.

Clavó la mirada en la comida que no había tocado. Si se concentraba, si enfocaba sus capacidades en la manipulación de alguna cosa, en mover un objeto muy pequeño... Sí, entonces quizá podría convertir esa capacidad en una manera de huir.

¡Huir! La palabra resonó en su corazón conjurando imágenes de esperanza. Kyp no estaba muy seguro de cómo hacía lo que era capaz de hacer. Percibir cuál era la ruta más segura para moverse por los túneles de especia sumidos en las tinieblas era algo que le parecía totalmente natural. Cuando estaba pilotando la lanzadera a través de las nubes de gases llameantes, se había limitado a escuchar a la voz misteriosa que le daba instrucciones en susurros. Kyp había virado y había alterado el curso, desviándose repentinamente y haciendo bruscas maniobras cada vez que le parecía que había llegado el momento de hacerlas.

Pero ya no estaba en el espacio sino prisionero en una celda, y justo cuando más necesitaba utilizar la Fuerza... no sabía ni por dónde debía empezar.

Clavó la mirada en la delgada película plateada que cubría la comida instantánea,

e intentó doblarla. Empujó con su mente, imaginándose cómo el fino metal se retorció y se iba arrugando hasta convertirse en una bola..., pero no ocurrió nada. Kyp se preguntó qué parte de los confusos balbuceos de Vima-Da-Boda habían sido simplemente supersticiones y locuras.

Sus padres no poseían ninguna clase de poderes especiales. Cuando vivían en la colonia de Deyer, en el sistema de Anoat, los dos habían sido destacados líderes políticos. Cuando se enteraron de que había surgido una rebelión contra la rígida política del Emperador y de que ésta se iba extendiendo, los dos decidieron trabajar desde dentro hablando contra Palpatine para hacer que se volviese más moderado en vez de dedicar todas sus energías a su derrocamiento. Protestaron enérgicamente contra la destrucción de Alderaan..., pero con sus esfuerzos sólo consiguieron que tanto ellos como sus hijos Zeth y Kyp acabaran siendo arrestados.

Kyp no había olvidado aquella noche de terror en que los soldados de las tropas de asalto fundieron la puerta de la morada familiar a pesar de que no estaba cerrada con llave. Los soldados armados entraron en las habitaciones y derribaron a patadas el frágil mobiliario orgánico de fibras vivas. El capitán del destacamento de las tropas de asalto leyó una orden de arresto a través del filtro-altavoz de su casco en la que se acusaba a los padres de Kyp de haber cometido delito de traición. Después los soldados desenfundaron sus desintegradores y dejaron inconscientes a los dos asombrados adultos con descargas aturdidoras de baja intensidad. Zeth, el hermano mayor de Kyp, había intentado proteger a sus padres, y el resultado fue que los soldados también dispararon contra él.

Kyp sólo pudo contemplar con incredulidad y con el rostro lleno de lágrimas los tres cuerpos caídos en el suelo mientras los soldados de las tropas de asalto le inmovilizaban las muñecas con esposas aturdidoras. Seguía sin ser capaz de entender cómo habían podido llegar a considerarle una amenaza para ellos, ya que por aquel entonces sólo tenía ocho años de edad.

Kyp y sus padres fueron llevados a Kessel, y Zeth, que ya tenía catorce años, fue enviado a la Academia Militar Imperial de Carida en calidad de recluta después de haber sido sometido a un lavado de cerebro. Nunca habían vuelto a saber nada de Zeth.

Después de poco más de un año Kessel pasó por una etapa de terribles desórdenes internos, con revueltas carcelarias, el derrocamiento de los imperiales y la toma del poder por los esclavistas. Los padres de Kyp habían muerto durante la conmoción, ejecutados por haber estado en el bando equivocado durante el momento equivocado. Kyp había sobrevivido únicamente gracias a haberse escondido, volviéndose silencioso e invisible. Después había pasado ocho años pudriéndose en la oscuridad de los túneles, y por fin había logrado escapar de ellos.

Y sólo para volver a ser capturado.

Los imperiales siempre parecían arreglárselas para surgir repentina e inexplicablemente de la nada y destruir todas sus aspiraciones. En Deyer los soldados de las tropas de asalto le habían arrancado de su hogar, y en Kessel le habían arrojado a las minas de especia. Él y Han por fin habían logrado escapar... y los soldados de las tropas de asalto habían vuelto a reducirles al cautiverio.

La ira de Kyp se concentró formando un proyectil, e hizo un nuevo intento de utilizar su capacidad sobre la bandeja de la comida. Empujó, y una gota de sudor le entró en un ojo nublándole la vista. ¿Se había movido la bandeja, había sufrido quizá una leve sacudida? Kyp vio una pequeña concavidad en la pasta de proteína texturada que era el plato principal de la comida. ¿La habría causado él?

La ira quizá fuese la clave a la hora de enfocar sus energías latentes.

Deseó que Vima-Da-Boda hubiera pasado más tiempo instruyéndole en las profundidades de las minas. Kyp se concentró en las paredes y en el diminuto recinto donde se hallaba prisionero.

Tenía que encontrar alguna manera de escapar. Han ya le había demostrado que podía hacerse.

Se juró que si conseguía salir de allí encontraría a alguien, que le enseñase a utilizar aquellos misteriosos poderes. No quería volver a verse tan impotente nunca más.

Han contempló a la delicada Qwi Xux, tan parecida a un pájaro, y se sintió incapaz de imaginársela como diseñadora de la *Estrella de la Muerte*. Pero trabajaba voluntariamente en la Instalación de las Fauces, y acababa de admitir el papel que había jugado en el proyecto con una considerable despreocupación.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú en un lugar como éste? —acabó preguntándole Han.

—Lo que hago es precisamente lo que te he explicado, y es lo que sé hacer mejor. —Qwi asintió distraídamente con la cabeza, como si estuviera meditando en su respuesta—. Aquí tengo una ocasión de enfrentarme a los mayores misterios del cosmos, y de solucionar problemas que otros han afirmado son insolubles. Puedo ver cómo mis ideas más disparatadas van cobrando forma poco a poco... Es muy emocionante.

Han seguía sin poder entenderlo.

—Sí, pero... ¿Cómo llegó a ocurrirte todo esto? ¿Por qué estás aquí?

—¡Oh, eso...! —exclamó Qwi, como si hubiera comprendido la pregunta de repente—. Mi mundo natal es Omwat, en el Borde Exterior. El Gran Moff Tarkin se llevó consigo a diez niños y niñas omwatianos de distintas ciudades. Nos internó en campamentos de educación obligatoria intensiva, intentando moldearnos hasta convertirnos en grandes diseñadores y especialistas en la resolución de problemas. Yo era la mejor de todo el grupo. Fui la única que consiguió llegar al final de todo el

proceso de adiestramiento. Yo fui el orgullo y el trofeo de Tarkin, y me envió aquí como recompensa.

»Al principio trabajé con Bevel Lemelisk para convertir en realidad el proyecto de la *Estrella de la Muerte*. Cuando hubo terminado los planos, Tarkin se llevó a Lemelisk, y me dejó aquí para que fuese creando conceptos nuevos y mejores.

—De acuerdo, volveré a formularte la misma pregunta... —dijo Han— ¿Por qué haces lo que haces?

Qwi le miró como si pensara que Han se había vuelto repentinamente imbécil.

—Es lo más interesante que puedo llegar a imaginar —dijo—. Puedo escoger entre los desafíos, y normalmente siempre acabo saliendo triunfante. ¿Qué más podría desear?

Han sabía que no estaba logrando hacerse entender.

—¿Y cómo puedes disfrutar trabajando en estas cosas? ¡Son horribles!

Qwi dio otro paso hacia atrás, y pareció sentirse perpleja y herida.

—¿Qué quieres decir con eso? Si lo piensas bien, es un trabajo fascinante... Uno de los conceptos más interesantes que hemos desarrollado fue el de modificar los hornos moleculares convirtiéndolos en «Devastadores de Mundos» autónomos capaces de obtener materias primas de la superficie de un planeta, introducirlas en gigantescas fábricas internas totalmente automatizadas y producir maquinaria útil. Estamos muy orgullosos de esa idea. Transmitimos la propuesta a Tarkin poco después de que Bevel se marchara con él. —La voz de Qwi se fue volviendo pensativa y se debilitó poco a poco—. Me pregunto qué habrá sido de esa idea...

Han la contempló parpadeando, cada vez más asombrado. La terrible flota de Devastadores de Mundos había atacado el mundo natal del almirante Ackbar, y los colosos automatizados habían devastado una buena parte del hermoso planeta acuático antes de acabar siendo destruidos.

—Los Devastadores de Mundos ya han sido construidos —murmuró—, y han sido utilizados de una manera muy eficiente.

Sus palabras hicieron que el rostro de Qwi se iluminara de placer.

—¡Oh, eso es maravilloso!

—¡No, no lo es! —le gritó Han a la cara, y Qwi retrocedió de un salto—. ¿Acaso no sabes para qué son utilizadas vuestras invenciones? ¿No tienes ni idea de qué se hace con ellas?

Qwi siguió retrocediendo, y acabó irguiéndose ante él en una postura defensiva.

—Sí, por supuesto. La *Estrella de la Muerte* fue utilizada para desmenuzar planetas muertos permitiendo el acceso minero directo a los metales pesados que había en sus núcleos. Los Devastadores de Mundos serían factorías autónomas que procesarían los asteroides o los planetas estériles para producir una amplia gama de materias primas sin contaminar los planetas habitados.

Han soltó un bufido y alzó la mirada hacia el techo.

—Si crees eso, es que eres capaz de creer cualquier cosa... ¡Fíjate en sus nombres y escucha cómo suenan! *Estrella de la Muerte*, Devastador de Mundos... No parecen artefactos concebidos para acelerar el desarrollo económico en tiempos de paz, ¿verdad?

Qwi frunció el ceño y decidió olvidarse de aquel tema.

—Oh, ¿y qué más da cómo se llamen?

—El primer objetivo de la *Estrella de la Muerte* fue el planeta Alderaan... ¡El mundo natal de mi esposa! La *Estrella de la Muerte* mató a miles de millones de seres inocentes. Los Devastadores de Mundos fueron lanzados contra Calamari, un planeta habitado, y murieron centenares de millares de personas. Esas fábricas tan eficientes tuyas manufacturaban cazas TIE y otras armas de destrucción, y lo único que salía de ellas eran armas y más armas...

—No te creo.

La voz de Qwi no sonaba muy segura de sí misma.

—¡Yo estuve allí! Volé a través de los restos de Alderaan, vi la devastación de Calamari... ¿Es que no lo has leído en el informe de mi interrogatorio? La almirante Daala insistió una y otra vez pidiéndome todos esos detalles.

Qwi cruzó sus delgados brazos de piel azulada sobre su pecho.

—No, eso no estaba en el resumen de esa sesión de información verbal proporcionada por ti a la que tan melodramáticamente llamas «interrogatorio».

—Pues entonces no te han entregado todo el informe —dijo Han.

—¡Tonterías! Tengo derecho a acceder a todos los datos. —Qwi clavó la vista en sus pies—. Y además yo sólo desarrollo los conceptos... Hago que funcionen. Si alguien del exterior hace un mal uso de mis invenciones, no se me puede considerar responsable de ello. Eso está más allá del alcance de lo que yo hago.

Han estaba hirviendo de ira, pero se limitó a emitir un gruñido inarticulado al que se le podía dar el sentido que se deseara. Las palabras de Qwi sonaban a ensayadas, como si se las hubieran metido en la cabeza a base de repeticiones. Ni siquiera parecía pensar en lo que estaba diciendo.

Qwi fue rápidamente hacia su panel tridimensional y empezó a pulsar las teclas musicales y a canturrear para perfilar y retocar la larga silueta llena de ángulos que había estado construyendo cuando Han abrió los ojos.

—¿Te gustaría ver en qué estoy trabajando ahora? —preguntó Qwi, evitando cuidadosamente hacer cualquier mención a su discusión anterior.

—Claro —afirmó Han, temiendo que Qwi le enviaría de regreso a su celda de retención cuando ya no necesitara seguir hablando con él.

Qwi movió una mano señalando la imagen de lo que sus últimos retoques habían dejado claro era una nave muy pequeña. Tenía cuatro lados y forma alargada, y hacía

pensar en un fragmento de una joya facetas-de-fuego. Han estudió el diagrama y pudo distinguir un compartimento de pilotaje con espacio para seis personas. Pequeños cañones láser sobresalían de las zonas estratégicas, y al final de la punta había una extraña antena transmisora de forma toroidal.

—En estos momentos estamos trabajando en la mejora del blindaje —dijo Qwi—. La nave no es mucho más grande que un caza monopersonal, pero necesitamos que sea completamente invulnerable a cualquier clase de ataque. Utilizamos una armadura cristalina cuántica en la que sólo hay unas cuantas capas de átomos formando una acumulación todo lo densa que permiten las leyes de la física, y que es colocada en forma de lámina sobre otra delgada película igual de dura pero sometida a un cambio de fase previo, y eso nos permite confiar en que no habrá nada capaz de dañar la nave. No se le podrá hacer ni una pequeña abolladura.

Han movió la cabeza señalando los emplazamientos de los cañones láser. Estar encadenado a la columna le impedía verlos bien.

—Bueno, ¿y por qué añadir todo ese armamento si la nave es indestructible? —preguntó.

Su mente se estaba llenando con visiones de una armada entera de aquellos artefactos sustituyendo a los cazas TIE. Una pequeña fuerza de esas naves de asalto indestructibles podría lanzarse sobre cualquier flota de la Nueva República y destrozarse a placer a sus naves.

—Este aparato es altamente maniobrable y lo suficientemente pequeño como para no ser detectado en un barrido del sistema, pero aun así todavía puede encontrarse con una cierta resistencia. Recuerda que la *Estrella de la Muerte* tenía las dimensiones de una pequeña luna... Esta invención consigue mediante la delicadeza y la precisión aquello que la *Estrella de la Muerte* conseguía a través de la fuerza bruta.

Han podía sentir cómo un temor helado se iba extendiendo por todo su ser, y se dijo que en realidad no quería conocer la respuesta a su próxima pregunta. ¿Cómo podía comparar aquella nave tan pequeña con la *Estrella de la Muerte*? Pero no pudo evitar el preguntárselo.

—¿Y qué es? ¿Qué hace?

Qwi contempló la imagen con una mezcla de orgullo impresionado y temor.

—Bueno, todavía no la hemos puesto a prueba, pero el primer modelo a escala real ya está prácticamente completado. Hemos puesto por nombre a este concepto «Triturador de Soles»... Es diminuto, pero también es inmensamente poderoso. Una pequeña nave invulnerable lanza un proyectil de resonancia modulada al centro de una estrella, lo cual pone en marcha una reacción en cadena dentro del núcleo y acaba provocando la ignición de una supernova incluso en estrellas de poca masa. Es un proceso de lo más lógico y sencillo.

Han estaba tan horrorizado que no se le ocurrió nada que decir. La *Estrella de la*

Muerte destruía planetas, pero el Triturador de Soles podía destruir sistemas estelares enteros.

Luke y Lando estaban dentro de una de las chimeneas atmosféricas de Kessel con Moruth Doole. Se habían agarrado a la oxidada barandilla de seguridad de una pasarela, y contemplaban el vertiginoso abismo que se extendía bajo ellos. Si metían la cabeza en el hueco podían respirar el aire manufacturado que subía hirviendo hacia el cielo, y Luke se acordó del gran conducto de aire de la Ciudad de las Nubes.

Doole estaba gritando para que pudieran oírle a pesar del continuo rugido de fondo.

—Según un antiguo estudio imperial, la corteza de Kessel sólo contiene materias primas suficientes para mantener la atmósfera en equilibrio durante uno o dos siglos más si no varía el ritmo con que están siendo consumidas actualmente. —El ribetiano se encogió de hombros, y toda su espalda llena de bultos tembló como si estuviera sufriendo un ataque de espasmos—. Hace unos años se producía más aire para que los esclavos pudieran ir de un lado a otro y respirarlo, pero yo no le veo ningún objeto a eso.

Lando asintió poniendo cara de estar muy interesado, y Luke no dijo nada. Doole llevaba un día entero siendo su guía, y hablaba todavía más que los prolijos senadores de Coruscant. Doole quería hacerse con el medio millón de créditos de Lando, y se estaba dedicando a proclamar las virtudes de Kessel con tanto entusiasmo como si fuese un representante de la cámara de comercio planetaria.

Fuera cual fuese el sitio al que les llevaba Doole. Luke siempre aguzaba al máximo sus sentidos Jedi y sondeaba en todas direcciones intentando hallar algún rastro de Han o Chewbacca. Pero hasta el momento no había podido captar ninguna agitación en la Fuerza y no había detectado ninguna ondulación indicadora de la presencia de su amigo. Quizá estaban muertos después de todo.

Lando seguía hablando con Doole, gritando para hacerse oír por encima del vendaval que ascendía a toda velocidad chimenea arriba.

—Bueno, para cuando se acabe el aire pueden haberse producido muchos cambios... —dijo—. Lo que importa es lo que uno consigue durante su vida.

La risa sibilante de Doole fue engullida por el ruido de fondo.

—Pensamos igual, señor Tymmo —dijo extendiendo el brazo para poner la mano sobre el hombro de Lando—. ¿A quién le importa lo que ocurra después de que nos hayamos convertido en polvo espacial? Yo prefiero exprimir Kessel hasta dejarlo bien seco ahora que lo tengo sujeto en mi puño.

—Esta explotación parece realmente enorme —dijo Lando—. ¿Por qué sigue dirigiéndola usted... solo?

Doole se encogió levemente sobre sí mismo ante el énfasis con que había sido pronunciada la palabra «solo», y Luke comprendió que Lando había actuado

deliberadamente. Los dos captaron la reacción del ribetiano.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Doole.

—Bueno, teniendo en cuenta que la confiscación imperial de la especia ya es cosa del pasado... En fin, me parecería más lógico que hubiera abierto todos sus mercados y que se hubiera buscado un millar de representantes para que le ayudaran a expandir la comercialización del producto, Jabba el Hutt ha muerto. ¿Por qué no establece una conexión comercial con los contrabandistas que se han unificado bajo la dirección de Talon Karrde y Mara Jade? Esa unificación debe de haber tenido un efecto bastante perjudicial sobre sus beneficios, ¿no?

Doole apuntó a Lando con la punta húmeda y gomosa de uno de sus dedos.

—Nuestros beneficios están creciendo de una manera enorme ahora que por fin conseguimos quedarnos con todo el brillestim, en vez de sólo con lo que podíamos robar delante de las narices de los imperiales —replicó—. Y después de haber pasado tanto tiempo bajo el yugo del Imperio, la verdad es que no quería encontrarme nuevamente en la misma posición con la Nueva República. Todo el mundo sabe que Jade y Karrde no son más que marionetas.

Doole captó la mueca de escepticismo de Lando, y movió las manos.

—Oh, pero estamos pensando en ello, naturalmente... De hecho, ya he hablado con una ministra de la Nueva República y he abierto una línea de comunicación que puede acabar dando como resultado una alianza.

—Eso parece una buena noticia —dijo Lando en un tono cautelosamente neutral.

Doole les llevó por la pasarela hasta la entrada de acceso, donde les estaba esperando Erredós. Después cerró la gruesa puerta a su espalda y esperó unos momentos para que sus oídos se adaptaran al repentino silencio que había caído sobre ellos.

—Como pueden ver, muchas cosas están cambiando por aquí... Ha escogido un buen momento para participar en esta empresa, amigo mío.

—Si decido invertir en ella —dijo Lando con firmeza.

—Claro, claro. Si decide invertir... La verdad es que esto podría ser incluso más importante, señor Tymmo. Skynxnex ha muerto, y eso significa que voy a necesitar un nuevo..., eh... ayudante para explotar las minas de especia.

Lando movió la capa a su espalda dándose aires de importancia.

—Si voy a invertir medio millón de créditos Doole, la verdad es que espero ser un socio y no un ayudante.

Doole prácticamente le hizo una reverencia.

—Por supuesto. Ya habrá tiempo para ocuparse de estos detalles tan triviales... También necesitaré un nuevo jefe de turnos. Quizá a su acompañante le interesaría el trabajo...

Miró a Luke, entrecerrando su ojo de blancura lechosa.

La mirada de Luke se encontró con la del ojo mecánico del ribetano y clavó sus pupilas en las lentes que iban cambiando el enfoque, intentando arrancar algún secreto al cerebro de Doole.

—Tendré que pensar en ello —dijo.

Doole le ignoró y volvió a concentrar su atención en Lando.

—Bien, pues ahora ya lo han visto prácticamente todo... ¿Hay algo más que pueda enseñarles?

Lando miró a Luke, y éste reflexionó en silencio durante unos momentos. No lograba dejar de pensar en la luna rocosa y en su base de seguridad, y eso podía significar algo. Si Han no se encontraba en Kessel, quizá estuviera prisionero en la base lunar.

—¿Y no le preocupa la posibilidad de que los restos del Imperio lancen un ataque contra ustedes? —preguntó Luke—. O las fuerzas de consolidación de la Nueva República, quizá...

Doole movió una mano en un gesto desdeñoso.

—Tenemos nuestras defensas. No se preocupen por eso.

Pero Luke insistió, intentando crear la impresión de que sus preguntas eran debidas a la cautela lógica en alguien que pretendía convertirse en socio comercial de las minas de especia.

—Si vamos a invertir en Kessel, creo que deberíamos ver esas supuestas defensas. Ya estamos enterados de la existencia del escudo de energía instalado por la Institución Penitenciaria Imperial, pero aparte de eso... Bueno, ¿tiene alguna clase de flota?

Doole empezó a balbucear, pero Lando se apresuró a intervenir.

—En fin, Moruth, si hay algo que no quiere que veamos...

—No, no. No hay ningún problema, por supuesto... Es sólo que tendré que hacer los arreglos para que una lanzadera nos lleve hasta la base lunar. ¡No quiero que piensen que tengo nada que ocultar!

Doole se fue a toda prisa para ocuparse de la lanzadera, y al quedarse solos Luke y Lando intercambiaron miradas llenas de escepticismo.

A Lando no le hacía mucha gracia tener que dejar la *Dama Afortunada* en la pista de la Institución Penitenciaria Imperial, pero Doole estaba decidido a seguir interpretando el papel de amable anfitrión. Luke intentó consolarle en silencio mientras despegaban en la lanzadera de corto alcance, pero Lando no paraba de mirar por la ventanilla como si no fuera a ver su nave nunca más.

La luna de Kessel se fue aproximando. Parecía una esfera hueca de la que se hubiera sacado la mayor parte de la roca para alojar un gran hangar interno y los enormes generadores y transmisores que creaban el escudo protector de energía alrededor del planeta.

Moruth Doole salió de la lanzadera después de que se hubiera posado y movió una mano indicándoles que le siguieran con una impaciencia que despertó la curiosidad de Luke. Doole les esperó mientras Erredós bajaba por la rampa, y entraron en la gigantesca gruta. Luke se volvió hacia el muro transparente que retenía la atmósfera, y pudo ver las estrellas y las hilachas de gases que se enroscaban alrededor del cúmulo de agujeros negros al otro lado.

Doole parecía sentirse más orgulloso de su flota defensiva que de cualquier otro aspecto de las explotaciones mineras de Kessel.

—Sígueme.

Avanzó con su paso contoneante sobre el suelo de roca del gran hangar, precediéndoles a lo largo de hileras y más hileras de cazas colocados en lo que parecía un desorden absoluto. Pasaron junto a naves que Luke encontró muy familiares y otras tan exóticas que ni siquiera fue capaz de identificarlas. Recurrió a sus conocimientos de piloto de caza para hacer una evaluación de la flota: cazas X, cazas Y, Potentes Corbetas de Corellia, un solitario caza B, cazas TIE, interceptores TIE, cuatro bombarderos TIE, varias cañoneras espaciales, lanzaderas de asalto de la clase Gamma... En el espacio, como trofeos suspendidos alrededor del orificio abierto en la luna, flotaban naves de ataque de mayores dimensiones: tres cruceros Carraca, dos grandes fragatas Lancero y un crucero de ataque Loronar.

—Después de que expulsáramos al Imperio, concedí máxima prioridad a la creación de una flota defensiva —explicó Doole—, Compré todos los cazas que pude encontrar sin importarme cuál fuera su estado, y contraté a mecánicos experimentados del sector corelliano de Nar Shaddaa.

El ribetiano sonrió con sus labios de anfibio.

—Sólo hace dos días que conseguimos volver a poner en funcionamiento el escudo de energía. Ahora ya puedo lanzar un gran suspiro de alivio... Con los escudos levantados por fin y nuestra nueva flota como apoyo defensivo, Kessel está a salvo y puede ser independiente. Podremos fijar los precios del brillestim en toda la galaxia sin tener que temer interferencias de ninguna clase.

—Hay un montón de naves, desde luego —dijo Lando—. Estoy impresionado.

Luke se acordó de los graves problemas que había padecido la Nueva República para conseguir un número suficiente de cazas durante las campañas de guerrilla del almirante Thrawn. Si Moruth Doole había estado tirando de todos los hilos a su alcance para quedarse con todas las naves en condiciones de volar que había en el sector, entonces no tenía nada de sorprendente que se hubiera producido tal escasez de aparatos.

—Bueno, esta flota debería bastar para poder defendernos de cualquier grupo de piratas que quieran robarnos la especia, ¿no les parece? —preguntó Doole.

Siguieron andando a lo largo de las hileras de naves. Lando se quedó inmóvil de

repente, y Luke captó una potente oleada de sorpresa y confusión procedente de él. Erredós empezó a emitir zumbidos y chirridos estridentes. Luke recorrió los alrededores con la mirada hasta que vio un carguero ligero modificado manufacturado en Corellia..., una nave que le resultó decididamente familiar.

—¿Qué pasa? —preguntó Doole bajando la vista hacia el androide.

Lando necesitó unos momentos para recuperar la compostura, y cuando lo consiguió golpeó suavemente la cúpula de Erredós con los nudillos.

—Supongo que habrá sido un rayo cósmico —dijo—. El blindaje de estas viejas unidades de astronavegación no es demasiado bueno, y de vez en cuando un rayo cósmico lo atraviesa y les fríe un circuito, ya sabe... —Tragó saliva—. ¿Podría hablar con mi ayudante en privado durante unos instantes, Moruth?

—Oh... Uh... Por supuesto. —Doole retrocedió discretamente—, Iré a asegurarme de que los mecánicos están preparando la lanzadera para el regreso a Kessel. —Después se volvió hacia Luke, y se esforzó por inyectar algo de buen humor en su tono al hablarle—. ¡Eh, y no aproveche que les dejo solos para convencer a su jefe de que no debe invertir aquí!

Lando movió nerviosamente la cabeza señalando el carguero en cuanto Doole estuvo lo bastante lejos para no poder oírles.

—¡Es el *Halcón*, Luke! ¡Conozco esa nave tan bien como un kangrixx conoce su caparazón!

Luke examinó la nave. Él también la había reconocido, pero quería más pruebas.

—¿Estás seguro?

—Es el *Halcón*, Luke. Era mi nave antes de que Han me la robara en una partida de sabbac, ¿recuerdas? Si miras con atención, podrás ver la señal que hay en la parte de arriba, allí donde perdí el plato de la antena subespacial intentando alejarme de la *Estrella de la Muerte*...

Luke también vio las marcas negras resultado de un reciente combate espacial.

—Podrían haber cambiado las identificaciones y haber borrado el núcleo de memoria. ¿Existe alguna otra manera de que podamos demostrar que esa nave es el *Halcón*?

—Bueno, basta con que consigas meterme en la cabina... Han le hizo algunas modificaciones de las que nadie más puede estar al corriente.

Doole volvió unos momentos después.

—Mi ayudante quiere asegurarse de que no han descuidado el mantenimiento de estas naves —dijo Lando—. Si no están cuidando adecuadamente de ellas, no pueden ser gran cosa como flota defensiva. Echemos un vistazo al interior de una cualquiera... Digamos... Sí, esa nave corelliana, por ejemplo.

Sus palabras parecieron pillar totalmente por sorpresa a Doole, y el ribetiano lanzó una rápida mirada de soslayo al *Halcón*.

—¿Ésa? Eh... Tenemos montones de cazas en perfecto estado que puede inspeccionar. Esa nave es... Bueno, en realidad es un montón de chatarra y...

Lando agitó un dedo delante de su rostro.

—Moruth, si usted se encarga de elegir la nave por nosotros... Bueno, eso contradice todo el objetivo de una inspección hecha al azar, ¿no le parece? Abra la escotilla de esta nave. Venga, venga...

Doole manipuló de mala gana los controles externos que hacían descender la rampa del *Halcón*. Lando abrió la marcha seguido por Luke, con Erredós silbando y traqueteando tan cerca detrás de Doole que casi le pisaba los talones al ribetiano.

Una vez dentro Lando fue a la cabina, con el propósito ostensible de echar un vistazo a los controles. Deslizó cariñosamente los dedos sobre las superficies gastadas y llenas de señales, y movió unos cuantos interruptores.

—El estabilizador del flujo iónico parece estar en óptimas condiciones, al igual que el generador del campo de extasis. Quizá deberíamos ir a echar una mirada al convertidor de energía... Los convertidores de energía de los cargueros corellianos son famosos por su propensión a averiarse.

Lando fue por el angosto pasillo que iba desde la cabina hasta la zona de alojamiento central de la nave. Giró hacia la izquierda en dirección a la rampa de entrada, y avanzó cautelosamente sobre las placas de la cubierta principal. Había desactivado los cerrojos ocultos desde los paneles de control, y cuando puso el tacón de su bota sobre las placas adecuadas éstas se levantaron revelando los compartimentos secretos que Han había instalado personalmente para que sirvieran como depósitos donde almacenar la especia de contrabando debajo del suelo.

—¡Te pillé, bastardo! —gritó Lando, agarrando a Doole por su corbata amarilla —. ¿Qué has hecho con Han y Chewbacca?

Doole parecía totalmente atónito, y empezó a agitar nerviosamente sus grandes manos de dedos romos.

—¿De qué me está hablando? —graznó.

Lando bajó la mirada hacia los enormes ojos del ribetiano, y Doole deslizó una mano debajo del chaleco y sacó una pequeña pistola desintegradora. Luke la vio y reaccionó al instante, empujando a Doole con su mente y utilizando la Fuerza para apartarle de Lando.

El desintegrador emitió su rayo, y un haz letal rebotó por el pasillo del *Halcón*. Doole cayó de espaldas, pero logró ponerse en pie casi enseguida. Volvió a disparar contra ellos, pero su ojo mecánico no tuvo tiempo para enfocarse adecuadamente y el rayo falló por una gran distancia. Doole se lanzó rampa abajo, llamando a gritos a los guardias. Su ojo mecánico se desprendió y rodó por el suelo con un ruidoso tintineo mecánico. Doole empezó a buscarlo a tientas, dominado por el pánico y moviendo frenéticamente las manos.

Luke golpeó los controles de la puerta con la palma de la mano, levantando la rampa y sellando la escotilla.

—Tendríamos que haberlo retenido como rehén —dijo—. Ahora nos va a resultar mucho más difícil salir de aquí.

Doole estaba dando la alarma en el exterior. Los guardias aparecieron a la carrera por entre las naves estacionadas, desenfundando sus desintegradores y colocándose la armadura.

—¡Ve al ordenador, Erredós! —gritó Luke.

Lando se instaló en el sillón detrás de los controles.

—Dudo mucho que podamos hacer algo por Han —dijo—. Tenemos que volver e informar a Leia. Ella puede traer toda una fuerza de ocupación a Kessel, y después examinaremos este sitio con un detector de alta resolución.

—Suponiendo que salgamos de aquí con vida... —dijo Luke.

—Conéctate al ordenador del piloto y enlaza con los controles del hangar, Erredós —dijo Lando.

El pequeño androide indicó que estaba dispuesto a ayudar mediante un trino electrónico y rodó hacia la consola del ordenador de navegación.

Las alarmas de seguridad seguían sonando en el hangar. Las siluetas de los hombres de Doole corrían en todas direcciones sin saber dónde debían ir. Luke enseguida se dio cuenta de que aquellos mercenarios tenían mucha menos experiencia en el trabajo de equipo que el regimiento imperial más perezoso y falto de disciplina. Pero en cuanto Lando alzó la nave de la pista, todo el mundo se encontró con un blanco clarísimo.

—¡Baja el campo de esa puerta, Erredós! —gritó Lando.

Usó los impulsores de maniobra para hacer avanzar la nave, incrementando la velocidad a medida que iban subiendo por encima de las hileras de cazas. Los pilotos se apresuraban a meterse en sus naves, preparándose para librar una batalla espacial. Las grandes naves que giraban en órbita alrededor de la luna todavía no parecían haberse enterado de lo que estaba ocurriendo debajo de ellas.

Lando aceleró hacia la gran abertura del hangar que daba acceso al espacio. El escudo era invisible, y sólo podía ser percibido mediante sensores especiales. Erredós lanzó pitidos y silbidos, pero los sonidos electrónicos no parecían transmitir muy buenas noticias.

—¡Baja ese escudo de una vez! —insistió Lando.

La conexión de datos de Erredós zumbó y vibró mientras el pequeño androide trabajaba con el ordenador del hangar en un frenético intento de eliminar las barreras que suponían los códigos de control.

—¡Necesitamos que ese escudo baje ahora mismo, Erredós! —gritó Luke.

Los impulsores de cola del *Halcón* entraron en acción y salieron despedidos hacia

adelante adquiriendo todavía más velocidad.

—Vamos... —le murmuró Lando a la nave—. Puedes hacerlo. Hazlo una última vez, por Han...

Erredós lanzó un pitido triunfal un momento antes de que salieran disparados a través de la abertura. Luke se encogió sobre sí mismo, pero el escudo había sido desactivado justo a tiempo.

Las luces de alerta empezaron a parpadear en los enormes navíos de combate suspendidos en órbita. Los sistemas de armamento iniciaron sus rutinas de calentamiento, y los módulos de puntería activaron las miras.

El *Halcón Milenario* avanzó rugiendo por el espacio mientras las fuerzas de Kessel emprendían el vuelo para iniciar la persecución.

Tol Sivron fue a visitar a Qwi Xux en su laboratorio de investigación. El administrador twi'lek envuelto en su túnica oscura hizo una prolongada y siseante inspiración, y sus colas cefálicas se removieron nerviosamente mientras contemplaba las instalaciones. Sivron daba la impresión de no haber puesto nunca los pies dentro de un auténtico laboratorio, lo cual le pareció bastante extraño a Qwi teniendo en cuenta que toda la instalación estaba a su cargo.

Qwi interrumpió sus cálculos musicales con un graznido nada melodioso.

—¡Director Sivron! ¿Qué puedo hacer por usted?

Tol Sivron exigía un flujo regular de informes escritos, estudios de factibilidad y resúmenes de progresos; y cada semana celebraba una reunión de científicos para que compartieran sus ideas y su trabajo en un intercambio sincero y estimulante.

Pero Tol Sivron no tenía la costumbre de visitar a quienes trabajaban a sus órdenes.

El twi'lek deambuló por la habitación toqueteando objetos aquí y allá, frotándose los nudillos y contemplando el equipo habitual en un laboratorio como si le resultara profundamente interesante. Deslizó sus dedos terminados en largas garras sobre el indicador de calibración de un analizador de resistencia de aleaciones y murmuró un «¡Hmmmmm, buen trabajo!» casi ininteligible, como si Qwi hubiera inventado aquel instrumento de uso tan común en todos los laboratorios.

—Sólo he venido a felicitarla por la continuada calidad de su labor, doctora Xux. —Sivron acarició una de las colas cefálicas vermiformes enroscadas alrededor de su cuello, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más seco—. Pero espero que haya terminado de una vez con su interminable dar vueltas al proyecto del Triturador de Soles. Ya sabe que llevamos bastante retraso sobre la fecha de finalización fijada por el Gran Moff Tarkin, y tenemos que actuar lo más deprisa posible. Insisto en que redacte su informe final y ponga en orden toda su documentación. Envíela a mi despacho lo más pronto que pueda.

Qwi le contempló con irritación y parpadeó a toda velocidad. Ya había entregado cinco informes «finales», pero Sivron siempre le había pedido que volviera a llevar a cabo una simulación determinada o que hiciese nuevas pruebas con las aleaciones estructurales del blindaje cuántico del Triturador de Soles. Nunca le daba razones, pero Qwi tenía la impresión de que en realidad no había leído ni un solo informe. Si de ella hubiese dependido, el Triturador de Soles ya habría estado listo para ser empleado hacía dos años. Qwi estaba empezando a hartarse de aquel proyecto, y anhelaba poder trabajar en un nuevo diseño que pudiese iniciar desde cero y volver a las labores de investigación realmente imaginativas que tanto le gustaban.

—¡Tendrá el informe esta misma noche, director Sivron!

Qwi decidió que se limitaría a enviarle una copia del último que había redactado.

—Estupendo, estupendo —dijo Sivron, volviendo a acariciar una de sus colas cefálicas—. Sólo quería asegurarme que todo está en orden...

«¿Para qué? —pensó Qwi—. No vamos a ir a ninguna parte, ¿verdad?» Odiaba que los administradores y los militares metieran continuamente las narices en sus asuntos. Tol Sivron se fue sin decir una palabra más.

Qwi le siguió con la mirada y después activó la cerradura de su puerta, que casi nunca utilizaba. Volvió a su terminal de visualización y siguió intentando abrirse paso a través del muro de contraseñas y códigos que se alzaba ante ella. Después de todo, siempre le habían gustado los desafíos.

Qwi no conseguía dejar de pensar en lo que le había dicho Han Solo. Al principio sólo fue un nuevo rompecabezas que resolver, pero no tardó en prestarle toda su atención y comprenderlo como lo que realmente era. Para ella todos los prototipos que desarrollaba eran conceptos abstractos convertidos en realidad mediante música matemática y brillantes intuiciones. Qwi se repetía una y otra vez que no sabía para qué se utilizaban sus invenciones, y que no le importaba. Podía hacer conjeturas bastante bien fundadas, por supuesto, pero intentaba abstenerse de hacerlas. ¡No quería saberlo! Siempre reprimía aquellos pensamientos antes de que pudieran aflorar en su mente. Pero Qwi Xux no era estúpida, por supuesto.

Se suponía que la *Estrella de la Muerte* sería utilizada para fragmentar planetas muertos y ya explotados al máximo con el fin de proporcionar un acceso directo a las materias primas ocultas en sus núcleos. ¡Exacto! Pero... ¿Y si había concebido esa excusa después? Se suponía que los Devastadores de Mundos iban a ser inmensas factorías móviles que utilizarían los escombros y restos sin valor para fabricar valiosos componentes industriales. ¡Exacto! Tarkin había estado a su lado mientras Qwi soportaba la inmensa presión de su adiestramiento, y Qwi sabía de qué era capaz aquel hombre.

Y el nuevo Triturador de Soles era... «¿Qué es? —había exclamado Han alzando la voz hasta tal extremo que dejó un poco doloridos los frágiles oídos de Qwi—. ¿Para qué demonios se puede utilizar el Triturador de Soles..., salvo para barrer por completo toda la vida en aquellos sistemas que no les caigan bien a los imperiales? Ni siquiera tienes una excusa como la explotación minera de los restos... El Triturador de Soles sólo tiene un propósito: causar la muerte de un número incontable de seres inocentes. No puede servir para nada más.»

Pero Qwi no podía soportar que la responsabilidad de todas aquellas vidas estuviera en sus manos. Eso no formaba parte de su trabajo. Ella se limitaba a dibujar planos, jugar con los diseños y resolver ecuaciones. Descubrir que algo considerado imposible hasta entonces era factible siempre la llenaba de júbilo.

Por otra parte, Qwi era muy consciente de lo que estaba haciendo... aunque el

fingir ingenuidad le proporcionaba una excusa realmente perfecta, un escudo magnífico contra las embestidas de su propia conciencia.

Qwi había encontrado el «informe» completo entregado por Han Solo en los bancos de datos de las Fauces. Estaba protegido por un código de acceso que había descifrado sin ninguna dificultad, y consistía en una grabación de vídeo en vez de una mera transcripción. Sivron y Daala le habían ocultado una gran parte de él, desde luego, pero... ¿Por qué lo habían hecho?

Qwi contempló toda la sesión de tortura sin poder creer en lo que estaban viendo sus ojos. ¡Nunca había sospechado que le habían arrancado la información de aquella manera! Las palabras impresas sobre el papel parecían tan impasibles y tranquilas, como si hubieran sido fruto de una perfecta relación de cooperación...

Pero a un nivel más profundo y profesional Qwi sólo podía sentir irritación contra la almirante Daala. Se suponía que todos los científicos de las Fauces disponían de un acceso total y sin restricciones a todos los datos. ¡Qwi llevaba doce años dentro del cúmulo de agujeros negros, y en todo ese tiempo jamás había visto rechazada una sola petición de datos! Pero aquello era todavía peor. No sólo le habían negado acceso a la totalidad del informe, sino que la habían engañado para que creyera que Han no había proporcionado más datos que los contenidos en la versión censurada que le habían entregado.

«¡Pero la información debe ser compartida! —pensó Qwi—. ¿Cómo puedo hacer mi trabajo si no dispongo de los datos pertinentes?»

Qwi se abrió paso a través de los distintos códigos y contraseñas casi sin dificultad. Al parecer, nadie había esperado que se tomara la molestia de echar un vistazo. Leyó todo el informe con una mezcla de asombro y horror que se iba intensificando por momentos: la destrucción de Alderaan, el ataque a Yavin 4, la emboscada tendida a la flota rebelde en Endor, el enorme navío hospital y los transportes de personal convertidos en micrometeoroides por el superláser de la segunda *Estrella de la Muerte*...

«¿Para qué pensabas que iban a utilizarlas?», le había dicho Han. Qwi cerró los ojos e intentó expulsar el pensamiento de su mente.

Concéntrate en el problema. Esas palabras habían sido el mantra de su infancia. No te dejes distraer por nada más. Resolver el problema era lo único que importaba. Resolver el problema significaba sobrevivir...

Qwi recordaba haber pasado dos años de su infancia en el entorno silencioso y estéril de la esfera de educación orbital que flotaba sobre Omwat, su mundo natal. Por aquel entonces tenía diez años estándar, la misma edad que sus otros nueve compañeros, cada uno seleccionado de una aglomeración-colmena distinta de Omwat. Vistos desde la órbita en que giraba la esfera, los continentes verdes y anaranjados adquirirían un aspecto irreal, medio ocultos por las nubes y puntuados por

los desfiladeros y las protuberancias de las montañas. No se parecían en nada a los mapas claros y precisos que Qwi había visto hasta entonces.

Pero la esfera educativa de Qwi no estaba sola en su órbita, pues el Destructor Estelar personal de Tarkin la acompañaba en ella. Como navío de combate no era de los más temibles, ya que había muchos modelos superiores a la clase Victoria, pero aun así tenía la potencia de fuego suficiente para hacer llover la muerte y la destrucción sobre Omwat si los estudiantes no progresaban como se esperaba de ellos.

Durante dos años la vida de Qwi había sido una interminable sucesión de sesiones de adiestramiento, pruebas, sesiones de adiestramiento y más pruebas concebidas con el único propósito de introducir todos los conocimientos relativos a las disciplinas de ingeniería disponibles en las flexibles mentes jóvenes omwatianas, que tan fáciles de moldear resultaban..., o hacer estallar sus cerebros durante el proceso. Las investigaciones de Tarkin habían demostrado que los niños de Omwat eran capaces de llevar a cabo asombrosas hazañas mentales siempre que estuvieran sometidos a una presión lo bastante intensa y aplicada de la manera adecuada. La gran mayoría de las jóvenes mentes se desmoronarían bajo aquella presión, pero algunas emergían del proceso convertidas en auténticas joyas, brillantes y altamente creativas. Tarkin había querido averiguar qué resultados prácticos podía dar aquella posibilidad.

Aquel hombre flaco y duro como el acero había venido a verles vestido con su uniforme de gala durante los exámenes más importantes, y había mantenido la mirada implacablemente clavada en los niños de Omwat que seguían con vida mientras luchaban con problemas que habían derrotado a los mejores diseñadores del Imperio. Qwi recordaba cómo se habían alarmado cuando uno de sus compañeros de clase, un chico llamado Pillik, cayó repentinamente al suelo presa de una especie de ataque epiléptico, agarrándose la cabeza y chillando. Pillik había logrado ponerse de rodillas, sollozando, antes de que los guardias llegaran hasta él. Mientras se lo llevaban Pillik había alargado desesperadamente las manos hacia su examen, gritando que quería terminar su trabajo.

Después Qwi y sus tres compañeros de clase supervivientes fueron en silencio hasta la ventana de la esfera educativa para poder ver cómo las baterías turboláser del Destructor Estelar de la clase Victoria convertían en vapor la colmena de Pillik como castigo por su fracaso.

Qwi no podía permitirse el lujo de dejarse distraer por las consecuencias. Si su concentración flaqueaba, todos morirían. Tenía que confinar todas las preocupaciones y preguntas en lo más profundo de su mente. Los problemas eran un refugio de pureza y seguridad, y debían ser resueltos meramente porque eran problemas. Qwi no podía permitirse ni un solo instante de distracción pensando en algo que estuviera más allá del problema inmediato.

Al final Qwi fue la única de su grupo que logró terminar el proceso de adiestramiento. Todo el espacio disponible de su memoria debía estar reservado a la física, las matemáticas y la ingeniería, por lo que no había recibido ninguna instrucción en ciencias biológicas. Tarkin la había llevado a la nueva Instalación de las Fauces y la había puesto bajo la tutela del gran ingeniero Bevel Lemelisk. Qwi no había salido de las Fauces desde entonces.

Los problemas tenían que ser resueltos meramente porque eran problemas. Si se dejaba distraer por las emociones, ocurrirían cosas terribles. Aún recordaba las imágenes de las ciudades de Omwat ardiendo como hogueras de campamentos distantes vistas desde la órbita de la esfera, los incendios creados por los haces láser que barrían las sabanas de su mundo..., pero Qwi tenía demasiados cálculos que terminar, demasiados diseños que modificar.

Qwi había tranquilizado a su conciencia descargando la responsabilidad sobre los hombros de otros, pero la verdad innegable era que creaba artefactos que habían sido los causantes directos de la muerte de civilizaciones enteras y que habían destruido mundos enteros. Con el Triturador de Soles, Qwi podría hacer desaparecer sistemas estelares enteros con sólo pulsar un botón.

Qwi Xux tenía muchas cosas en las que pensar, pero no sabía cómo enfrentarse a aquella clase de reflexiones. Se encontraba ante un problema de un tipo totalmente nuevo y diferente..., y debía resolverlo.

Chewbacca permaneció tan inmóvil como una estatua, negándose a moverse y desafiando al capataz a que volviera a utilizar su látigo de energía.

El capataz lo utilizó.

Chewbacca rugió al sentir la terrible punzada de dolor que atravesó su piel, y sus nervios se convulsionaron bajo los efectos residuales de la descarga. El wookiee alzó sus velludos brazos, ardiendo en deseos de arrancar los miembros de aquel hombre gordo e impassible de su torso esférico.

Catorce soldados de las tropas de asalto le apuntaron con sus desintegradores.

—¿Vas a volver a trabajar o he de subir un par de grados el control de intensidad de la descarga, wookiee?

El capataz se golpeó suavemente la palma con el mango del látigo de energía mientras observaba a Chewbacca sin inmutarse. Tenía la piel exangüe y de un aspecto casi polvoriento, como si todo su organismo estuviera muerto por debajo de ella.

—En cualquier otro momento habría disfrutado enormemente con el desafío de quebrantar tu voluntad, wookiee —siguió diciendo—. Llevo catorce años estándar aquí con toda una cuadrilla de esclavos wookies a mis órdenes. Perdimos unos cuantos durante el proceso, pero acabé domándolos a todos y ahora obedecen las órdenes y hacen su trabajo. Pero la almirante Daala insiste en que mañana todo debe estar a punto para la movilización.

El capataz movió la reluciente punta verde del látigo en el aire delante del rostro de Chewbacca, chamuscándole unos cuantos pelos. Chewbacca tensó sus negros labios revelando sus colmillos y gruñó.

—No puedo perder el tiempo con juegucitos —dijo el capataz—. Si he de desperdiciar más tiempo enseñándote disciplina... Bueno, en ese caso prefiero lanzarte al espacio. ¿Lo has entendido?

Chewbacca pensó en lanzarle un rugido a la cara, pero el capataz parecía estar hablando en serio. Chewbacca tenía que sobrevivir el tiempo suficiente para averiguar qué había sido de Han. Han le había rescatado hacía mucho tiempo de unos traficantes de esclavos, y Chewbacca seguía teniendo una deuda de vida pendiente con el humano. El wookiee acabó dejando escapar un gruñido gutural de asentimiento.

—Bien... ¡Y ahora vuelve a esa lanzadera de asalto!

Chewbacca llevaba un mono de trabajo gris con bolsillos en los que guardar herramientas de diagnóstico para motores y llaves hidráulicas para aflojar tuercas. El wookiee ya había averiguado que no había ni una sola herramienta que pudiera ser utilizada como arma.

La lanzadera de asalto de la clase Gamma ocupaba una buena parte del hangar inferior del *Gorgona*. Chewbacca también disponía de un pequeño tablero de datos con las configuraciones del proyector de haces de tracción y los generadores de escudos deflectores. Ya había trabajado en otras naves con anterioridad, y conocía al *Halcón* como si fuera la palma de su mano gracias a las muchas reparaciones de emergencia que él y Han se habían visto obligados a hacer. Los planos del tablero de datos le permitirían reparar sistemas de tecnología imperial que tenían décadas de antigüedad sin ninguna clase de problemas.

Chewbacca fue a la cola de la lanzadera de asalto e inspeccionó las toberas de salida de los reactores, y después comprobó de mala gana las monturas del cañón desintegrador. En la proa de la nave había una escotilla que permitía el acceso a la tripulación, pero Chewbacca optó por emplear un método más riguroso consistente en abrir una de las portillas de lanzamiento utilizadas para permitir la salida a las tropas de asalto en condiciones de gravedad cero durante un ataque espacial, y se metió por ella.

Una vez dentro ya tenía acceso al nivel de ingeniería, donde estuvo examinando los moduladores de energía y los sistemas de apoyo vital. El wookiee tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso de arrancar circuitos y causar daños en los equipos. Si lo hacía el capataz le ejecutaría de inmediato, y un sabotaje tan insignificante no serviría de nada. Además, incluso unos daños mucho más sutiles probablemente serían descubiertos durante el procedimiento de comprobación inicial previo al despegue.

La sección de pasajeros de la lanzadera de asalto era realmente espartana, ya que

sólo contenía literas para los soldados, así como un par de compartimentos de almacenaje provistos de unidades de energía para guardar las voluminosas armaduras que empleaban en condiciones de gravedad cero. Chewbacca activó los sistemas y examinó la consola de mando, después de lo cual hizo una comprobación de los dos ordenadores de vuelo interconectados..., y pensó en arrancar los sillones en los que se sentarían los cinco miembros del equipo de vuelo.

El gordo capataz seguía gritando y haciendo chasquear su látigo de energía en el hangar del *Gorgona*. Chewbacca sintió cómo una oleada de ira se iba extendiendo por todo su ser al escuchar los gritos de dolor de los otros esclavos wookies, que había perdido todo deseo de resistir hacía ya mucho tiempo. No sabía nada sobre sus compañeros de cautiverio. Le habían mantenido encerrado en una celda individual, y no se les permitía hablar entre sí. Chewbacca se preguntó cuánto tiempo había transcurrido desde que aquellos esclavos agotados habían tocado por última vez las ramas de sus árboleshogar.

—¡A trabajar! —gritó el capataz—. ¡Hay mucho que hacer, y tiene que hacerse hoy! ¡Sólo en el *Gorgona* hay trescientas naves!

Y Chewbacca sabía que los otros tres Destruidores Estelares contenían un número idéntico de cazas TIE, cañoneras y lanzaderas de asalto.

Chewbacca tensó el puño sobre la tapa levantada de un compartimiento de carga, y el metal se dobló visiblemente. Quería averiguar por qué la almirante Daala insistía en que todos debían trabajar con una premura tan desesperada.

Qwi Xux odiaba que los soldados de las tropas de asalto le dieran órdenes. Durante los años que llevaba en la Instalación de las Fauces había aprendido a ignorar la presencia de los soldados que desfilaban rígidamente por los pasillos con sus armaduras blancas, llevando a cabo sesiones interminables de adiestramiento y formación que no tenían el más mínimo sentido y que les daban la apariencia de robots sin mente. ¿Tendrían problemas de memoria, o se trataría de alguna otra cosa que no podía entender? Una vez había aprendido algo, Qwi ya no necesitaba seguir repitiéndolo. El paso del tiempo le había enseñado a no prestar mucha atención a los soldados... hasta que un pelotón se presentó ante la puerta de su laboratorio e insistió en que debía ir con ellos.

Qwi había terminado sus investigaciones ilícitas en las bases de datos hacía tan sólo unos momentos, y había desactivado la cerradura de la entrada a su laboratorio. No tenía ninguna razón para pensar que los soldados sospecharan algo, pero aun así se sintió invadida por un terror totalmente irracional.

Los soldados se desplegaron a su alrededor formando una burbuja protectora y la hicieron avanzar a lo largo de los pasillos embaldosados.

—¿Dónde me llevan? —logró preguntar Qwi por fin.

—La almirante Daala desea verla —dijo el capitán a través del filtro-altavoz de su

casco.

—Oh, ¿Por qué?

—Ella se lo dirá.

Qwi tragó saliva intentando hacer bajar el bulto helado que se había formado en su garganta, y cuando habló intentó que su voz sonara lo más altiva posible.

—¿Y por qué no ha podido venir a verme?

—Porque la almirante Daala es una persona muy ocupada.

—Yo también estoy muy ocupada.

—La almirante Daala es nuestra oficial superior, y usted no.

Qwi no hizo más preguntas, y se limitó a seguirles en silencio mientras la llevaban por un tubo de acceso hasta otro asteroide de la aglomeración principal, y después a una pequeña lanzadera del hangar.

Cuando llegaron al Destructor Estelar *Gorgona* Qwi no pudo evitar el contemplar con los ojos muy abiertos y expresión fascinada todo lo que la rodeaba. Las enormes naves habían estado flotando en el cielo por encima de la Instalación de las Fauces durante todo el tiempo que abarcaba su memoria, pero Qwi rara vez había tenido la oportunidad de subir a bordo de ellas. Los soldados de su escolta la llevaron directamente al puente de mando del *Gorgona*.

El trapezoide de la torre de mando se elevaba a gran altura por encima de la punta de flecha que era la masa principal de la nave, proporcionando una vista panorámica que abarcaba el inmenso paisaje del Destructor Estelar. Qwi se detuvo y volvió la mirada hacia el visor principal para contemplar el conjunto de rocas que habían sido unidas durante la creación de la Instalación de las Fauces, y durante un momento recordó cómo había contemplado la destrucción de las ciudades de Omwat ordenada por Tarkin desde la esfera de educación orbital que flotaba muy por encima de ellas.

La dotación del puente de mando estaba muy ocupada en sus puestos, tan concentrada en su trabajo como si estuvieran llevando a cabo unas maniobras de combate de gran importancia. Los soldados de las tropas de asalto iban y venían apresuradamente por los pasillos. La atmósfera resonaba con los ecos de los mensajes que brotaban de los intercomunicadores, sucediéndose con tal rapidez que parecían superponerse unos a otros. Qwi se preguntó cómo era posible que todos estuvieran tan atareados después de una década entera de no hacer nada.

La almirante Daala estaba inmóvil junto a su consola de mando contemplando el letal remolino de gases que la separaba del exterior. Qwi observó su esbelta y perfecta silueta medio oculta por una aurora de cabellos castaño rojizos que fluían como una manta viviente a lo largo de su espalda. Cuando Daala se volvió hacia ella, una parte de su cabellera permaneció inmóvil allí donde había estado colgando y se enroscó alrededor de su cintura, mientras que otros mechones se arqueaban detrás de ella.

—¿Quería verme? —preguntó Qwi.

Su voz frágil y quebradiza temblaba a pesar de los grandes esfuerzos que estaba haciendo para controlar su nerviosismo.

Daala la contempló en silencio durante unos momentos, y Qwi tuvo la impresión de que estaba siendo colocada bajo una lupa como preparativo inicial para la disección. Después Daala pareció reconocerla de repente.

—¡Ah, sí! Qwi Xux, al frente del proyecto del Triturador de Soles, ¿verdad?

—Sí, almirante. —Qwi aguardó unos momentos, pero no pudo contenerse—. ¿He hecho algo mal?

—No lo sé. ¿Ha hecho algo mal? —respondió Daala, y después dio la espalda al gran ventanal y se dedicó a contemplar sus otras naves—. No consigo sacarle información a Tol Sivron, así que voy a decírselo directamente a usted. Si tiene más trabajo que hacer en el Triturador de Soles, térmelo inmediatamente. Vamos a movilizar la flota.

Daala malinterpretó el silencio de perplejidad de Qwi.

—No se preocupe... Cuenta con mi autorización para disponer de toda la ayuda que pueda necesitar, pero todo debe estar terminado dentro de un día como máximo. Ha dispuesto de dos años más del plazo que le dio el Gran Moff Tarkin. Ya va siendo hora de que el Triturador de Soles sea utilizado...

Qwi hizo una rápida inspiración de aire e intentó poner algo de orden en sus pensamientos.

—Sí, pero... ¿Por qué ahora? ¿Por qué tanta prisa?

Daala se encaró con ella y la contempló con expresión hosca.

—Hemos recibido nuevas informaciones. El Imperio ha sufrido graves daños y se encuentra en una situación muy vulnerable, y no podemos seguir sentados aquí y esperar a ver qué ocurre en el exterior. Disponemos de cuatro Destruidores Estelares, toda una flota sobre la que la Rebelión no sabe absolutamente nada... El prototipo de la *Estrella de la Muerte* no puede viajar por el hiperespacio, por lo que no nos sirve de nada en esta operación... pero contaremos con el Triturador de Soles. Su soberbio Triturador de Soles... —El resplandor de los torbellinos de gases llameantes que giraban en el exterior arrancó destellos a los ojos de Daala—. Con él podremos ir destruyendo a la Nueva República sistema por sistema.

Todas las advertencias de Han volvieron a resonar como gritos ensordecedores dentro de la cabeza de Qwi. Han había tenido razón en todo lo que le había dicho.

Daala movió una mano indicándole que podía marcharse, y Qwi se alejó con paso tambaleante dejando que los soldados de las tropas de asalto la escoltaran hacia la lanzadera que les aguardaba. Qwi tendría que tomar su decisión más pronto de lo que había esperado.

Imágenes de los planetas iban desfilando ante los ojos de Leia en sus habitaciones. Estadísticas, poblaciones, recursos..., fríos datos que debía absorber y evaluar antes de tomar su decisión. Leia rechazaba la mayor parte de los mundos en cuestión de momentos, y señalaba otros como posibilidades. Hasta el momento no había encontrado ninguno que le pareciera el lugar perfecto para que Luke estableciera su Academia Jedi.

La Nueva República abarcaba tantos planetas con posibilidades que al principio no le había parecido una petición demasiado difícil de satisfacer. Después de todo, había encontrado casi enseguida un nuevo hogar para los supervivientes de Eol Sha en Dantooine. ¿Por qué le estaba costando tanto encontrar un sitio donde instalar una academia?

Después de haber conocido a los dos primeros candidatos de Luke y haber visto lo mucho que se salían de lo corriente. Leia sospechaba que los estudios Jedi requerirían un aislamiento completo. Había vuelto a hablar con Gantoris y Streen durante el día anterior, y quedó bastante preocupada al descubrir que los dos se sentían abandonados y abatidos. Si al menos Luke regresara pronto... ¡con Han!

Leia siguió pensando en otros lugares y se preguntó cómo se las había arreglado Yoda para adiestrar a Luke en el planeta pantanoso de Dagobah, un mundo que estaba totalmente desprovisto de otras formas de vida inteligentes. Su hermano querría algún sitio similar para sus candidatos a recibir adiestramiento Jedi.

«Bueno, ¿y qué hay de Dagobah?», pensó mientras apoyaba la punta de un dedo en su labio inferior. Los pantanos habían ocultado a Yoda durante siglos, y no cabía duda de que aquel planeta quedaba muy lejos de las grandes corrientes del tráfico galáctico... pero eso también quería decir que Dagobah carecía de las instalaciones adecuadas. Tendrían que crear una academia partiendo de cero. Si movilizaba a las fuerzas de construcción de la Nueva República, Leia podía conseguir que todo el trabajo estuviera terminado en muy poco tiempo, pero no estaba muy segura de que ésa fuese la respuesta adecuada. No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que reconocería el lugar adecuado en cuanto lo tuviera delante de los ojos. La restauración de los Caballeros Jedi significaba mucho para él, y Luke se mostraría muy selectivo en lo tocante a encontrar el lugar adecuado para su academia. Leia todavía no lo había descubierto, y eso era todo.

El centro de mensajes emitió un zumbido. Otra vez. Apenas era mediados de la mañana, pero Leia ya había perdido la cuenta de las interrupciones. Dejó escapar un suspiro, respondió y vio cómo la imagen de otro cargo subalterno cobraba forma en el foco central.

—Lamento llamarla a su casa, ministra Organa Solo —dijo la imagen—, pero

necesitamos que decida cuál será el menú que se servirá en el banquete para los bimmini. El plazo final es hoy. Podemos escoger entre filetes de herbívoro con salsa agridulce, medallones de nerf con hongos dulces, espaldas de rocío al horno...

—¡Yo tomaré medallones de nerf, gracias!

Leia desconectó el receptor y dedicó unos momentos a recuperar la calma antes de volver a concentrarse en las imágenes de los planetas.

Jacen se echó a llorar de repente en el dormitorio, y su hermana se unió a sus sollozos unos instantes después. Cetrespeó empezó a emitir ruiditos consoladores, y después dio comienzo a otra de sus nanas y consiguió que los sollozos se hicieran todavía más estridentes. Una parte de Leia deseaba ir corriendo al dormitorio de los niños para averiguar qué estaba sucediendo, mientras que otra parte de su ser sólo quería sellar herméticamente la puerta de su dormitorio para poder disfrutar de un poco de silencio y tranquilidad.

La mañana siguiente a la recepción celebrada en los Jardines Botánicos de la Cúpula Celeste, los dos niños habían despertado con un ligero resfriado. Los síntomas eran un poco de fiebre, congestión y malestar general, justo el tipo de enfermedad menor y sin importancia que los gemelos sin duda padecerían con frecuencia durante los próximos años. A pesar de ello, Leia no quería dejarles abandonados a los cuidados de Cetrespeó.

El androide de protocolo había demostrado ser capaz de cuidar de la pareja de niños después de haber sido sometido a una pequeña reprogramación para reforzar y poner al día sus conocimientos sobre la infancia, pero Leia estaba empezando a sentir una tendencia a proteger a los gemelos y a ponerse a la defensiva en todo lo referente a ellos. Era su madre, y aunque todas aquellas responsabilidades eran totalmente nuevas para ella tampoco quería que un androide cuidara de Jacen y Jaina todo el tiempo, por muy competente que fuese su programación. Los niños ya habían pasado una parte muy grande de sus vidas con Winter, y Leia quería recuperar de alguna manera el tiempo perdido... ¡si sus deberes políticos le permitían hacerlo!

El centro de mensajes volvió a emitir un zumbido antes de que Leia pudiera solicitar el archivo de otro planeta para examinarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, recurriendo a todas las reservas de cortesía que le quedaban.

La imagen le mostró un administrador alienígena al que no conocía.

—Ah, ministra Organa Solo... La llamo desde el despacho del primer ayudante del ministro de industria. Se me ha dicho que quizá podría ofrecerme alguna sugerencia sobre qué tipo de música resultaría más adecuada para acompañar la llegada del delegado de los ishi tib.

Durante unos momentos Leia casi vio bajo una nueva luz el tiempo que había pasado siendo prisionera de Jabba el Hutt. Al menos aquel señor del crimen que

parecía una inmensa oruga no la había obligado a hacer nada más que estar lo más hermosa posible y permanecer sentada en un rincón...

El centro de mensajes acusó recibo de una transmisión del almirante Ackbar antes de que Leia hubiera tenido tiempo de desconectarlo después de haberse librado del administrador alienígena. El almirante calamariano le caía muy bien, pero Leia estaba experimentando crecientes dificultades para controlar su mal genio. ¿Cómo esperaban que pudiera hacer algo con todas aquellas interrupciones?

—Hola, almirante... Si puedo ayudarle en algo, tendrá que decírmelo deprisa. Estoy enfrascada en un proyecto bastante importante y complicado.

Ackbar asintió afablemente, e hizo girar sus grandes ojos de pez hasta dejarlos inmóviles delante de Leia en un gesto de cortesía.

—Naturalmente, Leia. Te pido disculpas por esta interrupción, pero me gustaría solicitar tus comentarios sobre el discurso que acabo de escribir. Como recordarás, mañana he de hablar ante el Gabinete y dijiste que me proporcionarías datos sobre la relocalización de los sectores de las embajadas en las zonas devastadas de Ciudad Imperial. He escrito el discurso sin contar con tu aportación, pero necesito disponer de la información antes de mañana. He indicado con toda claridad los pasajes en los que necesito que añadas tus opiniones y comentarios. ¿Sería posible... ?

—Por supuesto, almirante. Lamento mucho haberme olvidado del discurso... Envíelo a mi apartado personal de la red de datos y le prometo que me pondré a trabajar en él inmediatamente.

Ackbar inclinó su cabeza color salmón.

—Muchas gracias, y vuelvo a pedirte disculpas por la interrupción... Bien, Leia, y ahora dejaré que vuelvas a tu trabajo.

Ackbar cortó la transmisión, y Leia se sintió incapaz de hacer nada salvo permanecer inmóvil y con los ojos cerrados durante un rato mientras deseaba con todas sus fuerzas poder gozar de unos cuantos momentos de silencio. Claro que cuando no tenía trabajo que la absorbiera empezaba a preocuparse pensando en lo que podía haberle ocurrido a Han...

La campanilla de la puerta empezó a sonar, y Leia casi gritó.

Mon Mothma estaba inmóvil en el umbral, envuelta en los holgados pliegues flotantes de su túnica blanca.

—Hola, Leia. ¿Te importa que entre un momento?

—Eh... Oh... —balbuceó Leia intentando recobrar la compostura—. ¡No, claro que no!

Mon Mothma nunca había venido a verla, y jamás había mostrado la más mínima inclinación a querer entablar ninguna clase de relación social. La Jefe de Estado de la Nueva República tenía una personalidad tranquila y calladamente carismática, pero siempre se había mantenido a una considerable distancia de todos los que la

rodeaban.

Durante los primeros días de la Rebelión, Mon Mothma había mantenido duros enfrentamientos en el Senado con Bail Organa, el padre de Leia. Por aquel entonces Mon Mothma llevaba muy poco tiempo siendo senadora, y siempre insistía en llevar a cabo cambios rápidos y radicales que Bail Organa, un veterano de la política al que la experiencia había vuelto bastante cínico, rechazaba con todas sus energías. A pesar de ello, el paso del tiempo hizo que los dos unieran sus fuerzas para enfrentarse al senador Palpatine cuando éste decidió convertirse en Presidente, y cuando fracasaron y Palpatine se autoproclamó «Emperador», Mon Mothma empezó a hablar abiertamente de rebelión. Bail Organa, horrorizado, no había sabido percibir la creciente necesidad de optar por la rebelión hasta después de la Masacre de Ghorman, cuando por fin comprendió que la República a la que había servido durante tanto tiempo estaba totalmente muerta.

La muerte de Bail Organa y la destrucción de Alderaan habían afectado profundamente a Mon Mothma, pero nunca había dado a entender que deseara llegar a ser amiga de la hija de su antiguo rival.

—¿Qué puedo hacer por ti, Mon Mothma? —preguntó Leia.

Mon Mothma recorrió con la mirada los aposentos privados de Leia, y sus ojos acabaron clavándose en los paisajes de Alderaan que adornaban las paredes. La Jefe de Estado de la Nueva República contempló las llanuras cubiertas de hierba, las ciudades llenas de torres de aspecto orgánico y las urbes subterráneas, y una película de lágrimas tan delgada que resultaba casi imperceptible pareció velar sus ojos.

—Me he enterado de que tus hijos están enfermos, y quería decirte lo mucho que lo lamento. —Mon Mothma miró fijamente a Leia—. Y también me he enterado de que Han y Chewbacca no han regresado de la misión que les llevó a Kessel. Preferiría que no hubieras intentado ocultármelo, Leia. ¿Puedo hacer algo?

Leia bajó la mirada.

—No, Lando Calrissian y mi hermano Luke ya han ido a ver si pueden averiguar algo. Espero que no tarden en volver trayendo noticias.

Mon Mothma asintió.

—Y también quería felicitarte por el trabajo que estás haciendo..., aunque «consolarte» quizá sea una palabra más adecuada. Leia no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Pero si la recepción del embajador Furgan fue un auténtico desastre!

Mon Mothma se encogió de hombros.

—¿Y crees que alguien podría haber tenido más éxito que tú? Hiciste un trabajo excelente con los caridanos. Hay batallas que son sencillamente imposibles de ganar, Leia... Dado el potencial para la destrucción galáctica que posee Carida, creo que el que me arrojen el contenido de una copa a la cara supone una debacle relativamente menor.

Los labios de Leia se curvaron en una débil sonrisa, y tuvo que admitir que la Jefe de Estado tenía razón.

—Bueno, si pudiera encontrar un sitio donde instalar la Academia Jedi de Luke, tendría la sensación de que por fin estoy logrando abrirme paso a través de toda esta maraña de problemas.

Mon Mothma sonrió.

—Yo también he estado pensando en eso desde que Luke pronunció su discurso. Creo que puedo hacerte una sugerencia.

Leia la contempló con sus oscuros ojos dilatados a causa de la sorpresa.

—¡Hazla, por favor!

Mon Mothma movió una mano señalando la terminal de datos instalada en la sala de estar de Leia.

—¿Puedo... ?

Leia le indicó que podía utilizarla. Mon Mothma llevaba toda una vida dedicada a la política, pero se instaló delante de la base de datos sin vacilar y su manera de utilizarla enseguida dejó bien claro que no era la primera vez que hacía sus propias investigaciones en los sistemas de ordenadores.

Las imágenes del nuevo planeta no tardaron en formarse dentro de la zona de proyección, y Leia sintió cómo el cosquilleo de la excitación se iba extendiendo por todo su ser. La certeza firme e incommovible de que aquél era el lugar adecuado fue surgiendo en su corazón, y Leia se preguntó cómo había podido pasar por alto una solución tan obvia.

—¿Qué te parece? —preguntó Mon Mothma sonriendo—. Tiene todo lo que Luke puede llegar a necesitar: intimidad, un buen clima, las instalaciones imprescindibles...

—¡Es perfecto! No entiendo cómo no se me ocurrió pensar en él.

El centro de mensajes volvió a emitir un zumbido.

—¿Qué ocurre? —gritó Leia volviéndose hacia la imagen.

Era consciente de que tendría que haber reaccionado con más calma, pero estaba a punto de perder el control de sí misma. Mon Mothma permaneció sentada delante de la terminal de datos, contemplando a Leia desde fuera del campo de visión.

Su comunicante también parecía haber decidido prescindir del tacto.

—Necesitamos su informe ahora mismo, ministra Organa Solo. El comité de desperdicios orbitales está deliberando sobre el tratamiento que se debe dar a los restos de naves que siguen en órbita alrededor de Coruscant. Se suponía que debía asistir a nuestras discusiones esta mañana...

Leia ya había reconocido al funcionario: era Andur, el vicepresidente del comité.

—Mi ayudante ya ha cancelado todas mis citas para hoy. Lamento no haber podido asistir.

—Recibimos su aviso de cancelación, pero no hemos recibido su informe. Dijo que redactaría un resumen y que nos lo distribuiría durante esta sesión... ¡y todavía seguimos esperándolo! Unos niños enfermos no pueden hacer que la Nueva República deje de funcionar.

Leia lo vio todo rojo y recordó aquel momento en que había sostenido el detonador térmico entre sus dedos en el palacio de Jabba el Hutt, cuando había sentido su lenta vibración mientras esperaba que estallara y acabase con todos ellos. Cinco, cuatro, tres, dos...

No supo muy bien cómo lo había hecho, pero logró contenerse. Pasar un día al lado del embajador Furgan quizá había endurecido todavía más sus callosidades profesionales.

—Soy la Ministra de Estado, señor Andur, pero también soy una madre. Tengo que hacer los dos trabajos... y no puedo sacrificar uno por el otro. En estos momentos mis hijos me necesitan. El comité puede esperar.

El vicepresidente se irritó visiblemente, y cuando volvió a hablar alzó el tono de voz.

—Si hubiera estado aquí en vez de quedarse en casa jugando a hacer de enfermera, nos habría resultado mucho más fácil completar nuestras deliberaciones... ¿Es que no podía hacer venir a un mediandroide para que se ocupara de las narices llenas de mocos de sus niños? ¡Estamos intentando encontrar una solución a un problema muy importante, y ese tema afecta al destino de todo el tráfico espacial que entra y sale de Coruscant!

Leia se envaró.

—¡Y yo también tengo un problema muy importante que resolver en mi casa! ¿Cómo puede esperar que me preocupe por toda la galaxia cuando ni siquiera soy capaz de preocuparme por lo que le ocurre a mi propia familia? Si quería una ciega devoción al deber sin la más mínima consideración hacia las personas, ¡tendría que haberse quedado con el Imperio! —Leia alargó una mano hacia los controles—. Mi informe le será enviado a su debido tiempo, señor Andur.

Después cortó la conexión antes de que Andur pudiera decir ni una palabra más.

Una vez finalizado su estallido de ira, Leia se derrumbó en su sillón autoamoldable..., y un instante después se acordó que no estaba sola. Se sintió tan avergonzada que la cara se le puso de color escarlata.

—Ese comité se reúne una vez a la semana, y no hay ninguna razón por la que no pudieran haber esperado hasta la próxima reunión —dijo en un tono de voz tensamente controlado y poniéndose a la defensiva—. No voy a permitir que ninguna negociación realmente importante fracase por mi culpa. Conozco muy bien mis deberes y mis obligaciones.

Mon Mothma asintió y compartió con ella una de sus afables y sinceras sonrisas

que surgían directamente de su corazón.

—Pues claro que no lo permitirás, Leia. Lo comprendo, y no te preocupes más por ello.

La Jefe de Estado contempló a Leia con lo que parecía un nuevo y sorprendente respeto.

Leia suspiró y contempló las imágenes planetarias de la terminal de datos.

—Quizá debería ir a pasar unos cuantos meses en la Academia Jedi tan pronto como Luke la haya puesto en marcha..., aunque sé que nunca llegaré a hacerlo, claro. Tomarse unas vacaciones lejos de Ciudad Imperial es tan difícil como salir de un agujero negro yendo a pie. Los asuntos de Estado me mantienen ocupada durante todo el día.

Leia se dio cuenta de que se estaba quejando, y se apresuró a seguir hablando.

—Pero restaurar la orden de los Caballeros Jedi es una labor muy importante, desde luego —añadió—. Tengo el potencial para utilizar la Fuerza, al igual que lo tienen los gemelos. Claro que un adiestramiento a fondo exigirá mucho tiempo y mucha concentración..., dos cosas de las que no parezco disponer.

Mon Mothma la contempló en silencio durante unos momentos y después le apretó cariñosamente el hombro.

—No te preocupes demasiado. Tienes otros asuntos importantes de los que ocuparte.

Han se dio la vuelta en la celda de retención y dejó escapar un gemido ahogado. Los duros rebordes de la superficie de su catre —cuando pensaba en ellos Han los llamaba «tiras de incomodidad»— convertían el dormir en una auténtica pesadilla. Acababa de despertar después de haber estado soñando con Leia, lo que quizá fuese la única experiencia agradable que había tenido en tres semanas. La tenue luz rojiza seguía cayendo sobre él, irritándole los ojos sin que lograra proporcionar una iluminación útil.

Abrió los ojos, parpadeó y oyó ruido de movimientos al otro lado de la puerta de su celda: botas de soldados de las tropas de asalto golpeando el suelo, chirridos, voces ahogadas... La cibercerradura emitió un chasquido cuando alguien activó el código de acceso.

Han se irguió, repentinamente alerta. Le dolía el cuerpo y su mente todavía acusaba los efectos residuales de las drogas empleadas durante el interrogatorio, pero se tensó al ver abrirse la puerta. No tenía ni idea de qué iba a ocurrir a continuación, pero estaba seguro de que no le gustaría nada.

La luz del pasillo entró a chorros en la celda, y Han vio a Qwi Xux inmóvil al lado de un soldado armado. Parecía cansada y torturada por sus propios pensamientos, y eso hizo que Han se permitiera una sonrisita de satisfacción. Esperaba que hubiera perdido muchas horas de sueño después de haberse enterado de la forma devastadora en que habían sido empleadas sus invenciones. Quizá pudiera engañarse a sí misma, pero no podía engañar a Han.

—Vaya, doctora, ¿ha vuelto para discutir unos cuantos problemas morales más conmigo? ¿Se supone que he de ser su conciencia o qué?

Qwi cruzó sus delgados brazos azulados sobre el pecho.

—La almirante Daala me ha dado permiso para volver a interrogarle —dijo con voz gélida, aunque su lenguaje corporal no estaba nada acorde con el tono que había empleado. Se volvió hacia el guardia, y su cabellera perlina brilló en la penumbra del pasillo—. ¿Tendría la bondad de acompañarme dentro de la celda para el interrogatorio, teniente? Temo que el prisionero pueda no querer cooperar.

—Sí, doctora Xux —dijo el guardia.

La siguió al interior de la celda, y dejó la puerta parcialmente cerrada detrás de ellos.

Qwi sacó un desintegrador de un bolsillo de su bata blanca mientras el guardia le estaba dando la espalda, lo apuntó contra él y disparó un haz aturdidor. El cuerpo del guardia quedó rodeado por arcos ondulantes de fuego azul que se desvanecieron mientras caía al suelo.

Han se levantó de un salto.

—¿Qué estás haciendo?

Qwi pasó por encima del soldado caído. El día anterior había parecido más frágil, y la pesada pistola láser del modelo reglamentario de las tropas imperiales parecía enorme en su delicada mano.

—La almirante Daala va a movilizar a toda esta flota en menos de un día —dijo—. Planea sacar el Triturador de Soles y sus cuatro Destruidores Estelares de las Fauces para acabar con la Nueva República. Aparte de eso, la eliminación de tu amigo Kyp Durrón ha sido fijada para esta tarde. —Qwi enarcó sus plumosas cejas—. ¿Te parece que todo eso constituye una excusa suficiente para escapar tan pronto como podamos hacerlo?

Han sintió que le daba vueltas la cabeza. En aquel momento sólo era capaz de pensar en que volvía a reunirse con Kyp y Chewbacca, y que luego regresaba a Coruscant para estar nuevamente al lado de Leia y de los gemelos.

—No tengo ninguna cita que no se me pueda persuadir de cancelar.

—Estupendo —dijo Qwi—. ¿Alguna pregunta?

Han sonrió mientras empezaba a disfrazarse con la armadura del soldado.

—No, estoy acostumbrado a hacer este tipo de cosas —dijo.

Kyp pudo notar la diferencia en el aire, y ésa fue su primera indicación de que su esfuerzo por concentrar la Fuerza estaba obteniendo algún resultado. Estudió cada minúsculo cambio producido en las corrientes de aire, en los olores que flotaban perezosamente alrededor de la celda y en la miríada de sonidos casi imperceptibles cuyos ecos atravesaban las paredes metálicas.

Extendió su mente a través de redes invisibles hechas de la Fuerza y pudo sentir una emanación procedente de los guardias que pasaban por delante de su celda, y también pudo captar una especie de tintineo cada vez que alguien metía la bandeja de la comida en la puerta de una celda. Pero sus actitudes generales habían cambiado. Kyp pudo detectar débiles ondulaciones de actividad, tensión y creciente ansiedad que se estaban extendiendo por toda la nave.

No tardaría en ocurrir algo.

Y mucho más cerca de él había una verdad más profunda y que le produjo un nudo de tensión en las entrañas, y Kyp no tardó en comprenderla. Las emociones que se la revelaron habían sido perceptibles con toda claridad en la mente del guardia apostado al lado de su puerta durante el período de sueño anterior. Kyp Durrón no iba a formar parte de la actividad que se estaban preparando para emprender los Destruidores Estelares, fuera cual fuese ésta. Un joven procedente de las minas de especia de Kessel no podía proporcionar ninguna información útil, y en consecuencia no tenían ninguna razón para mantenerle con vida.

La almirante Daala ya había fijado la fecha de la eliminación de Kyp. No le quedaba mucho tiempo de vida. Los labios del joven se tensaron en una salvaje

mueca de ira. El Imperio había estado intentando destruirle durante toda su existencia, y por fin estaba a punto de conseguirlo.

Cuando oyó voces al otro lado de su puerta, captó al instante el bombardeo emocional de la inquietud que las acompañaba y los planes de violencia a medio formar que se agitaban en la parte más superficial de las mentes de quienes hablaban. ¡No tenía ninguna forma de defenderse! Kyp, desesperado, deslizó la cabeza sobre la fría puerta metálica de su celda e intentó captar unas cuantas palabras de la conversación.

La ejecución se llevará a cabo esta tarde, ya lo sé. Tenemos... llevarle con nosotros. La autorización... almirante... Aquí está.

—... irregular. ¿Por qué... necesitan...?

—Prueba de armamento... objetivo... nuevo concepto... vital para los nuevos sistemas de armamento de la flota... ¡Ahora mismo! —... precisar la necesidad... Sólo... una autorización general. —¡No... suficiente!

Las voces subieron de tono, pero Kyp no logró entender ninguna palabra más. Estaba intentando descifrar una conversación en la que tres voces hablaban al mismo tiempo.

Kyp se preparó para atacar en cuanto se abriese la puerta. Sabía que caería bajo los rayos desintegradores en cuestión de segundos; pero por lo menos entonces todo habría terminado, y además moriría de una forma escogida por él y no como quisiera el Imperio.

—...Comprobación antes... Esperen...

De repente Kyp oyó un golpe ahogado y el siseo de una descarga. Un objeto pesado chocó con la puerta. Kyp retrocedió en cuanto la puerta empezó a abrirse.

El cuerpo del guardia muerto se derrumbó de espaldas dentro de su celda con un estrépito de armadura blanca. Un agujero humeante en la cintura del uniforme dejaba escapar un hilillo de vapor.

Otro soldado de las tropas de asalto entró en la celda sosteniendo en su mano una pistola desintegradora que aún estaba caliente. A su lado había una esbelta alienígena que parecía delicada y, al mismo tiempo, muy enfadada.

—Espero que eso le haya parecido suficiente como autorización —dijo el soldado, y después se quitó el casco.

—¡Han! —exclamó Kyp.

—No soporto la burocracia —dijo Han, y empujó al guardia muerto con el pie—. ¿Crees que podrás ponerte ese uniforme, chico?

—¡No, no quiero uno de los esclavos antiguos! —dijo secamente Qwi mirando fijamente al capataz del destacamento de wookies.

Han estaba contemplando a través del restringido campo de visión de su casco de soldado de las tropas de asalto cómo la delicada alienígena interpretaba el papel de

una investigadora impaciente y decidida a salirse con la suya.

El gordo capataz echó una mirada a los peludos trabajadores que tenía bajo sus órdenes, pareciendo tan poco intimidado como sí estuviera muy acostumbrado a soportar los gritos de una científica caprichosa. El rostro del capataz parecía estar hecho de arcilla húmeda.

Han se removió nerviosamente, y notó que estaba empezando a sudar dentro del uniforme. El casco tenía filtros nasales, pero el traje seguía estando impregnado por el olor corporal de su anterior propietario. Los soldados de las tropas de asalto de la Instalación de las Fauces vivían dentro de sus uniformes, y Han pensó que desinfectar el interior de las armaduras probablemente era una tarea que llevaban a cabo con mucha menos frecuencia que la de sacar brillo al exterior.

El capataz se encogió de hombros como si la impaciencia de Qwi no tuviera nada que ver con él.

—Estos wookies llevan más de una década trabajando muy duro —dijo—. ¿Qué espera de ellos? No son más que una pandilla de inútiles que apenas sirven de nada.

Han pudo ver que casi todos los wookies que deambulaban por el hangar tenían zonas del cuerpo que habían perdido el vello y los hombros encorvados, con lo que su altura casi había quedado reducida a la de un ser humano. El aspecto general de aquellos esclavos parecía indicar que su voluntad había quedado aplastada bajo el peso de años de cruel servidumbre.

—No quiero oír sus excusas —dijo Qwi, y meneó la cabeza haciendo que el plumaje perlino de su cabellera despidiese reflejos iridiscentes—. Hemos recibido instrucciones terminantes y tenemos muchas cosas que hacer antes de que se dé la orden de partida a la flota, y necesito un wookiee que todavía tenga algo de energía. Entrégueme al prisionero nuevo que le trajeron hace poco... Ese wookiee servirá.

—No es muy buena idea —dijo el capataz, y su frente blanquecina se llenó de arrugas—. Todavía no está acostumbrado a la disciplina y es un poco rebelde, y además tendrá que comprobar cualquier trabajo que haga. No se puede confiar en que no intentará cometer algún acto de sabotaje.

—¡Me da igual que todavía no esté acostumbrado a la disciplina o que sea un poco rebelde! —dijo secamente Qwi—. Al menos no se quedará dormido haciendo el trabajo...

Un wookiee muy alto salió de una lanzadera de asalto de la clase Gamma al otro extremo del hangar. Se irguió, estirándose después de haber pasado mucho rato en el pequeño recinto, y recorrió el hangar con la mirada. Han tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no arrancarse el casco de un manotazo y llamar a Chewbacca a gritos. El wookiee parecía dispuesto a atacar al primero que se le pusiera por delante, y daba la impresión de que apenas si conseguía controlar la rabia suicida que pugnaba por adueñarse de él. Chewbacca era capaz de dismantelar

cinco o seis cazas TIE con las manos desnudas antes de que los soldados pudieran acabar con él. El capataz volvió la mirada hacia Chewbacca, como si estuviera pensando qué hacer.

—Tengo una autorización emitida por la almirante Daala —dijo Qwi.

La alienígena mostró una hoja enrollada sobre la que se veía el sello de Daala. Han echó una rápida mirada a los otros soldados que montaban guardia en la sección de motores. No podía invocar la misma «autorización» violenta que había empleado para sacar a Kyp Durrón de su celda.

Kyp —que llevaba el más pequeño de los dos uniformes de las tropas de asalto que habían robado—, permanecía inmóvil como una estatua al lado de Qwi Xux. Han sabía que el chico debía de estar aterrorizado, pero Kyp se había puesto firmes y había obedecido todas sus sugerencias. Han sintió una cálida oleada de afecto hacia él, y esperó que Kyp pudiera salir de allí para llevar la vida normal que tanto se merecía.

—Muy bien, pero ya está avisada de los riesgos que corre llevándoselo —acabó diciendo el capataz—. Si destroza lo que le encargue hacer, sea lo que sea, yo no me consideraré responsable.

El capataz emitió un silbido y movió un brazo indicando a un par de soldados de las tropas de asalto que trajeran a Chewbacca.

El wookiee dejó escapar un gruñido de ira y sus feroces ojos negros barrieron lo que le rodeaba. No reconoció a Han, y no conocía a Qwi Xux. Chewbacca les fulminó con la mirada, imaginando que iban a encargarle otro trabajo y odiándoles por ello.

—¡Un poco más de cooperación! —gritó el capataz, y después golpeó a Chewbacca con su látigo de energía dejando una quemadura humeante a través de sus omóplatos.

El wookiee aulló y rugió, pero consiguió contenerse mientras los soldados desfundaban sus desintegradores y se preparaban para dejarle sin conocimiento en el caso de que llegara a perder el control. Han se tensó y apretó los puños todo lo que le permitían los guantes de la armadura. Lo que más deseaba en aquellos momentos era meter el mango generador del látigo de energía en la garganta del capataz y encenderlo a plena potencia.

Pero se limitó a ponerse en posición de firmes y no hizo nada ni dijo nada..., tal como se esperaba de un buen soldado de las tropas de asalto.

Los cuatro salieron del hangar. El capataz dejó de prestarles atención y fue hacia los otros cautivos, y empezó a golpear a izquierda y derecha con su látigo de energía descargando su ira sobre ellos. Han sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago.

Chewbacca no paraba de mirar a un lado y a otro, como si estuviera buscando una

oportunidad de escapar. Han esperaba que pudieran llegar a un sitio solitario antes de que el enorme wookie decidiera hacerles pedazos a los tres.

Las puertas se cerraron, dejándoles en un pasillo blanco potentemente iluminado.

—¡Chewie! —exclamó Han, y se arrancó el casco.

Después de haber estado respirando un buen rato a través de aquellos filtros nasales llenos de polvo y suciedad, incluso el olor almizclado de un wookie le parecía un perfume maravilloso.

Chewbacca dejó escapar un trompeteo de sorpresa y placer y envolvió a Han en un enorme abrazo, rodeándole con sus peludos brazos y alzándole en vilo. Han jadeó en un desesperado intento de tragar aire, y agradeció la protección que le proporcionaba su armadura.

—¡Bájame! —ordenó, intentando no echarse a reír—. ¡Si alguien te ve, pensará que me estás matando! Sería una razón muy estúpida para recibir un rayo desintegrador, ¿verdad?

Chewbacca asintió y volvió a dejarle en el suelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Han volviéndose hacia Qwi.

—Si puedes pilotar una nave y sacarnos de aquí, podremos escapar —dijo Qwi.

Han sonrió.

—Si ése es nuestro único problema, ya estamos en casa. Puedo pilotar cualquier clase de nave, ¿sabes? Basta con que me des la oportunidad de sentarme delante de los controles.

—Pues entonces salgamos de aquí —dijo Qwi—. El tiempo se está agotando.

Cuando subieron a la lanzadera para volver a la Instalación de las Fauces, Han no pudo hacer más preguntas. Estaban rodeados de soldados de las tropas de asalto que permanecían rígidamente inmóviles concentrados en sus deberes, y ni él ni Kyp pudieron hablar con Qwi. La charla parecía estar totalmente prohibida.

Qwi se removía incesantemente y sus ojos iban de las paredes de la lanzadera a las pequeñas ventanas que mostraban la letal barrera de las Fauces con sus caminos secretos..., que seguirían si podían escapar de allí.

Han anhelaba desesperadamente volver a ver a Leia y a los gemelos. Su familia ocupaba un lugar más grande en sus pensamientos a cada momento que pasaba, y a veces le distraía en situaciones en las que hubiese debido concentrar hasta el último átomo de atención disponible en los peligros que le rodeaban. Ardía en deseos de volver a ver a Leia... pero pensar en ella mientras llevaba puesto un uniforme de las tropas de asalto casi parecía contaminar aquella emoción.

Kyp permanecía sentado detrás de él, su rostro indescifrable bajo una máscara de las tropas de asalto. Pero los agujeros oculares del casco no paraban de volverse hacia Han, como si buscaran una garantía de que todo iría bien. A Han le habría gustado tener algo más que ofrecerle, pero no conocía el plan de Qwi. ¿Por qué estaban

volviendo a la Instalación de las Fauces en vez de limitarse a robar una nave y huir al espacio a toda velocidad? Tendrían que alejarse lo más deprisa posible fuera cual fuese el momento en el que iniciaran la huida, y los preparativos de ataque de la almirante Daala estaban un poco más cerca de completarse a cada hora que pasaba.

Han tenía que advertir a la Nueva República del desastre que estaba a punto de caer sobre ella. Al principio había estado preocupado por la concentración de poder espacial acumulada alrededor de Kessel, pero la flota de cuatro Destruidores Estelares y las armas secretas de la Instalación de las Fauces parecían una amenaza infinitamente peor que todo cuanto Moruth Doole había logrado reunir escarbando en los montones de chatarra.

Chewbacca llevaba un mono de mecánico que le daba la apariencia de un trabajador asignado a trabajos de mantenimiento y reparación en algún equipo de los laboratorios. El wookie gruñía de vez en cuando para sí mismo, satisfecho de volver a estar con sus amigos pero impaciente por entrar en acción.

Qwi permanecía en silencio y mantenía sus delgadas manos de piel azulada cruzadas sobre el regazo. Han se preguntó si no habría ido demasiado lejos en las acusaciones de ser una ingenua y los reproches sobre la naturaleza maligna de su trabajo que le había lanzado a la cara, y deseó que hubiera alguna forma de saber en qué estaba pensando.

La lanzadera se posó en uno de los asteroides de la Instalación y los soldados desembarcaron. Qwi llevó a Han, Kyp y Chewbacca fuera del hangar excavado en las rocas por un túnel cuyo techo era lo bastante alto para permitir el tráfico de naves.

—Por aquí —dijo.

Han no sabía dónde les estaba llevando.

—Eh, doctora, ¿es que no vamos a volver a su laboratorio?

Qwi se quedó inmóvil a media zancada antes de girar lentamente hasta quedar de cara a él.

—No —dijo—. Nunca volveré allí.

Después reanudó la marcha.

Llegaron a una gran puerta metálica vigilada por dos soldados de las tropas de asalto en posición de firmes, y Qwi volvió a sacar su placa y mostró los hologramas impresos en ella haciéndolos destellar bajo la luz. Los soldados se pusieron todavía más tiesos.

—Ábranla —dijo Qwi.

—Sí, doctora Xux —respondió el primer guardia—. ¿Tiene la bondad de entregarme su placa?

Qwi se la pasó con una sonrisa casi imperceptible. Han estaba empezando a ponerse bastante nervioso. Aquellos guardias conocían a Qwi, y la alienígena parecía sentirse mucho más tranquila que durante las otras fases de su fuga. ¿Se trataría de

alguna complicada traición? Pero en ese caso, ¿qué propósito podía tener? Han y Kyp se volvieron el uno hacia el otro, pero los cascos del uniforme de las tropas de asalto ocultaban sus expresiones.

—El wookiee tiene que hacer el trabajo de mantenimiento más pesado en los motores, y debe revisar todo el sistema de refrigeración antes de que la flota se despliegue mañana —dijo Qwi—. Estos dos guardias han recibido adiestramiento especial para impedir que cree problemas. Este wookiee ya ha causado algunos daños con anterioridad, y no podemos permitir que se produzcan retrasos.

Han intentó no encogerse. Qwi estaba hablando demasiado deprisa, y empezaba a permitir que se le notara el nerviosismo que sentía.

—Bastará con que me entregue las autorizaciones correspondientes —dijo el guardia—. Ya conoce la rutina, doctora.

Después pasó la placa de identificación por un detector para registrar la entrada de Qwi y se la devolvió. El guardia parecía estar muy tranquilo, como si le alegrara que le hubiesen asignado aquella misión de vigilancia que le evitaba tener que verse envuelto en los frenéticos preparativos del despliegue.

Qwi fue hacia la terminal de datos de la puerta, tecleó una petición y después volvió a mostrar la copia impresa del permiso electrónico concedido por la almirante Daala. Han se preguntó cuántas veces pensaba utilizar aquel trozo de papel.

—Bien, aquí tiene la solicitud de un wookiee para llevar a cabo trabajos especializados, junto con la observación de que necesitará vigilancia especial. Ha sido autorizada personalmente por Tol Sivron.

El guardia se encogió de hombros.

—Como de costumbre —dijo—. He de comprobar los números de servicio de estos dos soldados, y después podrán entrar.

Introdujo los números de Han y Kyp, y luego manipuló los controles de la puerta.

Los enormes paneles de acerocreto se fueron separando lentamente para revelar un hangar iluminado por globos de luz que flotaban en el aire. Grandes tragaluces rectangulares dejaban entrar la fantasmagórica claridad de los remolinos de gases que giraban alrededor de las Fauces. Qwi entró en la gran cámara y toda su conducta cambió de repente, produciendo la impresión de que se había quedado súbitamente sin aliento. Han, Kyp y Chewbacca la siguieron.

El guardia volvió a manipular los controles y los paneles de acerocreto se deslizaron hasta volver a quedar unidos, dejándoles aislados en la cámara. Qwi se relajó visiblemente.

Han alzó la mirada hacia una nave que no se parecía a ninguna de las que había contemplado hasta entonces. Era más pequeña que el *Halcón Milenario*, y tenía una forma oblonga y facetada que hacía pensar en una larga astilla de cristal. Se mantenía erguida gracias a sus haces repulsores, y había una escalerilla que llevaba hasta la

compuerta abierta. Las baterías de cañones láser defensivos asomaban en las aristas de sus facetas.

El blindaje era multicolor e iridiscente, como un charco de aceite y metal fundido que estuviera cambiando continuamente de posición. Del vértice inferior colgaba el toroide cubierto de protuberancias que le daban un aspecto extrañamente peludo de un transmisor para torpedos de resonancia inmensamente potente. El Triturador de Soles no era mucho más grande que un caza, pero todo su casco parecía vibrar con un increíble potencial letal.

—¿Vamos a robar eso? —exclamó Han.

—Por supuesto —dijo Qwi Xux—. Es el arma más grande jamás concebida, y he invertido ocho años de mi vida en diseñarla. No esperarías que fuese a dejarla aquí para que la almirante Daala pudiera utilizarla, ¿verdad?

Los motores subespaciales del *Halcón Milenario* despidieron una llamarada al rojo blanco, y la nave salió disparada a toda velocidad alejándose de la luna guarnición de Kessel. Un enjambre de cazas surcó el espacio en su persecución, salpicando el vacío con el fuego multicolor de sus cañones desintegradores. Las naves de mayor tamaño empezaron a dirigirse hacia la trayectoria de vuelo del *Halcón* como gigantes adormilados sacados de su sueño por el aguijonazo de una nube de insectos.

Lando Calrissian estaba haciendo cuanto podía para esquivar el fuego concentrado de las baterías desintegradoras.

—Los motores sublumínicos siguen estando en condiciones óptimas —dijo—. O Han ha decidido cambiar de costumbres y contratar a un mecánico de verdad para que se ocupe del *Halcón*, o Doole se encargó de reacondicionarlo para que se uniera a su flota. Bien, a ver qué tal funcionan los sistemas de armamento...

Una pareja de Cazadores de Cabezas Z-95 estaba siguiéndoles muy de cerca, disparando sus desintegradores triples contra ellos. Las dos veloces avispas metálicas lanzaban andanadas en conexión, y detrás de ellas y a poca distancia venían tres maltrechos cazas de larga distancia del modelo caza Y.

Luke giró sobre sí mismo y dejó escapar un silbido de sorpresa.

—¡Cazadores de Cabezas! —exclamó—. ¡Creía que ya nadie los utilizaba!

—Bueno, supongo que Doole no podía permitirse el lujo de escoger —dijo Lando.

Los impactos directos de varios haces desintegradores hicieron que el *Halcón* se bamboleara de un lado a otro, pero los escudos de energía acababan de ser reparados y cargados al máximo, y por el momento parecían capaces de aguantar sin problemas.

Lando bajó el cañón desintegrador por las guías de la escotilla ventral y empezó a disparar contra sus perseguidores. Después de lanzar cinco andanadas, Lando logró alcanzar las salidas de gases de un caza Y, obligándolo a separarse de la formación y regresar a la base para ser reparado.

—Uno menos..., y ya sólo quedan mil que derribar —dijo Lando.

Los Cazadores de Cabezas Z-95 hicieron llover repetidas ráfagas de rayos desintegradores sobre ellos, como si quisieran castigar al *Halcón* por haber huido.

—Acércate al planeta y roza la atmósfera —dijo Luke—. Que se quemen dentro del escudo de energía.

Lando tecleó un nuevo curso que llevaría el *Halcón* hacia la esfera deformable de Kessel, y empezó a proclamar en voz alta todos los motivos de queja que le estaban pasando por la cabeza.

—Nosotros tampoco podemos detectar ese escudo de energía —dijo—. ¿Cómo

sabes que no acabaremos desintegrados?

—Nuestra capacidad de reacción es superior a la suya.

Lando no parecía demasiado convencido.

—Oye, ya estuve a punto de meterme en un escudo de energía cuando atacamos a la *Estrella de la Muerte* —replicó—. No tengo muchas ganas de repetir ese proceso.

—Confía en mí —dijo Luke.

Kessel se iba agrandando delante de ellos, un mundo lleno de agujeros y cicatrices envuelto en un halo algodonoso de aire que escapaba al vacío.

—Nos estamos acercando.

Luke se había agarrado al respaldo del sillón de pilotaje y tenía los ojos entrecerrados. Había empezado a respirar despacio y con regularidad y estaba desplegando su mente, captando las vibraciones de energía generadas por la luna guarnición para que sirvieran como manta protectora.

—¡Hombre, Luke, no te me duermas ahora!

—Sigue pilotando.

Los Cazadores de Cabezas seguían detrás de ellos, flanqueados por los dos cazas Y restantes.

—El escudo deflector trasero está empezando a notar todos esos disparos —dijo Lando—. ¡Si esos tipos se acercan un poco más acabarán metiéndose en mis salidas de gases!

—Prepárate —dijo Luke.

Kessel ya ocupaba todo el visor, una superficie rocosa que hervía con sus turbulentas tempestades de aire, y los diminutos chorros gaseosos que brotaban de sus muchas fábricas de atmósfera trazaban líneas claramente visibles sobre su paisaje.

—¡Estoy preparado, estoy preparado! Basta con que lo digas y yo...

—¡Arriba..., ahora!

La tensión que se había ido adueñando de Lando le ayudó a reaccionar con la velocidad de una catapulta en cuanto se le corta la cuerda. Tiró de los controles hacia arriba, impulsando al *Halcón* en un veloz ascenso casi perpendicular al planeta. Las cuatro naves atacantes fueron pilladas totalmente por sorpresa, y se convirtieron en nubes de combustible inflamado y metal ionizado al chocar con el escudo de energía invisible.

—Todavía nos quedaban dos metros para llegar al escudo..., por lo menos —dijo Luke—. Relájate, Lando.

Erredós emitió un pitido, y Luke respondió a la pregunta del pequeño androide después de haber echado un vistazo a la expresión que había en el rostro de Lando.

—No, Erredós, creo que no está interesado en una medición exacta de la distancia.

Pasaron a toda velocidad por encima del límite de la atmósfera en una órbita muy

apretada que llevó al *Halcón* alrededor de los polos de Kessel. El telón de estrellas se iba extendiendo desde el contorno del planeta mientras el paisaje pasaba velozmente por debajo de ellos, y un instante después ya volvían a estar en el espacio huyendo tan deprisa como podían impulsarles sus motores... Y un instante después se encontraron con la oleada de cazas que estaba despegando de la luna guarnición.

Lando dejó escapar un chillido de sorpresa y lanzó un par de cohetes fragmentadores Arkayd por los tubos delanteros. La masa de naves que se aproximaba era tan compacta que los dos cohetes hicieron impacto a pesar de que Lando los había disparado totalmente a ciegas, y destruyeron un caza TIE y una cañonera, mientras que la nube de restos al rojo vivo se encargó de destruir un caza B fuertemente armado.

—No dejemos que el éxito se nos suba a la cabeza porque nos hemos cargado a un par de naves, ¿de acuerdo? Sólo me quedan seis cohetes más.

—No vamos a rendirnos ahora —dijo Luke.

—No, quiero decir que estamos huyendo, no peleando... Bueno, al menos los motores se encuentran en un estado realmente impecable —dijo Lando—. El *Halcón* no había sido tan mimado desde los tiempos en que yo era su propietario.

—¿Cuánto tardaremos en salir de aquí? —preguntó Luke.

Erredós, que se había conectado a los sistemas al lado del sillón del copiloto, emitió una serie de pitidos y chirridos. Luke bajó la mirada y vio varias hileras de luces rojas que se encendían y se apagaban en el panel de navegación.

—Oh, oh.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Lando, y apartó la mirada durante unos momentos del visor delantero para posarla en el pequeño androide—. ¿Qué le pasa?

—El ordenador de navegación no funciona —dijo Luke.

—¡Bueno, pues arréglalo!

Luke ya había doblado corriendo la curva del pasillo para sacar a toda prisa el panel de acceso al ordenador de navegación del *Halcón*. Echó un vistazo a los tableros de circuitos, y sintió que el corazón se le hundía en un agujero negro tan profundo como las Fauces.

—Han extraído el módulo de coordinación —dijo—. No está en su sitio.

Lando dejó escapar un gemido.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

Los cazas de Kessel reaccionaron a la andanada de cohetes de fragmentación lanzada por Lando adoptando una formación en grupos de batalla más apretados, y atacaron al *Halcón* con una tempestad de fuego formada por rayos desintegradores. Luke tuvo que taparse los ojos con una mano para protegerlos de los destellos cegadores de los haces rechazados por los escudos y los impactos cercanos.

—No lo sé, pero será mejor que lo hagamos lo más deprisa posible.

—¡Son de la Nueva República! —gritó Moruth Doole hecho una furia mientras daba vueltas de un lado a otro—. ¡Volverán e informarán de todo lo que ha ocurrido!

Alisó su arrugada corbata amarilla en un intento de recuperar la compostura, pero el truco no funcionó. Quería aplastar a los fugitivos como si fuesen un par de esos insectos que tanto le gustaba engullir. ¡Espías y traidores! Le habían mentido, se habían burlado de él, le habían hecho caer en su maldita trampa...

—¡Enviad todas las naves con que contamos! —gritó por el canal abierto que le mantenía en comunicación con sus fuerzas. Doole había logrado llegar hasta el centro de mando de la luna guarnición—. Rodeadles, aplastadles, chocad con ellos... ¡No me importa lo que debáis hacer para destruirles!

—Enviar todas las naves quizá no sea una buena estrategia —respondió uno de los capitanes—. Los pilotos no conocen las formaciones, y sólo conseguirán estorbarse los unos a los otros.

El ojo mecánico de Doole se había desmontado a causa del golpe. Las distintas piezas yacían dispersas sobre la parte superior de la consola, y Doole no podía ver lo suficientemente bien como para volverlas a montar. Su ojo medio ciego lo veía todo borroso, por lo que tampoco pudo identificar al mercenario que no estaba de acuerdo con sus órdenes.

—¡Me da igual! ¡No quiero perderlos como perdimos a Han Solo!

Golpeó la consola con su blando puño haciendo saltar las piezas de su ojo mecánico. La lente primaria rebotó sobre la consola, y acabó cayendo de ella para hacerse añicos al chocar con el suelo.

El *Halcón* iba en línea recta hacia las Fauces, y Kessel cada vez quedaba más atrás.

—No nos pasará nada —dijo Luke—. Puedo utilizar la Fuerza para guiarnos por un camino seguro.

—Si es que existe... —murmuró Lando.

Luke tenía la frente cubierta de sudor.

—¿Qué otra elección nos queda? No podemos escondernos en ningún otro lugar, no podemos dejar atrás a todos esos cazas y no podemos saltar al hiperespacio porque el ordenador de navegación no funciona.

—Qué gran selección de opciones —replicó Lando.

Las naves de mayor tamaño por fin habían conseguido movilizarse y se habían unido a la persecución, disparando andanadas de cañonazos iónicos lo bastante potentes como para despejar una ruta a través de un campo de asteroides. Las dos fragatas de la clase Lancero crearon una red letal delante del *Halcón* con sus veinte baterías láser cuádruples, pero las fragatas no eran muy rápidas y el *Halcón* siguió aumentando la ventaja que llevaba a sus perseguidores.

Las otras naves habían conseguido prever su huida hacia el cúmulo de agujeros

negros, y empezaron a converger por delante de ellos mientras Lando forzaba los motores del *Halcón* poniéndolos a plena potencia.

—¡Vamos, vamos! Dadme sólo un poquito más de velocidad...

Diez patrulleras de sistemas, concebidas originalmente para obtener un máximo de velocidad que les permitiera enfrentarse con los contrabandistas y los piratas, dejaron atrás al *Halcón* y se alinearon en una formación de bloqueo; pero Lando aprovechó astutamente la inmensidad tridimensional del espacio y consiguió deslizarse por entre ellas. Las flores de fuego de los haces láser se desplegaron a su alrededor abriéndose en todas direcciones.

—Nuestros escudos están empezando a rozar las líneas rojas de sobrecarga —dijo Lando.

Tres cruceros ligeros de la clase Carraca —un modelo cuyas dimensiones lo situaban en un lugar intermedio entre las fragatas Lancero y los mucho más grandes Acorazados, como los que componían la Fuerza Oscura perdida de Bel Iblis— formaron una pinza triple que se prolongaba a la derecha, la izquierda y arriba.

El ovoide erizado de protuberancias de un crucero de ataque Loronar, la nave más grande de toda la flota de Kessel, también perseguía implacablemente al *Halcón*. La cacería siguió avanzando a través de la red formada por las patrulleras de sistemas, y el crucero de ataque soportó sin sufrir ningún daño las andanadas dispersas que habían sido disparadas contra el *Halcón*.

Lando tenía la mirada clavada en las ventanillas y contemplaba el horripilante espectáculo de las Fauces y los gigantescos navíos de combate que avanzaban hacia ellas para interceptarles. Erredós emitió un pitido que Luke no tuvo necesidad de traducir.

—Sólo un completo idiota se metería en un sitio así —dijo Lando, y cerró los ojos.

—Bueno, entonces esperemos que ellos no sean tan idiotas como nosotros —dijo Luke.

La almirante Daala permanecía inmóvil en la torre de mando del Destructor Estelar *Gorgona* contemplando su flota y sintiendo cómo la energía se iba acumulando dentro de ella. ¡El gran momento había llegado por fin! El Imperio quizá hubiese caído, pero todas las personas que lo habían aplastado perecerían con él. Daala por fin podría demostrar su valía y librar su propia batalla.

Contempló los colores nebulosos de las Fauces y la aglomeración de rocas que habían engendrado las armas que utilizaría durante su ataque. El *Hidra*, el *Basilisco* y el *Mantícora* ya se habían colocado en formación y estaban activando sus sistemas, esperando el instante en que Daala les ordenaría lanzarse sobre la galaxia con una veloz y mortífera precisión. La Nueva República no tardaría en quedar de rodillas ante ellos.

Gobernar el antiguo Imperio era una perspectiva hacia la que no sentía el más mínimo interés. Daala nunca había albergado ese tipo de aspiraciones, y lo que más la obsesionaba en aquellos momentos era sencillamente hacerles sufrir. Se lamió los labios y su abundante cabellera colgó pesadamente sobre su espalda en una masa de ondulaciones tan serpentinas como la del demonio que había dado nombre a su nave. El Gran Moff Tarkin se habría sentido muy orgulloso de ella.

El comandante Kratas, el oficial que tenía a su cargo todos los subsistemas del *Gorgona*, le habló desde una terminal de comunicaciones.

—¡Tengo un mensaje de alta prioridad procedente del nivel de retención, almirante Daala!

—¿Del nivel de retención? ¿Qué dice?

—¡Los prisioneros Han Solo y Kyp Durrón han escapado! Un guardia fue encontrado aturdido en la celda de Han Solo, y han encontrado otro guardia muerto en la celda de Durrón. Los dos guardias fueron despojados de su armadura. Estamos intentando interrogar al superviviente.

Daala sintió cómo una oleada de ira interfería con el nervioso entusiasmo que había estado recorriendo sus venas hasta aquel momento. Se irguió cuan alta era, enarcó las cejas y clavó la mirada en Kratas.

—Lleven a cabo un barrido completo de todos los sistemas e intenten localizar los números de servicio de los uniformes robados. Quizá hayan sido introducidos en alguna terminal.

Las órdenes brotaron de sus labios sucediéndose unas a otras de una manera tan brusca e implacable como la ráfaga de un rifle láser.

Kratas consultó su terminal y habló por el comunicador. Daala juntó las manos detrás de su espalda y empezó a ir y venir de un lado a otro mientras ladraba órdenes al personal del puente.

—Envíen inmediatamente un grupo de búsqueda. Peinaremos todas las cubiertas del *Gorgona*. No pueden haber salido de la nave, y no hay ningún otro sitio al que puedan haber ido.

—¡Almirante! —exclamó el comandante Kratas—. El guardia superviviente afirma que un miembro del personal científico de la Instalación fue a ver a Solo. Era la doctora Qwi Xux, y el guardia insiste en que la doctora Xux tenía una autorización emitida por usted.

Daala sintió que se le aflojaba la mandíbula, pero se apresuró a juntar los labios apretándolos hasta formar una férrea línea que los hizo palidecer.

—¡El wookiee! Averigüen qué ha sido de él...

Kratas introdujo la solicitud en la base de datos.

—El capataz dice que el nuevo prisionero wookiee ha sido requisado y trasladado a un puesto de trabajo de prioridad más elevada. —Kratas tragó saliva—. El wookiee fue requisado por Qwi Xux, y volvió a utilizar su código de autorización al hacerlo.

Las fosas nasales de Daala se dilataron, pero un instante después una idea se abrió paso por su mente con el impacto devastador de un asteroide que cae sobre un planeta.

—¡Oh, no! —gritó—. ¡Quieren llevarse el Triturador de Soles!

Han entró por la escotilla en el hangar vigilado que contenía el Triturador de Soles.

—¡No recuerdo cuándo fue la última vez que usé una escalerilla para subir a una nave! Un sistema de acceso bastante primitivo para un arma tan sofisticada, ¿no?

—Funciona. —Qwi ya había empezado a trepar por los escalones detrás de él—. La sofisticación está dentro, y todo el resto no es más que un adorno.

Han se sentó en el sillón de pilotaje de la cabina y examinó los controles.

—Todo parece ser más o menos lo que debería ser, aunque la colocación resulta un poco extraña. ¿Para qué sirve esto? No, espera un momento... Ya lo averiguaré.

Kyp llegó al final de la escalerilla, se detuvo y se sacó el casco del uniforme de las tropas de asalto.

—¡Estos filtros apestan! —dijo.

Después arrojó el casco en forma de calavera al suelo de la cámara con un obvio placer. El casco rebotó haciendo mucho ruido y rodó sobre sí mismo como si Kyp hubiera lanzado una cabeza cercenada. La oscura cabellera de Kyp estaba rizada por el sudor y despeinada por la falta de espacio del casco, pero sonreía de oreja a oreja.

Chewbacca entró en el compartimiento agachando la cabeza y deslizándose con cierta dificultad por la angosta escotilla. Alzó la mirada hacia los tragaluzes del techo de la cámara, y después lanzó un gruñido dirigido a la silueta de un Destructor Estelar en órbita encima de sus cabezas.

Han dejó caer su casco sobre el suelo de la cabina, y Kyp lo pateó empujándolo

debajo de un sillón. Han acarició el ordenador de navegación del Triturador de Soles y lo conectó.

—Este trasto está en mejor estado que la lanzadera imperial que robamos. Bien, doctora, ¿introdujeron todas las coordenadas en la base de datos?

Qwi asintió mientras se sentaba en su sillón con un grácil movimiento y se colocaba el arnés.

—El Triturador de Soles lleva años preparado para despegar. Esperábamos órdenes del Imperio, nada más... Es una suerte que nadie volviera para darnoslas, ¿verdad?

Han frunció los labios y examinó los controles.

—Todo parece bastante normal —dijo—. No dispondré de mucho tiempo para hacer prácticas.

Chewbacca lanzó un ensordecedor alarido de desafío wookie. Han oyó cómo la gruesa puerta blindada se abría con un chirrido debajo de ellos, y después oyó ruido de pasos cuando un pelotón de soldados de las tropas de asalto entró a la carrera en la cámara.

Kyp, que se había quedado en la entrada, asomó la cabeza por el hueco de la pequeña escotilla.

—¡Ya vienen!

—¡Cierra esa escotilla, chico! —gritó Han—. ¡Bueno, parece que tendremos que seguir aquí dentro! ¿Todavía no has encontrado los controles del armamento, Chewie?

Chewbacca se había instalado en el sillón del copiloto y estaba deslizando sus enormes manos peludas sobre los botones y diales. El wookie acabó logrando encontrar lo que buscaba y dejó escapar un chillido gutural. Los cañones láser defensivos instalados en distintos ángulos de puntería giraron cuando empezó a hacer pruebas con los mecanismos de centrado en el blanco.

Unos golpes ahogados resonaron en el casco del Triturador de Soles cuando los soldados de las tropas de asalto dispararon sus rifles desintegradores sin causar ningún daño. Han miró a Qwi.

—¡Ni tan siquiera hemos activado los escudos! —exclamó.

—Este blindaje resistirá todo lo que puedan lanzarnos —dijo Qwi con una sonrisa de satisfacción—. Fue diseñado para hacerlo.

Han sonrió e hizo crujir sus nudillos.

—Bueno, en ese caso... ¡Vamos a tomarnos unos cuantos segundos extra y haremos las cosas como es debido!

Se inclinó sobre los controles y conectó los motores de repulsión. El interior del Triturador de Soles osciló levemente cuando la nave se alzó por los aires flotando sobre su colchón de haces repulsores, y un instante después pudieron oír el débil

ulular de una alarma en el exterior.

—Apunta esos cañones láser hacia arriba, Chewie. Vamos a obsequiarnos con un saludo de veintiún salvas..., ¡justo a través del techo!

El wookie rugió para sí mismo, y después disparó todo el armamento del Triturador de Soles sin esperar a que Han le diera la orden de hacerlo. Kyp corrió hacia su sillón y se apresuró a ponerse el arnés. Qwi estaba contemplando el techo de la cabina con los ojos muy abiertos.

El techo del hangar salió despedido hacia fuera bajo el impacto de la andanada de energía láser. Algunos de los fragmentos de mayor tamaño cayeron hacia el suelo de la cámara y chocaron ruidosamente con el casco del Triturador de Soles, pero los tragaluces fueron lanzados al espacio impulsados por los chorros de atmósfera que se precipitaron hacia las Fauces.

Los soldados de las tropas de asalto fueron absorbidos por la brecha, pequeños restos que agitaban frenéticamente los brazos y las piernas mientras flotaban entre la roca y los pedazos de transpariacero y acababan quedando atrapados en una órbita baja alrededor de la aglomeración de planetoides. Su armadura quizá podría protegerles de la descompresión durante unos minutos, pero todos estaban condenados a terminar pereciendo.

Han hizo subir al Triturador de Soles y aceleró a través del agujero que acababan de crear en el techo de la cámara para poder huir. Un instante después ya se encontraban en el espacio, y Han sintió un júbilo que no había experimentado desde su llegada a Kessel.

—¡Bueno, esto no ha sido nada! —gritó—. Ahora viene la parte realmente divertida...

La almirante Daala estaba contemplando la Instalación de las Fauces desde el puente de mando del *Gorgona*, y sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago. Durante años su único deber había sido proteger aquel grupito de planetoides y cuidar de los científicos que albergaban. El Gran Moff Tarkin le había dicho que aquellas personas tenían en sus manos la seguridad futura del Imperio, y Daala le había creído.

Cuando estaba en la Academia Militar de Carida, Daala había sido pisoteada, maltratada y despreciada. Tarkin la había rescatado de todo aquello, y le había dado el poder y la responsabilidad que Daala se había ganado mediante sus capacidades. Se lo debía todo a Tarkin.

Vengaría a Tarkin destruyendo la Nueva República, y destruiría a la Nueva República haciendo que sus sistemas estelares se fueran convirtiendo en supernovas uno detrás de otro. No habría ningún lugar en el que pudieran esconderse. Al mismo tiempo, dejaría su huella en la historia de la galaxia y sería recordada como la líder militar que había triunfado allí donde había fracasado todo un Imperio. Aquellos pensamientos hicieron que los pálidos labios de Daala se curvaran en una sonrisa

implacable.

Daala vio la pequeña bola de vapores indicadora de que acababa de producirse una explosión en una de las rocas de la Instalación de las Fauces. Un instante después la diminuta silueta del Triturador de Soles pasó a toda velocidad por su campo visual, un inconfundible puntito anguloso que huía de los confines del planetoide en el que había estado contenido hasta entonces.

—¡Alerta roja! —gritó Daala—. Movilicen a todas las fuerzas. Tienen el Triturador de Soles, y no podemos permitir que se lo lleven. ¡Es nuestra arma más valiosa!

—Pero... Eh... Almirante... —balbuceó el comandante Kratas—. Si los informes técnicos son correctos, no hay nada que pueda dañar al Triturador de Soles.

—Debemos encontrar alguna forma de capturarles. Movilice a los otros Destruidores Estelares. Intentaremos impedir su fuga, les cortaremos el paso... ¡Lance al espacio una cantidad de cazas lo bastante grande para que no puedan moverse!

Fulminó a Kratas con la mirada. Su cabellera pareció alzarse como si tuviera vida propia y estuviera amenazando a Kratas con transformarse en una soga para su cuello.

—Asegúrese de que me ha entendido bien, comandante: no me importa cuántas pérdidas lleguemos a sufrir, pero no podemos perder al Triturador de Soles. Esa arma tiene más valor para mí que los seis escuadrones de cazas TIE que hay a bordo de este Destructor Estelar. Recupérenla cueste lo que cueste.

Tres Destruidores Estelares se lanzaron en persecución del Triturador de Soles robado.

—Vaya, parece que no han tardado mucho en comprender que estaba ocurriendo algo raro —dijo Han.

Nubes de cazas TIE surgieron de los hangares de lanzamiento del *Mantícora* y el *Gorgona*, avanzando hacia ellos en un enjambre de formaciones tan densas que Han no podía ver a través de ellas. Los destellos cegadores de los rayos láser cayeron sobre el visor como otras tantas gotas de lluvia.

—Siempre he querido averiguar si era capaz de pilotar a ciegas —dijo Han.

—¿Qué están haciendo? ¿Intentan aplastarnos bajo su peso o sólo confundirnos? —preguntó Qwi.

El Triturador de Soles se bamboleaba a un lado y a otro bajo los incesantes impactos de energía láser, pero éstos no le causaban ningún daño.

—Ninguna de las dos cosas, pero pueden destruir nuestro armamento exterior... Y, de hecho, ya lo han conseguido —dijo Han echando un vistazo a las lecturas—. Todos nuestros cañones han dejado de funcionar.

—Bueno, entonces tendremos que dejarles atrás —dijo Kyp.

Otro Destructor Estelar, el *Basilisco*, lanzó sus escuadrones de cazas TIE en una

sucesión de oleadas que brotaron de los hangares.

—¡Esas naves van a dejar el espacio tan saturado que no podremos movernos! — Han aferró los controles del Triturador de Soles intentando esquivarlas, aunque con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo—. ¿Quién había oído hablar de un atasco de tráfico en pleno centro de un cúmulo de agujeros negros?

Kyp le cogió por el hombro.

—Cuidado, Han...

El cuarto y último Destructor Estelar se interpuso de repente entre el Triturador de Soles y el universo exterior, obstruyéndoles el paso. El *Hidra* disparó sus enormes cañones turboláser, dirigiendo toda su potencia de fuego contra la pequeña nave y concentrándola sobre ella. Los tres Destrucción Estelares restantes estaban detrás de ellos para impedirles escapar a través del laberinto de agujeros negros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kyp.

La enorme punta de flecha que era el *Hidra* llenaba todo el espacio delante de ellos.

—Qwi, antes dijiste que este blindaje podía aguantar cualquier cosa, ¿no? —preguntó Han.

—Ha aguantado todo aquello con lo que pude someterlo a pruebas.

—Muy bien, pues entonces agarraos... Ha llegado el momento de acelerar todo lo que nos permita hacerlo este juguetito tan sofisticado.

Han tiró de las palancas de control haciéndolas retroceder hasta los topes. El repentino incremento de energía que surgió de los motores incrustó a los cuatro fugitivos en sus asientos, y el Triturador de Soles salió disparado hacia adelante, avanzando en un vector directo con rumbo al *Hidra*.

El enorme navío de combate se fue haciendo más y más grande a cada momento que pasaba hasta que ocupó todo su campo de visión..., y después siguió creciendo. Los gigantescos haces verdosos que surgían de las baterías turboláser venían a toda velocidad hacia ellos, pero los cañones no podían alterar las coordenadas de sus miras lo bastante deprisa para compensar la rapidez con que el Triturador de Soles avanzaba hacia ellos.

—¿Qué estás haciendo, Han? —gritó Kyp.

—Confía en mí —dijo Han—. O, mejor dicho, confía en ella... —Movié la cabeza señalando a Qwi—. ¡Si cometió algún error en las mediciones de sus pruebas, acabaremos convertidos en una gran torta orgánica!

La torre de mando trapezoidal del *Hidra* venía a toda velocidad hacia ellos, interponiéndose directamente en su trayectoria. Un caza TIE se lanzó contra el Triturador de Soles en un intento suicida de desviarlo, pero sólo consiguió estallar al chocar con la invencible armadura cuántica. Han no tuvo ningún problema para compensar el pequeño error que el impacto había producido en su trayectoria.

—¡Cuidado! —gritó Qwi.

La torre de mando se hizo visible con todo detalle mientras seguían avanzando hacia el navío de combate imperial. Han podía ver las ventanillas del puente y las diminutas siluetas de la dotación del puente de mando, algunas paralizadas por el terror, otras echando a correr en un desesperado intento de huir.

—¡Han! —gritaron Qwi y Kyp al unísono.

Chewbacca se unió a ellos con un rugido inarticulado.

—¡Abre la boca y trágate esto, Destructor Estelar! —gritó Han.

El Triturador de Soles se abrió paso a través del puente de control del *Hidra* como si fuese una bala, y los restos salieron despedidos en un chorro al espacio formando una estela detrás de él. La nave emergió por el otro lado de la torre, desgarrando toda la superestructura al hacerlo.

El impacto, el infierno de destrucción y un sonido tan ensordecedor como el de un millar de gongs hicieron que todos quedasen sumidos en un estupor temporal.

—¡Lo conseguimos! —gritó Han por fin.

El gigantesco navío de combate estaba empezando a quedar envuelto en llamas detrás de ellos.

—¡Estás loco! —exclamó Qwi.

—Calma, doctora, espere un poco antes de darme las gracias... —replicó Han.

El Destructor Estelar decapitado empezó a arder, totalmente fuera de control, y giró sobre sí mismo flotando a la deriva hacia la trampa gravitatoria de uno de los agujeros negros. Una oleada de cápsulas de escape salió disparada de las cubiertas de tripulación, pero los motores de los vehículos salvavidas no poseían la potencia necesaria para generar una aceleración que pudiera apartarles de los agujeros negros, y sus trayectorias pronto se convirtieron en espirales de descenso que los llevaban hacia ellos.

Las cubiertas inferiores y los inmensos hiperimpulsores del Destructor Estelar condenado a la destrucción empezaron a estallar cuando entró en la trampa inestable del cúmulo de las Fauces. Nubes de llamaradas se fueron estirando hasta alcanzar longitudes increíbles y se mezclaron con los torbellinos de gases mientras el *Hidra* iniciaba su zambullida infinita en la singularidad.

—Bien, todavía nos falta mucho para salir de este lío —dijo Han mientras pilotaba el Triturador de Soles a través de la sopa de gases ionizados—. De acuerdo, Kyp, es tu turno de tomar los controles... —añadió volviéndose hacia el joven—. Sácanos de aquí.

Unos instantes después los tres Destrucciones Estelares estaban persiguiéndoles a toda máquina.

La almirante Daala, inmóvil en el puente de mando del *Gorgona*, contemplaba horrorizada cómo el *Hidra* sucumbía a la destrucción después de que su puente de mando quedara aniquilado por el choque con el Triturador de Soles. Los únicos supervivientes de la nave serían los pilotos de los cazas que formaban los seis escuadrones TIE, y aparte de ellos toda la dotación del Destructor Estelar perecería.

Su rostro parecía tallado en hielo, pero las lágrimas que no había derramado ardían dentro de los ojos de Daala. Miles de personas se precipitaron a su muerte cuando el *Hidra* cayó en el torbellino negro como un inmenso dragón aniquilado.

El Triturador de Soles se abrió paso a través de la destrucción, reluciendo con su insoportable invulnerabilidad, y avanzó hacia el muro exterior de las Fauces.

—¡No deben escapar! —ordenó secamente—. Plena potencia a todos los sistemas impulsores.

El fracaso había caído sobre ella con un peso tan implacable como el de un yunque. Llevaba demasiado tiempo escondiéndose en las Fauces, manteniendo la disciplina entre sus tropas y sometiéndolas a ejercicios de práctica y maniobras... pero eso no había sido suficiente. En la primera batalla real que libraba. Daala había perdido una cuarta parte de las fuerzas a sus órdenes.... ¡contra cuatro prisioneros fugitivos!

El Gran Moff Tarkin le habría cruzado el rostro de una bofetada y la habría despojado del mando. Daala sintió el escozor de la bofetada imaginaria en sus mejillas.

—¡Lamentarán el día en que nos hicieron salir de las Fauces! —murmuró.

Pero sin el Triturador de Soles, sus planes para sembrar el caos y la destrucción en la Nueva República se desmoronarían. Daala hizo una rápida y profunda inspiración de aire. No podía desperdiciar ni un instante dejándose dominar por el pánico. Piensa deprisa. Toma decisiones. Evita la catástrofe.

La plataforma de comunicaciones emitió un destello iridiscente y la imagen de Tol Sivron apareció en ella. La transmisión chisporroteaba y temblaba debido a las interrupciones estáticas causadas por los fogonazos láser que estallaban a su alrededor.

—¡Almirante Daala! Si tiene intención de desplegar su flota, insisto en que se lleve a los científicos de la Instalación de las Fauces con usted.

Daala siguió contemplando la muerte ígnea del *Hidra* sin tomarse la molestia de volverse hacia la imagen del twi'lek. Pensó en todos los enfrentamientos que había tenido con el administrador, en la incompetencia de Sivron, sus excusas y continuos retrasos y su insistencia en multiplicar los informes y las pruebas hasta el infinito.

—Tendrá que arreglárselas por su cuenta, Tol Sivron —dijo—. Ha llegado el momento de que cumplamos con nuestro deber de soldados imperiales.

Tol Sivron estaba tan nervioso que sus colas cefálicas se agitaron velozmente detrás de su cabeza.

—¿Va a marcharse y dejarnos indefensos? ¿Qué hay de las órdenes que recibí del Gran Moff Tarkin? ¡Se supone que debe protegernos! Al menos deje un Destructor Estelar aquí...

Daala meneó la cabeza, y el gesto hizo que el torrente de su cabellera cobriza ondulara a su alrededor.

—Tarkin está muerto, y a partir de ahora yo tomaré todas las decisiones —dijo—. Necesito toda la potencia de fuego de que dispongo para asestar un golpe mortal a la Nueva República.

—Almirante Daala, debo insistir en que...

Daala desenfundó la pistola desintegradora que colgaba de su cadera y apuntó con ella a la imagen de Sivron visible en la plataforma de comunicaciones. Si el twi'lek hubiera estado en el puente de mando en carne y hueso, Daala le habría matado, pero nunca permitiría que un mero ataque de ira la impulsara a destruir un equipo valioso. Daala mantuvo el cañón del desintegrador apuntado hacia la imagen de Tol Sivron y fue hacia ella como si quisiera amenazarle.

—Petición denegada, director Sivron —dijo, y desconectó la plataforma y se volvió para contemplar a su flota con el rostro totalmente impasible—. Vamos a salir de las Fauces para perseguir al Triturador de Soles, comandante Kratas —añadió—. ¡Haga volver inmediatamente a todos los escuadrones de cazas TIE!

Kratas dio la orden, y Daala contempló cómo las diminutas naves se apresuraban a volver a sus hangares.

—Que los tres Destrucción Estelares se conecten al mismo ordenador de curso —ordenó removiéndose nerviosamente y maldiciendo el retraso que supondría tener que esperar el regreso de los cazas TIE—. Extraeré las coordenadas de mis registros personales, y las cifraré con mi código de acceso.

Nadie había salido de la Instalación de las Fauces desde la partida de los ingenieros que la habían construido, y a ellos se les había asignado un curso equivocado que había condenado a la nave a caer en uno de los agujeros negros. Pero esta vez la almirante Daala y toda la potencia de fuego que se hallaba a sus órdenes caerían sobre la desprevenida galaxia, y se dispondrían a reconquistarla.

El Triturador de Soles vibraba a causa de las mil tensiones que soportaba mientras recorría el filo de navaja gravitatorio a través del torbellino de las Fauces.

Kyp Durrón estaba sentado delante de los controles simplificados y Han Solo permanecía inmóvil junto a él sin apartar los ojos del joven ni un solo instante, pero a Han jamás se le ocurriría interferir en las decisiones intuitivas de Kyp por muy pesadillesco que pareciese el camino que se extendía ante ellos.

Kyp tenía los ojos entrecerrados y estaba contemplando una imagen mental del

peligroso laberinto que debían recorrer hasta llegar a un lugar seguro. Desvió la nave hacia estribor y un instante después se lanzó en picado, evitando frenéticamente obstáculos invisibles. Han mantenía una firme presión tranquilizadora sobre el hombro del joven. Los torbellinos de gases recalentados ardían a su alrededor como los hornos del infierno.

Qwi Xux no apartaba la mirada de Kyp y de su pilotaje a ciegas. Sus ojos de un azul oscuro estaban muy abiertos y su rostro parecía transfigurado por el terror.

—No te preocupes —dijo Han—. El chico sabe lo que se hace... Si hay alguien que pueda sacarnos de las Fauces es él.

—Sí, pero... ¿Cómo lo está haciendo?

La voz de Qwi sonó curiosamente aflautada, como notas estridentes producidas por un aficionado a la música que no conociera su instrumento.

—De ninguna manera que tu ciencia pueda explicar —replicó Han—. No estoy muy seguro de comprender la Fuerza, pero no dudo de su existencia ni de lo que puede hacer... Hubo un tiempo en el que pensaba que no era más que una especie de timo religioso, pero eso se acabó.

Los telones de gases se separaron de repente delante de ellos y revelaron la negrura infinita del espacio. ¡Por fin habían logrado salir de las Fauces!

Luke y Lando estaban haciendo todo lo posible para huir de las fuerzas de Kessel, y la desesperación hizo que intentaran abrirse paso a través de la formación de los navíos de combate más grandes. Los dos se encogían sobre sí mismos al unísono cada vez que un haz de energía se estrellaba contra los escudos del *Halcón*.

La gigantesca silueta del crucero de ataque Loronar se encontraba justo en la trayectoria que estaban siguiendo, y les impedía buscar un dudoso refugio en las Fauces. Los diez cañones iónicos instalados en la proa del crucero de ataque escupían destrucción contra ellos.

Un rayo dio de lleno en el *Halcón Milenario*, y sus sistemas parpadearon mientras chorros de chispas salían despedidos de los paneles de control. Lando aferró las palancas de anulación manual.

—Nuestros escudos se están derrumbando, y esos tipos no quieren hacer prisioneros —le dijo a Luke.

—Métenos en las Fauces —respondió Luke—. ¡Es nuestra única oportunidad!

—¡Nunca pensé que mantendría los dedos cruzados deseando que me ocurriera algo así! —Lando se encorvó sobre los controles—. Intenta reforzar los escudos frontales, Erredós... Tenemos que pasar por delante de ese crucero de ataque, y vamos a recibir una buena paliza en cuanto lo hagamos. Un impacto de lleno y estaremos fritos...

—Espera un momento —dijo Luke intentando ver algo entre los remolinos de gases que se agitaban delante de ellos—. ¡Un objeto está saliendo de las Fauces!

El espino metálico que era el Triturador de Soles surgió del cúmulo moviéndose a la velocidad del rayo y dejando una estela de gases calientes detrás de él. Unos instantes después tres Destrucciónes Estelares emergieron de las Fauces en una embestida tan impetuosa e imparable como la de un rebaño de banthas envueltos en llamas.

El suspiro de alivio que lanzó Han se convirtió en una exclamación consternada cuando vio a la flota de batalla de Kessel desplegada delante de ellos con todo su armamento empezando a escupir fuego.

—¿De dónde han salido todas esas naves? ¡No pueden haberse quedado aquí todo este tiempo para esperarnos!

—Han, ¿a qué puede deberse que cada vez que logramos huir nos encontremos metidos en una situación todavía peor que la que acabamos de dejar atrás? —preguntó Kyp, agotado por la dura prueba de haber pilotado el Triturador de Soles a través de las Fauces.

—Todo es cuestión de saber escoger el momento adecuado, chico. —Han dejó caer los puños sobre los controles del Triturador de Soles—. ¡Esto no es justo! ¡Tendrían que habernos dado por muertos hace días!

Chewbacca dejó escapar un chillido y extendió un dedo peludo hacia el visor, señalando una nave que se encontraba en la vanguardia de la acumulación de fuerzas de ataque. Era el *Halcón Milenario*.

Las comisuras de los labios de Han se curvaron hacia abajo.

—Voy a acabar con ese repulsivo traficante viscoso que pilota mi nave... —murmuró—. ¿Es que no nos queda ni un solo cañón láser que esté en condiciones de funcionar?

Chewbacca respondió con un gruñido de negativa después de haber efectuado una nueva comprobación de las hileras de instrumentos.

—Bueno, pues entonces les embestiremos tal y como hicimos con ese Destructor Estelar.

—Han, tengo la impresión de que las otras naves están persiguiendo al *Halcón* —dijo Kyp de repente—. Están disparando contra él.

Han se inclinó hacia delante para ver mejor. Qwi estaba de acuerdo con la evaluación de la situación que acababa de hacer Kyp.

—Ese carguero ligero no parece formar parte de la flota atacante —dijo.

Los haces verdes de los turboláser salieron disparados hacia el *Halcón* desde la patrullera de sistemas, el enorme crucero de ataque y los cruceros ligeros de la clase Carraca. La expresión de Han cambió al instante.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? ¡Que no se les ocurra cargarse mi nave!

Y un instante después los Destrucciónes Estelares de Daala aparecieron detrás de ellos, escapando de la presa gravitatoria de las Fauces.

—¡Echa un vistazo a las pantallas traseras, Han! —gritó Kyp.

Los Destruidores Estelares *Gorgona*, *Basilisco* y *Mantícora* habían aparecido tan repentinamente como monstruos que saltan del interior de un armario, tres demonios gigantescos repletos de armamento destructor del Imperio caído.

Las abigarradas fuerzas mercenarias de Kessel, que ya habían estado disparando sus cañones láser contra el *Halcón*, se tropezaron con la flota imperial. Algunas naves lograron desviarse hacia los lados y se apresuraron a huir buscando el refugio que les ofrecía Kessel. Otras se dejaron dominar por el pánico y empezaron a disparar contra los Destruidores Estelares.

La almirante Daala estaba intentando controlar las acciones de toda su flota desde una sola terminal del puente. Encontrarse con todas aquellas naves de combate tan extrañas al otro lado de las Fauces la había dejado perpleja durante unos momentos, pero reaccionó rápidamente.

—¡Suban los escudos! Es una trampa... Las fuerzas rebeldes estaban esperándonos.

¿Cómo se las había arreglado Han Solo para engañar a su androide interrogador? Daala se preguntó si los rebeldes habrían conseguido descubrir la existencia de la Instalación de las Fauces y habían enviado a Han con una historia inventada para atraer a la flota de Daala fuera de su refugio en el cúmulo de agujeros negros, llevándola hasta un lugar en el que podrían destruirla.

Vio cómo la flota enemiga empezaba a disparar contra sus naves, pero sabía que los rebeldes no podrían enfrentarse a la potencia de fuego de que disponía. Después de todo, el Gran Moff Tarkin le había proporcionado armamento más que suficiente para destruir planetas enteros.

—¡A todos los puestos de combate! Acabemos con esta escoria de una vez y para siempre... —Daala señaló el conglomerado de cazas que esparcía sus enjambres a través de la trayectoria de su flota—. ¡Abran fuego!

Luke y Lando intercambiaron una rápida mirada mientras el fuego cruzado hacía erupción a su alrededor.

—¡Ésta podría ser nuestra ocasión de salir de aquí! —dijo Lando.

—Tienes razón —dijo Luke—. Están tan ocupados que con un poco de suerte ni notarán que nos vamos...

—Sí, pero me pregunto de qué rincón del universo pueden haber salido esos Destruidores Estelares.

Los canales de comunicación del *Halcón* emitieron un pitido que logró ser claramente audible a pesar del estrépito debido a lo inocente y poco amenazador que resultaba entre los timbres de advertencia de los sistemas que se sobrecargaban y los escudos que estaban a punto de derrumbarse. Erredós lanzó un silbido atrayendo su atención hacia él, y Lando bajó la vista.

—Estamos recibiendo un mensaje por la frecuencia de comunicaciones privada del *Halcón*. —Lando frunció el ceño—. ¿Cómo puede haber alguien que la conozca... y cómo puede haber alguien que conozca el código particular del *Halcón*?

Un instante después la voz irritada de Han Solo brotó de la rejilla del comunicador.

—¡No sé quién viaja a bordo del *Halcón*, pero espero que tenga una razón condenadamente buena para estar pilotando mi nave!

—¡Han! ¿Eres tú? —preguntó Lando, y Luke sintió un escalofrío repentino que recorrió su cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

—¿Lando? —preguntó Han pasados unos momentos. El rugido de Chewbacca brotó de los altavoces y casi ahogó la exclamación de sorpresa de Han—. ¿Qué estás haciendo ahí?

Cegadoras lanzas de luz surcaron el espacio a su alrededor cuando las dos flotas empezaron a utilizar todo su armamento. Las fuerzas imperiales y el contingente de Kessel chocaron de frente en una batalla espacial sin cuartel, enfrentándose con tanta ferocidad como dos dragones krayt rivales durante la estación de apareamiento.

—Han, escúchame con atención... Luke está conmigo —dijo Lando—. Tenemos que alejarnos de Kessel, pero el ordenador de navegación del *Halcón* no está en condiciones de funcionar. No podemos saltar al hiperespacio.

Una explosión a estribor sacudió toda la nave, pero la gran mayoría de cazas de Kessel habían concentrado su potencia de fuego sobre la amenaza mucho más grande que representaba la flota imperial. Los tres cruceros Carraca no tenían ninguna esperanza de salir vencedores contra semejante enemigo, pero aun así se alinearon y empezaron a disparar contra el *Basilisco*.

Han habló con alguien que estaba detrás de él, y después respondió a Lando por el canal de comunicación privado.

—Podemos introducir las coordenadas en vuestro ordenador de navegación, y después regresaremos a Coruscant juntos —dijo.

Lando volvió la mirada hacia el ordenador, vio el desfile de números que empezaba a aparecer en la pantalla y alzó un puño en señal de triunfo.

—¡Ya las tenemos! Prepárate para saltar, Erredós.

—Eh, Lando, espero que cuides bien de mi nave —dijo Han—. Salta cuando recibas mi señal.

—Tienes mi palabra, Han.

Las manos de Lando ya estaban revoloteando sobre los familiares controles del *Halcón*.

—Preparados para entrar en el hiperespacio —dijo Han.

Las fuerzas de Kessel flanquearon a los Destruidores Estelares, mucho más grandes que cualquiera de los aparatos que las formaban, y empezaron a atacar a las

naves imperiales martilleándolas con las descargas de sus cañones iónicos y sus hileras de baterías turboláser; pero los Destrucciónes Estelares lanzaron al espacio sus escuadrones de cazas TIE para que hicieran una carnicería con las nada disciplinadas fuerzas de Kessel.

—¡Cuando tú digas, Han!

—¡Adelante!

Lo último que vieron fue al enorme crucero de ataque Loronar kesseliano estallando bajo el fuego cruzado del *Gorgona* y el *Mantícora*. La nave envuelta en llamas se tambaleó y acabó embistiendo al Destructor Estelar *Basilisco*, haciendo que toda la parte inferior de la punta de flecha se doblara y empezase a arder.

Después el universo se llenó de rayas luminosas que un momento antes habían sido estrellas.